

**A. R. Cid**

# EL LLANERO



**DEPRAVADO**

# EL LLANERO

DEPRAVADO

**A. R. Cid**

Título: El llanero depravado  
© 2019 por A. R. Cid  
Diseño de cubierta: A. R. Cid  
Editor: José Antonio Lamas Iglesias  
Todos los derechos reservados.

Si quieres leer mis libros están a buen precio y escribirlos ha llevado trabajo, valóralo... NO a la piratería.

# Agradecimientos

A unas horas de contraer matrimonio he decidido hacer los agradecimientos de este libro. Por eso no puedo hacer otra cosa que dedicárselo a mi futuro esposo y a las dos maravillosas hijas que tenemos en común.

Además, he de nombrar a mis lectoras incansables y a las que adoro. Un beso a todos y gracias por darle la oportunidad a mi libro.

Algunas de mis increíbles lectoras son: Lupita Hernández, Yohana Téllez, Lola Aranzueque López, Lily Zarzosa, Mariángeles Caballero Medina, Pilar Espinar, Elena Gaspar Alcalá, Ana M Rodríguez, María Del Mar González Obregón, Olga LB, Vanesha Salas Cerda, Rosario Esther Torcuato Benavente, Eugenia Ramírez, Natalia Zgza, Silvia Sandoval, Carmen L. Scott, Josune Cuadrado, Tontería Las Justas, María Teresa De Jesús Piñón Esquivel, María Jesús Palma Villalobos, Natalia Jara, María José Ribes y Ana María Manzanera.

# Índice

[Agradecimientos](#)

[Índice](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Epílogo](#)

[Muchas gracias](#)

Lo que voy a contaros no forma parte de una perfecta historia de amor.

Aquí lo único que había era mi deseo irrefrenable por meterme debajo de su piel. Una obsesión que se tornó en un juego enfermizo. No sé si fue la manera correcta y, la verdad, no me importa. Soy como soy y hace mucho tiempo que me he aceptado.

No soy una estúpida, sé que estoy condenada a sufrir porque, por mucho que quiera, mi piel lo necesita. Pienso en él todo el rato, lo extraño en mi cama, entre mis piernas, extraño toda la magia que tan magistralmente ha depositado sobre mí las últimas noches.

Era mera seducción, en mi ignorancia quería descubrir qué era lo que me impedía dejar de pensar en él. La curiosidad me embargaba y durante horas lo veía pasear como un gran guerrero, mostrándose como Dios lo trajo al mundo, sin ningún tipo de pudor. Quizás si os lo digo así no estéis entendiendo nada. A estas alturas ni siquiera yo lo hago y eso que tengo todos los datos.

Soy Maya. No voy a decir que no soy hermosa, cada día me preparo a conciencia ante el espejo y sé cuáles son mis virtudes. Siempre salía victoriosa de las conquistas y eso me hizo creer que él era un hombre normal. Sin conocer su pasado, sin saber quién era realmente, sin ningún dato aparte de su gran arte para producir placer.

Estas páginas recogen una serie de noches interminables, escenas de sexo que sorprenderían a las más mojigatas y si esperas un besito dulce en el hombro antes de dormir no es tu libro. Esta historia está hecha para que te sientas tan necesitada como yo en este momento, quiero que compartáis mi tormento, que disfrutéis de la vocecilla que os pide dejar la lectura a un lado para desahogaros.

Él es arrogante, sexy, cautivador y tiene experiencia. Yo... Un cuerpo hecho para el delito y una lengua muy afilada. ¿Juntos? Juntos hicimos lo que parecía imposible, resolver el asesinato de su gran amor.

Muerte, deseo, pasión, miedo, desenfreno. Un mundo oscuro donde el bien debe romper las normas para tratar de tener un final feliz.

Sin saber nada de él soy quien mejor lo ha llegado a conocer.

¿Quién soy yo? La camarera. Os sorprende, ¿verdad? Eso es porque en esta novela nadie es quien dice ser, pero la verdad no importa, ¿o sí? Este era un trabajo para poder seguir con mis estudios, para realizar mis grandes sueños y vivir sin arrepentirme de nada, sin embargo, este trabajo hizo que todo lo que ocurría en el mundo exterior perdiese importancia. Los minutos empezaron a pasar demasiado rápido.

Sensaciones arrolladoras me turbaron por completo, conversaciones capaces de volverme loca, descubrimientos aterradores, entonces, ¿por qué siempre volvía a por más? ¿Por qué a pesar del peligro, la desconfianza y el miedo no podía alejarme de él?

# Capítulo 1

## Maya

¿El motivo por el que acabé de camarera en la sala roja? Dinero. Sí, porque la realidad es que el dinero mueve el mundo y cuando quieres estudiar, viajar y vivir bien lo necesitas. Cuando respondí al anuncio ya sabía que había gato encerrado, nadie da tanto dinero porque sí, pero por probar...

El día era caluroso. Un sofocante día de verano en el que esquivas el sol todo lo que puedes y evitas salir al mediodía. Ante el armario no fui capaz de decidirme, no sabía lo que iba a encontrarme y opté por ser yo misma. Descarada y cómoda. Un vestido de lino blanco y unas converse. Maquillaje discreto y mi pelo castaño trenzado de medio lado. Lo cierto es que la inocencia que mostraba mi rostro siempre había jugado a mi favor, muchos me deseaban incluso antes de darse cuenta.

Cuando mis pies tocaron la calle me di cuenta de que probablemente era la única tonta que se atrevía a salir de casa con ese bochorno, en otras circunstancias en aquel mismo instante estaría dándome un baño de agua helada, pero necesitaba demasiado el dinero.

No soy estúpida, sabía que el lugar en el que me habían citado era extraño y cuando me encontré ante aquella inmensa puerta roja dudé, por unos minutos me vi incapaz de tocar el timbre, incapaz de mover un solo músculo mientras las escenas más macabras cobraban vida ante mis ojos, conmigo como protagonista. ¡Y yo que pensaba que no tenía imaginación! Lo cierto es que dicen que nuestra mente es nuestra peor enemiga, en ese instante no podía estar más de acuerdo.

¿Por qué acabé entrando en aquel lugar? Pues porque me sentía poderosa, porque estaba convencida de que a mí no podría pasarme nada malo y porque estaba alerta, preparada para cualquier peligro. Sé que son pensamientos ilusos, que la realidad es que si me encontrase en un peligro real probablemente todo acabase muy mal para mí, pero no fue así, no de la manera que me imaginaba en aquel momento.

Mi cuerpo se movió solo y la puerta se abrió. Un hombre corpulento, de esos que evitas cuando estás de fiesta, me miró con mala cara. Después, con una lentitud aterradora, paseó sus ojos por mi anatomía. Tentada estuve a taparme con las manos, ante la innegable sensación de estar siendo saqueada sin pudor.

Supongo que lo que vio le gustó, cuando se apartó para dejarme pasar no tuve narices a largarme. Entré como un corderito y caminé silenciosa tras él. Yo, que normalmente no me callaba ni debajo del agua, tenía la boca seca y empezaba a buscar la salida con los ojos. Correr siempre se me había dado bien y me aferraba, con uñas y dientes, a una serenidad que estaba muy lejos de sentir.

¿Creéis en los flechazos? Esa sensación que te atraviesa de improviso y te mantiene unida a

una persona, generalmente la que menos te conviene. Yo no, no creía que esas sensaciones existieran, supongo que me había llevado demasiadas leches amorosas para albergar aquel tipo de fantasías. No negaré que cuando vi, al que sería mucho más que mi jefe, perdí el aliento. Me habría tirado en sus brazos sin dudar y disfrutado de lo que estuviera dispuesto a darme, ¿después? ¿A quién le importa el después cuando un adonis de ojos verdes te devoraba como lo estaba haciendo él conmigo, en aquel momento?

Aquel hombre, de anchos hombros y varios centímetros más alto que yo, no trató de disimular su interés. Se relamió la boca y esperó varios segundos antes de dirigirme la palabra. Yo sentí que las piernas estaban a punto de dejarme abandonada y me senté en un sofá negro que había junto a él sin ser invitada.

Si mi gesto, o mi falta de educación, le molestó no dijo nada. Volvió a sentarse y esperó con paciencia a que aquel gorila nos dejase solos. Por unos momentos sentí que había entrado en una de esas películas de mafiosos. Yo era la belleza por la que dos hombretones pelearían, los degustaría a ambos y me quedaría con el bueno, aunque suspirara siempre por el malote. Suspiré, no pude evitarlo.

—Buenas tardes. —Su voz era grave y creo que cada célula de mi cuerpo reverberó con ella, pero no me dejé amilanar. No estaba allí para tirármelo y... si conseguía el puesto tendría tiempo de sobra para lograrlo, aburrirme de él y conseguir a otro (o varios).

—Buenas tardes —contesté mientras me cruzaba de piernas con tranquilidad. Mi vestido, pobrecito él, se elevó varios centímetros mostrando mi pierna dorada y yo hice que no me daba cuenta. Iba a jugar todas mis cartas hasta el final.

—Sabrá que el trabajo al que aspira no es muy tradicional —trató de explicarme, tras un ligero carraspeo. Sus ojos verdes estaban concentrados en mis piernas, se fueron elevando poco a poco hasta que, al encontrarse con mi mirada divertida, sonrió de manera seductora sin mostrar arrepentimiento alguno—. Pero si acepta será muy bien recompensada —añadió haciendo que me entraran los calores.

—Creo que tendrá que darme más detalles —repuse con ganas de decir que sí con tal de permanecer, durante unos minutos más, a su lado. Hacía años que no me sentía de aquella manera, me dolía la barriga, pero era un dolor adictivo. Él asintió como si comprendiera mis renuencias, pobrecito, no tenía ni idea de las cosas depravadas que, en aquel mismo instante, estaban bailando en mi cabeza. ¡Cómo me habría gustado quitarle la camisa en aquel instante! Miré sus brazos sin pensar, se notaba cómo se tensaban bajo la tela y eso me hizo percatarme de que debían ser unos músculos muy firmes. Me humedecí el labio sintiéndome sedienta.

—Serán horarios nocturnos, no dejaremos que nadie se propase y... —Cierto que no había atendido ni a la mitad de lo que me había explicado, pero centrarse cuando decía eso me hizo pensar en el trabajo más antiguo de la humanidad y por ahí no...

—¡¿Perdón?! —Me llevé una mano al pecho, nerviosa, muy nerviosa. Me miró de una manera que no supe descifrar mientras me tendía un refresco, no sabía de dónde había salido, pero no iba a beber nada ni de broma —¿Quiere drogarme? —Si me hubieran conocido sabrían que tengo la facultad de soltar por mi linda boquita todo lo que acude a mi mente. Muchos, sobre todo mi madre, pensaban que debía cambiar, aunque yo estaba más que satisfecha con cómo era, ¿Por qué no podían pensar lo mismo los demás?

—¡Jamás haría tal cosa! —Ante su grito levanté la ceja derecha divertida. Parecía realmente enfadado y sonreí más tranquila.

—¿Qué me estaba contando del trabajo? Creo que me he despistado un poco —añadí con voz

dulce mirándole la boca. ¡Qué ganas sentía en ese momento de morderlo! ¡Hacía tres días que no tenía a nadie en mi cama y con veintidós años eso era sacrilegio! Me había puesto como meta en la vida disfrutar de todo, sin tabús, ya tendría tiempo para asentar la cabeza en el futuro. Dicen que en la vida hay momentos para todo—. ¿Y bien?

—Le decía que solo servirá copas, pero verá de todo. Estará en nuestra sala roja con otra compañera, ahí no habrá nombres y tendrá que firmar un contrato de confidencialidad. Tiene que comprender que nuestros clientes son personajes importantes y no desean ver su nombre ensuciado al ser relacionados con cierto tipo de actividades.

—¿Ensuciado? —Me miró con los ojos como platos y yo sonreí de nuevo con dulzura. Lo dejó correr y yo me mordí la lengua. Empezaba a pasármelo en grande, lejos de tener miedo estaba excitada al mirar a mi alrededor y ver imágenes de lo más sugerentes. No se mostraba nada, pero no había que ser muy avisado para saber lo que estaban haciendo o lo que escondían. Si aquellos eran los cuadros que colgaban de las paredes no podía esperar a verlo todo el directo.

—En esa sala hay diez sofás rojos. En cada uno de ellos jugarán nuestros clientes con sus invitados. Deberá darles las bebidas en la barra, jamás ha de salir de ahí. Nunca habrá de participar en las actividades ni preguntar un nombre. No están permitidos los contactos fuera de aquí. Nadie sabrá a qué se dedica en sus horas libres. —Muchas normas, pensé suspirando. No era buena guardando secretos, aunque trataría de hacerlo.

—Entonces supongo que no me dirá su nombre.

—No —respondió contundente.

—Entiendo. ¿Y yo tengo que darle el mío? —pregunté retóricamente levantándome y alisándome la falda del vestido.

—Por los papeles —contestó sorprendido. El gorila, que ahora se encontraba en la puerta de aquella sala con los brazos cruzados y sin pestañear, me miró unos segundos.

—Supongo que aprecia la sinceridad y yo prefiero dejar las cosas claras. ¿Le importa? —Puse los brazos en jarras y di varios pasos por la estancia. Era un lugar decorado con lujo, solo aquel sofá debía valer tanto como todo lo que tenía yo en mi piso, pero eso a mí no me decía nada. En aquel tipo de negocios lo más importante era poder confiar, si lo que decía era cierto era de lo más inofensivo, ya tendrían sexo suficiente sin llegar a mirarme a mí. ¿Dónde podría estar más segura que tras una barra mientras los hombres eran satisfechos por otras? Pero yo no quería estar en el menú y prefería dejarlo claro desde el principio—. Yo no me dejaré tocar, a la más mínima me largo. —Levanté un dedo y esperé hasta que lo vi asentir—. Me dirá todo lo que tenga que decirme con educación. —Levanté el segundo dedo. En el tercero mi sonrisa diabólica me hizo girarme en silencio—. ¿Podemos hablar del último punto a solas?

—¿Cómo?! —Su cara de asombro era impagable, aunque yo jamás he sido de las que hacen las cosas como los demás. Me guio por impulsos e, incluso así, creo que mi mente trabaja de manera diferente al resto.

—Por el anuncio se nota que le urge y por sus explicaciones yo cumplo todos los requisitos. No me habría explicado las normas si no fuera así —argumenté con orgullo—, pero me he dado cuenta de que yo también quiero algo.

—Le voy a pagar una cantidad considerable. No debería quejarse. —Sus ojos verdes brillaron, pero no me dejé amilanar. Si creía que por poner cara de renacuajo y mirarme de aquella manera... me iba a hacer claudicar estaba listo.

—¿Quiere saber mi tercera condición o prefiere que me marche? Quizás sería lo mejor, dicen que el mundo de los placeres oscuros siempre ha sido muy peligroso. No quiero verme envuelta

en más de lo que pueda manejar. —Y mis ojos volaron a su entrepierna, se detuvieron ahí unos segundos, y se conectaron con los de mi nuevo jefe, que me observaba como si me hubieran salido dos cabezas.

—Está bien —concedió todavía reacio. Esperé pacientemente a que, con pasos lentos, el gorila se alejó lo suficiente. Bajé el tono como si me encontrara ante mi mejor amiga, contándole algo muy escabroso entre copa y copa.

—Quizá le parezca raro, la respuesta será sí o no. No necesito más. —Lo vi asentir y caminé hasta colocarme a su espalda. Apoyé las manos a ambos lados de su cuerpo y me incliné ligeramente para susurrar sobre su oído—. Quiero cuatro entradas. Yo las canjearé cuando quiera y nadie lo sabrá nunca.

—¿Tiene idea del precio de cada entrada? —Aunque en su tono no había ningún tipo de reprimenda, más bien hilaridad y su voz sonó algo más ronca que instantes antes—. ¿Por qué habría de interesarle? —añadió curioso.

—Porque a todos nos gusta disfrutar y si lo que vea aquí me interesa quizás yo también quiera tocar y ser tocada. —Me encogí de hombros y volví a sentarme ante él. Mi sonrisa era radiante, por su postura y sus gestos ya sabía cuál sería su respuesta.

—¿Y espera encontrar algo en concreto? —preguntó acercándose ligeramente. Sentí que se me secaba la boca y me pasé la lengua por los labios en un gesto de lo más inconsciente, pero sensual. Sus ojos siguieron el movimiento y después volvió a apoyarse sobre el respaldo del sofá.

—Todos esperamos encontrar el cielo, aunque las mujeres tendemos a mentir. —Me detuve unos instantes para recapacitar—. En una relación no deseas dañar a la otra persona, no siempre se tiran cohetes —expuse con tranquilidad y ninguna vergüenza—, pero creo que las mujeres que entran en la sala roja no contarán con esas ataduras. Ellas serán el espejo perfecto.

—Entiendo.

—¿Lo hace? ¿Puedo preguntar por qué le interesa?

—Tengo que ser precavido, no puedo permitirme contratar a cualquiera. La discreción como le he comentado ha de ser máxima —concluyó estirando su mano para sellar el trato.

Cuando lo vi me sentí temblar, no era la primera vez que me enfrentaba a uno de esos especímenes que quitan el hipo, pero sí la primera que mi cuerpo reaccionaba como si fuera a perder el sentido. Respiré con suavidad durante un eterno segundo, tomando control de cada músculo, de cada tendón, para impedir que mi mano temblase y poder unirla a la suya demostrando una decisión que había perdido de golpe.

—Espero no arrepentirme. —Mi voz se cortó casi al final, la última palabra había quedado atascada en el fondo de mi garganta, un ligero calor ascendió desde mi pecho a mis mejillas. No traté de ocultarlo, aunque tampoco bajé los ojos cuando su fuerte mano apretó ligeramente la mía. Nuestras miradas conectaron, tuve la impresión de que aquel brillo en sus ojos verdes trataba de contarme algo, pero mi cerebro no estaba para puzles o acertijos.

—Solo tiene que portarse bien y seguir las normas —dijo quedamente con aquella voz ronca que era capaz de electrizar mi piel. No me gustaba el poder que tenía sobre mí. Sonreí en un intento de ocultar el nerviosismo—. Excepto los días que disfrute de las entradas, que tan bien ha sabido negociar. —Levantó la ceja derecha con descaro, cada uno de sus gestos estaba dotado de magnetismo, seguridad, sexualidad. Aquel hombre conocía el poder que ejercía sobre las mujeres, pero yo tampoco era tonta.

—Seguro que tiene mucho trabajo pendiente. —Me incorporé y esperé pacientemente a que él hiciera lo mismo.

Cuando lo hizo se quedó peligrosamente cerca. Era varios centímetros más alto, rondaría el metro ochenta fácilmente y sus hombros eran anchos. Lo mejor, si quería que aquel trabajo me durase, era mantener las distancias.

—Ha sido un placer —susurré tirando suavemente de mi mano para arrancarla de las suyas. Él me dejó marchar con un gesto que no supe descifrar, estaba a medio camino entre la diversión y el desafío.

—Aún no, al menos no hasta que compruebe lo que la sala roja ofrece por usted misma.

—Creo que ya deberíamos tutearnos, vas a ser mi jefe —expuse antes de recolocarme el bolso sobre el hombro.

—Bienvenida a la sala roja.

Una entrevista corta, intensa y en la que yo debí haber sido prevenida.

Puse rumbo a mi pisito de soltera sin lograr sacarme de la cabeza a mi nuevo jefe, consciente de que antes o después lo cataría, pero sabiendo que no ocurriría por el momento.

La emoción por un trabajo de ese estilo no se hizo esperar. Tardaría dos días en empezar, pero ¿cómo habría de ir vestida en un trabajo como aquel? ¿Tacones? Seguramente la imagen sería importante, pero no tenía pensado ir enseñando las tetas, señalando con mis pezones a cada cliente que me pidiera una copa, dejando que disfrutase también de las vistas. Debí hacer más preguntas, de todo esto me di cuenta cuando ya estaba a varias calles y el calor golpeaba mi cuerpo sin compasión.

Iba a subir a tomar un baño cuando la llamada de Tanit me hizo cambiar de rumbo. Estaba en medio de uno de esos episodios depresivos, necesitaba un hombro sobre el que llorar y una amiga que se uniera a despotricar sobre el mamón de turno que había osado herir sus sentimientos, generalmente bastante volubles de por sí.

## Capítulo 2

# Maya

Tanit y yo somos como el sol y la luna. Yo prefiero la noche, ser directa, comerme el mundo y después seguir adelante sin sentir pena ni gloria. Ella siempre ha preferido el día, los deportes, el romance. Tanit se ha pasado la vida buscando el gran amor, implicándose hasta el final y quedando destrozada cuando los hombres que elegía, nunca tuvo muy buen ojo, la dejaban tirada o la engañaban.

Subí las escaleras de dos en dos y entré sin llamar, por algo tenía llave. La encontré desmadejada sobre el sofá y abrazada a una gran taza de helado. Sus preciosos ojos marrones estaban anegados de lágrimas, rojos, su voz estaba tomada y cuando abrí las cortinas protestó molesta.

—¿De nuevo? —Yo nunca me he andado por las ramas. Demasiado directa para la mayoría, pero algunas personitas habían decidido soportarme hasta el final, yo no cambiaría por nadie.

—Dijo que me amaba —contestó Tanit a modo de excusa. Otra enorme cucharada de helado de chocolate entró en su boca, ocupándolo todo—. Parecía diferente —añadió, aún con parte de aquella cucharada en la boca. Demasiada confianza, pensé con ternura antes de sentarme a su lado y abrazarla con fuerza.

—¿Toca llorar?

—Un poco —reconoció algo más animada. Me miró aleteando sus espesas pestañas y sorbiendo por la nariz—. Estaba con otra. —Ahí estallé en carcajadas. Su rostro pasó del enfado a acompañarme, dejando que la risa, estridente y potente, resonara contra las paredes y alegrase el ambiente.

—Como no dejes de llorar por un estúpido como ese te pegaré un par de azotes que te dejarán el culo rojo —amenacé dispuesta a cumplir mi promesa—. Además, he conseguido trabajo.

—¿De verdad?! —Dejó la taza sobre la mesa y se puso de pie—. Cuéntame más.

—¿No vas a taparte? —pregunté viendo que solo llevaba un culotte y un sujetador semitransparente. Ella desechó la idea meneando la mano con desinterés y se sentó sobre la mesa ante mí. Me encogí de hombros y me saqué los zapatos para tumbarme sobre el sofá, al igual que lo haría en la consulta del psicólogo, cerré los ojos —Mi jefe está cañón, mientras sirvo copas veré como personas forradas se dedican a follar y el sueldo es lo mejor de todo —resumí sabiendo que ella no iba a parar hasta saberlo todo, entre nosotras no había secretos.

—¿Putas?

—Jajaja. No. —La miré de reojo, no parecía tan contenta como al principio—. Una sala de placer, no pueden tocarnos, solo los clientes disfrutan. —Me apoyé sobre el codo y me giré para mirarla—. Lo importante es el secretismo y hacer mi trabajo sin llamar la atención, creo que

nosotras seremos invisibles.

—Me preocupa.

—¿Sí? Porque he pedido unas entradas para poder investigar e iba a pedirte que me acompañases.

—¿Yo?

—Si no quieres... veo que sigues muy deprimida con lo de... —dejé la última palabra en el aire esperando que despejase mis dudas. Ya había desistido de tratar de aprenderme sus nombres, ninguno duraba más de unos días, semanas a lo sumo. Para eso habría sido mucho mejor, para su tierno corazón, que buscase sexo sin compromiso. Me tomé como deber enseñarle el lado oscuro.

—Marcos.

—Marcos. —Terminé asintiendo como si ese nombre me dijese algo.

—El alto. Ese que tenía el acento pijo.

—¿El Kent? ¿No te dije que no me gustaba?

—Es que a ti no te gusta ninguno —contraatacó ella con voz melosa.

—Cierto. Los hombres son de usar y tirar. Si saben explorar mi cuerpo y darme orgasmos durante unas horas... y sino ni siquiera me digno a repetir. Tengo mucho que enseñarte.

—Ya te dije que a mí esas cosas...

—Por eso vas a acompañarme a la sala roja —concluí feliz.

Todo sucedió muy rápido, no sabía lo que mis actos originarían, todavía no. Le di un beso en la mejilla y un mensaje me sobresaltó. Me lancé sobre el teléfono, ¿he dicho ya que soy una adicta de las tecnologías? Siempre en línea era mi lema, al menos en aquel entonces.

“Lamento ponerme en contacto tan pronto. Tenía pensado darte unos días para firmar el contrato con calma, pero una chica se encuentra mal y andamos faltos de personal. ¿Te importa empezar esta misma noche? Tendré el contrato preparado cuando llegues.

Te espero a las nueve en punto.”

No tuve ningún problema para imaginarme al remitente. Una idea traviesa me hizo sonreír. ¿De verdad me necesitaba con tanta urgencia o tenía más ganas de verme de lo que decía?

—Tengo que irme —grité dirigiéndome hacia la puerta.

—No sé si me gusta. Tengo un mal presentimiento, deberías tomarte unos días. —La voz de Tanit me hizo girarme con los brazos en jarras.

—¿Decías? —pregunté al auténtico estilo sargento.

—Nada, nada —respondió entre risas levantando las manos.

## Capítulo 3

# Maya

Los nervios me comían. Me dolía la barriga y las horas transcurrían demasiado rápido. Me decidí por un sencillo vestido y zapatos elegantes, pero de tacones discretos, casi inexistentes, apreciaba demasiado mis pies.

Llevaba diez minutos ante la puerta cuando lo vi aparecer en una moto de gran cilindrada. No entiendo mucho de esas cosas, ¿me haría quedar mal decir que me dan algo de miedo? Pero a él le sentaba como anillo al dedo.

Aquella chupa de cuero, la forma en la que se quitó el casco y me miró... El cabrón lo tenía todo planeado. Sonreí y me levanté caminando sensualmente hasta él. Jamás en mi vida había hecho tal cosa en el trabajo, nunca llegué a flirtear siquiera con un compañero, pero no me sentía como si estuviera en medio de mi jornada laboral. Era como vivir una aventura, estaba a punto de lanzarme de lleno a un mundo desconocido, confiando en las palabras de un hombre que no quería decirme su nombre y realmente ansiosa por verlo todo por mí misma.

—Buenas noches. —No me gustó su gesto cuando revisó mi ropa. La señaló girando el morro con disgusto y mi ego se sintió molesto. Me crucé de brazos en un vano intento por esconder mis atributos femeninos, aunque creo que lo único que hice fue resaltarlos—. Tengo que darte el uniforme —dijo, más para sí mismo que para mí.

—Explícame más de ese uniforme —escupí molesta.

—Es un vestido vaporoso rojo y unas sandalias doradas. Te quedará perfecto. —Sus ojos estaban midiéndome con descaro. Me acerqué a él hasta que nuestras respiraciones casi se mezclaron.

—¿Algo que deba saber?

—Es semitransparente. —Lo que me temía. Iba a darme la vuelta cuando sentí sus manos en mis brazos. Me giró con suavidad y me retó con la mirada—. Llevarás máscara. Nadie sabrá quién eres. —Mis ideas luchaban entre sí. La prudencia contra el ¿por qué no? Ganó este último.

—Una noche. Si no me gusta me largo y me pagas.

—Te gusta pelear por todo. —Habló arrastrando las palabras. Sus manos no se habían separado de mis brazos y empezaba a sentir cómo sus dedos se calentaban sobre mi piel. Mis labios se entreabrieron sin que yo me percatase y así me quedé, congelada en el tiempo—. ¿entramos? —inquirió al fin, rompiendo el hechizo.

—No. —Yo misma me sorprendí, no solo ante la brusquedad de mi respuesta, sino también ante la respuesta en sí. Tenía la impresión de que aquella puerta era la entrada al infierno y yo no me sentía tan segura de mí misma como me gustaría, no era una mojegata, pero tampoco podía decirse...

—Es tu primer día. Estaré a tu lado en todo momento para explicártelo todo. —¿Cómo podía pensar que saberlo siempre cerca podría ayudarme? Rompería todos los vasos, eso seguro, pero me dejé llevar. Lo seguí mansamente hasta que atravesamos una pequeña sala y entramos en un vestuario. Era hermoso, no el típico de los gimnasios, este supuraba lujo por cada rincón. Aquel día yo no veía, apenas reparaba en lo que me rodeaba, solo lo sentía a él, siempre demasiado cerca. Me tendió una caja negra y yo me senté de golpe en una de los bancos de madera—. Te dejo sola.

—No —respondí de nuevo sin pensar.

—Debes cambiarte —explicó mirándome con ternura. Debía ocurrirles lo mismo a todas, pensé molesta. Yo no era la primera ni era especial. Él sabía que aquel negocio era inusual y acompañaba a las nuevas para evitar ataques de pánico innecesarios. Asentí con tristeza y permanecí en silencio unos minutos, no solo de palabra, mi propio cerebro había sido acallado por el temor a lo desconocido.

Me quedé mirando aquella caja como a un dragón. Era la protagonista de una película, cuando estiré los dedos los observé sintiéndolos ajenos, mordiéndome el labio al verlos temblar ligeramente antes de levantar la tapa.

Negar que era hermoso sería mentir, pero no dejaba nada a la imaginación. Me fui quedando desnuda, consciente de que también la ropa interior debía marcharse. Me coloqué el diminuto tanga rojo con miedo a romperlo, jamás había visto una tira tan fina, incluso si me movía corría el riesgo de quedarme sin nada, tampoco notaría la diferencia... El vestido era suave y cerré los ojos al sentirlo sobre mi piel. Era largo, pero si me miraba al espejo que tenía frente a mí podía verme los pezones y aquel minúsculo trozo de tela roja que adoraba mi entrepierna.

El antifaz rojo, como todo en aquel lugar, tenía un bordado en burdeos que seguía el contorno de mis ojos y me daba un aire misterioso, sensual. Dejé que mi pelo cayera suelto a mi espalda y me puse las sandalias, quizás lo que más me gustaba de todo aquel “uniforme”.

—¿Qué estoy haciendo? —Le pregunté al reflejo de aquel espejo con ansiedad y nerviosismo. Era una locura, sin embargo, sentía la sangre correr por mis venas con intensidad, temblaba ante la idea de que mi jefe me viera con aquello puesto, me sentía poderosa, fuerte, invencible. ¿Cómo era posible cuando mis piernas estaban hechas de gelatina y apenas conseguía hablar? —Será el mejor papel de mi vida. —La mujer que hablaba era diferente, ni siquiera yo, que miraba desde detrás de sus ojos, podría asegurar lo que pensaba con aquel antifaz puesto. Mis labios rojos sobresalían con fuerza y me gustó lo que vi. ¿Era realmente yo?

No sé cuánto tiempo tardé, mucho seguramente, pero nadie entró a espolearme o a buscarme. Me concedió tranquilidad para pensar, para decidir por mí misma si quería dar los pasos que me llevaban al exterior, con la sensación de que tan pronto traspasase aquel umbral todos los ojos se posarían en mí, me recorrerían indecentes deseándome, penetrándome sin ningún tipo de pudor, en sus mentes yo les pertenecería sin saberlo, o quizás intuyéndolo desde la lejanía. Me esperaban miradas indiscretas, sonrisas arrogantes y frases insinuantes, aunque en un lugar como aquel dudaba mucho que sus clientes llegasen a ser vulgares, nunca se sabía.

¿Sabéis lo divertido? Nada me preparó para lo que descubriría al salir. Al verlo me pegué a la pared con el corazón a punto de escapárseme por la boca, mis ojos se habían abierto de par en par, el miedo y el deseo tomaron mi mente dejándola en blanco.

—¿No me reconoces? —preguntó divertido. Tardé varios segundos en que la luz se encendiera detrás de mis neuronas. Mi pecho subió y bajó varias veces antes de que mis labios se movieran.

—¿Có... Cuán...? —Me toqué la cabeza algo mareada. ¿Desde cuándo me comportaba como

una niña inocente? Me pregunté, enfadada conmigo misma.

—¿Pensabas que serías la única? Todos debemos cumplir unas normas de etiqueta. —Asentí, como si fuera algo lógico, sin lograr despegar mis ojos del espectáculo. Él no hizo amago de ocultarse, es más, separó las piernas y sonrió satisfecho—. ¿Te gusta? —preguntó al fin cuando mis ojos habían dado tres o cuatro vueltas por su cuerpo. Todo músculo, bien definido y un transparente taparrabos rojo, no había otra manera posible de llamarlo, que lo mostraba en todo su esplendor, firme y duro, preparado para jugar. Tosí ligeramente.

—Lo lamento —susurré avergonzada.

—¿Por qué? Yo espero divertirme esta noche, por algo soy el jefe. —Me guiñó un ojo—. Tú tendrás que trabajar. No puedes interactuar con los clientes, normas de la casa —añadió sonriente, sabiendo perfectamente que había sido él quién las había puesto.

—Nunca he tenido ningún problema para encontrar a alguien que me calentase la cama —contesté casi con brusquedad.

—No lo dudo, sin embargo, en unas horas comprenderás que nunca has probado algo parecido. Lo desearás, lo sé, y no serás la primera. —Se encogió de hombros antes de acercarse unos centímetros más—. Esta era mi fantasía —continuó explicándome al tiempo que abría los ojos abarcando el lugar—, un sitio en el que se respirase el placer, se sintiera bajo la piel como una caricia íntima mucho antes de empezar. Jadeos, susurros, miradas... Los orgasmos son casi un complemento.

—¿Un complemento? —Me reí con suavidad. Sus pupilas se centraron en mis pezones, ahora erectos, y en mis pechos, que reaccionaban ante el toque de la tela contra ellos.

—Sí. —Su voz grave fue una descarga sobre el centro de mi ser que llenó mi cuerpo de calor. Un calor abrasador que relacioné con la calefacción—. ¿Vamos? —preguntó, tras gruñir por lo bajo. Comenzó a caminar y lo seguí con la cabeza baja, pero observando cada detalle de reojo, la curiosidad y algo más, indefinido todavía, se mezclaba en mi abdomen. Aquello se había convertido con rapidez en un dolor agudo, que encendió mi entrepierna, que reaccionaba a cada paso, a cada movimiento de aquel diminuto tanga rozando mis labios, humedeciéndolos—. Es aquí. En una hora llegará tu compañera. —Empezó a señalar neveras y a abrir armarios que había a su espalda. Todo estaba muy bien pensado, pero faltaba la luz. Casi había que ir a tientas y supe que algo muy importante era memorizar dónde se encontraba cada vaso, bebida, hielo... Mi mente iba a mil por hora, pero me despistaba demasiado al más mínimo sonido—. ¿Lo has entendido todo?

—Quizás debería curiosear. —Su ceja derecha se levantó al tiempo que sonreía. Ante su expresión mis ojos bajaron a su cintura y, con más lentitud todavía, un poco más al sur.

—Eres preciosa y muy dulce. Una pena, pero es mejor así. La distancia evitará problemas en el futuro. —Asentí sin voz. Consciente del tono agudo que atravesaría mis labios si intentase ponerles palabras a todos los pensamientos que en aquel momento me asolaban.

Él pasó a mi lado, rozándome ligeramente, para permitirme acceder a la barra. Era un lugar minúsculo, todo el espacio estaba medido al milímetro. La barra roja estaba dividida en dos. En cada una de las zonas solo entraba una persona. Cerca, pero sin interferir en el trabajo de la otra. Muy inteligente, pensé volviendo a mirar a aquel hombre que no conseguía ubicar. No se parecía a nadie que hubiera conocido antes.

Entré indecisa e hice una lista mental. Memorice los vinos y abrí de nuevo cada armario. Repasé una y otra vez lo que más pedirían, así como lo que más iba a usar, hasta que sonreí satisfecha. Cuando me giré me encontré con sus ojos, me observaba.

—Podrías dejar de mirarme así —pedí, casi supliqué. Me alegraba que la escasez de luz no mostrase el rubor de mis mejillas ni pudiera sentir mi pulso acelerado.

—No puedo evitarlo, aunque lo lamento si te sientes incómoda. —Se alejó unos pasos antes de volver con rapidez—. Te dejaré unos minutos hasta que llegue tu compañera. Después, si me necesitas solo habrás de pulsar este botón. —Levantó el brazo derecho mostrando un reloj y yo lo comprendí—. Acudiré lo más rápido posible, pero debo atender a los clientes. —Asentí.

Todo estaba en calma, una música grave, decadente, con notas que se meten en tu torrente sanguíneo y obligan a tu corazón a seguirlas, marcan tu pulso, tu respiración, te incendian sin que logres percartarte.

Una morena, de interminables piernas y mirada inteligente, caminó directa hacia mí. Su voz era fuerte, decidida y ocupó su puesto a mi lado con eficiencia. Hablamos, yo no recuerdo gran cosa. Quise memorizarlo todo y me vi desbordada cuando las personas empezaron a llegar como un goteo lento, pero constante. Solo veía los cuerpos de hombres y mujeres, cada uno llevaba su propia versión de mi vestido vaporoso o del taparrabos de mi jefe, lo común era la tela vaporosa roja y los antifaces con filigranas burdeos.

Y ahí todo se salió de control. No se trataba de que me pidieran muchas bebidas, pero no era precisamente rápida atendiendo sus demandas, ¿quejas? Ninguna, estaban demasiado ocupados hablando, besándose, y con el paso de las horas se fueron emparejando, no siempre de a dos.

Las horas volaron sin tiempo para nada. Mis manos empezaron a coger velocidad y cuando pude tomarme unos minutos para respirar me sorprendí al darme cuenta de que ya no me molestaba lo que mostraba mi uniforme, quizás porque al alzar los ojos vi que la ropa de los invitados estaba adornando el suelo.

—¿Sorprendida? —preguntó mi compañera, demasiado cerca de mí. Pegué un pequeño respingo y ella sonrió con dulzura. Sus labios eran carnosos y, por lo poco que su antifaz me dejaba intuir, supuse que era toda una belleza. Su pelo negro caía con fuerza a su espalda, hasta rozar su cadera, creando preciosos tirabuzones.

—Intrigada —reconocí recorriendo aquella escena con mirada curiosa y deshaciendo los pocos prejuicios que no sabía que tenía. Todos estaban felices, podía haber una orgía a su lado, pero era mucho más interesante lo que estaban haciendo para que alguno se dignase a mirar. De pronto me giré sorprendida.

Al principio no supe definir qué era lo que me había llamado la atención. Me quedé con los ojos fijos en aquel sofá, ocupado por una pareja joven, sin comprender por qué no lograba apartar la mirada de aquella escena. Él se movía sobre ella, entrando con tanta fuerza que casi podía escuchar el golpeteo, mi mente tuvo la delicadeza de recrear en su interior un sonido, tan conocido, que al mirarlos provocó que mi cuerpo se estremeciera.

Ella tenía la cabeza echada hacia atrás, los ojos cerrados, recibéndolo todo y con los labios entreabiertos. Me relamí consciente de lo que hacía, habría deseado ser yo la que ocupara aquel lugar, aquel hombre enmascarado sobresalía entre el resto de los clientes, pero no solo era por su físico, sino también por la contundencia, determinación y seguridad que transmitía en cada movimiento. La dominaba sin tocarla, la penetraba de una manera que cada movimiento retumbaba en mi piel.

—¿Estás bien? —preguntó, sobre mi oído, mi compañera. En aquel momento ya nadie quería bebidas, al menos no hasta que tuvieran que reponer líquidos antes de un segundo o tercer asalto, todavía no tenía muy claro cómo funcionaba aquel sitio. Lo que sí sabía era que aquel hombre que tenía a la rubia desmadejada sobre el sofá mientras seguía incansable con aquellas penetraciones,

sin disminuir en ningún momento la intensidad de su ataque, era el centro, brillaba de una manera que atraía las miradas.

—Sí —dije apoyando las manos sobre la barra y tratando de alejar los ojos.

—Al principio todo puede sobrepasarte, pero con el tiempo lo llevarás como un trabajo más. —En su voz había una profesionalidad, una tranquilidad que me sorprendió. Al ver a aquel hombre de cabellos negros y piel dorada lo dudé—. Haz tu trabajo y deja que el tiempo pase, no pierdas esta oportunidad, en pocos sitios te tratarán como aquí. —Asentí y ella me tocó el hombro—. Voy a fumar un cigarro. Vengo en diez minutos. —Volví a asentir y me quedé mirando su vestido danzando en torno a sus caderas mientras se alejaba, pensando lo hermosa y sensual que se veía y lo poco que le importaba. Un hombre se cruzó con ella, le dijo algo, pero ella no se detuvo, pasó por su lado y él se olvidó al momento de aquel suceso para caminar decidido hacia uno de los sofás que había en la pared del fondo.

En ningún momento llegué a desprenderme de aquella sensación, conectada sin saberlo con aquel sensual encuentro. Vigilando la espalda ancha de aquel semental que seguía y seguía, hasta que yo llegué a impresionarme. Algún que otro cliente se acercaba, una mujer mayor se sentó ante mí, sudorosa y con una inmensa sonrisa. No tuve más remedio que centrar mis ojos en ella, mi atención en sus palabras, aunque gemí internamente al tener que dejar marchar de mi mente a aquel dios del sexo.

—Agua con gas —pidió apoyándose sobre la barra. Sus ojos azules brillaban y tenía la piel perlada por minúsculas gotas de sudor, que habían provocado que su pelo negro se pegase a su piel. Se la tendí y ella retuvo mi mano. Me pilló por sorpresa—. ¿Eres nueva?

—Mi primer día, ¿tanto se nota? —inquirí tirando con suavidad y mirándola a los ojos, mientras ella me permitía escapar. Me hizo sentir extraña aquella atención, su forma de mirarme, me sentí como si fuera su presa y aún no lo supiera.

No era joven, pero seguía siendo atractiva. De cerca pude percibir su perfume caro, envolviéndola e invitando a acercarse. Era sutil, al igual que su forma de tocarme o de apartarse el pelo, toda ella desprendía elegancia.

—Soy una asidua. —Se tomó un trago con delicadeza, sus labios acariciaron el vaso con suavidad, sus pupilas chocaron con las mías y no se desviaron en ningún momento—. Estoy convencida de que disfrutarás de la experiencia, espero que volvamos a vernos. —Y la forma en la que lo dijo me dejó sin respuesta. Nada de lo que acudió a mí era digno de ser nombrado, quizás porque yo no estaba tan segura de que me gustase lo que ella insinuaba. Decidí callar y sonreír, una sonrisa que ella aceptó como válida—. Debo volver, mi pareja parece recuperada y no quiero que encuentre a otra que pueda proveerla de unas horas mágicas. —Se levantó y caminó hacia el centro de la sala. Allí una pelirroja bajita y con grandes pechos estaba tumbada, atada de manos y con las piernas abiertas. A pesar de lo expuesta que se encontraba nadie se había acercado a ella. La mujer se inclinó sobre la boca de la pelirroja y la besó, le dijo algo al oído y la pelirroja asintió. Fui testigo mudo mientras comenzó a besar su cuello y a descender, depositó pequeños besos por la piel de la pelirroja hasta que alcanzó el centro de su placer. Ahí se arrodilló y la tentó, la besó y acarició con la lengua hasta que aparté la mirada. No porque me asquease, sino porque me sentí superada.

—¿No quieres descansar unos minutos? —Mi compañera había vuelto y yo ni cuenta me había dado. Negué despacio y volví a buscar al dios del sexo, un apodo que lo definía a la perfección. Ya no se encontraba en el sofá, pero lo localicé con rapidez.

Aquel hombre caminaba directo hacia mí. En su mano derecha llevaba un lazo de seda negro y

lo acariciaba entre los dedos a cada paso que daba. Me quedé sin aliento al sentir sus ojos negros como la noche posarse en mí. Me sentí desnuda mientras, como un auténtico explorador, recorría mi cuerpo estremeciéndome, torturándome.

—Sorpréndeme. —Ni presentación ni un mísero hola. Una palabra que me dejó descolocada, bloqueada.

—¿Perdón?

—Tengo mucha sed. —Me miró los pezones con descaro y se relamió ante mi estupefacción—. Y estoy muy indeciso. Demasiadas posibilidades y... ¿quién mejor que tú para ayudarme?

—Tiene sed —dije en automático.

—Eso he dicho. —Sonrió con ternura y se acercó un poco más. En aquel momento pensé que la barra era diminuta, su cuerpo ocupaba todo el espacio, su inmenso y esculpido cuerpo del que colgaba un pene que en ese momento estaba en reposo, pero que en mi mente se antojaba inmenso y grueso, quise saber si estaba en lo cierto—. ¿Tienes curiosidad? —preguntó. Di un paso hacia atrás ante la ridícula idea de que había leído mi pensamiento. Lo rechacé en el mismo momento en el que me percaté de dónde estaba mirando cuando él me cazó.

—Mucha. —Y ahí me volví a sentir realmente yo. Yo nunca fui tímida, ni cobarde. Quizás necesité un tiempo para aclimatarme, solo eso. Él estaba sorprendido, ninguna máscara podría ocultar la forma en la que sus ojos se abrieron y eso me llenó de satisfacción. Yo también podía jugar, quizás no tocarlo, ni disfrutar de la manera convencional, sin embargo... —¿Seguro que quieres que yo te sugiera una bebida? —recalqué la última palabra y él asintió —Le tendí un agua. Iba a decir algo cuando la eché sobre una copa labrada y coloqué en el borde una raja de limón—. Seguro que tienes mucha sed —lo corté—. He visto que has estado haciendo mucho deporte y no me gustaría que te deshidratases. ¿Practicando?

—¿Acaso habría de hacerlo? Creo que podría estar muy orgulloso con mi actuación. —Su pecho se hinchó con orgullo. ¡Hombres!

—Soy de la opinión de que todos podemos mejorar.

—Eso es porque no eras la que estaba medio en coma entre la bruma de placer de mis atenciones. No es lo mismo espiar que saborearme. Soy un fruto prohibido. —cogió la copa y nuestros dedos se rozaron. Ni yo aparté la mano ni él se alejó. Disfruté aquel contacto robado, unos segundos que me supieron a poco.

—Para las que se conforman. Siempre busco más, tiendo a aburrirme. Tienes suerte, aquí siempre podrás cambiar para mantener esa fama que tanto disfrutas. —Lo atacé con ironía y él lo soportó sin inmutarse. Su mandíbula cuadrada tembló casi imperceptiblemente.

—Es una pena que no pueda domarte como te mereces. —Vi una amenaza vedada y una oscura promesa en sus ojos ligeramente rasgados—. Te crees a salvo porque no puedo tocarte, porque por mucho que lo desees siempre estarás lejos de mi alcance, pero ese será tu castigo por una lengua demasiado afilada. Jamás te tocaré —escupió. Comprendí que a esos hombres pocas veces le hablaban como yo lo había hecho, por mucho que para mí no era más que un juego. Lo sentí por él, había descendido varios puntos en mi escala, pero sonreí demostrando que era muy superior a él.

—¿Orgullo herido? —pregunté con dulzura —Soy la camarera, no debe importarte lo que opine. Eres guapo, pero no todo es eso. —Me encogí de hombros—. ¿Te he sorprendido lo suficiente? —Vi el brillo divertido en sus ojos que ocultó con rapidez.

—Será un juego largo, pero te obligaré a comerte tus palabras mientras te tragas mucho más que eso.

—Vulgar —escupí molesta.

—¿Eso crees? Cuando termine contigo serás feliz con todo lo que pueda darte. Suspirarás por mí, igual que la niña caprichosa que aparentas ser.

—¿No lo soy? —Ante mi pregunta él comprendió su error. Se acercó, con medio cuerpo sobre la barra y su cara a punto de rozar la mía. No retrocedí. Su boca olía a sexo, todo él lo hacía. Era un olor dulzón y picante al mismo tiempo que se mezclaba con su propia colonia y me estaba ahogando, me sentí sedienta de él. ¿Estaba loca? ¿Cómo podía desearle a pesar de lo arrogante y cretino que era? No iba a ceder ante un hombre que se creía el centro del universo. ¡Él no era irresistible, yo lo era!

—Estás atada, acostumbrada a que digan todo lo que deseas oír, te regalan los oídos y tú te lo tragas. Yo soy brutalmente sincero, pero siempre cumplo lo que prometo. Te emborracharás de placer y me pertenecerás en cuerpo y alma porque solo yo seré capaz de encontrar las terminaciones de tu cuerpo, los lugares exactos en los que el placer se convierte en una tortura infinita. Soy insaciable, ya lo descubrirás.

—Soy intocable, ¿recuerdas?

—Cierto, aunque siempre hay una forma. —Iba a retroceder cuando yo, siempre llevada por un impulso que me había ocasionado más de un problema, lo cogí por el pelo y lo retuve. Casi gruñí de placer al sentir mis dedos hundirse en su espeso cabello negro, apreté hasta ese punto en el que empieza a doler y lo sentí mío. No necesitaba nada más para moverlo a mi antojo, no me preocupé de que nos vieran, probablemente aquel sería mi primer y último día, poco importaba.

—Niño tonto. Un culo bonito y te crees un dios. No vuelvas a atreverte a hablarme de esa manera jamás si no quieres que yo misma te enseñe un par de lecciones. Quizás tengas razón —reconocí sin avergonzarme—, tal vez no tenga tanta experiencia —arrastré la última palabra—, pero soy joven y la tendré. No me gusta que me infravaloren ni me juzguen. Además, si yo quisiera tenerte lo haría, pero serías tú quién se arrastraría, vendrías moviendo el rabo para que te consolase, porque soy yo la que controlaría cada respiración, cada latido de tu cuerpo.

—¿Te gusta controlar? —Lo miré sin comprenderlo—. ¿Te gusta tener el poder?

—Sí —respondí con rotundidad.

—Entonces será peligroso porque el sexo es un espejo de nosotros mismos, quien realmente somos. Creo que va a ser peligroso juntar a dos titanes en una misma cama, quizás necesitaríamos a alguien más. —No parecía estar hablando conmigo. Se había perdido en sus razonamientos, sin importarle lo más mínimo que lo tuviera agarrado por el pelo. Incrementé la presión hasta que volvió a reparar solo en mí.

—¿Haciendo planes?

—Deberías soltarme por el bien de ambos. —Negué despacio sin amilanarme.

—Nunca he sido un cobarde. Tú vas a ser educado y a tratarme con respeto. ¿Entendido? —Hablé despacio. Sus labios mucho más cerca de lo correcto, tanto que tenía ganas de que mi lengua saliera de exploración y pudiera saborearlo.

—No te gustaría que fuera “educado”. Aún no lo sabes, es comprensible.

—No me trates como si fuera una niña.

—Si fueras una niña mis pensamientos no serían tan oscuros. Eres bonita, tienes un aire dulce y... me va a encantar ser tu profesor.

—¿Crees que lo necesito?

—Hoy estoy agotado —me cortó—. Dentro de tres días hay otra fiesta, quizás pueda convencerte para...

—No está permitido.

—Lo sé, pero...

—Deberías volver con tu acompañante o buscarte otra. —y lo solté dándole un pequeño empujón—. ¿Alguna otra bebida?

—No me des ideas. —Pero se alejó para volver con otra mujer. Una hermosura de piernas kilométricas que sonrió con auténtico deleite y se echó sobre sus labios. Él me miraba mientras la besaba, sus ojos conectaron con los míos sin pudor mientras la lengua de ella asaltaba su boca y se enzarzaban en sensuales mordiscos y exploraciones a fondo.

No me gustó y al mismo tiempo me calentó. Una dualidad que dejé de lado al girarme para atender al siguiente cliente. Quise dejarlo correr, concentrándome en cualquier otra cosa, por muy explícito que fuera el acto.

Cuando no estaba sirviendo copas miraba a los clientes, en ciertas ocasiones incluso tomé un par de anotaciones mentales para ponerlas en práctica en el futuro. No obstante, cada cierto tiempo volvía a mirarlo, era una alarma interna, silenciosa, un hilo que me conectaba a él y que vibraba exigiéndome que lo buscara con los ojos para encontrarlo siempre devorándome desde la distancia.

¿Lo más extraño y erótico de mi vida? Observar a un desconocido que hacía reaccionar cada partícula de mi cuerpo mientras volvía a follarse a aquella mujer, esta vez a cuatro patas, de una forma impersonal, pero mirándome directamente, parecía que fuera a mí a la que, de alguna extraña manera, estuviera poseyendo, dominando. Alcé el mentón en un reto silencioso, yo no era de las que aceptan las migajas, ni una distracción, era yo la que decidía comenzar y terminar, no quería hacerme adicta a los besos y atenciones de alguien para que me los arrebatasen antes de tiempo, temía que con él pudiera ocurrirme eso, quizás porque era la primera vez que mi corazón golpeaba con tanta fuerza mis costillas que me quitaba el aire. El oxígeno que entraba en mis pulmones salía mucho más caliente, en forma de humeantes exhalaciones que, extrañamente, seguían aquellos embistes furiosos, endemoniados.

Decidí terminar aquella noche sin pensar. Pospuse cada idea, desconectando mi mente todo lo posible.

—¿Cómo va tu noche? —No lo había visto en horas, en cierta manera eso me cabreó.

—¿No ibas a acompañarme en mi primer día? —pregunté arisca mientras limpiaba una copa y volvía a colocarla en su sitio, lista para volver a ser usada.

—¿Me has necesitado? —inquirió con una sonrisa divertida. Mi gran jefe, ese hombre que siempre llevaba tras él a su gorila. El mismo que parecía un niño grande jugando.

—¿Qué quieres ahora?

—¿Debería castigarte? Te dije que los clientes no pueden tocarse. —Su tono era más frío.

—Lo lamento. —Aunque no era cierto. Mi cara debió convencerlo porque asintió haciéndole un gesto a su gorila.

—Vamos a firmar el contrato. Por esta noche es suficiente. ¿Cierras? —Le preguntó a mi compañera antes de subir unas discretas escaleras que había en la esquina.

—Por supuesto —dijo ella.

—Darik te ayudará. —Y el gorila cruzó los brazos, supuse que era su forma de hacer saber que había escuchado la “sugerencia”. Seguí a mi jefe escaleras arriba.

# Capítulo 4

## En la guarida del lobo

# Maya

Aquel lugar era inmenso, como un pequeño laberinto. Ahora estábamos en una oficina con un gran sofá en la pared izquierda y un escritorio al fondo. Se sentó tras él, en una inmensa silla forrada en piel, y me observó en silencio. Ya no llevaba el antifaz, lo había dejado caer en el pasillo, y en ese momento aproveché para quitarme el mío.

—¿Te has divertido? —preguntó al fin.

—¿Perdón?

—Lo siento. Sé que me tomo libertades que no debería, puedes cortarme en cualquier momento, pero tengo curiosidad. Nunca antes una chica había cogido por el pelo a uno de mis mejores clientes. —Sonaba a regañina y así me sentí. De pie ante el profesor, lista para ser amonestada, con la única diferencia de que él estaba para comérselo y el castigo que pasaba por mi mente no era precisamente algo que yo quisiera rechazar.

—Lo merecía. No me arrepiento —respondí cruzándome de brazos a modo de protesta. Al mismo tiempo estaba contradiciendo mis palabras anteriores, pena que ya no las recordase. Una noche demasiado larga.

—Lo supongo. Este no es un negocio normal y una persona normal tampoco aguantaría. —Su sonrisa me tranquilizó, señaló el sofá y tomé asiento—. ¿Te has divertido? —Y como parecía tan interesado decidí ser sincera. Lo miré como miraría a un amigo, tal vez porque lo que iba a decir no era algo que me imaginase contándole al hombre que firmaba mis cheques.

—A ratos. Fue excitante y diferente.

—¿Te quedas?

—Por ahora.

—¿Quieres saber por qué puse esa regla? La de no tocar a los clientes.

—Claro. —Aunque no estaba del todo segura. Se puso en pie y caminó hasta colocarse a mi lado, cuando se sentó sentí el calor de su pierna contra la mía. Seguía vestido con aquel taparrabos, que no dejaba nada a la imaginación, y sonreí por lo ridícula, y erótica al mismo tiempo, que era la situación.

—La tentación es innegable. Al finalizar la jornada muchas chicas decidían continuar la fiesta y en ocasiones se rompió el anonimato. Hombres y mujeres importantes jugaron con fuego y acabó ocasionando problemas legales, sin embargo, no es eso lo que me hizo tomar la gran decisión. Cuando vas a un local en el que no puedes ver el rostro de la otra persona, en el que no conoces su nombre ni sus gustos, pequeños detalles a los que no damos importancia... cuando esto ocurre no

surgen sentimientos peligrosos. —Asentí intuyendo lo que diría.

—Amor.

—En ocasiones, otras, se parece más a una obsesión. En este tipo de relaciones los límites y lo que se espera debe quedar muy claro, la línea que no se debe cruzar debe...

—Lo entiendo. —Él dejó caer todo el peso sobre el respaldo y cerró los ojos—. Lamento haber tocado a un cliente, no volverá a ocurrir.

—No te creo, lo veo en tus ojos, en la forma en la que lo miraste. En mi trabajo he aprendido a juzgar a las personas y por mucho que estoy convencido de que tu intención es cumplir tu palabra no lo harás. —Suspiró y se volvió para mirarme. Sus ojos verdes brillaban, sus labios se habían contraído en una fina línea, que no le restaba atractivo a su rostro de facciones rectas y duras—. No debería permitirlo.

—¿Por qué lo haces entonces?

—¿Y si yo también quiero romper mi propia regla? —Y no supe responder. Nos quedamos en silencio. Cada salto que daba el minuterero sobre el reloj de la pared era un salto de mi corazón esperando, deseando que diera el paso y me besase—. El contrato está sobre la mesa. Fírmalo y vete. Te avisaré para la próxima fiesta y... —Se estaba levantando dispuesto a dejarme sola cuando cogí su mano.

Libertad, una palabra que nos gusta, pero a la que no siempre respetamos. Decimos ser libres mientras ponemos pequeños límites a nuestros anhelos, a nuestros deseos más oscuros. Nos cubrimos con excusas, motivos que aplacan esos deseos, pero yo no era así.

Lo miré y lo deseé. ¿El trabajo? Podría conseguir otro, pero aquel momento, la sensación que sentía al tenerlo a mi lado, todo lo que había visto aquella noche danzando entre los surcos de mi cerebro, era inevitable. Pasase lo que pasase recordaría aquel momento siempre.

—No conozco tu nombre —dije.

—¿De verdad quieres hacerlo?

—No sé nada de ti —continué sin hacerle caso.

—Todo cambiará. Por eso nunca intimo con mujeres en la sala roja, es peligroso... —Pero su mano se alzó para acariciar mi mejilla con una ternura que me dejó descolocada. Había dulzura, cierto miedo a salir herido.

—¿Me temes?

—Debo hacerlo. —No trató de ocultarse—. Eres peligrosa, yo lo soy.

—¿Lo soy? —pregunté ignorando la segunda parte.

—Si te lo permito.

—Entonces no lo hagas. Estamos en la sala roja. —Mientras lo dije volví a ponerme la máscara—. No somos más que dos desconocidos, dos cuerpos que... —Y pasé la mano por su pecho, dejando que mis uñas acariciaran su piel.

—Se desean —terminó por mí—. No es bueno desear a quien no debes tocar.

Abrí las piernas con descaro. Un gesto sumamente sensual que había visto pocas horas antes hacer a la rubia de piernas interminables ante el dios del sexo, pero que a mí me había dejado con emociones encontradas.

La mano de mi jefe acudió a mi entrepierna. No hubo juego preliminar, también es cierto que me encontró completamente preparada para la exploración. La humedad había ido y venido a lo largo de las horas, pero tanto tiempo esperando, tanto tiempo necesitando ese desahogo me había dejado necesitada y muy sensible. Cada toque parecía haber sido multiplicado por diez, lo miré jadeando cuando no había hecho más que pasar su índice de arriba abajo y chuparlo ante mí.

—Además —terminé para darle el último empujón. Era como si tuviera que convencer a un estudiante virgen, destrozarse sus miedos para lanzarse de lleno al placer. No comprendí sus reservas, seguramente había un sólido motivo, algo que no quería saber y mucho menos en aquel momento—, aún no he firmado. Todavía no trabajo para ti.

—Cierto.

Y no necesitó más. Al momento cogió mis piernas y tiró de mí. Quedé tumbada en el sofá, con las piernas abiertas y él de rodillas en el suelo entre ellas. Me miró de arriba abajo y rasgó la tela del vestido para poder mordisquear mis pezones.

Mi cabeza se movía sola, no podía controlar mi anatomía mientras sus dientes jugueteaban con mi pezón derecho, para pasar a lamerlo y volver a comenzar. Que dios me ayudase, pero me había perdido.

—Mi jefe va a hacerme pagar el destrozo —conseguí juntar las sílabas a duras penas y salió como un quejido bajo. Dudé de que hubiera escuchado mi intento de broma, pero su sonrisa sobre mi piel y su respuesta despejaron mis dudas.

—Espero que te castigue con dureza. —Y la punta de su polla se restregó contra mi entrada, todavía por encima de mi tanga. Oí el sonido del precinto del condón al rasgarse y esperé impaciente a que terminase. Cuando volvió a restregarse contra mí había apartado aquel diminuto trozo de tela roja y se preparaba para entrar. Lo supe, mi cuerpo lo sabía, era un conocimiento ancestral—. No puedo esperar.

—No lo hagas.

—Ojalá pudiera decirte que en otra ocasión seré más...

—Pero no la habrá, ¿cierto? —Ante mi respuesta brusca vi cierta duda en sus ojos y lo besé. Al principio para acallararlo, pero ganó intensidad. La sorpresa de él se tornó hambre, feroz, destinada a arrebatarle la cordura.

Nuestras bocas se mordían, probaban y volvían a morder cuando lo sentí llenarme de golpe. Dura, fuerte, gruesa, me llenó completamente. No esperó mi respuesta, tampoco podía dársela. Empezó el vaivén y yo levanté la cadera para mayor profundidad. Él agarró mis manos, apretando mis muñecas en un gesto de posesión que me encantó. Me retuvo con dureza, pero sin llegar a hacerme daño. Se movía con intensidad, pero sin dejar de besarme, de enlazar nuestras lenguas. Fue extraño porque me sentí mucho más conectada con él de lo que había estado con hombres a los que conocía, con los que me acosté creyendo, ingenuamente, que quizás podríamos crear juntos algo sólido.

Tal vez mentí en algo, no se trataba de que no fuera romántica, sino de que había perdido totalmente la fe en el amor y en aquel instante supe que quizás no había tomado la decisión correcta.

¿Lo extraño? Mientras mi jefe me arrastraba en cada penetración a una cima más gloriosa que la anterior, hasta dejarme ante el precipicio del mejor orgasmo de mi vida, el cuerpo, los ojos, la sonrisa del dios del sexo acudió a mi mente. Parecía que quisiera burlarse de mí, ¿burlarse por qué cuando sería el mejor polvo de mi vida?

Confusa, incapaz de retener durante más tiempo el orgasmo, me aferré a su espalda con las uñas, mordí su hombro y gruñí como un animal. Perdida en emociones a las que cualquiera podría hacerse adicto. Eran descargas eléctricas que terminaban en la punta de los dedos de mis pies.

¿Él? No terminó conmigo, siguió moviéndose mientras aquellos espasmos me recorrían, aunque no tardó mucho más. Cuando cayó agotado sobre mi pecho me miró y supe que estaba incómodo. Salió de mí y sonreí al ver el profiláctico sobre su polla, ahora mucho más pequeña.

—Es tarde. Firmaré el contrato y descansaré. Ha sido una noche larga —dije poniéndome en pie, fingiendo que no estábamos desnudos, despeinados y completamente satisfechos.

Pasé por su lado cuando me retuvo. Lo miré sin comprender, hasta que sus labios sobre los míos acallaron las preguntas. Fue un beso cálido, húmedo, estremecedor.

—No debí hacerlo. —Fue lo último que oí antes de que saliera por la puerta en aquellas guisas. Volvió poco después con una bata para mí, detalle que no pasó desapercibido. Yo acababa de firmar—. Descansa, te avisaré de la próxima fiesta —dijo de manera profesional, lejana, incluso llegué a sentir un frío que no estaba antes ahí al mirarlo.

—Buenas noches.

Salí de allí, me vestí y me dirigí a casa. No quería sentir nada, sin embargo, era incapaz de procesar la cantidad de emociones que me recorrían. Necesitaría días para procesar tantas cosas, pero ¿lo tendría?

El dios del sexo era increíble. Tenía algo que me llamaba a él, sin embargo, era arrogante, pedante, insoportable. Mi jefe, por otro lado, estaba vetado, jamás aceptaría algo más de lo que ya habíamos tenido, notaba su renuencia, su miedo y su lucha interna.

—No me interesa ninguno —dije a la ventanilla de mi taxi. El hombre que conducía no respondió nada, seguramente habría visto mucho más que a una mujer despeinada, con pinta de haber salido de una gran fiesta—. No me interesa ninguno —repetí, pero esta vez mucho más bajo.

## Capítulo 5

# Maya

Tardé en dormir y tardé en despertar. Cuando lo hice fue como si durante mi sueño REM hubiera tomado la gran decisión. Placer, aquel orgasmo había sido brutal y tenía que haber más, ¿por qué debía complicarme la vida? Y no solo eso... Yo sería una de las clientes, tendría acceso a todo lo que quisiera y el dios del sexo ni siquiera lo sabría, sin embargo, había una pequeña espinita en mi razonamiento, mi jefe sí.

Llamé a Tanit incapaz de decidirme. Sabía que me reñiría, ella sería la voz sensata, no obstante, jamás me juzgaría. Preocuparse, tal vez, nunca juzgar.

Se personó en mi apartamento en un tiempo récord. Cuando la vi en el pasillo no me sorprendí, aunque tuvo suerte de que no le tirase el café, que en ese momento estaba sirviéndome en la cocina, por la cabeza.

—¿Y esas prisas? —preguntó con una sonrisa.

—¿No sigues llorando? —contraataqué en un vano intento de picarla.

—Se me hinchaban los ojos.

—Mucho no lo querías. —Y como ella no hizo amago en negarlo le di mi taza y me serví otra —. Me vas a matar.

—Posiblemente, has logrado que pocas cosas me sorprendan en esta vida. ¿Qué has hecho? ¿Ya has perdido el trabajo?

—No, es más, tengo al jefe muy contento. —Esbocé una mueca que trataba de emular una sonrisa ante el significado real de mis palabras—. Tuve que convencerlo, pero al final aceptó pacíficamente. No sabía que iba a ser tan difícil trabajar en un lugar como ese.

—No te sigo. —Se llevó la taza a los labios y tras beber suspiró—. Cuéntamelo todo.

Y lo hice. Tardé una hora, pero conté cada detalle, cada mala impresión del dios del sexo y la ternura de mi jefe. Las horas de calores, las escenas que había presenciado entre copa y copa.

—Es como entrar en un mundo completamente diferente. Tratan el sexo con naturalidad, van semidesnudos sin que nadie pierda los ojos. Si hubieras visto a ese hombre, parecía dominar a la rubia de una manera que hasta a mí me hacía sentir la palpitación entre las piernas. Emanaba intensidad, es difícil de explicar... —corté haciendo un ligero aspaviento.

—Pero te acostaste con tu jefe —dijo Tanit esperando una explicación mucho más clara.

—¿Y qué querías que hiciera? Es guapísimo y yo llevaba mucho tiempo caliente.

—¿No te gusta?

—A cualquier mujer le gustaría. Esos ojos verdes y esa manera de mirarme... Me deseaba, saberlo y notar como se contenía me puso a mil. No veo que hice de malo —añadí a la defensiva.

—Complicar las cosas. Es un trabajo, por muy novedoso, por llamarlo de alguna manera, que

pueda parecer.

—Fue increíble. Me encantaría repetir. —Estaba soñando despierta. Era algo a lo que no debía acostumbrarme porque era ahí donde germinaban los sentimientos peligrosos, sin embargo, fue el mejor polvo de mi vida y no se trataba de que no lo hubiera intentado en infinidad de ocasiones. ¿Cómo podía olvidarlo cuando al fin había encontrado a un amante a la altura?

—No lo hagas. Hazme caso por una vez. No te digo que lo dejes, pero trata de ser profesional.

—¿Te conté lo de la mujer? Se acercó a mí dispuesta a seducirme. —Me mordí el labio—. Estuvo durante horas entre las piernas de varias mujeres, incansable. Nunca pensé que pudiera sentir curiosidad al respeto. —Miré a Tanit y entrecerré los ojos por la forma en la que apartó la mirada—. ¿Tú...? ¿Dime que no lo has hecho y has tenido el descaro de guardar silencio!

—Son detalles íntimos.

—¿Desde cuándo? Te recuerdo que hasta sé cuánto les mide la polla a tus ex. Ahora me entero de que hay “detalles” que son catalogados como demasiado íntimos.

—¡Vale! Me daba vergüenza.

—¿Tan mal estuvo la experiencia? —inquirí esperando.

—No, no es eso. Fue diferente, mucho más tierna, pero incómoda al mismo tiempo. Supongo que no tengo muy claro lo que sentí.

—¿Cómo? ¿Cuándo? —Algo en el rubor de sus mejillas, en el brillo de sus ojos, me hizo darme cuenta de que jamás le había ocurrido con los múltiples hombres de los que se había “enamorado”. ¿Quién era aquella desconocida que conseguía ponerla en un estado febril y soñador?

—¿Recuerdas el viaje de empresa de hace dos meses? —Asentí incapaz de decir nada que pudiera hacerla callar. Ella tendía a cerrarse en sí misma con frecuencia y no tenía paciencia para sonsacarle—. Yo acababa de cortar otro de mis desastrosos intentos de relación estable y Carla estaba ahí. Siempre tenía una sonrisa, era cálida, alegre, divertida... Una noche me invitó a tomar una copa, yo no quería y traté de poner una excusa, pero ella nunca acepta un no por respuesta. —Tanit había dejado de mirarme, sus ojos se habían perdido por el salón mientras, estaba segura de eso, su mente recordaba lo ocurrido con una sonrisa de placer y algo más, un más que se me antojaba muy peligroso.

—Pero fuiste —comenté para que siguiera tras un minuto de silencio.

—Lo hice. Me ayudó a vestirme. Fue extraño porque me he vestido contigo miles de veces, pero ninguna fue como aquella. Me miraba de una manera que me hacía sonrojar y cuando me cambié el sujetador tuve que girarme, ¡me puse colorada cuando me dijo que me quedaba bien! Parecía haberme vuelto estúpida. —Y sin embargo a mis ojos se veía más viva que nunca. Sus mejillas sonrojadas, sus ojos perdidos en un momento que a todas luces la había hecho feliz, la forma en la que mentaba a Carla, como si solo su nombre fuera una caricia que daba alas a todo su cuerpo, Incluso llegué a sentir envidia porque, aunque ella no lo supiera, allí había mucho más—. Elegí el vestido de tubo, pero sabes que nunca he conseguido abrochármelo yo sola.

—Es demasiado estrecho, ya te lo he dicho.

—Me queda genial, necesitaba ir despampanante. —Asentí sin añadir nada—. Carla se acercó y dijo que me ayudaría, pero en lugar de eso se pegó a mi espalda y me dijo que era la mujer más hermosa del mundo. Yo me sentí extraña, pero me encantó. Me quedé mirando el espejo que había ante mí incapaz de girarme, sin saber qué era lo que ocurriría, aunque sentía que si no hacía nada ella intentaría algo más. —Tanit me miró entonces con una sonrisa inmensa en los labios y una lágrima brillante en el ojo derecho a punto de descender—. ¿Lo entiendes? Supongo que no —dijo

con rapidez antes de que yo pudiera abrir la boca—, ella pasó sus manos por mi cuello y las fue bajando. Lo hizo despacio, como si esperase que la detuviera, pero yo no podía. No lograba pensar en nada mientras sus dedos se cerraban en torno a mis pechos. Cerré los ojos y la dejé hacer, no comprendo qué me ocurrió, pero era incapaz de tomar decisión alguna. Ella tenía todo el control y todo el poder. —Se mordió el labio y lo dejó escapar con una sonrisa pícar—. Entonces me giró y me besó. Me besó de una manera que me robó el aire, sus labios eran cálidos, suaves y su lengua fue muy dulce. Yo la miré sin aliento cuando se alejó, sintiendo una pena inmensa, pensando que todo se había terminado, que se marcharía y no volveríamos a hablar del tema.

—No lo hizo. —Mi voz sonaba aguda, ninguna de las dos dijo nada.

—No. Tiró de mi vestido hacia abajo y se arrodilló ante mí. Fue lo más erótico, intimidante y peligroso que he hecho nunca. Era ella la que estaba arrodillada, pero yo la que temblaba como una hoja llevada por el viento. Sentía la boca seca, deseaba besarla, tocarla, sin embargo, mi cuerpo no respondía a mis órdenes, solo a las de ella. Y me ordenó, lo hizo con delicadeza. Deslizó las braguitas por mis piernas y fue lo más sensual del mundo, pensé que jamás desaparecerían. Casi me muero cuando me pidió que abriera las piernas, que apoyara el pie derecho sobre una silla. Te parecerá una tontería, pero recuerdo cada detalle, cada palabra.

—¿Por qué habría de parecerme una tontería?

—Porque de los otros no recuerdo casi nada.

—Supongo que Carla era mucho mejor amante.

—Tal vez.

—¡Sígueme contando! ¡No te despistes ahora! —exigí sabiendo que si la dejaba perderse por derroteros oscuros no terminaría la historia.

—Se colocó entre mis piernas y la sentí. Con la lengua comenzó a estimularme mientras entraba en mí con el dedo. Parecía que solo habían pasado dos segundos cuando sentí el orgasmo más intenso de mi vida, en parte algo en mi interior se revolvió al imaginarme a cuántas mujeres había tocado antes como si...

—Celos...

—No —negó con rapidez. Yo no dije nada más—. Me corrí como una niña y, cuando se levantó y me besó, me saboreé en su lengua. —Se quedó callada y dos lágrimas más corrieron por sus mejillas—. Pero cuando tiró de mi mano sentí miedo. No sé por qué lo hice, de verdad, me gustaba, no obstante, cuando tiró de mí hacia la cama no pude caminar. Quería hacerlo, lo deseaba con cada parte de mi cuerpo. —Y comenzó a llorar, con suavidad, tragándose la mayor parte de las lágrimas, avergonzada por sentimientos intensos que llevaba mucho tiempo reprimiendo. Me sorprendí al comprender que había mucho que desconocía todavía de ella.

—No pasa nada.

—Sí lo hace. Fui una cobarde y...

—¿Qué ocurre? —pregunté sabiendo que había algo que la estaba martirizando, más allá de no haber sido capaz de dar el gran paso.

—No me atrevo a hablar con ella. Cada vez que me dice algo salgo corriendo y ahora creo que se ve con otra. Me muero por dentro cada vez que la veo con la de recursos humanos. —Gimió al darse cuenta de lo que significaban esas palabras.

—Es normal tener miedo. Lo superaremos juntas y decidirás qué es lo que quieres hacer al respecto. Si algo he aprendido es que nunca es tarde para cambiar las cosas. Si la quieres luchar, creo que es el momento de disfrutar sin pensar en nadie más que en ti misma.

—Jamás me han gustado las mujeres —soltó con firmeza, de manera contundente—. Solo ella.

—¿Eso es importante? —pregunté sin saber que tenía esos prejuicios.

—No, no se trata de eso. —Y, cogiendo mi cara, se acercó hasta que prácticamente rozó la mía—. Solo me gusta ella. No se trata de hombre o mujer sino de ella. ¿Lo entiendes?

—Te has enamorado.

—No sé lo que siento, estoy confusa. Si fuera simplemente buscar a otra mujer lo habría hecho, pero nadie me hace sentir como ella. Ni siquiera sabía lo que estaba pasando hasta que se alejó, fue ahí cuando empecé a pensar en todos los momentos que habíamos pasado juntas, en como la buscaba sin darme cuenta y la invitaba a tomar café cada mañana. Me siento estúpida.

—Creo que todos se sienten así cuando se enamoran.

—Pero la he perdido —terminó cansada, dejándose caer sobre mí y abrazándome con fuerza.

—Nunca se sabe. —Y era cierto. La vida tendía a darnos muchas sorpresas. Quizás no siempre agradables, pero sorpresas, al fin y al cabo—. No lo sabrás si no lo intentas. —Y me quedé callada, quizás porque en aquel momento sentí que mis dudas ya no tenían tanta importancia. Miles de veces hablando de los sentimientos de Tanit, de sus ligues, y había guardado aquel gran secreto durante más de dos meses—. ¡Cómo vuelvas a pasar tú sola por algo parecido te tiro de las orejas!

—Lo siento, necesitaba pensar... —Y besó mi mejilla a modo de disculpa.

## Capítulo 6

# Maya

Y durante dos días mi mundo, aparentemente, volvió a la normalidad. Tanto, que el recuerdo de aquella noche se volvió irreal, se parecía demasiado a una lejana fantasía, perfecta, húmeda, me dormía pensando en eso y me despertaba sudorosa, necesitada. Mi mente se debatía entre mi jefe, con aquellos ojos verdes arrebatadores, y el dios del sexo cabrón. Aunque lo bueno de no tener que dar explicaciones a nadie era que podía ser sincera. Sí, no me gustaba la forma en la que el dios del sexo me había hablado, pero no podía sacar de mi cabeza cómo aquella rubia disfrutaba, la forma en la que la había poseído.

Dos días en los que redescubrí mi cuerpo como nunca antes, incluso llegué a investigar en internet, entregada como estaba a ampliar horizontes. No obstante, todo sabía a poco y me quedaba con un agrio sabor de boca al terminar.

Aquella mañana estaba tratando de limpiar mi apartamento cuando sonó el teléfono. El sol había decidido ocultarse por fin y daba al resto de los mortales un respiro, tal vez le dábamos pena o estaba recargando las pilas para atacarnos con más fuerza, pero algo tenía claro, necesitaba comprarme un aire acondicionado.

—Para cosas como estas he conseguido trabajo. —Me mordí el labio—. Mentirosa, ni siquiera se te pasó por la cabeza el dinero cuando aceptaste, lo único que pasa es que te gusta tu jefe y el morbo que te da el dios del sexo es innegable. ¿Qué no darías tú por un trío? —Estos eran los pensamientos con los que tenía que convivir cada día, pero mi rostro era una máscara de serenidad cuando me levanté corriendo del sofá en el que, despistadamente, me había sentado unos minutos para descansar tras haber hecho una limpieza a fondo... Cuando la silla se interpuso en mi camino y casi se carga mi dedo chico, ese que nadie sabe para qué sirve, pero que duele más que hacerse la cera—. No te pongas nerviosa tonta, solo será de nuevo Tanit para confirmar la cita del viernes. —Pero no era Tanit y yo cogí el aparato más de cerca para releer el mensaje. Mis manos temblaban, creo que fruto del nerviosismo, aunque la idea era volver a ver a mi jefe.

“Esta noche hay fiesta. De doce a seis. Te espero en la puerta a las once.”

Impersonal, frío, perfecto. ¿Qué hice yo? Prepararme a conciencia a pesar de que solo quedaban diez horas de nada. Me duché, perfumé y embadurné en crema. Quería oler a rosas y tener la piel suave, en mi mente la posibilidad de volver a acabar el turno con mi jefe era quizás el mejor estímulo para trabajar. ¿Tonta? Posiblemente.

Como siempre, tras ver una película y descartar seis vestidos y una docena de zapatos, decidí caminar. Eran las nueve y media. Hacía el tiempo perfecto para perderse en las calles, soñar y dejarse llevar por esos pensamientos oscuros que, a la luz de la luna, podían incluso pasar por románticos.

Me encontraba cruzando un parque lleno de columpios vacíos, el lugar elegido por los enamorados para comerse la boca y acariciarse por encima de la ropa, avergonzados, sudorosos y necesitados. Buscaban las sombras, ocultarse del resto del mundo para vivir mucho más intensamente emociones nuevas para ellos, su juventud no los había preparado para deseos tan intensos ni para negar lo único que en aquel instante les importaba. Lejos quedaba el pudor, el deber, cuando aquellos jóvenes se besaban no les preocupaba quién pudiera observarles ni que les juzgasen, quizás porque el mundo que habían creado entre ambos era demasiado perfecto para desperdiciarlo.

Estaba observando a un muchacho en pleno ataque a un sujetador cuando una idea cruzó mi mente, quise desecharla, de verdad, aunque la aventura, el hecho de experimentar algo completamente diferente me hizo volver a coger el teléfono. Echaba de menos vivir de aquella manera, porque por mucho que lo negase ya no era lo mismo, en el fondo inconscientemente siempre sopesaba los riesgos...

“Te espero media hora antes en tu oficina. Diles que me dejen entrar, tenemos que hablar. Ven solo.”

¡Con dos cojones! Me miré en cada escaparate, me dije que estaba loca y suspiré sin remedio. ¿Importaba?

Casi recorrí el último trayecto esprintando, poco me importaban los coches, las malas caras cuando empujaba a alguien a mi paso o el vestido que parecía quedarse atrás, solo quería llegar y lo hice.

El gorila, al que creo que le hacía gracia por la sonrisa que me dedicó, me abrió la puerta y señaló el pasillo que llevaba hasta las disimuladas escaleras. Había recibido el mensaje, mis tacones, porque esta vez llevaba unos tacones de infarto, resonaban a cada paso que daba y entré como un huracán esperando encontrar el lugar vacío al faltar quince minutos para la cita.

—Creo que deberías llamar. —Su voz me paralizó y lo miré con la boca abierta. Sonreí con rapidez, reponiéndome como pude y estirando mi cuerpo para mostrar mi lado más seductor.

—Podría hacerlo —repliqué altanera—. Aunque no importa, vengo a dimitir. —Lo solté de manera contundente, pendiente de cada gesto, sonreí al ver como se tensaba. Era mío. Me senté ante él cruzando las piernas, la abertura de mi vestido se abrió hasta mostrar prácticamente toda mi pierna, no traté de ocultarla.

—Si es lo que quieres lo acepto. —Parecía triste—. Puedo preparar los papeles para...

—No es lo que quiero.

—Acabas de decir...

—Sé lo que he dicho, —No le dejaba terminar una sola frase y creo que empezaba a molestarse, por la forma en la que latía la vena de su cabeza —pero es lo que haré si no accedes.

—¿Acceder? Ya me has sacado entradas para la sala roja, ¿a qué juegas? Ya ha habido otras antes que tú que se creían hermosas para conseguir todo lo que deseaban a mi costa. Puedo tener a la mujer que desee.

—¿Me deseas? —inquirí pasando por alto su acusación. Mis ojos brillaban anhelantes, era el momento perfecto, sin embargo, una mala palabra podía joderlo todo —Ese es el punto. Me dijiste que no podía tocar a los clientes y lo acepto. —Me levanté y caminé hacia él—. ¿Y si al que deseo tocar es a ti?

—Confundiríamos los límites. Eres mi empleada, jamás debí sobrepasar esa línea.

—Y a mí no me interesa tanto el trabajo, pero el sexo ha sido increíble. —Se sorprendió al oírme hablar de aquella manera, pero me senté con decisión ante él y abrí las piernas, debajo no

llevaba nada más. Sus ojos no pudieron evitarlo y yo sonreí al ver como sus pupilas se abrían perceptiblemente—. Me da igual cómo lo hagamos, yo tampoco busco un compromiso. El dinero me vendría bien, pero siempre puedo conseguir otro trabajo. El sexo es otra historia, contigo ha sido realmente bueno. —Me incliné sobre él. Sus ojos verdes brillaban, le daban un aire salvaje y peligroso del que me encantaría poder beber cada día. Un romántico pensamiento que deseché con rapidez—. Soy joven para negarme nada.

—¿Soy tu nuevo capricho? —En su tono había recriminación, dureza. Su mandíbula se había cuadrado, algo no iba como debería.

—¿Quieres sinceridad?

—Me gustaría.

—No tengo ni idea. —Me encogí de hombros—. ¿Me das tu mano? —Me la tendió sin comprender lo que pretendía—. No obstante, llevo así desde la otra noche y empieza a ser doloroso. —Guie sus dedos a mi entrada para que pudiera sentir mi humedad, mis pliegues estaban hinchados desde el mismo instante en el que había decidido arriesgarlo todo. Tal vez en mi interior me negaba a creer que él pudiera dejarme marchar. Una idea furtiva ganaba peso entre mis neuronas, él también tenía que haber sentido aquella intensidad entre los dos, ¿no?

—Estás loca —gruñó con voz ronca.

—Posiblemente. Me gusta ese punto de locura, soy joven para comportarme como una persona cuerda y aburrida. —Su dedo se deslizó a mi interior arrebatándome el aire. Aquella sonrisa de canalla fue la respuesta, lo había hecho a propósito—. Estás demasiado bueno para mandar detrás de la mesa.

—¿Y según tú qué debería hacer?

—No lo sé. —Me mordí el labio al sentir que su dedo se movía con suavidad, demasiada, en mi interior—. ¿Lo haces con todas? ¿Estoy cayendo en la trampa? —pregunté de pronto, preocupada. No quería ser una más, me negaba a ello por mucho que estuviera dentro de un club del sexo o como quisiera llamarlo, la sala roja.

—No, no las toco.

—Conmigo no tardaste mucho.

—Tú misma te ofreciste.

—Qué caballeroso por no negarme el capricho —repose mordaz y más dolida de lo que debería. ¿Acaso no tenía lo que buscaba? ¿Qué era lo que me molestaba de repente?

—Sabía que me darías problemas. No voy a darte motivos, pero no las he tocado, a ninguna. —La forma en la que lo dijo me dejó entrever algo más, sin embargo, se había puesto de pie y se acababa de bajar la cremallera. Lo vi colocarse el condón y me perdí. Se acercó y no esperó invitación, entró de golpe para sellar un pacto que yo había propiciado y del cual estaba perdiendo el poco control que creía tener. Aquella invasión me dejó boqueando, me aferré a él para recibir cada una de las embestidas, mucho más ardientes y agresivas que la otra vez.

En aquel punto me sentía libre, poseída, invencible y débil al mismo tiempo. Emociones contradictorias que se complementaban perfectamente mientras su boca me buscaba, que se mezclaban bajo mi piel al ritmo que nuestras lenguas se encontraban, se asaltaban mutuamente necesitando mucho más.

El pasado desapareció, quién era yo, pues me sentía completamente diferente entre sus manos.

—Eres hermosa y muy peligrosa —repitió contra la sensible piel de mi cuello. No dejaba de decirlo como si me temiera de verdad, pero no pudiera evitar acercarse, extraño porque así era como yo me sentía con él. Una sirena que me cantaba para que me ahogara en sus besos y caricias,

perdiendo de vista lo que siempre di por importante.

—No puedo más.

Y así me dejé ir y él me acompañó. Nos quedamos sin aliento, abrazados, mirándonos sin palabras y sintiendo que volvería a ocurrir, daba igual las mentiras o excusas que pusiéramos, yo al menos así lo percibía.

—¿Estás bien? —preguntó mientras se separaba de mí y yo me recolocaba el vestido.

—¿Por qué no habría de estarlo? —Acaricié su mejilla con las uñas, un gesto tierno y posesivo al mismo tiempo. Miré mi mano confusa, quizás porque no acostumbraba a sentir aquel calor en el pecho al terminar, ni tampoco la necesidad de hablar con mi compañero sexual. Sus ojos verdes eran hermosos, vivos, refulgían apasionados y saciados.

—Deberías irte. —Aquello sí que no me lo esperaba.

—¿Me despides?

—¿No lo dejaste hace nada?

—Ahora ya tengo lo que quiero —dije levantando el mentón—. Eres un buen amante, aunque yo no me arrastro. Que no hable el orgullo por ti, tiende a ser un mal consejero.

—No me conoces —se excusó él.

—Ni tú a mí. Sé defenderme y sé lo que quiero. ¿Un polvete al terminar la jornada? No creo que sea un gran sacrificio por tu parte. —Su sonrisa me calentó por dentro, mi corazón se saltó un latido, boquiabierto por la ternura que transmitía.

—Vete a cambiarte antes de que me arrepienta.

—Mentiroso, lo que ocurre es que te encanta verme con un vestido que se parece a la tela de una araña. —Yo acababa de caminar hacia la puerta cuando él salvó el espacio entre ambos y, colocando sus brazos a ambos lados de mi cuerpo, me acorraló.

—Mi mundo no es como el de los demás, yo no soy como los otros hombres. No deberías desearme, mantén las distancias —gruñó con brusquedad aferrando mis brazos con fuerza—. Nadie debe saberlo, te pondría en peligro —susurró preocupado. Su cuerpo se había pegado a mí, lo sentía caliente y lo besé desesperada.

—El peligro me gusta. —Mordí su boca.

—No tienes ni idea de lo que es el peligro y espero que nunca lo sepas. —Su mano voló a mi pelo y lo agarró con fuerza—. Confía en tu instinto y aléjate. Mi mundo es peligroso.

—Me da igual cuántas veces lo repitas, seguiré aquí hasta que me aburra y con lo bien que lo haces dudo que eso ocurra.

Lo empujé con fuerza, él se dejó hacer. Abrí la puerta y me alejé con rapidez, no creía que fuera a seguirme y no lo hizo. Miré hacia atrás antes de llegar a la esquina y lo vi observándome. Su semblante serio, su postura tensa, sus manos formando dos puños, parecía a punto de atacar, al menos hasta que nuestros ojos se conectaron, todo en él se suavizó y una rápida sonrisa llegó hasta mí.

## Capítulo 7

# Maya

En la sala roja todo cambia. El mundo queda fuera, a los pocos minutos te olvidas de lo que tendrás que hacer al día siguiente, esas responsabilidades que normalmente te impiden dormir.

Eso era lo que hacía especial aquel lugar, el sexo era el aderezo perfecto a la idea de convertirte en otra persona, normalmente opuesta a aquella que realmente interpretas en el día a día. Nos colocamos las máscaras y comienza el show.

Todo lo que creía que ya sabía el otro día lo había olvidado, necesité dos horas y un par de vasos rotos para volver a sentirme cómoda en mi puesto de trabajo.

Con la cabeza más despejada que el día anterior revisé la sala con ojo crítico, tratando de pasar por alto los cuerpos desnudos y a aquellos que todavía no habían decidido cuál sería su víctima.

Mi compañera había cambiado el vestido, largo y gaseoso, por uno más corto del mismo tejido. Aquella noche nuestras máscaras eran más pequeñas y sutiles, dejando más detalles de nuestro rostro al descubierto, no por ello seríamos reconocibles. Me gustó el resultado cuando me miré al espejo antes de salir del vestuario, pero al ver a mi compañera la inseguridad hizo acto de presencia en mi pecho.

—Es incansable —comentó mientras me ofrecía una pequeña copa.

—No sé de qué me hablas.

—¿Me aceptas un consejo? —Se había apoyado sobre mi barra, tras dejar la copa al alcance de mis dedos, y me miraba desde debajo de sus espesas pestañas negras. Aquella máscara no hacía más que resaltar sus pómulos altos, sus labios gruesos y me pregunté qué tenía yo para que fuera a mí a quien se tirase el jefe. No soy fea, pero incluso sus pechos eran más grandes y turgentes que los míos, yo era una versión más normalita de aquella belleza de largas piernas—. Búscate un sustituto, un hombre que te alivie las cosquillas al salir de trabajar, no te convienen estos hombres y mujeres, te verán como un juguete y te tirarán como tal al terminar.

—Parece que hablastes por experiencia —solté sin pensar. Sus ojos miraban en la misma dirección que los míos, el dios del sexo estaba en plena faena. Las fuertes manos de aquel hombre no dejaban de anudar una cuerda negra en torno al cuerpo de una rubia. ¿Era la misma? ¿Eran algo más que compañeros sexuales? No debía importarme y lo cierto era que no lo hacía, no obstante, me habría cambiado por ella.

—Conozco a las mujeres como tú. —Su gesto se endureció—. No eres más lista ni tienes algo especial.

—¿Me conoces? —Me reí con fuerza, algo histérica, para a continuación agarrar su muñeca y tirar de ella hacia mí—. No me juzgues, jamás lo intentes. No me importa lo que haya pasado ni si

el tipo tiene una polla adictiva, nadie juega conmigo.

—Sin embargo, te lo tirarás —concluyó ella.

—No lo he decidido. No me cae bien, pero este no es un lugar para debatir y parece que la técnica la controla. —Me mordí el labio ante mis propias excusas.

—¿Sabes dónde está la mujer que sustituyes? —Su pregunta me descolocó—. En una clínica de desintoxicación. Era una gran persona, demasiado crédula y se dejó llevar. Muchas tienden a confundir el amor y el sexo.

Un cliente se acercó a su barra y ella me dejó. Miré a mi compañera de reojo y volví a centrar la vista en el dios del sexo. Acababa de colgar a la rubia de una polea del techo y se colocó ante ella. Los pechos de la mujer quedaban expuestos y erectos, sus piernas abiertas. La cuerda se enredaba por su piel, recubría las zonas más delicadas como una culebra, acariciando y rozando cada vez que el dios del sexo la movía.

Los ojos de ella se cerraban mostrando el placer que estaba sintiendo. El dios del sexo tiró de otra cuerda y su vagina quedó ante su rostro. Lo vi relamerse y se giró hacia mí. Me miró directamente, en todo momento sabía que yo lo había estado espionando, consciente de que seguía cada uno de sus movimientos. Fingí limpiar la barra, aunque solo movía el trapo por aquel trozo de madera en automático.

Tardó un par de segundos en volverse, enterró la cabeza entre sus piernas y la relamió con auténtico placer. Enterró su lengua en aquellos pliegues, acompañando el toque con los dedos, penetrándola poco a poco, aumentando el ritmo.

Me despisté unos minutos y el dios del sexo ya estaba ante mí. Cuando fui a recoger una copa una mano desconocida me atrapó y al elevar los ojos me encontré con aquellos dos ojos negros traspasándome, pareciera reírse de mí.

—Si no me sueltas te arrancaré la mano —bufé tirando con fuerza y haciendo saltar lo poco que quedaba en la copa sobre la barra.

—Parecías muy lejos. —Aquel timbre grave fue un latigazo al centro de mi cuerpo. Dejé la copa bajo la barra y lo atravesé con mis pupilas.

—¿Agua? ¿Vino? ¿Cerveza? —pregunté en automático.

—Únete a nosotros. Tu mirada me enciende, pero me encantaría poder contar con tu boca, tus manos, tu co...

—Cállate antes de que pierda las formas. No soy una de las bebidas de la carta y deberás comprenderlo. Quizás a tu orgullo masculino le cuesta procesarlo, pero tengo candidatos mucho mejores. —Y la sonrisa se instaló en mi rostro al recordar a mi jefe.

—Me devorabas con los ojos. No importa, vendrás suplicando. —Iba a girarse cuando añadió—. Ahora te voy a follar en ella porque todo lo que le haga lo haré pensando en ti.

—¡Qué romántico! —grité sobre la música al ver que ya se alejaba. Puse mi sarcasmo en cada palabra.

—No es eso lo que busco y creo que tú tampoco.

Iba a tomar un descanso, sentía la necesidad del aire sobre mi rostro, alejarme unos minutos, cuando me decidí a subir las escaleras. Pensé en mi jefe, en nuestro acuerdo, en que quizás...

Llegué hasta la puerta de su despacho cuando escuché sin querer, tampoco traté de evitarlo. Las voces se elevaban con fuerzas, se encontraban en medio de una acalorada discusión y me dije que solo estaba esperando a que terminase para entrar, no había nada de malo en que guardase el aire con cuidado en mis pulmones para evitar perderme nada.

—¡Si no lo haces tendrás problemas! —gritó un hombre tras oírse un fuerte golpe.

—No voy a meterme. Mis negocios son legales y tampoco me importa a qué se dediquen los que acuden a mis fiestas. Anonimato, ¿recuerdas? No tienes nada por lo que pillarme. —Era la voz de mi jefe. Profesional, cortante, tal vez algo preocupado, aunque podía tratarse de una impresión mía.

—¿Y los de ella? ¿Vas a dejar que la metamos entre rejas? ¿Crees que no puedo encontrarla?

—¡Deja de amenazarme! —Mi feje había perdido la paciencia de golpe y mi corazón se dio la vuelta de manera dolorosa. ¿Para no mirar o fruto del malestar de otra mujer en los labios de mi feje? —Si vuelves a hacerlo...

—¿Me matarás? Mis compañeros te empapelarían de por vida, encontrarían la forma. No te hagas más enemigos, si sigues protegiendo al cabrón que se cargó a mi compañera acabarás muerto. —Se hizo el silencio—. Emy no me importa por el momento —añadió aquella voz de hombre—, pero si no me das a la cabeza del cártel tendrás que pagar el precio.

—¿Crees que puedes amenazarme? —Algo golpeó la pared y se oyó el cristal romperse. Contuve el aliento temiendo por el feje, sin comprender nada, pero tras varios segundos mi mano tocó el pomo y me vi entrando en aquel despacho. No tenía armas, ni los conocimientos necesarios para defenderme, ¿qué excusa daría para estar allí? Nada de esto me importaba, no hasta que recorrí con los ojos el cuerpo de mi jefe y vi que no era él el que sangraba. Me recompuse para evitar ir a su lado y me detuve en la puerta bajando ligeramente la cabeza.

—Perdonen, no sabía que estaba ocupado —susurré. Mis ojos ascendieron y miraron al hombre que seguía limpiándose la sangre de la cara. No era mayor, pero las canas habían inundado su cabeza. Sus ojos grises me miraron con desprecio, juzgándome, recorriendo mis pechos y mis piernas con descaro, no me encogí porque supe que yo siempre valdría más que alguien capaz de tratar así a otro ser humano. Sonreí altiva, mostrando el orgullo que tantos problemas me había dado—. ¿Se encuentra bien? —pregunté con dulzura, mostrando una preocupación ficticia que todos allí sabíamos que no sentía.

—Sí —contestó cortante.

—Me alegro. Jefe, le necesito. —Uní mis manos tras mi espalda, dejando entrever que no iba a marcharme sin él. El hombre de pelo cano se enderezó y estiró la corbata. Cuando movió el brazo, su americana se abrió lo justo para que viera el arma, me mordí la lengua de nuevo.

—Si me disculpa... —El jefe señaló la puerta sin perderlo de vista en ningún momento. Daba la impresión de que deseara saltar sobre aquel hombre de gestos bruscos y pelo gris. Los labios, que pocas horas antes había besado, ahora estaban apretados formando una fina línea.

—No me importa tu puta. Recuerda mis palabras, tienes una semana para entregarme a la cabeza del cartel o acabaré con ella. —Me sorprendí por la rapidez, por la forma en la que su mano derecha trazó un par de movimientos, que fui incapaz de seguir, y por descubrir la navaja de mariposa abierta entre sus dedos y sobre el cuello de aquel hombre. Un escalofrío ascendió por mi espalda, fue como verlo por primera vez, me vi incapaz de mover un solo músculo.

—¿Me vas a obligar a cortarte la lengua? —Supe que no amenazaba en vano, incluso sus dedos se habían vuelto blancos por la fuerza con la que empuñaba aquella navaja, reteniendo unos instintos muy peligrosos—. Si te quisiera fuera del mapa nadie te encontraría. Soy de los buenos, ¿recuerdas?

—Solo tu padre te mantiene a salvo. No será así para siempre. —Una gota de sangre, solo una, empezó a deslizarse por la piel de aquel hombre. Gruesa, roja, dejando una marca carmesí a su paso, lamiendo la piel hasta perderse en la camisa. Un recorrido muy corto, pero que me dejó conmocionada.

—¡Fuera de aquí! —Mi jefe agarró a aquel hombrecillo, porque eso era lo que parecía, un muñeco entre sus dedos, y lo lanzó fuera del despacho con una facilidad pasmosa—. Dale recuerdos a tu mujer y a tu hija.

En el proceso yo me había pegado a la pared, saliendo discretamente de la trayectoria de aquellos hombres. Quería correr, alejarme del peligro y olvidar que algún día puse los pies en aquel lugar.

Cuando nos quedamos solos mis piernas temblaban demasiado y me dejé caer sobre el sofá. El jefe tardó unos minutos en acercarse, cuando lo hizo y estiró los dedos para tocarme, yo me encogí sobre mí misma. ¿Acabaría conmigo por lo que había presenciado?

Yo tenía sueños, metas en la vida, ¿riesgo? ¿De verdad iba a perderlo todo por el morbo de un club sexual y un par de polvos?

—Me voy a casa. —Mi voz sonaba estrangulada, mis miedos oprimían mis cuerdas vocales inmovilizándolas, eran mis músculos los que más vibraban en aquel momento—. No debí haber venido. No sé en qué estaba pensando.

—No es lo que piensas.

—Yo no pienso nada, no he visto nada —solté de carrerilla, sin mirarlo a los ojos, medio al borde del llanto. En su mano seguía la navaja, quizás él no se había dado cuenta, pero yo no podía apartar las pupilas de aquel brillo metálico. Era el frío de la muerte el que sentía en mi nuca, recordándome lo sencillo que sería para él quitarme de en medio.

—Tranquila, relájate. —De nuevo su mano rasgó el aire, esta vez para guardar a buen recaudo la navaja. Iba a levantarme cuando me retuvo y me obligó a sentarme sobre su regazo. Yo estaba alerta, preparada para correr, pero sus brazos me apretaron contra su pecho sin que hiciera o dijera nada más hasta que fui yo quien, pasado mucho tiempo, me atreví a preguntar.

—¿Quién era ese hombre? —El cuadro del fondo ya me lo sabía de memoria. Había mirado aquel árbol de hojas cobres y tronco grueso tanto tiempo que incluso había contado las personas que había al fondo y las hojas que se habían desprendido de sus ramas sin llegar a tocar nunca el suelo.

—Un policía. Nadie de quien tengas que preocuparte. —Su mano derecha se desprendió de mi cintura para acariciar mi pelo. Me trataba como a una niña, estudiando mis gestos, mis reacciones, una muñeca a la que debía mantener bajo control.

—¿Por qué te buscaba?

—No debes preocuparte, te dije que era peligroso que te acercaras. Intenté avisarte.

—Ahora lo entiendo, déjame ir.

—No. —Ahí había terminado todo, el final de un sendero pacífico, en el que jamás vi el peligro, quizás porque siempre había mirado a otra parte. El rostro de un hombre atractivo, unos rasgos sensuales y un espacio creado para el placer, un lugar que ocultaba peligro y negros negocios.

—Déjame ir —casi supliqué. Gemí al sentir su mano derecha pasar de mi pelo a mi cuello. Sus dedos cálidos se detuvieron ahí, giré mi rostro para mirarlo a los ojos, queriendo que no olvidase mi miedo, que retuviera el instante en el que me rompía el corazón y destrozaba todos mis sueños al acabar con mi vida. Sus dedos ejercieron fuerza, no me hicieron daño. Contuve el aliento, tras llenar mis pulmones todo lo que pude, él sonrió cansado.

—Me tienes miedo.

—Sería tonta si no lo hiciera.

—Después de lo que ha ocurrido en esta oficina te buscará, tratará de usarte para salirse con

la suya. —Sus dedos se agarraron y con el otro brazo me pegó a él. Nuestras bocas a escasos centímetros, al inspirar el aire olía a él, su aliento escapaba entre sus labios para entrar en mí, confundíendome. Quizás porque a pesar de lo ocurrido noté su excitación y el olor que yo tan bien podía reconocer. El brillo de sus ojos verdes me dejó expectante, aquel hombre me confundía—. No puedo permitir que llegue hasta ti ni puedo alejarme, por el momento... —Puse las manos en su pecho, apenas lograba moverme. Iba a besarme, agarró mi nuca con fuerza cuando traté de evitarlo—. Déjame explicártelo.

—Mentirías.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Lo estoy —respondí contra sus labios—. Prefiero el silencio a las mentiras, esas se enquistan y confunden.

—Y la verdad puede ser una sentencia de muerte. —Apoyó su frente en la mía, inspiró y expiró varias veces ganando fuerza para continuar—. Estoy a ambos lados de la línea, haga lo que haga estoy jodido. Eres una buena chica, no obstante, si tratas de hacer lo correcto acabarás bajo tierra. Yo estoy protegido, no debes preocuparte.

—No lo hago.

—Cierto, ahora me temes a mí. Porque lo haces, ¿verdad? —Mordió mi labio y lo dejó escapar. Después mordisqueó mi mentón, lo justo para gruñir sobre mi piel—. ¿Me temes?

—Sí. —Un poco menos que instantes antes, pero seguía sintiendo aquel escalofrío espeluznante cuando pensaba en lo que acababa de presenciar. Aquella mirada dura y peligrosa en los ojos verdes de mi jefe era algo que difícilmente podría pasar por alto—. ¿Vas a hacerme daño o puedo irme?

—Jamás haría tal cosa, solo te pido que antes me escuches. Yo mismo te llevaré al terminar.

—¿Vas a mentirme?

—No te lo contaré todo, pero no mentiré. —Asentí cansada, deseando descansar el peso de mi cuerpo sobre él. Me había ido relajando, los pensamientos negros, aquellos que veían aquel despacho como mi lugar de reposo se desvanecían dando paso al deseo vedado y la preocupación.

—¿Quién eres? —Podría haber callado, no lo hizo. Asintió cansado y besó la comisura de mi boca antes de contestar.

—David de la Serna. Hijo de un inspector y una de las mujeres que dirigen la prostitución en esta ciudad. —Mi cara debía ser un poema, él cogió mi rostro entre sus largos dedos, enmarcándolo y conectando nuestros ojos—. No puedo decirte más, debes confiar en mí. Ese hombre quiere que lo ayude y no puedo. —Otro beso suave y me soltó. Quedé sobre su regazo sin fuerzas, asentí y me incorporé sintiendo que el suelo se movía bajo mis pies.

—¿A quién buscaba?

—Es mejor que no lo sepas. Te llevaré a casa y hablaremos mañana. Necesitas descansar.

—¿Ibas a matarlo?

—¿Importa?

—¿Lo has hecho antes? —A cada una de mis preguntas había otra por respuesta. Se escondía, temiendo quizás que las respuestas no harían más que alejarme, ¿importaba? No nos conocíamos, por más que algo instintivo en mi pecho me pedía que confiara en él. ¿Era algo lógico? No, la lógica no cabía en aquella decisión. La lógica demandaba espacio y no volver a verlo, mi cuerpo temblaba de placer entre sus brazos, justificándole, diciéndome que quizás si me mantenía al margen... Dejé de pensar porque ninguna de las respuestas era aceptable.

—Nunca he hecho daño a alguien inocente —repuso a la defensiva. Me dejé guiar hasta los

vestuarios. Él me tendía la ropa y yo me cambiaba sin preocuparme por sus miradas. Lo seguí hasta el exterior y miré la moto sin inmutarme.

—Pero has matado —concluí como si aquel lapsus de tiempo desde su despacho no hubiera ocurrido. Despertando de pronto de aquel embrujo, de mi mente negándose a creer que aquello ocurriera en la realidad, en mi mundo. Siempre se oían sucesos en las noticias, muy lejos, nombres de extraños, tanto que parecía una película más de las que echan un sábado noche. Las escuchas y pocas veces sientes algo, siempre son sucesos tristes, dejas de prestarles atención. En aquel caso era diferente, veía a ¿había dicho David de la Serna? Veía a David, podía tocarlo, seguía pareciéndome un hombre imponente, atractivo, con una hermosa sonrisa, y había matado. Una palabra aterradora, que transformaba la esencia de una persona de manera atroz, convirtiendo los momentos compartidos en algo feo, oscuro.

—No es lo que crees.

—¿Y qué creo?! ¿Has matado?!

—No grites... —pidió acercándose a mí y tratando de guiarme hasta aquel monstruo de metal que muchos llaman moto y que, a mí, se me antojaba un peligro de dos ruedas. Me negaba a ir con él a ningún lado, no confiaba en él, tan simple y sencillo como eso.

—Fue por salvar la vida de alguien a quien quiero. —Lo miré desconfiando. Me mordí la lengua hasta que vi que aquello era lo único que saldría en su defensa, ¿creía que era suficiente? La bofetada se la había dado yo, me quedé con la sensación de estar mirando desde lejos. Su rostro no cambió, no hizo además de defenderse—. Quise defenderla, protegerla y... todo pasó muy rápido. Has de confiar en mí.

—No lo hago. —Asintió despacio. En lugar de dirigirme a él caminé a su lado y seguí de frente. No me molestaban los tacones, a pesar de que nunca estuve muy acostumbrada a ellos. Nada importaba. David caminaba a mi lado, durante varias calles en silencio bajo las farolas de una ciudad dormida, anestesiada, en la cual nada ocurre, ¿sabemos acaso lo que pasa de puertas para adentro? Me quedé pensando en la cantidad de secretos que aquellas personas escondían, ocultos entre las sombras—. ¿Por qué me lo has dicho? —pregunté al fin.

—No quiero que me temas.

—Hace unas horas no decías lo mismo.

—Me gustaría seguir con nuestro trato. Jamás debiste subir a mi despacho ni escuchar nada.

—Muy tarde para eso. —Suspiré y me detuve. De nuevo el mismo parque, pensé al ver el balancín oxidado que necesitaba una buena mano de pintura. Aquel lugar había visto tiempos mejores, pero preferían construir antes que arreglar—. No puedo darte una respuesta, no todavía. —Agarró mi mano, entrelazando nuestros dedos y seguimos de largo. No me retiré, se lo permití “sin formar parte del todo de aquel gesto de cariño”.

Seguimos en un rumbo incierto que concluyó ante mi portal. Ahí esperaba un beso, alguna palabra mágica que borrara lo que había visto y oído, se conformó con depositar una ligera caricia en el dorso de mi mano y verme entrar. Aún tuve tiempo de observarlo marchar desde la ventana de mi salón, la damisela estaba a salvo y él ya podía volver a su pequeño infierno. ¿Quién era realmente David de la Serna?

## Capítulo 8

# Maya

Durante dos semanas me mandó tres mensajes, tres fiestas que continuaron sin mí. No contesté llamadas ni hice vida social. Mi única distracción consistía en salir a correr hasta que mis músculos doloridos suplicaban por un descanso y, aun así, los forzaba hasta que solo podía arrastrarme hasta la cama y caer inconsciente.

Con el paso de los días, como siempre ocurre, el peligro, los detalles, el miedo, se diluyeron hasta que solo quedaron los ojos verdes y brillantes pidiéndome que confiara en él.

Aquella mañana el teléfono sonó. Era el cuarto mensaje desde que me había dejado ante la puerta y me decidí a abrirlo. Aquella misma noche habría una fiesta, por correo ya me habían llegado dos de las entradas que podría canjear en cualquier momento y decidí que lo necesitaba.

Me duché y me alisé el pelo. Con una sonrisa postiza me coloqué ante el espejo y revisé mi aspecto. Seguía siendo la misma, aunque tras mis ojos hubiera algo nuevo, tal vez algo sí había cambiado en mi interior. Mi forma de ver el mundo.

Recogí la casa y leí un poco. El día transcurrió con lentitud hasta que pedí el taxi que me dejó ante la sala roja. Ya iba con la máscara puesta y cuando tendí la entrada el gorila no me reconoció. Entré con seguridad y me preparé en el vestuario sin abrir los labios, concentrada en mantenerme firme, en no dudar en ningún momento.

—¿Quiere algo de beber? —me preguntó con profesionalidad mi compañera cuando me acerqué a la barra. Señalé una botella del fondo sin despegar los labios, en un gesto de desidia perfecto. Mi sustituta aún se mostraba algo perdida, aunque debía reconocerle a David el mérito, sabía encontrar la belleza, pensé con acidez.

Con la copa en la mano caminé disfrutando de cada paso, hasta llegar a un pequeño sofá en la esquina más alejada y oscura. Me crucé de piernas, pasando desapercibida cuando, como un lento goteo, empezaron a llegar los demás. Algunos ojos se giraron interesados por mí, yo no tenía prisa.

En medio de aquel ambiente oscuro, donde la voz de una mujer rasgaba las notas graves de manera magistral, me sentí poderosa y única. Estiré las piernas sobre el sofá dejando que el vestido se deslizase y las dejase al descubierto.

El dios del sexo no se hizo esperar, ¿nunca se perdía ninguna fiesta? En aquella ocasión iba solo, no sabía por cuanto tiempo. Caminó con decisión hasta la barra y mientras esperaba recorrió el lugar. Cuando llegó a mí se detuvo, temí que pudiera reconocerme, si fue así no dio muestra alguna. Recogió la copa y caminó con decisión, sonreí de medio lado al darme cuenta de que iba directo hacia mí.

Cuando se detuvo a mi lado y se sentó tuve que cederle algo de espacio incorporándome

ligeramente, molesta me giré y en una muestra de audacia coloqué el pie contra su pecho. Esa postura le permitía ver mi cuerpo de una manera indecente.

—¿Molesto? Creí que necesitabas compañía. —Su voz grave, varonil, su mano rozando mi tobillo y aquella sonrisa eran algo que probablemente había usado muchas veces. Asentí girando el cuello y, tras un ligero empujón, me senté como toda una señorita. La espalda recta y las manos sobre mis rodillas, sabiendo en todo momento que estaba a mi lado, que podía tocarlo o hacer lo que quisiera, aunque sin ganas de comenzar. Aquel momento, aquel juego, aquella seducción y frases tan manidas que en cierta manera me hacían reír—. ¿No vas a decirme nada?

—¿Habría de hacerlo? —pregunté con un tono más agudo del habitual.

—¿Qué es lo que buscas?

—Algo que aún no he encontrado —contesté entornando los ojos. Me giré ligeramente hacia él y sonreí misteriosa—. ¿Qué buscas tú?

—Mujeres hermosas. —Bufé ante algo tan simple. Belleza, efímera y sin sustancia. Me levanté decidida a alejarme cuando su mano me detuvo. Tiró de mi hasta hacerme caer sobre su regazo. Coloqué mis dedos sobre su cuello, sus músculos se tensaron, fuertes, indomables, bajo mis yemas.

—Si me tocas sin mi permiso te arrepentirás.

—¿Lo haré? —Mis piernas estaban a ambos lados de las suyas y, cuando él las abrió, las mías lo acompañaron. Mi sexo estaba apenas tapado por el diminuto tanga, me vi expuesta y temblé, quizás porque me sentí vulnerable y muy sensible a su contacto, a sus músculos contra mi espalda y sus manos en mi cintura. Me pregunté qué pasaría a continuación, hice el amago de levantarme cuando él mordisqueó el lóbulo de mi oreja—. ¿De verdad tengo que dejarte huir?

—No huyo, pero no eres lo que busco.

—Creí que si venías a la sala roja era para ser sincera contigo misma.

—No sé qué quieres decir.

—¿De verdad? —Su mano derecha voló a mis labios más íntimos, recorrió con lentitud la húmeda hendidura, yo contuve el aliento incapaz de hacer otra cosa. Inspiró con fuerza al llevarse el índice a la nariz, soltó el aire contra mi cuello y sonrió sobre mi sensible piel. Todo ello despacio, cada gesto estaba medido y eso era lo que le quitaba encanto. Yo no formaba parte más que como aderezo, era la “chica” del momento.

Cerré los ojos dejando que la voz de la mujer que, ahora desgarradoramente, relataba en un italiano perfecto el desamor, la amarga sensación de amar a un hombre que prefería a su hermana encendiera mi cuerpo. Una historia triste, profunda, demasiado común en un mar interminable de historias, pero con el encanto suficiente para hacer pensar y sentir. Me sentí conectada con ella, aunque no compartiéramos el pasado.

Cuando volví a abrirlos pegué un gritito al ver a mi jefe ante mí. No necesitaba preguntar, a pesar de la máscara pude reconocerlo. El mismo conjunto de la primera vez y aquella máscara que resaltaba los ojos verdes más hermosos del mundo. Estaba cabreado, muy, muy cabreado. Me miraba sin pestañear, con la mandíbula apretada y los puños a ambos lados de su cadera. La música, la tenue iluminación, el deseo que supuraba aquel lugar, nada parecía importarle más que los musculosos brazos que rodeaban mi cintura.

—¿Te diviertes? —Inquirió con burla—. Estaba preocupado, pero supongo que estás pasándolo bien. —¡Iba a marcharse! No podía permitirlo. Saqué fuerzas de algún lugar recóndito de mi mente y me solté para abrazar, en pocos segundos, la espalda de mi David. Se detuvo, yo no tenía fuerzas suficientes, pero mis brazos eran unas cadenas perfectas que lo clavaron al suelo.

Muchas cosas por decir. Secretos, pasado, ponerle nombre a nuestra realidad y alejar aquella ensoñación, refugio de muchos. No dijimos nada.

Él acarició mis manos, las mismas que arañaban ligeramente sus hombros. Un gesto tierno, diferente, algo íntimo que destrozó mis defensas de manera mucho más eficaz que cualquier disculpa. No sabía qué había surgido entre ambos, no obstante, desde que lo vi pude sentirlo.

El dios del sexo, aquel hombre arrogante que al mismo tiempo tanta curiosidad me provocaba, aprovechó para levantarse y unirse a nuestro extraño encuentro. Se metió de lleno, rompiendo el silencio que tan cómodamente se había instalado entre mi jefe y yo. Molestándome, provocando que él se volviera y tuviera que soltarlo.

—¡Cuánto tiempo! Hace casi un año que no entras a disfrutar de tu propio paraíso. —El dios del sexo se dirigía a mi jefe como si fueran grandes amigos, incluso había palmeado su espalda con fuerza. Yo me mantuve al margen, observando de reojo aquellos ojos verdes que eran como un libro abierto y se oscurecieron ligeramente.

—No tengo nada que disfrutar. Solo he venido a saludar a una amiga —contestó mi jefe mirándome con dureza. Era un latigazo, una acusación vedada que no pude comprender. ¿Qué creía que haría con las invitaciones? ¿Acaso le debía algún tipo de explicación? No había motivo ni sitio para celos tontos entre ambos, no habíamos acordado tal cosa, no obstante, yo también recordaba aquella ácida sensación cuando lo escuché proteger a otra mujer.

—Es una chica hermosa. Siempre has tenido un buen ojo, espero que esta noche me dejes participar en vuestros juegos. —Los ojos de ambos varones cayeron sobre mí. Esperaban que me pronunciase, no lo hice. Agarré el brazo de mi jefe y tiré de él hacia una zona separada del resto.

—Discúlpanos unos minutos. Es necesario que hablemos —le comenté al dios del sexo antes de dejarlo allí plantado. Le quedaba muy bien aquella cara de sorpresa, quizás un par de veces al día sería la medicina que necesitaba para bajar de las nubes.

—¿Me evitabas? —preguntó de sopetón David —¿No tenías pensado decirme nada más?!

—Sabía que te darías cuenta de que estaba aquí, no soy tan ingenua.

—Me estabas provocando.

—Si quieres pensar eso... —Sonreí cansada, me apoyé en él y me sorprendí al inspirar aquel aroma tan masculino que provocaba cálidas sensaciones en mí—. Abrázame. —Mi gemido lo sorprendió, la petición fue atendida con rapidez y me apretó con fuerza, tratando de fusionarse conmigo.

—Creí que no volverías.

—No lo hice.

—Pero estás aquí —repuso él.

—Es complicado. El sexo me dará un descanso. —Elevé el rostro y miré de reojo al dios del sexo.

—¿Con él? —Había herido el orgullo de David.

—Y contigo. Quiero placer, pero te necesito a ti.

—¿No soy suficiente?

—Lo eres, pero quiero experimentar. ¿Acaso no tengo derecho?

—Es peligroso.

—Todo atañe un peligro, si no lo hiciera no valdría la pena. —Y cogiéndolo por el pelo lo obligué a ponerse a mi altura para poder besar sus labios. Lo necesitaba como respirar, él parecía tan ansioso como yo cuando conectamos, sintiéndonos, enlazando nuestras lenguas con demasiado ímpetu, llegando a hacernos daño, pero sin detenernos en ningún momento—. Hazlo conmigo.

—No será la primera vez que compartimos a una mujer —soltó queriendo hacerme daño.

—¿Debería importarme? —pregunté con sarcasmo, escondiendo el latigazo que sentí ante su afirmación —¿Vienes o te quedas de espectador?

Caminé decidida hasta el dios del sexo y lo besé. Estaba hablando con otra mujer, supongo que había pasado a la siguiente. Sorprendido al principio, nadie le hizo caso a la otra, que se salió de escena sin prisa ni gloria.

Al inicio, nuestro beso fue un intento descompensado y no muy placentero. No habíamos cuajado tan bien como David y yo, pero no por algo era el dios del sexo, en seguida se amoldó a mi ritmo para ir incrementando la intensidad hasta que acabó con un mordisco.

—Una grata sorpresa. Amigo, me alegra volver a las andadas. —David torció el morro y yo estiré la mano en su dirección. Cuando me tocó nuestros dedos se enlazaron, se dejó arrastrar y supe que no estaba contento.

—Espero que nadie salga herido —dijo mi jefe. Una nube oscura parecía planear entre ambos, acusaciones veladas lanzadas sin tregua por David que el dios del sexo dejaba pasar de largo como si no fueran con él.

—Todos somos adultos —respondió el dios del sexo al fin.

—Solo eres un cobarde. A ella no vas a tocarla fuera de estas paredes y si le haces daño te mato. —Y ahí no había lugar a dudas, no era una petición—. Esta vez te haré desaparecer. Nadie podrá salvarte. —El dios del sexo me miró evaluándome, quizás el riesgo no merecía la pena. Asintió algo más desganado. Sentí que en el fondo no estaban hablando de mí, yo era el decorado, pero no sabía si quería descubrir en aquel momento lo que a todas luces deseaban mantener en secreto. Incluso en los ojos del dios del sexo había cierto miedo a que yo me percatase de algo.

—Tiene que ser increíble estar entre sus piernas para tenerte así. —Si pretendía quitar algo de hierro al asunto no lo consiguió.

Abracé a David sintiendo que si no lo hacía saltaría sobre aquel hombre de ojos negros. A duras penas lograba controlarse y el otro no dejaba de sonreír como si fuera estúpido. ¿Acaso no podía sentir el peligro, la tensión acumulándose bajo la piel de David a punto de desbordarse?

Besé la boca de David y lo empujé sobre un sofá para colocarme a horcajadas. Me olvidé de nuestro acompañante, de todos los demás. En seguida noté su excitación y, sin apartar la mirada, comencé a rozarme contra él. La humedad nos ayudaba, sus manos me instaban que continuara mientras se aferraban a mis caderas marcando un ritmo acelerado, descontrolado.

—¿Puedo participar? —Mi jefe gruñó cuando, colocándose a mi espalda, el dios del sexo mordisqueó el arco de mi cuello. Marcó con demasiada fuerza mi piel, haciendo que me voltease ligeramente tras un quejido de protesta y tentada estuve a mandarlo a la mierda.

David me despistó. Sus dedos se habían internado bajo la tela, bajo la piel. Entraron de golpe y exploraron mis paredes, mis pliegues, no se decidían entre dentro o fuera, haciendo que el calor creciera y mi respiración se acelerase.

Cuando volví a aquellos ojos verdes, brillaban, y yo me sentí conectada con él. Sin soltarnos las manos levanté las caderas mientras él se colocaba la protección y, al sentirlo contra mi entrada, descendí con fuerza.

Mi cabeza cayó hacia atrás, las manos del dios del sexo me recogieron y su boca me besó. Unas manos en mis pechos, otras en mi cadera. David tomó el relevo en mis labios, penetrando mi boca al mismo ritmo en el que nuestras caderas se unían mientras nuestro tercero en discordia mordisqueaba mi hombro e iba descendiendo. En ocasiones me hacía cosquillas, otras algo de daño, pero lo cierto era que aquella bruma empezaba a absorberme, incrementándolo todo

exponencialmente.

El orgasmo no tardaría en aparecer y notaba como mi jefe crecía en mi interior, tensándose en todo su esplendor. Alguien aferraba mis pezones, una lengua que yo no sabía ubicar los torturaba, primero uno y luego otro, por turnos, pero no podía hablar, no podía quejarme, mi boca también estaba siendo asaltada.

Todos mis sentidos estaban embotados, la necesidad de ser penetrada, asaltada, de que cada diminuta porción de mi cuerpo necesitaba que fuera poseída, era atendida entre ambos.

—Hazlo conmigo. —Las manos de David seguían en mis caderas, pero alguien estaba acariciando mi clítoris con fuerza, con brusquedad. Miré a mi jefe agarrándome a sus hombros, creyendo que de nuevo la muerte aparecería a reclamarme, quizás porque los latidos de mi corazón eran fuertes, amenazaban con traspasar mi piel. El aire llegaba a intervalos a mis pulmones, no era suficiente, mucho menos cuando al sentirlo latir en mi interior yo misma me perdí con él. Aquella descarga eléctrica tensó mi columna, abrió mi boca y me instó a gritar como un león. Sonreí contenta, sin motivo o con demasiados. Besé la frente sudorosa de David sin pensar y giré el rostro avergonzada cuando él me miró.

—Me toca —dijo con dureza el dios del sexo y ya con la polla enfundada entre las manos. Parecía enfadado, incluso agresivo.

—Si ella no quiere es suficiente.

—¿Tiene miedo de satisfacer a dos hombres? Puedo darle un orgasmo todavía mejor que el tuyo, ya lo sabes. ¿No por eso me eligen siempre a mí? —Mi jefe giró el rostro y quise golpear a aquel hombre de ojos negros. ¿Qué sabía él? Acaricé la mejilla de David, pero no me negué a continuar. Quería llegar hasta el final y en mi interior todavía había energía. Sentí un vacío cuando mi jefe se deslizó fuera, pero el dios del sexo me colocó a cuatro patas y, tras colocar mis manos sobre el respaldo del sofá, cogió mi trasero y lo puso a la altura adecuada para entrar de golpe—. ¿Te gusta? A las mujeres les encanta que las traten como animales, que les hagan sentir que son hermosas, un objeto de placer que usamos y...

—¡Cállate! —grité al ver la mandíbula de David apretada. Estiré la mano derecha y él acudió a mí. En ningún momento el dios del sexo se detuvo, no tenía motivos para eso. ¿Yo no disfrutaba? Lo hacía, pero era incompleto, me molestaba ver a mi compañero en todo aquello pasarlo tan mal —. Bésame —pedí entre jadeos. Lo hizo con delicadeza, entregándome quizás mucho más que pasión. ¿Quería pensar eso? No, se trataba solo de algo físico, mucho más sabiendo que era alguien peligroso, tal vez algún día, alguien que sería privado de su libertad por delitos que yo desconocía. Era algo momentáneo, unos días, quizás semanas que atesoraría, orgasmos y un par de confidencias.

Lo extraño de todo aquello era que creía atisbar mucho más en él. Oculto, encerrado por miedo, ¿miedo a qué? No tenía ni idea, no obstante, algo había creado profundas cicatrices en aquel hombre que se revestía de indiferencia, pero dulce y atento como el que más.

—Has elegido bien. Es un coño apretado, endiabladamente apretado. Y sus piernas... joder. —Mordió mi hombro con tanta fuerza que instintivamente apreté mi cuerpo. Su polla tembló dentro de mí, al límite y yo todavía demasiado lejos. Gemí de frustración.

—Tranquila. —Mi jefe se colocó a mi lado y me besó. Sus manos recorrieron mi piel y su boca empezó a descender. En una postura imposible, que llegó a avergonzarme, comenzó a lamer mi clítoris mientras era penetrada, no le asqueaba, solo lo saboreaba con deleite. Podía ver sus movimientos, no todos, pero su cabeza en mi parte más íntima.

Estaba más concentrada en su lengua que en la polla que me llenaba. Era a él a quién veía al

cerrar los ojos y fue en él en quien pensé al perder el control y correrme como nunca antes.

Caí desvencijada sobre el sofá mientras el dios del sexo se sacaba el condón y se iba hacia el servicio a limpiarse. En algún momento David también se lo había quitado, pero no me dejó sola. El paquetito quedó olvidado a un lado y sus ojos en todo momento sobre mí.

—Estoy cansada —susurré adormilada.

—Ven conmigo.

—No, no te conozco. Sexo, es solo eso.

—Y seguirá siéndolo, te lo prometo, pero no voy a dejar que te pase nada malo. —Parecía un buen argumento. ¿Por qué debía mantenerme lejos? No lo recordaba, a su lado todo era tierno, adictivo, increíblemente placentero. Era él, su mirada, su forma de tratarme, su olor, su sabor, lo que me hacía sentir tan bien.

No sentía nada, no podía hacerlo. Solo quería sexo y orgasmos, ¿era eso? Tenía que serlo, era demasiado peligro. Y es que mientras lo seguí al piso superior, donde descubrí que tenía un gran dormitorio, mi mente no dejaba de trabajar.

—Me desearás siempre. —En medio del silencio de aquel lugar, que debía estar insonorizado, mis palabras resonaron como petardos. Me mordí los labios al ser consciente de la rotundidad de mi afirmación. —Yo...

—¿Es eso lo que quieres? —preguntó.

—No aspiro a amar, no se hacerlo. —Me encogí de hombros—. No puedo prometer fidelidad o que sea para siempre. Nada lo es.

—Una manera muy triste de verlo.

—Estoy cansada de decepciones. —Una pequeña confesión que encerraba mucho más—. Todo se acaba de una u otra manera.

—¿Es eso realmente lo que quieres?

—Me desearás siempre, seré la única capaz de volverte loco.

—¿Y si te dijera que ya lo haces?

—No te creería. No me conoces, no te conozco, aunque eres guapo. —Mi lengua se había soltado, me escondía en el sueño, una especie de embriaguez que luchaba contra mis párpados, aunque lo cierto era que interiormente quería soltarlo todo—. Pero cuando pasemos más noches juntos ninguna otra podrá darte lo mismo.

—¿Y qué es?

—A mí. —Y con una sonrisa me tumbé sobre aquel gran colchón. Sus brazos me rodearon y me dejé abrazar. ¿Acaso era tan raro dormir un poco después de copular? No, ¿verdad? ¿Abrazados? Era por comodidad... ¿Entonces por qué me daba la impresión de ser la mayor mentirosa de aquel lugar?

Me desearía como el aire que respiraba, el amor nunca ha sido lo mío...

## Capítulo 9

# Maya

Lo primero que sentí fue la calidez de su piel contra la mía. Nuestras piernas enroscadas, su respiración en mi cuello y sus brazos impidiéndome escapar. No era un mal lugar para despertar, era el mejor sitio que pudiera imaginar.

No obstante, ¿cómo escapar sin despertarlo? Me meneé al igual que una cobra, lo tenía todo pensado.

—Si sigues así voy a tener que tomar cartas en el asunto.

—¿Estás despierto? —Me giré de golpe y me encontré con su boca, peligrosamente cerca—. Tengo que irme.

—¿No puedes concederme ni media hora más? —Su pierna avanzó entre las mías, obligándome a hacerle sitio, rozándome en un sensual movimiento que me hizo sonreír.

—¡No! —grité con fuerza mientras lo empujaba. La tentación tenía rostro y me miraba de manera demasiado provocativa—. Cambia esa cara.

—¿Qué cara?

—Si te echo un polvo querrás otro y acabaré pasando contigo el día.

—¿Eso es malo?

—¡Lo es! —Me crucé de brazos. A la luz del día, esa que se colaba a través de las cortinas dotándolo todo de una cruda realidad, la vergüenza había regresado. Yo era una mujer despeinada, con el maquillaje corrido bajo mis ojos y alrededor de la boca, una máscara horrenda de payaso—. ¡No te acerques! —aullé usando la almohada de escudo.

Él caminaba a cuatro patas, como un gatito ronroneando, acercándose despacio. Jugaba conmigo, me recordaba a esos tiempos en los que los años no habían ensuciado todavía mi mente y todo era mucho más sencillo. Jugaba conmigo, sonreía sin ocultar su alegría, alcanzó mi escudo lleno de plumas y tiró de ella, arrastrándome a mí de paso.

Caí sobre su duro pecho, me defendí y mis piernas parecían mucho más largas cuando se removían cara al techo, un intento de darme la vuelta infructuoso que él aprovechó para asaltar mis sobacos y hacerme reír.

—¡Cosquillas no! —¿Era el mismo David que conocía? —¡Los invasores de cuerpos!

—¿De qué hablas?

—Estás diferente. Creo que te han cambiado mientras dormíamos. —Y yo le seguía en aquella locura.

—¿Y te gusta?

—¿Vas a sorberme el cerebro cuando baje la guardia?

—Si a mí me han dado el cambiazo tú estás drogada. —Me acusó girando conmigo y acabando

sobre mí. Mis piernas estaban ahora abiertas y él ya se encontraba en el que parecía su lugar favorito—. ¿No puedes replantear tu respuesta?

—¿De qué me hablas? —inquirí mirando sus ojos con mi rostro más ingenuo.

—De esto. —Y bajando la mano derecha se agarró el paquete y me demostró lo duro que estaba restregándose contra mi húmeda entrada—. ¿Tengo que tocar la puerta?

—Tiene pase VIP.

—¿Y qué tengo que hacer? Dime algo. —Y aquel inmenso glande había decidido torturarme, sin tela entre nosotros amenazaba con internarse en mi carne sensible, una cueva que conectaba de manera extraña con mi corazón cuando era él el que me poseía.

—No puedo hacerlo. —Me quejé al sentir que la culpa me carcomía al ver su decepción—. No me gustas —dije rotunda.

—¿Seguro? —Y su mano apretó mi teta retorciéndola con suavidad y firmeza—. No pongas excusas.

—Solo es sexo.

—¿He dicho yo lo contrario?

—Nada de risas, bromas, conversaciones, dormir, citas...

—Es una lista muy larga, no sé si podré acordarme de todo.

—Eres el dueño de un club de sexo. No eres un santo, creo que comprenderás mi reticencia a... —Me besó cortando mi discurso. Molesta lo empujé, pero era un muro de hormigón, no conseguiría moverle ni un milímetro si él no lo permitía.

—A follar entonces. Prometo tratarte como un coño húmedo y darte un par de orgasmos de propina.

Pero al verme asentir se deslizó despacio y, cuando me llenó, nuestras manos se unieron. Nos mirábamos, hablábamos en un idioma mudo, eran aquellas descargas que nos atravesaban cada vez que entraba de golpe, aquellas caricias que deberían haberse quedado sobre la piel y sin embargo llegaban mucho más profundo. Besos que sabían a deseo y a anhelo, una intensidad que, a pesar de la lentitud con la que se movía, sobre y dentro de mí, no podíamos negar. Me quedé mirando aquellos ojos verdes, un color que mutaba, sutiles matices que me contaban cómo se sentía.

—Todo un salvaje. —¿Por qué dije eso? Ni idea, pero salió entre mis labios en medio de un empujón.

—Lo intento. —Sonreímos y callamos. Incrementó el ritmo y supe que ya no podía soportarlo más. Cuando me corrí lo sentí llegar conmigo.

—Tengo que irme. —solté sabiendo que, si no lo hacía, quizás diría algo de lo que me arrepentiría. No iba a jugar a la ruleta con mi corazón, había visto suficientes veces el sufrimiento que el ser humano siente en nombre del amor, lo había sentido en mi propia piel al perderlo de la manera más cruel, sin un simple adiós. El sexo, eso era lo mío.

—Tienes miedo.

—Es lo que querías, pero lamento decirte que no es por ti. —Ni por nadie ya. Sonreí ocultando una lágrima que, a pesar del tiempo transcurrido, se mantenía en guardia, dispuesta a fugarse de su prisión a la más mínima oportunidad.

Salté de la cama y sentí que me dejaba marchar. Una concesión que aproveché, tras hacerme con la sábana y usarla a modo de túnica. Corrí por aquellos pasillos, rumbo a los vestuarios, con el pasado golpeándome tras los ojos. Recuerdos arrancados a la fuerza, sabiendo que si no lo hacía jamás podría superarlo, sin embargo, me había sentido como jamás llegué a creer que

volvería a hacerlo.

Un desconocido me había tocado, atravesando todas las barreras que había colocado para protegerme.

—Lo siento —susurré al entrar en el vestuario y verme sola al fin. Esperaba que no estuviera a mi lado, que su fantasma se encontrara en el paraíso, un lugar de felicidad constante. Hubo un tiempo en el que solo el consuelo de pensarlo conmigo me permitía continuar, ahora...—. No te he olvidado —me excusé sin motivo. No había nadie, nadie que pudiera reclamarme explicaciones o juzgar mis actos. ¿Cuántas veces había compartido la cama con otro hombre? No obstante, tenía la sensación de que había dado mucho más que unas simples caricias en aquella mañana calurosa—. Jamás volveré a querer a nadie.

Casi podía ver su reflejo, aquellos ojos marrones sonriéndome desde la esquina. Aquella sonrisa burlona y su semblante siempre alegre. Mi luz, una luz que jamás olvidaría, un hombre al que nadie podría reemplazar. El sentimiento de haberle fallado hizo que me cambiara con prisas, que saliera casi corriendo de aquel local, sin dignarme a despedirme del portero al pasar.

Recorrí las calles y no me fijé en el coche patrulla. Escapaba, no obstante, no era de los vivos. Aquel hombre de pelo cano se interpuso en mi camino como si tuviera todo el derecho. Me miró desde su superioridad moral y lo vi, aquel brillo metálico y peligroso bajo la superficie de aquellos ojos grises. Aquel policía haría lo que fuera necesario por conseguir lo que deseaba y yo estaba en medio de su camino.

Me esposó a pesar de mis preguntas. No me dijo nada, me tiró en el asiento trasero del vehículo y atravesó la ciudad, conmigo de rehén, fumando un cigarrillo tras otro. El humo entraba y salía de sus pulmones sin descanso y yo me apoyé en la ventanilla preguntándome cómo había llegado hasta allí. Cuál era el camino indicado para alejarme, para volver a mi anodina vida. ¿Era eso lo que quería?

La sala roja era mi Edén, un lugar que todos ansiamos en algún momento, las experiencias que había vivido en pocos días no las olvidaría nunca. Sin embargo, era una niña en un juego de adultos.

Aparcó en un callejón oscuro, en un barrio en el que apenas había nadie y donde sentí miedo. Se giró sobre el asiento sin llegar a salir. Me deseaba, podía ver las asquerosas imágenes que habían poblado su mente antes de abrir los labios.

—Vas a ayudarme —dijo con rotundidad.

—Me acaba de secuestrar, policía o no. ¿Cree que tengo suficiente para demandarlo? —respondí agresivamente.

—Callar la puta boca y atender. Solo voy a decírtelo una vez, si quieres salir indemne harás todo lo que te diga.

—¿O qué? Nunca me ha gustado que me amenacen y dado que no me ha llevado a la comisaría estoy segura de que sus superiores no deben estar enterados de lo que ha hecho. —¿De dónde salía aquella valentía? ¿Desde cuándo era capaz de decir todo aquello cuando mi corazón latía desbocado ante el miedo que aquel hombre provocaba en mí? Pero estaba furiosa, cabreada porque pudiera pensar que tenía algún derecho de pisotearme, con o sin placa jamás sería mejor que yo.

—Vamos a volver empezar, puta —susurró, conteniendo su genio. El sudor se había esparcido por todo su cuerpo, en realidad por todo el coche. El olor competía con el del tabaco, creando una atmósfera irrespirable.

—Sin puta. —¿Era mi boca? Joder, tenía que callarme de una vez. Lejos de eso añadí

desbocada—. ¿Nadie le ha enseñado educación?

—En mis tiempos te habría hecho desaparecer. —Aquellas palabras decían que no sería la primera—. Necesito un nombre, solo eso, y tú puedes conseguírmelo. Hazlo y me olvidaré que existes.

—No he hecho nada, no tengo por qué ayudarlo.

—Lo harás si no quieres que hunda tu vida. Un kilo en tu maletero, un par de pipas en tu casa. Nunca se sabe lo que podría encontrar, ¿no crees? —Me quedé sin aire. Todo se volvió negro, temí desmallarme allí mismo. Cuando su cara se acercó a través de los asientos me encogí sobre mí misma. Aquella pose de niña dura se desvaneció al ver que llevaba una pistola entre sus dedos orondos, la apretaba y meneaba como si estuviera cascándosela, de una manera repugnante y al mismo tiempo amenazadora.

—Nadie le creería.

—¿De una puta? Creo que nadie lo dudaría. Vas a ayudarme porque no eres tonta y saldrás limpia de toda esta mierda. —Se pasó la mano por el mentón, arrastrando a su paso parte de la saliva que había caído acompañando a su grito. Que alguien de aquella calaña hubiera terminado defendiendo el bien y la justicia no era más que una caricatura que demostraba lo podrido que estaba el sistema.

—Solo sirvo copas.

—Y te tiras el jefe. No seas tonta. —En un gesto bastante rápido recogió una carpeta del asiento del copiloto y me la estampó en la cara. Los papeles salieron despedidos a mi alrededor, crearon una alfombra caótica en la que había imágenes que jamás debería haber visto. No quise procesarlo, apuré a mis manos a recogerlos, los apilé sin control, doblándolos y forzándolos, al volver a guardarlos sin orden en aquella carpeta marrón—. Léetelo y se inteligente. Volveré a contactar contigo. —Si hubiera sido inteligente jamás habría vuelto a abrir aquel expediente...

—No...

—¡Sal de una puta vez de mi coche antes de que te arrastre por los pelos! —Todo su cuerpo se meneó ante la virulencia de su arranque. Su pelo plateado, grasiento ya de por sí, perdió su estabilidad y cayó ante sus ojos, de un manotazo volvió a echarlo hacia atrás mientras me miraba esperando.

No daba con la manilla, mis dedos se asían a ella y tiraban sin que pasase nada. Lo intenté histérica, sintiendo que en cualquier momento podría tirarse sobre mí. No había pensamientos en medio de las imágenes, que pasaban ante mis ojos con demasiada rapidez. Mi pelo caía sin control ante mis ojos, mis manos seguían luchando por abrir una puerta, solo eso me detenía, necesitaba correr lejos.

Su risa resonó sarcástica, dolorosa en mi interior antes de que levantase el seguro del coche y me viera libre. Tardé mucho tiempo en darme cuenta de dónde estaba a pesar de que, en cuanto mis pies tocaron la acera, corrí sin pensar en el bolso que golpeaba mi cadera a cada paso o en la carpeta que llevaba estrangulada entre los dedos.

Me odié cuando finalmente me senté en mi sofá, tras pasar todos los seguros de la puerta y revisar que las ventanas estuvieran cerradas. En mi bunker, en la seguridad de mi hogar, me miré al espejo. Me repugnaba haberme convertido, por unos minutos, en alguien débil, penosa, una mujer que había insultado y manipulado a su antojo.

—¡Lo destruiré! —prometí mirando el espejo, el fuego latía bajo mis párpados, prometía encontrar la forma y para eso ya tenía un par de ideas. No obstante, no olvidé en ningún momento aquella carpeta.

Quizás guiada por la adrenalina, tal vez porque el miedo seguía latente, listo para atacar. Fuera cual fuese el motivo mis instintos estaban más despiertos que nunca. Ahora lo veía todo, mis ideas volaban, planeaba a gran velocidad, mi olfato, mi piel, yo era una versión mejorada de mí misma, alguien capaz de lo impensable.

La cogí con miedo y la deposité sobre la mesa de la cocina. Empecé a sacar documentos, imágenes, y más documentos. Una amalgama de información, confusa a primera vista, pero solo tenía que encontrar el hilo del que tirar, ese nexo común que haría que todo lo demás fuera tomando forma. Si el policía creía que esos papeles me harían cambiar de opinión, inclinar la balanza hacia él y ayudarle, tenía que ser algo importante y la curiosidad era uno de mis grandes defectos.

Hubo una imagen entre todo lo demás. Una mujer joven de hermosos ojos azules, unos iris que, a pesar de que en el momento en el que fue tomada la imagen estaban vacíos, seguían siendo preciosos. Una boca llena, roja, en una mueca congelada mientras lágrimas negras descendían desde sus ojos hasta perderse por debajo de su mandíbula.

—Natalia Bauman —susurré con inquietud. Una mujer hermosa donde las hubiera, triste sin lugar a dudas. Una pena desgarradora que atravesaba aquel trozo de papel, algo imposible de describir, pero que podías percibir con claridad. Me senté con suavidad en una silla, en silencio recogí aquellas dos hojas grapadas y acaricié las letras que formaban su nombre, olvidando momentáneamente el odio que sentía por aquel policía cabrón al leer una palabra que me dejó fría, congelada. Muerta.

Aquella mujer había sido inspectora de policía, de las mejores. Había ascendido con rapidez y había acabado infiltrada en uno de los mayores cárteles de drogas del mundo. Algo que debía haber durado un par de meses se había alargado durante más de dos años, pero todo se había torcido en algún punto del camino. La autopsia había revelado moratones, pero también las uñas arrancadas, cortes entre los dedos... una lista demasiado larga de lesiones que acababan con una conclusión, había sido torturada hasta la muerte.

Tirada en medio de la basura, olvidada como si no fuera nada, su cuerpo había sido enmarcado entre los desechos de otros, aquellos que reinaban en la ciudad que ella había tratado de proteger.

—¿Qué te han hecho? —pregunté a un piso vacío, a una imagen que había sido tomada con profesionalidad, pasando por alto la desnudez de su cuerpo bajo aquella luz blanquecina, no obstante, nada de eso pudo borrar su belleza y aquella calidez que, incluso ahora, transmitía su cuerpo.

Sin sospechosos, pistas, nada. Era un caso que parecía haber sido muy estudiado sin fruto alguno. Muchas notas, pero todas con el mismo resultado, nada.

*“Casi he convencido a una de las chicas para testificar, a cambio le he prometido una nueva vida. Ella tiene miedo, es demasiado joven y temo que no pueda soportar la presión. Si me dijera el nombre... es imposible. Tras once meses solo he logrado encontrar a su segundo, ¿dónde se esconde la cabeza?”*

*Quien sea que está detrás ha recibido un duro golpe con la incautación de las dos toneladas de heroína el mes pasado. Me preocupa que todo está demasiado tranquilo. Han empezado a desaparecer varias chicas y un par de gorilas. Están buscando el topo y creo que ya sospechan, debería largarme, pero estoy demasiado cerca. Una semana más y lo dejo, aunque jamás lo haré hasta que mi confidente esté a salvo. Esas chicas merecen una oportunidad.”*

Eran sus palabras. Una libreta que había pasado por alto, manoseada, sucia, llena de tachones

y anotaciones sin sentidos. Números, letras, claves. Sentí que mi cabeza estaba a punto de estallar. ¿Por qué me lo daba? Se notaba que era la original, no una copia. ¿Acaso estaba loco?

*“He presenciado lo más escalofriante de mi vida. Aquella mujer lloraba, suplicaba, aún me repito que no podría hacer nada. Si lo hubiera intentado yo también acabaría a su lado, muerta en cualquier agujero... ¿Por qué entonces no consigo olvidar su rostro, sus lágrimas? Creo que cuando termine este trabajo habré perdido toda mi humanidad, pensé que sería mucho más sencillo, no obstante, el que sea que mueve los hilos es alguien demasiado inteligente. Espero poder pillarle, aunque sospecho que jamás lo haré. No consigo ascender lo suficiente.”*

Saqué una captura con el teléfono y la cerré. Desvestiéndome con calma, fui dejando las prendas tras de mí mientras me introducía bajo el chorro de agua, todavía frío. Sin embargo, tras ver aquellos hermosos ojos, aquellos ojos tan muertos, el frío que sentía en el alma era todavía más intenso.

—¿En qué me he metido? ¡¡Joder!! —Apoyé la cara en la mampara, creí que lloraría, no lo conseguí. Repasé todo lo ocurrido en las últimas horas, recordé los besos de Víctor, su sonrisa, la forma en la que me sentía cuando me tocaba, la necesidad que nacía en mi pecho al verlo.

Lo ocurrido con el poli perdía importancia al pensar en la inspectora fallecida. Había más nombres, probablemente víctimas, sin embargo, los dejé marchar junto con el agua que viajaba ya por el desagüe.

Salí todavía húmeda y cogí mi teléfono. Marqué su número y oteé mi reflejo desnudo en aquel espejo que siempre me devolvía la realidad. Mis pezones estaban erectos, las gotitas de agua se deslizaban por mi piel formando un pequeño charco a mis pies y el pelo se había pegado a mi espalda y rostro. No traté de taparme, secarme o vestirme.

—¿Me extrañabas? Solo hace unas horas que has escapado y ya tienes...

—¡Cállate! —exigí de malos modos. Apoyé la cadera contra la mesa y suspiré exasperada—. En mi piso en media hora. Ambos sabemos que no necesito darte la dirección. —Y colgué. ¿Merecía mi trato? En aquel instante no me importaba.

## Capítulo 10

# Maya

No tuve fuerzas más que para vestirme y esconder el expediente. Por algún motivo sentí la necesidad de protegerlo y el instinto me guio. Cuando oí el timbre abrí la puerta y me quedé esperándolo sentada en el sofá.

—Pasa y cierra —ordené, girándome apenas unos segundos, para volver a mi postura original.

—¿Qué ocurre? —inquirió preocupado, tras hacer lo que le pedí y sentándose a mi lado. Cuando me rozó, cuando sin querer observé sus ojos verdes y noté su cuerpo acariciando el mío, me sentí reconfortada. Era más débil de lo que pensaba, si se trataba de aquel hombre mi cuerpo me traicionaba de la manera más vergonzosa.

—¿No lo sabes? —Frente a frente, sin máscaras que ocultaran nuestros rostros. A la luz del día, solo nosotros en mi propio salón—. ¿Natalia Bauman? —Solté el anzuelo esperando pescar algo y lo hice. Iba a girar el rostro cuando lo retuve—. ¿La mataste?

—¿No! —gritó ofendido.

—Pero murió y el último sitio en el que estuvo fue en la sala roja.

—¿Cómo sabes eso?

—No lo niegas —susurré con tristeza—. ¿Qué le habéis hecho a esa pobre mujer? ¡Era valiente! ¡Solo trataba de ayudar a alguien! —Lo acusé mientras golpeaba su pecho al borde de la locura. Demasiado para procesar, emociones que chocaban en mi interior, me negaba a odiarle o temerlo, pero había demasiados motivos. No podía seguir negando lo evidente—. Eres un asesino.

—Soy muchas cosas —susurró derrotado. Iba a levantarse cuando me eché en sus brazos. Me agarré a su cuello, tiré de su cabeza con fuerza hasta que nuestros rostros estaban pegados, mi boca contra la suya, nuestras respiraciones agitadas.

—No vas a huir.

—Es lo mejor.

—¿Me has jodido! —Aunque no era del todo cierto. Yo sola me había metido de lleno en aquella situación, liándome con quién no debía, aceptando un trabajo a todas luces peligroso. ¿Qué pensarían de mi los demás si alguien llegaba a enterarse? No quería ser señalada. Era liberal, disfrutaba de mi libertad, pero eso no quería decir que no me importasen los rumores—. ¿Me has jodido! —repetí apretando con fuerza su cuello. Si se hubiera defendido, alguna muestra de agresividad, algo a lo que aferrarme para hacerle daño... No hizo nada y yo perdí las fuerzas—. Me ha amenazado —gemí dejándome caer contra su pecho. ¿Qué buscaba?

—Cuéntamelo todo. —Su voz me reconfortaba. Su mano acariciando mi espalda, un gesto sencillo que me descolocó.

—Tú eres parte del problema. No confío en ti, ni en él. Solo sé que hay una mujer muerta, tú

sabes algo y has guardado silencio. ¿Por qué lo has hecho? No entiendo nada.

—No te involucres. Cuéntame lo ocurrido y yo me ocuparé de todo. No dejaré que te hagan daño.

—¿Cómo a ella? ¿Acabaré como un trozo de basura en medio de cualquier descampado tras ser torturada hasta la muerte? ¿Tan poco vale la vida de alguien para vosotros, para ti? —Casi pude ver como mi ataque reverberaba en él, fue como ver un puñetazo a cámara lenta estampándose en la boca de su estómago. No respiró, el aire se negó a entrar en sus pulmones, de nuevo no trató de defenderse—. ¡Di algo!

—¿Qué quieres que te diga? Quizás es lo mejor que pudo suceder. Te alejarás y estarás a salvo. Jamás debí permitir que te involucraras conmigo —sentenció, cerrando quizás la puerta a algo profundo con alguien más. Recluyéndose como penitencia, una forma de evitar que lo ocurrido volviera a repetirse en el futuro.

—Follar se te da bien. ¿No crees? No pude evitarlo, se te daba demasiado bien. —Moví el trasero sobre su entrepierna bruscamente—. ¿Te la tirabas? ¿Ella también fue alguien importante a la que debías proteger? No dejas de avisarme, no dejo de ver señales y no quiero huir. —Me mordí el labio hasta que el dolor me despistó—. Necesito que me digas la verdad.

—No puedo.

—¿Temes que te denuncie? Aunque lo hiciera no soy más que tu camarera, nadie me creería.

—No temo que hagas nada. —Sostuvo mi rostro con ternura y besó mis labios con intensidad. Su lengua se abrió paso y absorbió mi aliento húmedo, respiró a través de mis labios durante unos eternos segundos. Cuando se separó lo miré esperando que hablase—. Ella murió porque no sabía en dónde se metía, porque confió en quién no debía. Este mundo no es lo que parece. Yo no soy peligroso, confía en mí.

—A ciegas. Me pides que me juegue mi vida en una partida de azar. No vales tanto, nadie lo hace. —Y el recuerdo de mi verdadero amor, aquel hombre de sonrisa cálida y promesas eternas. Nadie se aproximaría siquiera a su recuerdo, a la estela que él había dejado tras de sí al marcharse, a los momentos compartidos, pero tampoco era capaz de dejar marchar a David, quizás porque hasta que lo encontré me sentía muerta por mucho que forzaba mi ser en orgasmos momentáneos y con un ácido sabor al terminar—. No lo haré.

—Estás despedida. Ya me enteraré de lo ocurrido, tendrás protección en todo momento.

—No la quiero.

—Pero la tendrás —respondió algo cabreado.

—¡No la quiero! —Se levantó y me tiró sobre la alfombra. Ofendida en lo más hondo de mi ser me incorporé con rapidez para saltar sobre él y empujarlo contra la pared—. Yo descubriré el nombre de la persona que la mandó matar. —No era consciente de lo que decía, sin embargo, Davis si lo fue. Sus manos se crisparon, su cara, apacible hasta entonces, se convirtió en la máscara del odio. Me agarró con tanta fuerza que el dolor me paralizó. Nadie me había tratado como él mientras me lanzaba contra el sofá y se colocaba sobre mí. Podía hacerme lo que quisiera, mis manos, mi cuerpo se había congelado y solo era capaz de mirarlo sintiendo una traición indescriptible—. ¿Vas a pegarme? —pregunté rompiendo el silencio con apenas un susurro.

—¡No!

—¿He dicho algo que no debía? ¿Es eso? ¿Ahora tienes que castigarme para darme una lección? Conozco a ese tipo de hombres, los huelo. ¿Es eso?

—Jamás haría eso.

—Haré lo que me dé la gana. Con o sin tu ayuda conseguiré ese nombre y vengaré la muerte de esa mujer —prometí más convencida todavía.

—No sabes lo que dices.

—Ayúdame —pedí de pronto.

—Piénsalo bien. Aún puedes irte, ser feliz. Este mundo no es para gente como tú. Nosotros ya estamos condenados, sin embargo, en ti hay luz, alegría, un futuro y una vida. No renuncies a todo por un arrebató de niña pequeña. —Su discurso iba cargado con algo más. Con cada palabra sus dedos acariciaban mis mejillas.

—¿Soy una niña pequeña porque no me dejes acobardar?

—Eres ilusa por creer que puede salir bien. —Se sentó a mi lado y me arrastró con él. Volví a terminar sobre su regazo y él se quedó observando la pared del fondo. Una imagen mía colgaba de ella, dos años más joven, pero con una sonrisa y una alegría que desapareció un mes después. La tenía allí para recordarme cómo había sido mi mundo perfecto y el momento en el que todo se perdió. Era un martirio constante que al mismo tiempo necesitaba para continuar—. No puedo permitir que mueras por alguien que ni siquiera conocías. Ella sola se buscó el final que tuvo, confió en quién no debía. Es mi deber vengarla, no el tuyo.

—¿Y qué puedes hacer para evitarlo? ¿Encerrarme? —A mi mente acudió lo que me había contado mi compañera—. ¿Qué le ocurrió a la que trabajaba antes que yo en mi puesto? ¿Ese fue el gran error que cometió?

—No sabes de qué hablas.

—Cierto, porque no me cuentas nada. Confía en mí —supliqué tratando de atravesar aquel color verde crepitante. Él estaba ahí por mí y al mismo tiempo estábamos lejos. Unidos por una fina cuerda, emociones demasiado nuevas que podían ser borradas con rapidez o permanecer eternamente. Lo único claro era la química que había entre ambos, de nuevo algo demasiado fugaz.

—Fue Bruno, el tipo que viste en mi oficina, el que te ha metido en esto. Está obsesionado con Natalie, cree que conseguirá algo un año después. —Meneó la cabeza con cierta tristeza—. No te dejes involucrar en una venganza que no te pertenece.

—Dime algo, confía en mí —intenté de nuevo.

—No puedo decirte mucho, pero eres demasiado testaruda. Si me dejas protegerte te contaré lo que ocurrió aquella noche.

—¿Por qué no me dices el nombre y vamos a la poli? ¿Por qué lo complicas todo?

—¿Ves a lo que me refiero? ¿Y qué crees que ocurriría cuando nos pidieran pruebas o que testifiquemos en su contra? ¿Cuánto crees que tardarían en ponerle precio a nuestras cabezas? ¿Acaso no ves que lo que estás diciendo no tiene ni pies ni cabeza?

—Pero si me lo dijeras... —Empecé sintiéndome estúpida. Lo que decía tenía mucha lógica, pero en mí primaba la necesidad de saber.

—No llegarías a mañana —concluyó David con rapidez—. Mis hombres siempre están cerca, no te ocurrirá nada. Lo mejor es que no volvamos a hablar. Me ocuparé de Bruno. —Me abracé a él, envolviéndole también con las piernas.

—Cuéntame lo que ocurrió aquella noche. —Y no pudo decirme que no. Me apretó contra su pecho y comenzó a hablar. A través de sus palabras me transporté a la sala roja un año antes, solo que parecía otro lugar. A pesar de que lo había visto, de haber trabajado tras la barra, en mi mente era diferente, más oscuro, peligroso...

# Capítulo 11

## Maya

La sala roja era mi mayor sueño y lo vivía por todo lo alto. Cada noche era una fiesta eterna, mujeres sin rostro, con hermosos cuerpos y deseosas por disfrutar de todo lo que yo pudiera darle. En la cima del mundo no me daba cuenta de lo que ocurría a mi alrededor, era un cínico que creía que podría meter bajo el mismo techo a todo aquel que pagase el precio sin preocuparme por su pasado o procedencia.

Era un iluso, creía que nada tenía importancia.

Aquella noche era una noche más, nada la hacía importante, pero Sasha, así era como se llamaba Natalia Bauman de infiltrada, estaba inquieta. Era una habitual, casi siempre con Robert, el hombre con el que te compartí, aunque no era el único. Su misión era escuchar y aceptaba los favores de aquellos que tuvieran algo que decir, yo ni siquiera sospechaba lo que estaba a punto de ocurrir. Estaba ciego y abrí los ojos de golpe.

Aquella noche Robert no le permitió que lo tocara, no se lo permitió hasta que llegó una mujer. Me sorprendió verlos hablando, hasta aquel instante no sabía que se conocieran, sus gustos no podían ser más diferentes, sin embargo, en cuando ella llegó Robert se acercó a Sasha.

Pocas veces me han pedido una sala aparte, generalmente se reservaba varios días antes para que tuviera el tiempo suficiente de ser acondicionada, aquella noche hice una excepción de la que me arrepentiré siempre. ¿Habría cambiado algo que me hubiera negado? Probablemente no, aunque jamás lo sabré.

Entraron entre sonrisas, yo no me acerqué concediéndoles privacidad.

No supe cuánto tiempo estuvieron en aquella habitación, lo que sí sé es que se aproximaba la hora de cierre y me vi en la obligación de avisarlos.

Pasé sin llamar, creyendo que había visto todo lo que podría sorprenderme, que lo que fuera que estuvieran compartiendo en aquel lugar sería algo prohibido, pero agradable. A pesar de mi crianza, de todo lo que he tenido que ver en mis años más tiernos había dejado todo eso atrás, como si se tratase de un mal sueño, quería ser una persona diferente y la sala roja era mi oportunidad de conseguirlo.

Sasha estaba tendida sobre la cama, sus brazos caían a ambos lados de su cuerpo en una postura extraña, sus ojos miraban el techo en una curiosidad eterna. No me podía creer aquella sangre, quería acercarme, mirar si estaba bien, sin embargo, no podía hacerlo.

Tenía que tratarse de algún juego que se les había ido de las manos. Yo conocía a Robert desde hacía años, habíamos compartido mujeres, noches de juergas y alcohol. Nos conocíamos lo suficiente para hacernos confidencias, amparados en el alcohol compartimos viejos fantasmas, en aquel instante supe que había cometido un gran error.

Hasta aquel momento siempre había dejado a mis hombres en la entrada o en la sala. Me creía a salvo, me veía como un tipo duro, curtido en las calles, capaz de enfrentarme a aquel que quisiera hacerme daño, sin embargo, aquello era muy diferente. ¿Cómo iba a salir bien parado de la muerte de una mujer? ¿Qué ocurriría con mi negocio, con mi vida, cuando descubrieran el cuerpo de Sasha en mi local? No podía permitirlo.

En cierto modo tardé en pensar en los asesinos, en reparar en los cortes, en las mutilaciones y en las uñas que formaban un montoncito al lado de su cabeza, lejos de sus manos, olvidando que aquel no era el lugar correcto en el que debía encontrarse.

Aquella mujer sin alma seguía sentada en la butaca, sus piernas estaban cruzadas en una pose sensual, tranquila. Me miraba con una sonrisa perenne, imborrable, no daba la impresión de estar presenciando lo mismo que yo, ni que su estómago estuviera amenazando con soltar hasta la última papilla al ver a la mujer, con la que había hablado y reído, a la que consideraba amiga, en aquellas condiciones.

¿Qué había ocurrido allí? Demasiadas preguntas y lo cierto era que no era bueno conocer las respuestas, yo era un espectador inocente, aunque algo en los ojos de aquella reina del mal me decía que estaba en grave peligro.

—¿Qué ha pasado? —Traté de mantenerme en mi sitio. Yo era el dueño, el hijo de una gran madame que misteriosamente salía de todas las investigaciones indemne, y de un inspector que seguía ascendiendo en la cadena de mando a pesar de que su reputación dejaba mucho que desear.

—Negocios —respondió ella, casi sin despegar los labios. Estiró la mano y recogió un cigarrillo mentolado de la mesa que había a su lado. Se lo llevó a los labios y lo encendió sin separar sus ojos azules de mí, siguiendo mis movimientos sin perderse ni un solo detalle.

—Gorka, necesito que v... —susurré contra mi walkie, hablando directamente en los oídos de mis hombres.

—Yo no lo haría. —Me quedé mirando aquel aparato negro que tenía entre los dedos y sopesé mis posibilidades. Gorka era mi hombre, confiaba en él, pero ¿hasta qué punto? ¿Quería que supiera lo que había en aquella habitación?

—Gorka, te llamo ahora —añadí cansado y acercándome a aquella mujer que jamás debió haber traspasado el umbral de la sala roja—. Sabe que estoy entre la espada y la pared. Debería llamar a la policía.

—Tampoco haría eso. Cierra la puerta y acompáñame, creo que deberíamos conversar un rato. —Era algo que no estaba dispuesto a hacer.

—¿Y acabar como ella? No soy estúpido.

—¿Crees que podría contigo? Soy una débil mujer —dijo con sorna. Aspiró con fuerza y contuvo el aire en los pulmones unos segundos, antes de dejarlo escapar con un suspiro desmesurado—. No seas exagerado, podemos ser amigos.

—No me gusta subestimar a nadie. —Y caminé hacia la puerta donde, tras apoyarme en el marco, levanté la mano instándola a continuar—. Tampoco veo cómo puedas convencerme de no avisar a las autoridades.

—Supongo que hay ciertas cosas que no te gustaría que nadie supiera. —Se quedó mirando el cigarrillo que movía hábilmente entre sus dedos. Un movimiento hipnótico que yo mismo seguí.

—No sé de qué me hablas —contesté con furia contenida, consciente de que había mucho que yo quería mantener en las sombras. Deseé golpear su rostro, quizás porque sentía la amenaza pendiendo sobre mi cabeza, porque no quería tener que elegir entre una persona que amaba y aquella mujer que no creía que mereciera un final tan atroz, y por la que también creía tener

sentimientos profundos y ciertamente aterradores—. Es mejor que te largues —continué de malos modos. Necesitaba tiempo para pensar—. No tengo por qué saber quién estaba en esta sala con ella.

—No. Puede haber huellas, o algo, que me relacione con nuestra “querida” amiga. —Ella no estaba dispuesta a claudicar y se puso en pie. Sus tacones resonaban con fuerza, se movía como una serpiente y sentía que ya empezaba a enroscarse en torno a mi cuello, privándome del aire y la alegría—. Creo que siempre puedes hacer desaparecer el cuerpo y yo enterrar las pruebas que tengo. ¿Te imaginas lo que ocurriría si tu madre la encontrase? —Un ligero temblor se apoderó de mi cuerpo, un temblor que no era otra cosa que cada átomo de mi cuerpo reteniéndose, conteniendo aquel impulso de destrozarla a golpes como ella había hecho con Sasha.

—Deberías recordar con quién hablas —gruñí cuadrándome. Yo tenía una reputación, un nombre que provocaba miedo, por mucho que fuera más feliz olvidándolo.

—Ahora eres un niño más que juega con los mayores. Te has vuelto débil, ¿no te has dado cuenta? —sonrió maternalmente, negando con la cabeza se colocó ante mí. Varios centímetros más pequeña y con leves arrugas en el rostro. Podría parecer cualquier cosa con aquel vestido semitransparente menos una asesina a sangre fría.

—Aún tengo los contactos suficientes para hacerte desaparecer.

—No lo dudo. Tranquilo, —Golpeé con suavidad mi antebrazo—. ¿A quién le ayudaría ya? Está muerta, es algo que nadie puede cambiar y si yo caigo muchas personas lo harán. ¿La recuerdas? Era una joven tierna, dulce, inocente. Ahora puedes protegerla, pero si te enfrentas a mí... —No pude evitarlo más, agarré su cuello y me juré que no saldría de aquel dormitorio con vida. Apreté y sus uñas se clavaron en mi piel en un vano intento de defenderse de mí. Heridas profundas y pequeñas, sangrantes que no me molestaban en absoluto. Lo único que sentía era a ella, lo único que me importaba era que mi secreto jamás saliera a la luz.

—Un niño, ¿Eh? —Sus labios llenos de carmín rojo se abrían tratando de coger aire cuando sentí un golpe en la espalda y la dejé huir sin comprender qué había pasado. Me sentí acorralado antes de fijar los ojos en Robert. Verlo allí, con los brazos cruzados y aquella mirada dura me hizo pecatarme de lo ingenuo que había sido. Volví a observar a aquella mujer sin creérmelo todavía, mis ojos bailaban entre ambos tratando de descubrir lo que pasaba allí. Tantas noches y juergas compartidas, era un amigo, ¿cómo podía ser cierto? A mí se me daba bien calar a la gente...

—David, no seas cabezota —soltó con ironía—. ¿De verdad te gusta pegar a las mujeres? —preguntó deformando grotescamente la realidad, parecía una burla cruel a Sasha, que de cuerpo presente ya no podía opinar en aquel intercambio de palabras. Ella era un cascarón vacío, alguien que había sufrido los últimos momentos de su vida para quedar olvidada, solo yo podía protegerla, hacer lo correcto, aunque cada vez lo veía más improbable.

—Eres un hijo de puta —solté sin poder contenerme. Mi cuerpo ya se había tensado, estaba dispuesto a destrozarlo, a hacerlo con ambos. Quería llamar a Gorka, que aquello terminase en una jodida carnicería. ¿Desaparecer los cuerpos? Lo haría, pero solo si aquellas dos alimañas se desvanecían también en un agujero muy profundo—. ¿Cómo has podido participar en esto? —pregunté señalando la cama. Los ojos de Robert miraron a Sasha y bajó la cabeza.

—Tío, no es lo que crees. Yo jamás haría algo parecido. —La tos de la mujer, aquella que seguía impasible, sonriente, disfrutando de ver a dos amigos enfrentados y sabiéndose vencedora, lo hizo recapitular—. Yo me desharé del cuerpo, solo lárgate. Nunca debiste haberlo visto. —Y vi que quería ayudarme. Una súplica que no quería o podía comprender.

—¡Largaos! —exigí incapaz de soportar la presencia de ellos dos allí. Fue en ese momento

cuando Gorka apareció. Supe que se había sorprendido, sin embargo, se recompuso con facilidad y acarició el arma que llevaba escondida junto al hombro. La sacó con rapidez y gruñó para hacerse notar.

—¿Lo habéis oído o tengo que enseñaros la salida? —Inteligentemente Gorka apuntaba a la hembra, había percibido quién llevaba de verdad los pantalones y no tenía intención de dejar nada al azar. Lo miré agradecido.

—Te arrepentirás —me prometió ella dando dos grandes zancadas para su tamaño y pasando a mi lado. Yo mismo me moví para evitar rozarla, asqueado con su solo aroma. Robert se entretuvo un poco más, me miró y cuando ella no podía verlo movió los labios. “Te lo explicaré”, soltó. ¿Acaso pensaba que algo que pudiera decir podría justificar la muerte de Sasha?

Solo cuando me supe solo pude respirar, me dejé caer al lado de la cama y acaricié las manos todavía cálidas de Sasha. La miré y le prometí que algún día la vengaría, no sabía cómo, pero encontraría la forma. Sus ojos azules seguían mirando el techo, perdidos en algún lugar que esperaba que fuera mejor que el jodido mundo que habíamos conocido.

Al contrario de lo que se podría pensar, yo conocía el gran secreto de aquella mujer, quizás porque la conocía de mucho antes quizás porque, aunque ahora éramos solo amigos, fuimos mucho más que eso. Un amor profundo, juvenil, que dejó raíces en mi corazón y me hizo desear ser mejor persona. Ella no se merecía aquel final, no ella.

Sentí las lágrimas calientes lamer mi rostro. Quería recordarla sonriente, luchadora, su risa contagiosa y la manera en la que arrugaba la nariz cuando algo no le gustaba. Me costó hacerlo, mis ojos me traicionaban volviendo a su cuerpo desnudo, a aquellas marcas llenas de sangre, heridas profundas y otras no tanto, que deformaban lo que fue el cuerpo más bonito que había visto nunca.

—Jefe —dijo Gorka desde la puerta.

—La han matado —susurré como si él mismo no pudiera verlo. Gorka apretó los labios y bajó la cabeza, dándome silencio y tiempo, dos cosas que necesitaba como el aire que llenaba mis pulmones—. Quiero que la investigues, que los investigues —me corregí—. Quiero saberlo todo, poder tenerlos por los cojones.

—¿Quiere que me ocupe de ella? —preguntó receloso. Mis dedos estaban ahora manchados de sangre, de sostener sus dedos, de acariciar la palma de su mano.

—Vístela. Que no la encuentren... —Y no supe continuar. ¿Qué podría haber peor que lo que ya le había ocurrido?

—Lo siento mucho, jefe. Era una buena chica.

—Demasiado buena para este mundo. Estamos podridos, todos los que conozco lo están y me tienen bien cogido. Tengo que encontrar una salida —reconocí incapaz de sostener yo solo aquella pena que amenazaba con consumirme—. Dijo que tenía la situación controlada. —Gemí al darme cuenta de que posiblemente había pasado miedo, tenía que haber sentido días antes que algo no iba bien, pero ella era hermética y nunca me confiaba nada. Lo único que me pidió fue que jamás contase quién era realmente y lo hice, aunque a la vista estaba que no sirvió de nada.

—No es culpa suya.

—¿Y de quién es? Yo mejor que nadie sabía cómo acabaría todo. —Gorka se acercó y cubrió su cuerpo dejando solo la cabeza a la vista.

—Jefe, quizás deberías dejar que yo y mis hombres nos encarguemos. No dejaré que salga su nombre, nadie lo relacionará con usted.

—Soy un cobarde.

—Ha sufrido mucho. No tiene por qué seguir cargando con tanto usted solo. —Pero si debía, era el único que podía hacerlo, el único en el que confiaba para mantenerla a salvo. Yo jamás le fallaría porque era quizás el único en el mundo que la amaba por encima de cualquier otra cosa.

—El perdón, la alegría, el amor... —bufé mientras me levantaba y le daba la espalda a mi amiga y antiguo amor. Entre nosotros había un pasado, confianza, muchas emociones que en aquel instante preferiría que jamás hubieran ocurrido por lo mucho que dolían—. Lo único que me importa es que acaben todos muertos.

## Capítulo 12

# Maya

Lo escuchaba hablar sin comprender nada. Hablaba de dios del sexo que yo conocía, del hombre con el que me había compartido, el mismo que seguía danzando en la sala roja a su antojo, divirtiéndose con una y con otra bajo sus narices.

Sus ojos verdes estaban húmedos, él se ocultaba contra mi pecho, tratando de mantenerse alejado de lo que me contaba, un mero espectador más, pero yo notaba su corazón contra mi piel, rápido, luchando, aferrándose a mi ser. Me sentí extraña oprimida por sus brazos y sabiendo al mismo tiempo que era yo quien lo sostenía.

—La detective —concluí recordando el informe. Era tan hermosa... no era extraño que se hubiera enamorado de ella. Sentí celos y me odié por ello, yo no era así, tampoco habría entre los dos nada más que sexo.

—Era mi amiga —rebatí él. David acarició mi rostro y tiró de mí. Su boca acarició la mía. No fue un beso, nuestros labios se rozaron sin más intención que la de sentirnos, creó una tensión entre ambos que pedía más, pero disfrutaba al no tenerlo—. No lo hagas, no te metas. Te prometo que pronto tendrá justicia. —Y lo creí, pero me daba miedo. Él se comportaba como si ya no tuviera nada que perder, en el fondo de aquel verde esmeralda vi que estaba a punto de jugárselo todo, incluso su propia vida. Saboreé la locura y la frustración en su aliento.

—¿Y qué vas a hacer?

—No puedo contarte nada —replicó con voz cansada—. He tardado mucho, pero casi lo he conseguido. Bruno jamás debió involucrarte, te prometo que no volverás a verlo. Si es necesario lo haré desaparecer también. —Y fue esa amenaza velada la que trajo a mi mente sus propias palabras, hace no tanto tiempo.

—Has matado a alguien por ella.

—¿El motivo importa? —preguntó besando mi mejilla —¿Cambiaría algo?

—No puedo dejarte solo en esto. Si lo hiciera no me lo perdonaría nunca.

—No tienes por qué hacerlo. No me conoces, no somos nada y jamás lo seremos. —¿Era de gilipollas reconocer que, la contundencia con la que lo dijo, me retorció el alma? Me quedé mirándolo, esperando que añadiera algo más, que algún gesto, alguna duda, me diera esperanza, sin embargo ¿para qué?

—Acudiré a trabajar y usaré las entradas que me has dado. —Tapé su boca con el índice sintiendo el cosquilleo en la yema cuando él entreabrió los labios para replicar. Sonreí obnubilada, excitada, mi cuerpo necesitaba cierto desahogo, descargar la tensión acumulada y comprendí que no me serviría nadie más—. Si intentas apartarme solo será peor.

—Podría obligarte.

—Estoy segura, ¿lo harás? —pregunté besando sus labios, creyendo y bebiendo cada palabra que me había dicho.

En apenas unos días ya no reconocía a la Maya que había entrado en su local dispuesta a ganarse un dinero y disfrutar de experiencias nuevas. Jamás me había sentido tan viva, excitada y aterrada. Temía perderlo aun cuando no me pertenecía, momentos compartidos que significaban mucho más que toda una vida al lado de cualquier otro. Una caricia, una sonrisa, un beso... cada gesto se grababa a fuego en mi mente, jamás podría olvidar lo que compartiéramos.

—Tengo que irme —gruñó de pronto. Mentía.

—¿A dónde? —pregunté incapaz de dejarle ir. Aferré su chupa de cuero, usé mis dedos, mis uñas, me negaba sintiendo que posiblemente jamás volviera a verlo —Voy contigo.

—¿Estás tonta? Solo voy a descansar para la fiesta de esta noche.

—¿Esta noche hay fiesta? ¿Por qué no me has dicho nada?

—Esta es diferente, más... íntima. —Volví a besarlo. Mis palabras no lo detendrían, ni mis ruegos, quizás mi cuerpo tuviera una posibilidad.

Introduje la lengua en su boca, lo inspeccioné y saboreé desesperada. Seguía tratando de avanzar hacia la puerta, pero su boca permanecía conmigo. A cada segundo la balanza se inclinaba un poco más a mi favor hasta que se detuvo y sus brazos me envolvieron.

—No podrás impedirlo. —Él conocía mi argucia. Volví a besarlo al tiempo que mis manos desabrochaban mi pantalón y lo bajaba. Él hizo lo propio con su ropa, nuestras cabezas juntas, nuestros labios rozándose y nuestros dedos trabajando para despojar la parte inferior de nuestros cuerpos de aquella tela inútil que no hacía más que interponerse en nuestros ardientes planes.

—No me subestimes. —Sus manos agarraron mis nalgas y me aupó. Caminó unos metros conmigo hasta que me depositó sobre la fría mesa de la cocina. Estaba entre mis piernas, yo había envuelto sus caderas en un lazo de carne que le impedía huir. Nada importaba, solo él y aquel sentimiento desconocido, peligroso, salvaje y arrebatador. Una inmensidad debajo de la piel, un miedo y una necesidad tan grande que, incluso sabiendo que si lo acompañaba podría acabar muerta no me importaba, mi alma sentía que si estábamos juntos nada malo podría ocurrirnos—. Consigo todo lo que quiero, ¿recuerdas?

—No puedes poseer lo que está sentenciado desde hace mucho. Eres hermosa e inteligente, tendrás un gran futuro. —Su mano acunó mi rostro, besó mi mejilla con tanta dulzura que fue peor que una bofetada. Era una despedida—. Quizás no tenga sentido para ti, pero soy el único que puede darle justicia y ella lo merece todo. —Ella lo era todo para él, por mucho que yo empezase a importarle.

—No te confundas. Que use tu polla, que me gusten tus caricias, no te convierte en mi dueño. Haré lo que me salga de los...

—Shh... —Me tapó los labios y le mordí la mano. Agarré su pelo y tiré de él sin compasión para alejar su cara, que ya se acercaba peligrosamente.

—No vuelvas a mandarme callar —amenacé perdiendo los nervios, a punto de golpearlo hasta que aquel miedo no ocupase toda mi mente—. ¡Jamás vuelvas a hacerlo!

—¿Y qué quieres que haga? —Sentí que lo preguntaba de verdad, haría cualquier cosa menos lo que de verdad me importaba, lo que de verdad deseaba.

—No importa lo que te pida, se lo has prometido a ella —dije sintiéndome una mierda. La imagen de aquel informe volvía a mí—. Pero yo te ayudaré quieras o no. —Él asintió dándome la razón como a los locos, se colocó a mi entrada y entró despacio. Llenó mi cuerpo dejando que cada centímetro que se adentraba en mi interior fuera una gloriosa tortura y un bálsamo para mi ser

al mismo tiempo.

—No me pasará nada.

—Mientes. Vas dispuesto a morir como si esa fuera la única opción. Por eso sé que todavía no me conoces. —Él se alejó unos centímetros, saliendo de mi interior, y yo apreté los labios dando por zanjada la discusión, por el momento. No le dejé escapar, me perdí en los besos, empujé sus caderas con mis piernas y una vez entró ya no pudimos detenernos.

Se volvió agresivo, contundente. Apoyó su boca en mi hombro, alejándose de mí, con cada penetración yo gemía y él gruñía. Me sostenía y yo a él, aunque lejos el uno del otro. Su mente se alejaba y yo quería mantenerlo a mi lado.

Mordió mi hombro y yo tiré de su pelo. Lo agarré sin preocuparme de hacerle daño y lo obligué a mirarme. Quería que viera mi rostro, mi preocupación, mi placer, que me viera como muy pocos habían podido hacerlo, débil y poderosa.

—No te ocultes. —No trató de negarlo. Sus ojos verdes estaban algo más oscuros, seguían sorprendiéndome aquellos cambios de color, sutiles matices que los dotaban de una belleza todavía mayor—. No me apartes de ti.

—Solo sexo —recordó lacerándome.

—Pues hazlo bien —grité abofeteándolo—. No me uses como una muñeca a la que no le debes el más mínimo respeto. ¿Es eso?

Volví a abofetearlo impotente ante su silencio. En ningún momento dejó de moverse, yo tampoco quería que lo hiciera. Seguimos aquella danza eterna, sensual y con un sabor amargo. Gemíamos sin apartar la mirada de los ojos del otro.

La tensión que había crecido en mi interior, pero no quería que terminase. Traté de retenerlo, de mantener aquel orgasmo bajo control, posponerlo lo máximo posible, sin embargo, cuanto más lo intentaba más sentía que era imposible. Contra mis propósitos David no hacía más que incrementar aquel vaivén y fue superior a mí.

Sabiendo que aquella sensación adictiva, aquel placer que, durante unos segundos me llevaría a un lugar donde no había dolor, era inevitable me dejé ir. Aquel orgasmo me propulsó a las nubes, llevándose a David con él. Con rapidez se recompuso y pude ver cómo se alejaba, recompuso su ropa y, tras depositar un suave beso en mis labios, se despidió de mí.

—Gracias.

—¿Acaso soy una puta? —pregunté ofendida.

—Lo siento. —Y bajó la cabeza mientras acariciaba el pomo de la puerta. ¿No tenía sangre en las venas? ¿Por qué no dejaba aquel aire triston?

—Si vas a joderlo todo por tratar de hacer justicia tú solo, sin aceptar ayuda, no me pidas perdón porque eres tú el que se cava su propia tumba. No te importa el dolor que causes, porque crees que te lo mereces. —Controlando cada músculo, mi expresión, mi postura, controlando mis manos para no taparme, mostré una frialdad que estaba muy lejos de sentir—. No voy a quedarme quieta.

## Capítulo 13

# Maya

Necesitaba hablar con una amiga, confesarme y quizás pedir consejo.

Acorralada, caminaba por el salón sintiendo que las posibles salidas a aquella encrucijada cerraban sus puertas en mis narices mucho antes de que me percatase de que estaban abiertas. ¿Y si al contactar a Tanit la estaba poniendo en peligro?

Suspiré lanzando el informe contra el sofá. No habían pasado dos segundos cuando, sentándome entre aquellos papeles, volví a buscar en aquella carpeta marrón algo que pudiera conducirme a mí, tan ansiado, final feliz. Me conformaba con que aquella historia no terminase con la muerte de David, o la mía propia.

Estaba sentada envuelta en mi bata rosa, todavía con el pelo húmedo pegándose a mi piel. La ducha no había servido para relajarme y decidí investigar un poco más, dejar que mi mente se sumergiera en lo que se asemejaba demasiado a una historia de terror.

Me zambullí de golpe en la vida de otra persona, en sus últimos momentos. Palabras sueltas y hechos que mi mente trataba de unir, de ordenar. Había fechas, horas, interrogatorios, que pasé de largo. Al final volví a aquella libreta, aquellas hojas llenas de anotaciones y manchas. Se notaba que habían sido pasadas, estudiadas, toqueteadas en numerosas ocasiones.

Natalia Bauman era una de las inspectoras más sobresalientes de su promoción. Quizás por eso aquella línea sobresalió entre las demás, una vez hube comenzado no pude terminar. Aquello se parecía más a un diario personal que a lo que entregarías a tu superior, aunque supongo que una vez muerta nadie iba a protestar porque lo leyera.

*“Tras la visita de mi superior todo ha quedado zanjado. Bruno no cesa en su empeño por descubrir el motivo que me ha llevado a solicitar este caso, según él no merece la pena, está convencido de que han untado a alguien de dentro y que acabaré muerta. Él no lo comprende, quizás porque él no conoce toda la historia.*

*¿Cómo puedo contarle al hombre huraño que me ha enseñado todo lo que sé, a mi compañero y mentor, lo ocurrido tantos años atrás? He tratado de olvidarlo, de dejar esta venganza atrás y continuar con mi vida, sin embargo, al fin tengo una oportunidad y no puedo dejarla escapar.*

*Mañana empieza mi nueva vida, Sasha, una mujer tan parecida a quien fui y a la que siempre he tratado de olvidar... Bruno sospecha algo, pero cuento con el apoyo de mi confidente y amigo. Espero que todo salga bien, no quiero poner a nadie en peligro.”*

Entre las páginas cayó una fotografía gastada de una joven de ojos azules, unos ojos preciosos y brillantes, llenos de vida y energía. Era ella, pero muchos años más joven y con un gastado vestido de flores. Le di la vuelta para descubrir una fecha. “25/06/2010” ¿Por qué había metido

aquella imagen en la libreta que usaba para anotar sus pensamientos del caso? Sentí que aquella imagen, aquella fecha era importante.

Pegué un salto cuando las notas de Highway to Hell de AC/DC llenaron el salón. Una canción que me hacía sentir viva y que me sabía de memoria. Me llevé la mano al pecho dejando que aquella voz rasgada, una voz que conseguía llegar al fondo de mi alma y despertarme, calmase mis inquietudes antes de coger la llamada.

¿Era telepatía? Posiblemente, pues yo la necesitaba. Tanit estaba al otro lado de la línea preocupada y yo no pude evitarlo. Siempre he sido débil y no quería llegar a desaparecer sin que ella supiera nada. Quizás era muy fatalista, aunque todo lo que estaba ocurriendo parecía recién salido de una película.

—¿Te has olvidado de mí? —inquirió con tono molesto. Esbocé una sonrisa y suspiré pensando qué podía contestar.

—¿Puedes venir a mi piso?

—¿Qué ocurre? —contestó casi al momento preocupada.

—Ven, por favor. —Y colgué sintiéndome perseguida. Ella me perdonaría y necesitaba que llegase cuanto antes. Es más, puse una silla al lado de la puerta y, con la libreta sobre las rodillas, seguí leyendo sin llegar a concentrarme del todo.

*“Mi contacto con el departamento será Bruno, él no quiere separarse de mí y ha llegado a golpear a nuestro superior. Tuve que interceder para que no lo suspendieran, aunque creo que le pasará factura, por lo menos no parece que vaya a haber consecuencias mayores.*

*En doce horas habré de cambiar de vida y dejar a mi niño atrás. Tendré que apartarme de lo único que me importa y eso me parte el alma. Le he contado que son unas pequeñas vacaciones y lo he mandado con una amiga, sin embargo, no puedo evitar pensar que le estoy fallando, que debería olvidar, pero sé que él jamás estará seguro hasta que lo haga.”*

¿Era madre? En su expediente no decía nada... Tardé unos minutos, pero enseguida di con lo que estaba buscando.

*“Madre adoptiva de Ryan Bauman.”*

¿Qué habrá sido de él? Me sentí desbordada y adelanté las páginas hasta casi el final. ¿Acaso tenía derecho de conocer la vida que Natalia o Sasha, su nombre de infiltrada, tenía antes de comenzar el caso? No era más que una mirona, una curiosa que sentía fascinación ante el dolor y la pérdida, eso y un dolor real por la injusticia, porque los malos habían ganado. Palabras infantiles que describían a la perfección lo que pensaba.

*“Me he encontrado con ella. Cada vez estoy más segura de que es la que está al mando y la que mandó asesinar a mi hermano. Temía que pudiera reconocerme, pero supongo que en siete años he cambiado lo suficiente y que ya no tenga el mismo nombre ayuda. Cuando la vi creí que la tierra se abriría bajo mis pies, temí no ser capaz de mantener mi tapadera, de que fuese capaz de leer en mi rostro el odio, las ganas que sentía en aquel momento de despellejarla viva y tirarla al río, impidiendo que nadie supiera jamás lo que le había pasado. Contra todo pronóstico fui capaz de mirarla a los ojos y hablar con normalidad, bueno la normalidad que Sasha, con una ligera adicción y alcoholismo, podía mantener cuando conocía a la mujer que dirigía todo el cotarro.*

*Drogas, una palabra peligrosa que hace que las personas olviden lo que de verdad importa, que pongan esa sustancia por encima del amor, el cariño, la lealtad, por encima de todo aquello que antes les importaba. Recordar a quién fue antes, recordar a mi hermano en aquel cuerpo esquelético y con un disparo en la cabeza fue lo más duro que hice nunca, al menos eso*

*pensé hasta que tuve que recoger a su hijo. Me alegré de que fuera pequeño, pero eso no calmó el agujón doloroso que atravesó mi pecho cuando llamó a su papá. Su mamá jamás llegó a cogerlo siquiera en brazos, había muerto en el parto y mi hermano no fue capaz de superarlo.*

*En algún punto de mi vida tomé la decisión, no recuerdo exactamente cuándo fue, quizás cuando acompañé el féretro rumbo a un agujero del que jamás saldría, tal vez cuando, entre pesadillas, mi pequeño gritaba el nombre de su papá. Perder a la única familia que me quedaba, al hombre que llegó a criarme, al hombre que me abrazó cuando perdimos a nuestros padres, aunque lo cierto era que llevaba perdiéndolo desde el mismo instante en el que decidí meterse esa mierda por la nariz.*

*En aquella reunión saqué dos cosas en claro, en menos de un mes llegará una gran remesa y la segunda era que ella llevaba mucho más que eso. Su mano se había estirado demasiado, quizás más de lo que era capaz de dominar y ahora estaba en conflicto con otra de las mujeres más poderosas de la ciudad, una que yo jamás tocaría.*

*Cada vez estoy más jodida y no me atrevo a contárselo a mi confidente y amigo. Sé que si lo hiciera trataría de solucionarlo él solo y no quiero ponerlo en peligro, tengo la sensación de que jamás debí comenzar este caso, temo arrastrar a otros en mi caída, personas buenas que no se encontrarían en esta situación si no hubiera sido por mí.*

*En el lugar de encuentro estaba uno de los clientes de la sala roja, me ha sorprendido porque ni siquiera sospechaba que estuviera involucrado. Por lo que llegué a escuchar la reina tiene algo gordo contra él, vamos, que literalmente lo tiene cogido por las pelotas, es su marioneta. Quizás, si yo pudiese averiguar ese gran secreto podría darle la vuelta a la balanza, pero si trato de hacerlo también puedo ponerme al descubierto. Es una gran decisión, aunque cada vez temo que sea la única ya que, a pesar de que ya creo tener el nombre, no he conseguido ni una sola prueba en contra de esa mujer, es demasiado lista.*

*El pasado jueves en una de las cafeterías del centro se encontró con el cliente de la sala roja, no tuve tiempo de ponerle un micro y no tengo ni idea de lo que dijeron, pero él salió diez minutos después con un sobre en las manos. Esta noche trataré de conseguir el dichoso sobre, espero que tenga algo porque... joder, quizás merece la pena el riesgo. Ya no sé qué es lo que debo hacer..."*

El cliente, no era posible, pero era el único que me venía a la cabeza. ¿Podía tratarse de Robert, mi dios del sexo? La primera vez que lo vi pensé que era un engreído, aunque tampoco un mal tipo necesariamente. Ahora sentía que era mi cometido volver a sus brazos, tentarle, sonsacarle, llevarle a mi terreno, obligarlo a hablar, y para eso era necesario que acudiera aquella noche.

Agradecí a Tanit que llegara en aquel momento, que casi me hiciera saltar de la silla y acabar con mi precioso culo en el suelo. Gracias a su entrada arrolladora, y al abrazo que casi me estrangula, evité que mis pensamientos siguieran llevándome por derroteros cada vez más negros.

—No sé si pegarte o darte un beso —dijo a modo de saludo.

—Lo merezco —contesté

¿Qué hizo a continuación? Me agarró por el brazo y me llevó hasta el salón. Dejé la libreta sobre la mesa y me dejé acurrucar a su lado. Cuando apoyé la cabeza en su hombro gemí y me oculté, pocas veces Tanit guardaba silencio, aunque en aquel instante lo hizo.

—La he jodido —solté de pronto rompiendo aquella burbuja.

—¿Qué ha ocurrido?

—No quiero meterte en esto, solo quiero que me abrases y me digas que todo va a salir bien

—supliqué con tristeza.

—Puedes contarme cualquier cosa.

—Lo sé, no se trata de eso, es que si te lo dijera y te pasara algo no podría perdonármelo. Eres como una hermana para mí.

—¿Y qué iba a pesarme? ¿En qué te has metido? —inquirió asustada.

—En nada y en todo —suspiré sin saber qué podía o no decir—. Si lo dejo solo le ocurrirá algo malo, puedo sentirlo, y no podría soportar pasar por lo mismo otra vez. —En su cara vi pena.

—¿Te refieres a Víctor? —preguntó para confirmar sus sospechas.

Siempre había evitado incluso pensar su nombre, mentarlo era algo que desbordaba la presa en la que encerraba el dolor que su recuerdo causaba en mí, incluso dos años después seguía estando demasiado reciente.

Asentí sin fuerza. Sentía que, si me giraba, si miraba hacia la esquina que llevaba al dormitorio podría verlo ahí, su sonrisa perenne y aquella forma tan sensual que tenía de observarme, una promesa muda de sexo y mucho más.

—Lo sigo amando. Creo que jamás podré dejar de hacerlo. —Si me concentraba podría incluso sentir sus besos, sus caricias, la forma en la que acariciaba mi pelo cuando me quedaba dormida en aquel mismo sofá—. Sigo sin comprender por qué él.

—Esas cosas pasan. —Pero mientras lo dijo no me miró a los ojos. Quizás porque siempre pasan, pero tendemos a pensar que no a nosotros ni a nadie que conozcamos—. Solo fue un accidente.

—¿Y nadie tiene la culpa? ¿Cómo puedo aceptar eso?

—Los frenos fallaron —concluyó Tanit tratando de dar por zanjado el asunto, las lágrimas ya habían hecho acto de aparición en mi rostro—. Cuéntame lo que ocurre. Nadie sabrá lo que me digas, te lo prometo.

—No quiero...

—Ya me lo dijiste, pero si somos amigas es porque somos igual de testarudas y no pienso separarme de tu lado hasta que lo sueltes todo por esa boquita. —Y se lo conté. ¿Por ella? No, necesitaba soltarlo y era en la única que confiaba. También le relaté mi plan, el único que se me había ocurrido por el momento y que se sostenía por los pelos.

Siempre pensé en Tanit como alguien dulce, incapaz de meterse en líos de verdad. Una persona de alma cándida y sonrisa fácil, capaz de enamorar a cualquiera e incapaz de pensar mal de nadie. Aquella tarde descubrí otra faceta de su personalidad, una mucho más peligrosa, fría, calculadora.

—No saldrá bien.

—¿Por qué? —casi grité.

—Porque se nota a la legua tu interés, tu nerviosismo, la desesperación que sientes por proteger a ese tipo. —Se quedó pensativa unos segundos—. Yo te ayudaré.

—No.

—Sí. No me mires así, ¿creías que te dejaría meterte sola en la boca del león?

—David me protegerá.

—¿Cómo lo hizo con la otra chica? —preguntó con ironía. Sentí un escalofrío ascendiendo con rapidez por mi espalda, cierta inquietud hizo nido en mi vientre.

—Es diferente.

—¿De verdad? ¿Y lo que pretendes no es defenderlo tú a él? Hay algo que no entiendo, ¿por qué te importa un hombre capaz de asesinar y al que apenas conoces?

—No lo sé. Me importa, pero jamás tendremos nada más allá de lo que ya hemos disfrutado. Somos dos personas afines, sin embargo, también somos demasiado diferentes y no sé si podría estar con alguien sabiendo lo que ha hecho, lo que es capaz de hacer. —Pensar en los momentos compartidos era volver a sentir sus besos, recordar sus ojos verdes traspasando mi ser, sus manos inquietas acariciando mi piel.

—Nunca se te ha dado bien mentir. Tienes miedo.

—¿Acaso no tengo motivos? —pregunté a la defensiva.

—Creo que temes más lo que te hace sentir ese hombre. David... ¿No se llamaba así? —Y sentí que el calor se extendía por mi rostro, siempre acompañado por ese molesto rubor que a ella le hacía tanta gracia—. Él no me gusta, aunque...

—No lo conoces —solté antes de que pudiera atar mi lengua. Ella levantó la ceja derecha y supe que estaba jodida.

—Puedes conseguir a alguien mejor, aunque —Hizo una ligera pausa remarcando esa última palabra—. me alegro que te hayas permitido volver a sentir. Asentí sin querer ahondar mucho en sentimientos dolorosos, en recuerdos que ella misma me había ayudado a procesar, momentos hermosos que se volvieron lacerantes al saber que no volvería a ver jamás al hombre que amaba.

Y ella me ayudó a prepararlo todo, me acompañó al mismo infierno y se soltó la melena. Yo no sabía lo que ocurriría, si lo hubiera sabido jamás habría dejado la seguridad de mi hogar. Lo prometo... Bueno... No sé lo que hubiera hecho...

# Capítulo 14

1 año antes  
(Recuerdos de un fantasma)

## Sasha

Aquel hombre de dientes podridos y pelo sucio era mi confidente, alguien a quien realmente apreciaba.

Constantemente me preguntaba si la próxima vez que lo viera seguiría vivo, si su siguiente chute no sería el último. Su cuerpo apenas podía soportar ya su peso, y dormitaba tirado en una esquina sin preocuparse por las heridas que decoraban su piel.

Una visión triste para una esquina deprimente donde cada noche se reunía lo peor de la sociedad. Cuando todos dormían las bestias despertaban de su letargo, con disfraces que no convencían a nadie. Sin embargo, aquellos que no pertenecían a las sombras, y por diversos motivos se cruzaban con ellas, preferían creer en la fantasía antes que reconocer a la puta que se apoyaba en el cajero automático o al yonqui que no había comido en tres días.

Aquel yonqui era un buen hombre, hacía no mucho me había contado su historia y, en aquel momento crucial de mi existencia, era lo único que podía recordar cuando lo miraba. Un hijo muerto y un divorcio a cuestras, un amor tan profundo que no pudo soportar la pérdida y una dosis llevó a otra. Pocas personas tenían un corazón tan puro como él, aunque ya no había nada que pudiera hacer por ayudarlo. Él jamás tuvo la intención de sobrevivir, curarse, vivir sin su hijo. Para aquel hombre de dientes podridos el mundo se había terminado en el mismo instante en el que una lamentable caída en una excursión le arrebató lo máspreciado de su vida.

—Buenas noches. —Su respuesta a mi saludo fue un leve cabeceo, dudaría incluso que me hubiera reconocido, tampoco le importaba. Le diría a cualquiera todo lo que sabía con tal de obtener algo de pasta que granjearía poco después por coca. Un intercambio necesario, incluso podía sentir su necesidad en aquel sudor frío y el temblor descontrolado de sus manos. Al principio había llegado a asustarme la manera tan fija que tenía de mirarme, aunque he llegado a creer que se debe a que la mierda que se mete le ha jodido la vista.

—¿Qué necesitas? —inquirió nervioso. No sabía dónde meter las manos, las pasó con fuerza por la camiseta y las encerró en el fondo de sus bolsillos para volver a sacarlas con rapidez.

—Información. —Asintió y recogió una libreta, si es que se le podía llamar así a un par de folios grapados, llenos de anotaciones y tachones—. Quiero que me digas lo que has averiguado de mi amiga. La Reina. —Aquello llamó su atención. Se acercó tanto, que su aliento rancio me golpeó de lleno. Quería retroceder, poner algo de aire limpio entre ambos, sin embargo, no me

moví ni un ápice, ni siquiera los músculos de mi cara demostraron el asco que irremediamente luchaba contra las arcadas de mi estómago.

—La Reina... Sabes que es peligroso, esta zona le pertenece, pronto tendrá bajo su mano a toda esta puta ciudad. —Empezó a reírse de su propia broma. Un hombre que cruzaba la calle en ese momento miró en nuestra dirección, aunque en seguida perdió el interés y continuó su camino—. Se lo merecen, todos y cada uno de ellos. Se merecen lo que va a pasar. —Daba la impresión de haber perdido la cordura, yo cada vez estaba más convencida de que solo se trataba de que era capaz de ver toda la mierda que se escondía bajo la superficie. Por lo menos en aquello tenía razón, pronto las calles estarían llenas de drogas y aquellos que no pertenecen a aquel mundo acabarían sufriendo las consecuencias de vivir donde otros trabajan—. Si...

—Solo quiero la información —lo corté obligándolo a centrarse. Cabeceó mirándome las manos, saqué un par de billetes de cincuenta que llevaba especialmente para él. La visión de aquellos dos papeles, que tanto placer podían darle una vez los hubiera intercambiado, fue reclamo suficiente para que su lengua se soltase en la dirección adecuada.

—Pregunta por esa boquita.

—¿Has descubierto qué es lo que oculta en el almacén de la esquina suroeste?

—Mercancía. —Esa era una fácil, yo misma lo sabía. Sonreí contenta, el asunto no iba mal.

—¿Tu contacto ha conseguido descifrar el contenido del pen que te di?

—Tienes que comprender que esas cosas son muy caras —intentó regatear. Hubo un tiempo en el que creí que, lo que me había contado, era algo íntimo y por ello nos había acercado de cierta manera, incluso como amigos, no podía estar más equivocada. Para él relatarme el suceso más traumático de su vida no era importante, porque vivía en aquel instante desde la muerte de su hijo, porque el tiempo para aquel hombre de dientes podridos no había transcurrido.

—Creo que ya te di dinero suficiente. No intentes jugármela y dime lo que contenía. —Me tendió dos papeles que leí con rapidez—. ¿Estás seguro? —pregunté sintiendo que mi corazón perdía el paso, aquello no podía ser posible... Sin embargo... —¿Había algo más?

—No. Una de las carpetas estaba cifrada y dice que no ha podido hacer nada. Y eso que fardaba de ser de los buenos... —Quedó cavilando lo que para él fue mucho tiempo o tal vez lo que fuera que había ocupado su mente por unos minutos no merecía el esfuerzo que pensar requería.

—Todos creen ser los mejores. —Ni yo misma comprendía por qué lo dije. Miré la farola del fondo y un mal agujero me atravesó, quise alejarlo, pero aquella sensación prácticamente se había pegado a mi piel, ascendiendo, reptando hasta que era en lo único que podía pensar. Estaba muy jodida, lo había estado desde el principio, pero era demasiado ilusa para darme cuenta en aquel momento. ¿Pensaba que yo sola podría dismantelar toda una organización criminal? Suerte tendría si lograba meter a un par de hombres entre rejas, aunque yo solo la quería a ella, la reina tenía que caer—. ¿Ella fue a visitar a Robert?

—¿El tío ese repeinado? —Sonreí cansada.

—Ese mismo. Es uno más de los cabrones egoístas de este mundo —concluí sabiendo que había compartido con él mucho más de lo que hubiera querido.

—No parece tan malo. Incluso está estudiando medicina. —Sonrió sarcástico—. Y se reunieron ayer. Durante una hora, en uno de los pisos del centro. La carraca me dijo que ella salió muy contenta, debió darle de lo lindo porque salía satisfecha.

—Tenlos controlados y llegado el momento, si la noticia de mi muerte llegase a los periódicos, has de enviar el contenido de este sobre a la dirección que te di.

—¿Por qué estás tan convencida de que lo haré una vez tenga el dinero? —preguntó con sorna, pero estirando los dedos para coger los dos billetes con auténtico deseo pintado en los ojos.

—No puedo saberlo, aunque eres padre. Yo quiero volver algún día con mi pequeño y si acabo muerta al menos deseo que el responsable lo pague. Dime que lo harás, necesito saberlo. — La respuesta siempre sería sí, pues sino no obtendría el dinero.

—Lo haré si no apareces el viernes por aquí —soltó de pronto, parecía mucho más sobrio, su mirada había perdido aquella nube que la cubría hasta aquel momento. Su mano derecha cogió la mía con firmeza y, sin soltarme, siguió hablando. Tenía mucho que decir, quizás en los últimos meses sí que habíamos formado algo parecido a la amistad. Una policía de mierda hasta el culo y un drogadicto antiguo abogado—. Esa mujer es peligrosa, pero eso ya lo sabes. No sé qué te ha impulsado a meterte en esto, aunque si estás dispuesta a arriesgar tu propia vida no dudes si debes acabar con la del enemigo. Veo demasiada dulzura en ti para un mundo tan jodido.

—Soy de las duras.

—Es posible, aunque deberías saber que esa mujer tenía una hermana. Es un secreto a voces, eran gemelas. Nadie sabe su nombre real porque usa ambos, pero nunca las han vuelto a ver juntas. Ten cuidado, se comenta en las calles que ella acabó con la que fuera que ahora está bajo tierra. —Conocía muchas historias, había que saber dilucidar entre todas ellas para acercarse siquiera a lo que podía o no haber pasado, aunque él estaba convencido de lo que contaba.

—¿Pueden ser dos?

—Solo queda una, eso es lo peligroso. —Y soltándome volvió a dejar caer el peso de su cuerpo en la pared, si se golpeó su cara no lo demostraba. Volvía a mirar a lo lejos, atravesándome, sin llegar a verme.

Ya estaba levantándome cuando vi los billetes todavía aferrados a mis dedos. Me quedé mirándolos absorta, cansada, temblorosa. Miré por última vez a aquel drogadicto de dientes podridos, un hombre del que no sabía el nombre, olvidado, sin hogar ni futuro y se los metí en la mano derecha a la fuerza.

—Gracias. —Y él asintió. ¿Sería aquella tristeza que veía en su postura, en su forma de moverse, por mí? ¿Acaso sentía que era la última vez que nos veríamos?

Aquella noche yo iba dispuesta a cerrar al fin el caso. Los sentimientos, que tan despiertos estaban en mi interior cuando habían comenzado, dieron paso al miedo y a la tristeza por no poder estar con mi hijo. Era su rostro el que deseaba ver, quizás era ya lo único que necesitaba. Me arrepentía cada día de la decisión que había tomado, pero nunca se me ha dado bien retroceder en el tiempo y tuve que apechugar con mis decisiones.

Llevaba unos vaqueros y una camiseta de tirantes, pero ni me molesté en la ropa interior. En mi bolsillo trasero una entrada roja y yo pocas ganas de juerga. En la sala roja había de todo, a mí nada de aquello me interesaba, era extraño tener que abrirse de piernas para trabajar, me acercaba demasiado a una puta, mi único consuelo era pensar que cuando todo terminara le pondría las esposas a la mujer que había matado a mi hermano.

“No pienses eso, te gusta. Además, quizás hoy David también baje y puedas...” Alejé esas ilusiones cabreada conmigo misma. Debía dejar de vivir en el pasado, hacía muchos años que éramos amigos y él ya no me veía de la misma manera. Todavía quedaba en él algo de ternura y cariño, era lo único que podría obtener por su parte. David... después de aquel caso esperaba no tener que volver a verlo, pensaba pedir el traslado y formar una familia para mi pequeño.

Crucé la puerta conociendo el camino hasta los vestuarios, me puse el vestido semitransparente y solté mis cabellos rubios peinándolos con los dedos. Me veía imponente, nadie

diría lo que pasaba por mi cabeza, mis ojos azules, aquel escote profundo y el hecho de que la tela fuera casi inexistente... a veces incluso me sorprendía que trataran de darme conversación.

Era la noche, una noche en la que llegué cansada de todo, agotada de estar siempre alerta, de responder por un nombre que no era mío y fingir cuando lo único que quería era volver a mi verdadero hogar. Fue aquella noche cuando, sin compasión, me torturaron y asesinaron a solo unos metros de mi amigo, del hombre al que seguía amando en silencio, tan cerca y lejos a la vez.

¿Qué pensaría David cuando me encontrara desecha sobre el colchón? ¿Cómo sería la vida de mi Ryan sin mí a su lado? ¿Sería feliz?

Creí controlar la situación, pero estaba demasiado agotada, ya no tenía el mismo cuidado que al principio y fue un simple descuido, algo tan nimio como saludar a quien no me había reconocido, saludarlo cuando no debería haberlo conocido... ¿Cuándo ocurrió? Dos días antes, pero ellos ya lo sabían todo de mí aquella noche. Estaba condenada desde el mismo instante en el que, inocente de mí, pregunté cómo le iba la vida. ¿Estúpido? Posiblemente, pero la reina del cártel más importante del país no se había sentado en el trono por nada, ella sospechó y yo no lo hice.

Caminé hasta la habitación del fondo con Robert a mi lado y ella detrás. Podía sentir sus alientos en mi cuello cuando me rodearon sobre el colchón, al principio incluso me besaron y acariciaron, mientras ataban mis manos y mis pies yo creí que sería otra sesión más de sexo tras la que podría buscar la prueba que necesitaba en el pequeño bolso que siempre acompañaba a aquella "reina". El problema fue que jamás me soltaron y jamás lo harían.

Me quedé mirando mi cuerpo vacío mucho tiempo, lo vi descomponerse, ser olvidado entre la basura y lo vi mucho después. El tiempo no importaba ya, tampoco nadie tuvo mucha consideración por la muerta, aquella mujer que una vez fue una joven y hermosa detective, tenaz decían muchos, aunque yo diría, de aquella mujer que una vez fui, que pecaba de ingenua, confiada e inocente. Si hubiera sido más como era ahora... pero era demasiado tarde.

## Capítulo 15

# Maya

Antes de entrar, Tanit fue a recoger dos máscaras. Hermosas, rojas y negras, sus filigranas se entretejían dibujando una calavera en el centro de la frente. Una broma de muy mal gusto por parte de David, pero que solo él y yo comprendíamos.

La esperé en el taxi con el corazón en los labios y suspiré al verla volver. Tuvo que ayudarme a ponérmela, mis dedos no respondían mis órdenes, preferían bailar sin control en un temblor molesto que no hacía más que incrementarse.

—Tranquila. —El susurro de Tanit contra mi oreja me hizo saltar y ella me abrazó. ¿Realmente conocía a aquella mujer?

—Lo estoy —repuse poniéndome en pie y pagando al hombre que, pacientemente, esperaba para poder volver a su trabajo. Era egoísta, pues me alegraba de no estar sola, ¿habría sido capaz de cruzar el umbral de aquel local si no hubiera notado la mano derecha de Tanit guiándome, instándome a continuar? Posiblemente no, porque incluso con su mano empujándome yo apenas conseguía moverme.

Cuando vio lo que tenía que ponerse fue la primera vez que dudó, recogió aquel vestido revisándolo para tirarlo a continuación sobre el banco molesta.

—¿Y qué esperabas?

—Algo más...

—¿Decente? ¿En un club de sexo? —Ella volvió a mirar aquel trozo de tela semitransparente roja y comenzó a desnudarse. Despacio, meditando, yo hice lo mismo en automático. Era hermosa y la había visto desnuda muchas veces, aunque nunca llegué a plantearme que quizás yo podría gustarle, ¿cambiaba eso algo entre las dos? No para mí.

Me usó de escudo para salir y yo sentí que ganaba confianza. No sabía cuándo ni qué ocurriría, sin embargo, tenía que encontrar a David entre aquellos hombres y llevármelo, buscaríamos juntos otro momento, no era aquel.

Las manos de Tanit se cerraban en mi brazo, sus uñas se clavaban en mi piel al tiempo que lo observaba todo con mirada ávida. En dos ocasiones se acercó a mi oído para susurrar, yo no le hice caso, sobre todo la segunda vez al percatarme de que lo que estaba observando con la boca abierta no era más que un 69 entre dos mujeres.

—Lo hacen delante de todos. —Jadeó al ver cómo un hombre, de anchos hombros y caderas estrechas, levantaba a una mujer, para empalarla a continuación sobre el sofá. Justo a escasos segundos de que otro hombre, realmente musculoso y de un precioso cabello rojizo, le lamiera al protagonista los huevos—. Todos pueden verlos.

—Creo que eso es lo que más les gusta. Lo que hacen podrían hacerlo en sus casas, dudo

mucho que tuvieran problemas, sin embargo, prefieren tener público, ser observados, adorados, estudiados. Llevan lo que les gusta sin tapujos, lo disfrutan justo porque rompen las reglas, las rasgan y estiran hasta que son las reglas las que se adaptan a ellos. —¿De dónde había salido aquello? A mí me gustaba aquel lugar, era un templo del placer, donde todo era consensuado. Yo habría pasado años experimentando entre aquellas paredes, pero la muerte de aquella inspectora había quitado el encanto para devolverme de golpe a la realidad.

—Y vamos a...

—¿Es lo que quieres? —pregunté al ver que no podía apartar los ojos de una mujer de anchas caderas y cintura estrecha. Sus pezones estaban ocupados, cada uno por sendos caballeros, pero los ojos castaños que se escondían tras la máscara miraban a Tanit interesados en lo que veían. A mi amiga le sorprendió lo directa que fue aquella dama al estirar la mano, una invitación muda, pero inequívoca. Ahora debía elegir qué era lo que deseaba hacer. Prefirió coger mis dedos nerviosa —Yo voy a buscarlo, si no vuelvo en media hora llama a la policía.

—¿Y qué quieres que diga? Hola poli, estoy en bolas en una sala donde follan todos menos yo y a mi amiga van a matarla. Posdata, creo que se trata de algo de drogas, aunque no puedo demostrarlo. ¡No! ¡Mejor! Puedo ofrecerle una pajilla si viene a investigar, ya que estamos...

—¿Desde cuando eres tan sarcástica?

—Perdóname, no soy muy dada a estos ambientes. —Pude ver de primera mano su debate interno, ella deseaba dejar atrás sus miedos, lanzarse de cabeza a lo que siempre había deseado, pues al mirar a aquellas hermosas mujeres sabía que solo había una que provocaba escalofríos en su interior, una capaz de volverla loca de deseo e impedirle dormir. Solo había necesitado sentirla una vez, perderse en sus manos, en la boca de Carla, su forma de hacerla sentir única, especial, sobre todo importante, para ser consciente de que aquel sentimiento no era un encaprichamiento momentáneo ni mera curiosidad. Tras las costillas de mi amiga se había fraguado un sentimiento poderoso, ese capaz de provocar guerras y crear paz, uno que yo trataba de evitar por todos los medios—. Tampoco tengo intención de dejarte sola. No digo que formar parte de ese trío de ahí no pudiera ser... interesante —concluyó sintiendo que le faltaba el aire al ver cómo le colocaban dos pinzas en los pezones a la rubia que se encontraba en el centro. Tenía que doler, pensé yo, aunque aquella desconocida no diera muestras de ello—. Quizás en otro momento. —Pero yo sabía que ella no era así, era de las que buscaban el amor y algo me decía que ya lo había encontrado. Tanit era fuerte, luchadora, pero tierna y soñadora al mismo tiempo, una de esas personas que te repatea porque nunca pierden la esperanza ni la fe en las personas.

—Pues yo creo que paso. Me iba bien de cama en cama —respondí repasando aquellos cuerpos, torsos desnudos, rostros semiocultos y miradas encendidas. Seguí caminando, acechando, no perdí detalle de nada, con ella a pocos centímetros detrás de mí. Cruzamos la sala sabiendo que estábamos en zona de guerra, no una guerra abierta, sino una guerra silenciosa en la que podíamos ser sentenciadas sin llegar a ser conscientes de ello.

Algo ocurría. Incluso entre las sombras y aquella canción de notas graves y voz rasposa. Alguien rompía la magia, eran murmullos, algo que no era lo suficientemente interesante para aquellos que se divertían a nuestro alrededor, sin embargo, yo lo seguí lo más rápido que pude hasta las escaleras que llevaban al segundo piso, las mismas que parecían fundirse con la pared del fondo y que llevaban hasta la oficina de mi jefe.

Y allí estaba él, vestido, aunque sin máscara. En sus ojos resolución y el gorila en medio impidiéndole avanzar. Pocas veces estuve tan agradecida con alguien, incluso llegué a cogerle algo de cariño a aquel grandullón con cara de mala leche.

—No lo haga —escuché cuando llegaba a su altura—. Déjeme a mí.

—¿Quieren algo? —inquirió David sin reconocerme. Sonreí seductora.

—Dame algo de espacio —le susurré a Tanit, ella se alejó unos metros. Pasé al lado del gorila y posé la mano en su antebrazo. Él me miró curioso, incluso tentado a mandarme a un lugar poco agradable, sin embargo, cuando le guiñé un ojo creo que me reconoció porque se movió permitiéndome acercarme a su jefe y retrocedió hasta colocarse al lado de Tanit—. Sí —respondí mirando directamente aquellos ojos verdes que me volvían loca, bueno... loca, loca no, solo me gustaban y puede que... ¡Daba igual! Miré aquellos ojos sin perder detalle, preguntándome cuál era el plan tan elaborado que tenía en mente y lo había llevado a pegar gritos como un loco delante de todo el mundo —Tengo un par de reclamaciones que me gustaría hacerle en privado —añadí modulando mi voz, todo lo que era capaz, en un intento de que no me reconociera, lo que era mirarme no me miraba en absoluto. Sus ojos estaban fijos en alguien que se encontraba mucho más lejos, pero había demasiadas personas en aquella dirección para que pudiera acertar cual era el blanco de su mirada asesina.

—Ahora no tengo tiempo. Gorka podrá atenderla y...

—No, quiero hablar con usted ahora mismo. Tendrá que atenderme si no quiere que monte un espectáculo aquí mismo —exigí pasando por su lado y subiendo las escaleras con un contoneo de lo más sugerente. Sentí su mirada en mí, ese toque apreciativo capaz de despertar terminaciones nerviosas en mi cuerpo de lo más sensibles. Me giré para ver si me había seguido, lo cierto era que no había movido ni un solo músculo, pero sus pupilas estaban fijas en mi cuerpo y, cuando ascendieron despacio desde mi culo, por mi espalda, y dieron de lleno contra mi rostro sonrió descarado. La luz se encendió en el fondo de su mente.

—No deberías haber venido. Mis hombres tenían que haber impedido que...

—¿En serio?

—Te vigilan.

—Pues yo no he visto nada. —Me crucé de brazos algo mosqueada—. Y tampoco hacen muy bien su cometido.

—Solo tenían que actuar si estabas en peligro. Perdóname, pero ahora tengo algo importante que hacer. En unas horas...

—¿Estarás en algún descampado con un tiro entre los ojos? —inquirí bajando un peldaño. Nuestros ojos a la misma altura, mis labios moviéndose despacio, entonando las palabras con un timbre algo grave solo para él, porque a su lado cada sílaba era ronca, estaba dotada de una alta carga sexual que no podía evitar, daba igual de qué estuviéramos hablando. En aquel instante fue el único quizás en el que pensar en él fiambre hizo que el hielo congelase la sangre de mis venas —. Sube, ya.

—No puedo. Tengo que hacer negocios.

—Con La Reina.

—Es hora de que alguien le quite la corona.

—Y lo haré, pero no hoy —repuse posando mis dedos en sus hombros, sintiendo sus músculos tensarse ante mi contacto. En mi mente podía ver aquellos hilos invisibles que descendían de las yemas de mis dedos y se internaban bajo su piel, reteniéndolo a mi lado—. Tienes razón —dije de pronto—, te acompaño. —Y, dando la vuelta, di dos pasos resuelta a dar por culo.

—¡No! —Me agarró por el brazo, pero al ver que eso no funcionaba hundió los dedos en mi sedosa melena castaña. Tiró lo justo para volverse doloroso y yo me quedé tensa como la cuerda de una guitarra, si la música no hubiera estado tan alta todos los de aquel lugar habrían oído mi

gruñido animal, un sonido que a él no le pasó desapercibido.

—Suéltame si no quieres que te corte los dedos...

—¡Suéltala! — gritó a su vez Tanit acercándose, aunque rápidamente fue interceptada por Gorka que la agarró por el brazo retorciéndoselo.

—¡Déjala! —aullé al presentir que aquel gorila le hacía daño.

Estaba dispuesta a pelear, perdí la compostura y sentí deseos de morder, arañar, hacer lo que hiciera falta por quitarle los ojos a aquellos dos hombres. ¿Cómo se atrevía a ponerme las manos encima de esa manera? ¡Yo era dueña de mi vida y de hacer con ella lo que me viniera en gana! ¡No habíamos vuelto a la época de las cavernas donde, un gilipollas, podía coger a la mujer y llevarla a su hogar por los pelos! Solo le faltaba atarme a la pata de una mesa para que no me metiera en problemas, aquel imbécil no tenía ni idea de con quién estaba jugando.

—Tranquila, vas a hacerte daño. —Contrariamente a sus palabras no me soltó, tampoco disminuyó la presión que me obligaba a mantener la cabeza alzada y echada hacia atrás.

—¿Yo? No es por mí por quién tendrías que preocuparte —gruñí amenazadora. Pensé que solo me faltaba enseñar los dientes para que comprendiera el mensaje, aunque era mentira, mis dientes estaban al descubierto en una sonrisa que no tenía nada de cálida—. Si no ordenas a tu gorila que la suelte tendrás que preocuparte por recoger las canicas que ahora llamas huevos del suelo.

—No sabía que tenías la lengua tan sucia. —Su aliento golpeó mi nuca, cálido. ¿Aquellas palabras eran eróticas? Me estaba volviendo loca, pues me estremecí de pies a cabeza—. Ten cuidado, no estás en una de tus fiestas de princesitas.

—¿Me amenazas? —A pesar del dolor giré la cabeza. ¿Cuántos cabellos me habría arrancado? ¿Cuántos se habrían quedado enredados entre sus dedos? Alejé esos pensamientos y lo miré de reojo, todo lo que mi cuello y el dolor me permitió—. Lo siento. —Mi mano apretó las canicas, apretó y apretó. Por algún motivo su agarre perdió fuerza.

—¡Para! ¡Estás loca! —No estaba segura de si era un lloriqueo, una orden o un grito.

—Qué sorpresa. —Aquella voz, era la mujer que muy gentilmente me había insinuado que le interesaba en mi primer día de trabajo. Mayor, pero no lo suficiente para no ser atractiva, en realidad sus arrugas no hacían más que acentuar unos rasgos bonitos, al menos lo que aquella máscara dejaba ver—. No sabía que tratase de esta forma a sus clientes. —Había cierta crítica y burla escondida que no me pasó por alto.

—Estas señoritas ya se iban. —Los dedos de David se volvieron a tensar, todo él lo hizo. Supe la respuesta antes de formular la pregunta, que quedó congelada en mis labios—. Gorka, acompáñalas hasta la puerta.

—No —dije con firmeza mirado fijamente a aquella mujer—. Mi fiesta aún no ha terminado. He venido para disfrutar y aún no lo he hecho.

—Una mujer interesante, siempre puede acompañarme si lo desea —repuso la mujer con intención, mirándome con deseo.

—A ella le gusta algo diferente, ¿verdad, preciosa? —Pegó su entrepierna a mi culo en un gesto lascivo y posesivo. Soltándome el pelo envolvió mi cintura con su brazo y me apretó con tanta fuerza contra su pecho que apenas podía respirar—. ¿Verdad? —repitió contra mi oreja exigiendo que le diera la razón.

—Estoy aquí para disfrutar de nuevas experiencias —solté. ¿Quería que aquella mujer me tocara? No. Sin embargo, tampoco iba a marcharme dejándolo atrás.

—Tal vez en otra ocasión —gruñó David molesto.

—¿Por qué? Ella se merece de toda la experiencia. ¿Ocurre algo? —preguntó verdaderamente

interesada aquella mujer de pelo lacio.

Tanit, que no había despegado los labios, aprovechó aquel momento para fingir un desvanecimiento. Gorka la recogió al momento, pero fue excusa suficiente para David que prácticamente sonreía ante el “problema médico”.

—¿Te encuentras bien? —preguntó, colocándose ante Tanit y llevándome con él. Su brazo se había convertido en un hierro candente que llegaba a molestar me, impidiéndome llenarme los pulmones. Si lo hubiera visto desde fuera me habría parecido una situación ridícula, me trataba como si fuera su bolso de mano, del cual no quisiera despegarse, sin embargo, una parte de mí se sentía especial y no quería alejarlo.

—¿Desea tomar algo? Igual ha sido por el calor... —Aquella mujer, La Reina, porque ya estaba convencida de que se trataba de ella, se acercó despacio y colocó su mano al cuello de mi amiga. Sentí miedo, sus dedos largos se posaron sobre la yugular de Tanit y recordé el informe, el cadáver de Natalia Bauman, la tortura... Quise saltar sobre ella, alejarla de mi amiga, protegerla con mi vida si fuera necesario. Salté hacia delante, mis pies llegaron a separarse del suelo, no obstante David me tenía inmovilizada. Iba a gritar, pero él fue más rápido.

—No hagas tonterías —susurró en bajo contra mi oreja, escondiendo las palabras en un beso de lo más húmedo. La impotencia me hizo contar los segundos que tardó aquella “señora” en medir el pulso de Tanit. Asintió con una sonrisa y, cuando se alejó, supe que no había respirado, por lo que permití que el aire saliera de mis pulmones como una exhalación dolorosa y ardiente.

—Quizás es mejor que me siente un rato. ¿Me acompañas? —Vi la súplica y el miedo en los ojos de Tanit. No comprendía ese cambio repentino, curiosa seguí su mirada, que danzaba de mí hacia las manos de la acompañante de la reina de la droga. Era insistente, tentada estuve a pedirle que parase por miedo a que la descubrieran, pero Tanit lo hizo cuando entreabrí los labios sorprendida.

En el ajetreo se había abierto el bolso de la mujer pelirroja que acompañaba a “la reina”. Con las piernas ligeramente separadas, y una de las manos apoyaba en el bolso, no se había percatado de que aquella ligera abertura dejaba entrever el brillo metálico de un arma, que resaltaba como una luz en el medio de la oscuridad. En silencio, aquella mujer que se abriría de piernas, que acompañaba a “la reina” y haría todo lo que su dueña le dijera, estaba pendiente de cada movimiento, de cada peligro, dispuesta a matar por preservar la seguridad de “la reina”.

—No puedo ser tan desconsiderada, después de ver como la pobre prácticamente ha perdido el sentido sobre mí. —Le tendió la mano esperando que se la cogiera. A Tanit le tembló el pulso, todos lo achacaron a lo ocurrido, pero finalmente tomó el ofrecimiento con una mueca que apareció y desapareció de su hermoso rostro con rapidez. Los ojos marrones de Tanit escondían miedo, pero había algo más, una decisión que ganaba peso a cada segundo, al ver que los tiros no resonaban por las paredes y que la conversación seguía sin que los cadáveres abonaran el suelo a nuestro alrededor.

David me soltó para coger mi mano y guiarnos a una habitación de la primera planta. En el centro una gran cama de dos por dos con sábanas rojas, un inmenso cabecero con barrotes y un cristal en el techo. Era lo único que había, eso y un olor intenso que no sabía distinguir, pero que invitaba a algo oscuro.

Gorka dejó a Tanit sobre la cama y la señora se acomodó a su lado. Le acarició la mano con la punta de las uñas, despacio, repasó cada dedo hasta que la tensión en aquella habitación era insoportable.

—Tranquila. —Volvió a susurrar, solo para mí, mi caballero de blanca armadura—. Quizás

deberíamos dejarlas descansar, siempre pueden quedar en otra ocasión, invita la casa —añadió algo más alto. La señora negó con la cabeza.

—Quizás no pueda participar, pero a mí siempre me han encantado estas habitaciones. Permiten que observe lo que haga al mismo tiempo que disfruto de la experiencia. ¿Qué tiene de malo que también me observe una mujer hermosa?

Caminábamos por arenas movedizas, sin embargo, sabía que mientras estuviera yo David no haría ninguna imprudencia. No tenía pensado separarme de su lado, aunque también pensaba hacerle pagar lo que había ocurrido instantes antes.

La señora hizo un imperceptible movimiento con la mano y su acompañante dejó el bolso sobre el suelo a su lado. Con dedos ágiles se deshizo del vestido y se quedó mirando a “la reina”, esperando.

—¿Les importa? —preguntó sonriente la mujer, incorporándose y acudiendo a la boca de su subordinada. La besó durante un minuto, su lengua asaltaba la boca de su subordinada en un baile hipnótico que todos los que nos encontrábamos allí seguíamos sin perder detalle —En contadas ocasiones tengo la ocasión de disfrutar —explicó en una disculpa vacía.

—Quizás deberíamos dejarlas —dijo Tanit.

—¿No te gusta lo que ves? —inquirió aquella mujer pellizcando el pezón derecho de la pelirroja. Su boca fue después, dos lametazos y sonrió sobre la piel sensible de su acompañante —Reconozco el interés cuando lo veo. —Y se sentó al borde de la cama abriendo las piernas, cuando la pelirroja iba a arrodillarse David carraspeó con fuerza.

—Es mejor que las lleve a un lugar en el que puedan estar tranquilas. Nos vemos más tarde — le prometió a La Reina mientras me besaba el cuello, un gesto que me pilló desprevenida.

—Eso espero, no me gusta que me hagan modificar la agenda por nada. —David asintió ante el semblante, frío y profesional, de aquella reina de la droga—. ¿Seguro que ellas no pueden entrar en el trato? —preguntó sin apartar los ojos de Tanit. Parecía que mi amiga había llamado gratamente su atención.

—Ellas están fuera —contestó David de manera cortante—. Creo que ya dejé mi postura clara una vez.

—Cierto, viejos fantasmas que siguen sin permitirte descansar. Se nota con solo mirarte que sigues siendo el mismo atormentado de siempre, ¿no te parece sospechoso? Algo me dice que tus intenciones son otras. —La pelirroja estaba de rodillas, sin embargo, sus ojos estaban en David y su mano se había escondido dentro del bolso, si acariciaba algo yo estaba convencida de que se trataba de una pistola.

Me giré y apoyé la mano en el duro antebrazo de David. La tensión podía rasgarse, Gorka también estaba preparado para desenfundar y yo no sabía qué sucedería si ambos decidían jugar a la puntería.

—Es un hombre excepcional. —¿Era yo la que hablaba? Me dejé llevar. Su mirada me encendió, su orgullo, la forma en la que su mano recogió mi mechón de pelo y se lo llevó a la nariz sin preocuparse de los demás, del peligro—. Pero los hombres son estúpidos y nunca se dejan aconsejar, creen tener todas las respuestas cuando no hacen más que dar palos de ciego. ¿No crees? —pregunté volviéndome hacia ella.

—Me gustas —respondió la aludida—. ¿Eres su socia?

—Con algún que otro roce ocasional, aunque aún le debo algo. —Nunca en mi vida había dado un puñetazo, ¿por qué lo hice? Porque, aunque su sola presencia me hacía centrar mi mundo en él, porque a pesar de preocuparme y desear sus besos, sus caricias, mucho más que un mero

roce, jamás le permitiría a nadie que me tratara como él lo había hecho.

Nunca había dado un puñetazo, lo vi en muchas películas de acción, parecía sencillo, cerré la mano y apunté a su cuadrado mentón. Al mismo tiempo que con todas mis fuerzas le arreaba, pensé en lo masculino que era y que no quería dañar mucho la mercancía porque no podría pasar sin los besos y aquella lengua que sabía torturarme a la perfección.

No salió bien, ante la reina de uno de los mayores cárteles de la droga, hasta donde yo sabía, casi me rompí el pulgar. El grito dolorido lo pegué yo.

—¡Joder! —grité dando dos saltitos. David me miraba como si me hubiera convertido en una caricatura, primero se acarició el mentón para a continuación coger mi mano con cuidado y revisarla.

—Tengo que enseñarte a pelear. —Chasqueó la lengua, molesto y algo divertido. De reojo tenía controlada a aquella mujer en todo momento, pero yo era lo importante, siempre parecía ser el centro de atención de aquel hombre—. Cuando golpees el dedo fuera de la mano, siempre por fuera. Así. —Y agarrando mis falanges las colocó una a una—. Te daré una lección privada. —Me guiñó el ojo.

—Debí darte con más fuerza —contesté. Quería hacerme la dura, a mi manera al menos. Me había salido fatal.

—Sois de lo más divertido —dijo ufana La Reina—. Id entonces a cuidar de la joven, que sino no podré evitar catarla.

Tanit se incorporó casi de un salto y Gorka le tendió la mano. Parecíamos batirnos en retirada, caminábamos prácticamente de culo, sin darle la espalda en ningún momento. Gorka fue el último en salir.

Nos dirigimos hacia la oficina cuando David con brusquedad me inmovilizó contra la pared.

—Estás loca. ¿Acaso no eres capaz de comprender lo peligroso que es todo esto?! ¿No tienes nada en la cabeza? —Me mordí la lengua por no morderlo a él. Cargué mi mirada con todo el odio y el reto que pude reunir.

—Déjala, ha sido suficiente, solo quería ayudar —trató de interceder Tanit por mí.

—Tranquila. Es su ego herido —susurré yo, sintiendo el aliento espeso de David contra mis labios, prácticamente podía sentir la electricidad—. Está acostumbrado a gorilas que siguen todas sus órdenes, no comprende que no soy un perro más que puede dominar a su antojo. ¿Qué te molesta más, que esté aquí o que tú no puedas estar vengando a esa mujer? Tenías que quererla mucho, te ha dejado muerto por dentro. —Giré el rostro hacia la derecha para evitar mirarlo—. Yo también amé y amo a alguien, los muertos pueden ser muy jodidos cuando quieren. Nos atrapan en los recuerdos, en todo lo que pudimos y no hicimos. Momentos a los que no dábamos importancia y tras la pérdida no podemos olvidar.

—¿Ese es mi problema? ¿Y el tuyo? ¿Cuál es el tuyo? ¿Te atrae la muerte por algún motivo? —Acercó su rostro de manera amenazadora, aunque yo no sentí miedo. Mi mente no conseguía concentrarse en lo que decía, aquella proximidad, la manera en la que me tenía agarrada contra la pared, aquella intensidad... Era excitante.

—Un poco, a todos nos encanta lo oscuro. Los chicos malos tienen su punto, no voy a negarlo —contesté con frivolidad.

—¿Por eso lo haces? Si quieres te follo ahora y te largas. Tengo mucho que hacer.

—Ahora no tengo ganas, yo también quiero desentrañar el caso. Creo que esa mujer merece justicia, para ella y para el hijo que ha dejado huérfano, aunque por diferente motivo, ¿cierto? —Lo empujé molesta.

—¿Estás celosa? —inquirió con sorna —¿Dijiste hijo? Ella no tenía... —Vi su desconcierto, incluso cierto temor.

—¿Temes que sea tuyo? Claro, seguro que ella...

—No lo digas —me amenazó. Golpeé su vientre con fuerza, la suficiente para que me soltara. Tanit y Gorka nos observaban desconcertados, en silencio, yo incluso había olvidado que estaban a pocos metros, no me importaba. Salté cuando la mano de Tanit sobre mi hombro trató de infundirme su apoyo, ella era mi incondicional y al mirar a Gorka supe que él era el de David. Contábamos con gente dispuesta a morir por nosotros, porque lo que estaba en juego era nuestro futuro, la posibilidad de tener uno.

—¿O qué harás? Sabes, no me importa —repuse encogiéndome de hombros—. Vamos a cooperar entre todos los que estamos aquí. Vamos a pensar y saldremos bien parados de esta mierda. —Me puse la máscara profesional.

—¡Tú te vas! —gritó fuera de sí David.

—¡No lo haré!

—Chicos... —Gorka caminaba con las manos por delante cuando la mirada heladora de su jefe lo hizo detenerse. Me empujó hacia el despacho, ellos nos seguían de cerca, pero David en seguida los largó. Señaló con furia a Tanit y después la puerta. Gorka asintió y, cogiendo con suavidad el brazo de mi amiga, nos dejó algo de intimidad.

—No quiero que se vaya —dije cruzándome de brazos. Tenía ganas de pelea, de soltarle cuatro verdades bien dichas a aquel prepotente de hermosos ojos verdes.

—Siéntate —gruñó él. Por una vez seguí su “sugerencia”, aunque lo hice sobre la mesa en lugar de en la silla y mantuve las piernas abiertas. Sonreí con descaro.

—¿Así? —¡Puso los ojos en blanco! Decidí no darle importancia por el momento.

—Al final sí que...

—¿Sexo? —concluí por él —¿Contigo? —Sonreí cansada—. El hijo de Natalia no era tuyo —confesé sintiendo que esa información se atragantaba entre mis cuerdas vocales, la escupí sobre él y continué sin darle tregua—. Una pena, supongo que te habría gustado. —Se colocó entre mis piernas, se pegó a mi cuerpo y temblé. Temía la verdad que se ocultaba en mis palabras, resbaladiza, pero tan mortal como el veneno más eficaz.

—Sigues mostrándote como una mujer celosa.

—Cansada, estoy cansada y no puedo pararme a pensar. No puedo hacerlo porque has decidido que tu vida no vale lo suficiente y vas a arriesgarla. Agotada porque por algún extraño motivo me importa, de alguna forma retorcida me importa lo que le ocurra a mi polvo de turno.

—¿Hay muchos además de mí? —preguntó verdaderamente interesado, mientras se restregaba contra mi entrepierna. Sonreí sin poder evitarlo, él me acompañó y besó con delicadeza la punta de la nariz. Danzábamos entre un extremo y el otro, la preocupación y el miedo tenían algo que ver, aunque había mucho más. Cerré las piernas con fuerza apresándole, impidiéndole que se moviera, usé toda la fuerza que logré reunir.

—Uno cada noche, lo ideal es no recordar sus nombres. —Cerré los ojos, en mis recuerdos quedaban los cuerpos, los rostros, lo que habíamos hecho, pero nunca conversaciones o datos importantes. Hablar era peligroso, porque conocer a alguien te une de cierta manera a esa persona. En aquel momento me pregunté que hubiera pasado si lo hubiera conocido una noche de juerga. ¿Estaría allí sentada? ¿Me habría importado encontrar su nombre en la esquila de cualquier periódico? Posiblemente diría algo como “menuda putada, parecía un buen tipo”, pero ahí acabaría toda la pena o el luto. ¿Diez minutos? ¿Una hora? Quizás lo comentara con Tanit la

próxima vez que la viera, aunque David tenía algo—. Cometí un error.

—¿Cuál? —preguntó suavemente.

—Conocerte. No debió haber ocurrido. Desde el instante en el que te vi supe que ibas a traerme problemas. —Besó mis labios y yo los entreabrí dándole permiso a aquella incursión. Cada vez que le deba acceso perdía un poco más de mí y lo deseaba más a él—. Tengo su diario, una libreta en la que anotaba sus impresiones desde que comenzó el caso, supongo que lo hacía para aclarar ideas —confesé apretando con más fuerza sus caderas entre mis piernas y alejando mi boca de su alcance. Puse una barrera invisible entre ambos, traté de mantenerlo alejado para verlo mejor—. Hablaba de ti, eras importante para ella.

—No debiste leerlo, no tenías derecho, ni tú ni nadie.

—Solo trataba de comprender lo que había ocurrido —me defendí, sin comprender aquel arranque de ira—. Dudo mucho que a ella le importe. Ella es la única que ha seguido adelante, eres tú el que se ha quedado enfangado hasta la cabeza. El príncipe de Sasha.

—Te tomas muchas libertades para ser solo un coño caliente.

—¿Entonces por qué no me quieres aquí? Hasta creí que me ponías protección porque te importo, ese hombre que jura ser incapaz de sentir amor alguno después de... de ella. ¿Me equivoco? —Él apartó el rostro y yo agarré su cara con mi mano derecha, clavé mis dedos en sus mejillas, lo voltee en una orden silenciosa, quería que me mirara a los ojos, que me mintiera de frente, porque sentía que eso era lo que hacía, esconderse en el fondo de su mente apartando a todo el mundo de ahí.

—Lo único que quiero es que no lo jodas todo.

—¿Cómo lo hago siempre?

—Exacto. —Se bajó la cremallera y se la sacó con una sonrisa despectiva—. ¿Empezamos? Me estás entreteniendo demasiado y como ya te dije me urge cerrar un negocio. ¿O ya no lo quieres? Eres demasiado voluble, no me gustan las niñas caprichosas.

Lo abofeteé porque me dolió la forma en la que me trató, porque a Natalia jamás le habría dicho algo parecido. Él, demostrando que en ningún momento había tenido aferrado realmente, usó su fuerza para abrirme las piernas y pegarse a mí. Mordió mi labio con fuerza reteniéndolo, tirando de él, yo me quedé quieta algo asustada.

Cuando al fin lo dejó escapar fue como quitarle la tapa a una botella, todos mis sentimientos desbordaron aquel recipiente en forma de puñetazos que se estamparon, con menos fuerza de la que me gustaría, en sus hombros.

—Lo quieres, ¿verdad? —preguntó al mismo tiempo que agarraba mi muñeca al vuelo y me hacía saltar. No tuve tiempo para reponerme de la sorpresa, me giró sobre mi misma y ejerció presión en mi espalda para hacer que me inclinase.

Seguía con mi muñeca entre sus dedos, mi brazo estaba estirado hacia atrás en una postura de sumisión que me avergonzó y me gustó al mismo tiempo. Demostraba un poder sobre mí apabullante pues no podía moverme sin hacerme daño, yo mantuve los labios apretados negándome a gritar.

—¿Lo deseas? —Volvió a preguntar sin mover ni un solo músculo. Esperaba mi respuesta, sabía que, si le mentía, si le decía que no, se largaría y yo no tendría tiempo a impedirlo. No obstante, mi orgullo era también mi talón de Aquiles, retenía aquella palabra en el fondo de mi alma, la tenía amordazada—. ¡Dilo!

—No —susurré contra la mesa.

—¿No lo deseas? —Noté miedo en esa pregunta, estaba demasiado convencido de tenerme en

la palma de su mano, no por eso pude mentirle.

—No voy a contestarte.

—¿Es eso? ¿Quieres que continúe? No te importa a lo que me dedique, que en mi antro del sexo follan los hombres y mujeres más poderosos y peligrosos del país, tampoco que jamás pueda mirarte de otra forma, solo quieres esto porque ninguno de los hombres que te han tocado te ha hecho estremecerte como yo. Te gusta que te posea y tu cuerpo me necesita, es adictivo. —Y su mano izquierda acarició la curva de mi trasero con delicadeza, dejando un suave pellizco al terminar.

—No —dije sin saber a qué. Negándome a que todo lo que soltaba por aquellos labios, deseaba que fuera cierto. No me había convertido en una muñeca sin voluntad, podía mandarlo a la mierda cuando me diera la gana.

—¿No? Haremos una cosa, voy a metértela hasta el fondo y serás tú quien mueva las caderas. ¿Te parece bien? Abre las piernas si quieres que lo haga. —Y me mordí el labio, cerré los ojos con vergüenza y acallé el gemido que pugnaba por salir en el fondo de mi ser. Después de todo eso, o quizás incluso antes, abrí las piernas.

—Había algo en aquella libreta que no consigo sacarme de la cabeza. —Terminé aquella frase sin aliento, sintiendo el empujón en la profundidad de mis entrañas, llenándome, dejándome con las piernas temblando. Estaba muy sensible, mi piel deseaba sus caricias, cada terminación nerviosa de mi cuerpo esperaba por ellas.

—No hables, disfruta —me pidió entre jadeos.

—Lo hago, pero debes escucharme —pedí casi como un lloriqueo infantil al sentir cómo se alejaba para volver a entrar en mí de forma contundente. Podía anticipar cada penetración y, por mucho que trataba de ir hacia ella con mis caderas, que la buscaba, él me controlaba con las manos, me mantenía inmóvil y me daba lo que yo no sabía que deseaba, pues mi cuerpo apenas podía contener el calor que nacía en mi interior—. Necesito que comprendas que juntos podemos atraparla, te pido que no vayas a lo que sea que has planeado. Ambos sabemos que sería un suicidio.

—Siénteme. —Una de sus manos bajó y se colocó en la unión de nuestros cuerpos, me buscó y comenzó a acariciarme.

—Déjame hablar.

—¿Por qué? ¿Por qué no puedes morderte la lengua y simplemente disfrutar? —E incrementó el ritmo, creyendo que así podría mantenerme silenciada, no le funcionó.

—¿En qué esquina os reuníais para beber? —pregunté tomándolo por sorpresa.

—¿Por qué te importa eso? —Detuvo sus movimientos y yo me quejé. No me hizo caso y apretó con fuerza mis caderas a la espera de una respuesta que yo temía darle. Quizás porque había detalles en aquellas hojas gastadas que no concernían al caso, pero que no había podido evitar leer. Eran esas mismas palabras las que revolvían mis sentimientos sin compasión, no podía concentrarme solo en él porque sentía el fantasma de aquella mujer rondándonos, egoístamente me molestaba que hubieran tenido un pasado.

—No me importa, pero dijo que si algo ocurría y no llegaban las pruebas a su destino había dejado una copia en ese mismo lugar —expliqué. El problema era que nadie sabía dónde se encontraba ese sitio sino en aquel momento no estaríamos teniendo aquella conversación. ¿Cómo podían sospechar que aquel confidente que mencionaba en la libreta era, ni más ni menos, David? Yo no había necesitado leer más que un par de páginas para darme cuenta—. Porque tú sabes de qué te hablo...

—Lo sé. Era nuestro sitio secreto, un lugar en el que podíamos escondernos, aunque en realidad no es una esquina. —Volvió a penetrarme. Decidí que no era el momento, necesitaba demasiado aquel desahogo, el orgasmo que me prometían aquellos movimientos lentos mezclados con la contundente forma en la que me atravesaba volviendo a mi interior.

Y él no hizo nada por romper aquel silencio. Lo único que se escuchaba eran nuestras respiraciones agitadas. Yo agarré los bordes de aquella mesa para poder sostenerme, para evitar que mi cara acabase golpeándola.

Llegó el momento, aquel en el que todo dejó de importar, juntos alcanzamos esa gloriosa cima. La electricidad me recorrió y quedé agotada entre sus brazos. Él me ayudó a incorporarme y me abrazó, en un gesto tierno besó mis labios y me llevó hasta el sofá.

—Quizás deberías leerlo —solté, más por retenerlo que porque de verdad desease que lo hiciera—. Déjame tu teléfono.

—No —contestó de mala manera apartándose de golpe.

—¿Temes que descubra algo que me haga pensar bien de ti?

—No te voy a dejar el puto teléfono.

—¡Entonces lárgate! ¡Vete y espero que te metan el cañón del arma por el culo! —grité descontrolada.

—Deberías controlar tu lengua. —Y por algún motivo extraño, o su cerebro cortocircuitó en ese momento, me tendió el dichoso aparato.

Entré en mi cuenta y descargué la imagen. Después me deslogueé y se lo tendí. Al fondo había dejado una americana y aproveché para ponérmela, tratando de cubrir mi desnudez que tanta vergüenza sentía una vez apagado el fuego y estando los dos solos.

Yo ya sabía lo que él estaba leyendo, podría repetir palabra por palabra lo que contenía aquella imagen, pues necesité leerlo varias veces. Habían pasado unas horas desde entonces, pero cada letra seguía grabada tras mis retinas. Me quedé mirando su postura, la forma en la que se tensaron sus manos y el gesto de dolor de su rostro. Sus ojos se entornaron peligrosamente y supe que deseaba atravesar la puerta que nos separaba de “la reina del mayor cártel de la ciudad” para destrozarla a golpes.

Casi podía escuchar su voz leyéndome el contenido de aquella hoja...

*“Aquel es el único lugar que permanece intacto después de tantos años y allí fue donde, cuando más lo necesitaba, cuando el dolor estaba a punto de hacerme tomar la peor decisión posible, me encontré con el amor y el cariño del que siempre será mucho más que un amigo.*

*Cuando pienso en aquel día comprendo que fue el peor y el mejor día de mi vida. Pasé de la más absoluta tristeza a la calidez del amor, porque llegué llorando la pérdida de un hermano, buscando mero consuelo, cuando tropecé con el despertar de unos sentimientos que llevaban creciendo en el interior de nuestros pechos mucho tiempo. Fue una historia corta, llena de besos robados y momentos siempre incompletos.*

*Un beso que trataba de borrar las lágrimas de mi rostro, frases que pretendían hacerme sonreír al menos y no conseguían más que suspiros incontrolables. Sabía a mar y dolor, no sabría explicarlo, no obstante, si le hubiera tenido que dar un sabor a la muerte habría sido ese.*

*No sé cómo acabamos besándonos, ni porqué de pronto necesité meterme bajo su piel. Ansiaba llegar más allá, vivir algo que rozara lo prohibido, algo que jamás habría hecho, romper todas las normas y enfrentarme al precipicio. Lo miré a él y me sentí acompañada, es por eso por lo que no encuentro mejor lugar para guardar aquello que podría salvar mi vida o*

*vengar mi muerte. Ahí descansa mi seguro y solo confío en él para encontrarlo.”*

David dejó el móvil sobre la mesa y se mesó el pelo nervioso. Abría la boca como si fuera a decir algo y volvía a cerrarla. Posaba los ojos en mí y volvía a alejarlos avergonzado, triste, furioso...

—Eres tú. Habla de ti —dije por él—. Te amó hasta el último día. ¿Lo sabías?

—No —contestó golpeando la mesa con fuerza. El sonido resonó en las paredes, pero fue el mi pecho donde se repitió un par de veces hasta que mi corazón se tranquilizó—. Si lo hubiera sabido...

—¿Qué? ¿Qué habrías hecho? —inquirí de mal modo. En ese momento se abrió la puerta de golpe. Gorka miró a David, supe que lo que iba a decir no iba a ser del agrado de su jefe, tentada estuve a sonreír.

—Se han ido —soltó Gorka preparándose para el arrebato de David. Al contrario de lo que todos pensábamos solo asintió, rodeó el escritorio y se dejó caer sobre la silla que lo presidía.

—¿Por qué? —quiso saber.

—Dijo que tenía una reunión y que ya había esperado suficiente, sin embargo, su chica sigue aquí. Quizás podríamos sonsacarle algo —sugirió Gorka, quedando pendiente de la decisión del único que parecía ausente.

Tanit me miró, mis mejillas estaban sonrojadas, mis pelos se habían sublevado y se habían convertido en un nido mal hecho. Por su sonrisa falsa comprendí que sabía lo que había hecho y no le gustaba del todo. No quería criticarme, sin embargo, David no era de su agrado. ¿Tenía ella mejor ojo que yo?

David me miró de pronto fijamente y se mordió el labio.

—Hoy no haremos nada. —No era una sugerencia, era una orden que Gorka aceptó de buen agrado.

—¿Hasta que me vaya? —pregunté sin creerle del todo.

—Tengo algo que averiguar. —Y comprendí que era ella la que reinaba en sus pensamientos, quería ir a ese dichoso lugar y nosotras lo reteníamos. Una molestia, así me definiría en aquel momento.

—Vete, pues. Nosotras nos vestiremos y nos retiraremos. —No necesitó más para levantarse. Lo vi salir sin un beso, una mirada, una sola muestra de reconocimiento de lo que habíamos compartido. Estaba distante, aunque ¿estuvimos realmente cerca en algún momento?

Dejé que Tanit me agarrara la mano y nos dirigimos a los vestuarios. Nos cambiamos y ella decidió que necesitaba orinar, por lo que se alejó unos metros, yo decidí esperarla fuera.

Un cúmulo de circunstancias y una mano sobre mi boca. Alguien me apresó y sentí miedo, aquel trapo sobre mis labios olía a algo y me sentí cansada, era un cansancio artificial que provocó que mis brazos y piernas cayeran como losas a ambos lados de mi cuerpo.

—Descansa, es mejor que repongas fuerzas, las vas a necesitar. —No reconocí aquella voz, pero la odié con cada fibra de mi ser.

## Capítulo 16

# David

Pocas personas conocían aquel amor y la posterior amistad que me unían con Natalia. Ella no pertenecía a mi mundo, pero se introdujo en él a la fuerza, en un intento por alejar a su hermano de las malas compañías cuando era joven y más tarde por tratar de sacarlo de las drogas.

Aquel hombre parecía destinado a acabar tirado en una esquina con la aguja en el brazo, yo le consideraba débil, cuando se lo pregunté a ella decía que simplemente tenía un alma demasiado bondadosa y no estaba preparado para la mierda del mundo en el que había nacido. Fuera como fuese mis pálpitos se fueron cumpliendo y ella no logró impedirlo.

En una de esas andanzas nos topamos y yo la deseé al instante. ¿Por su belleza? Era algo que llamaba la atención desde lejos, pero su personalidad era lo que te impedía que pudieras alejarte. Aquella forma de vivir, de afrontar las cosas, una valentía y cabezonería que mezclaba con la dulzura de su mirada y de su sonrisa. ¿Perfecta? Ni de lejos, sin embargo, fue mi gran amor.

Nunca comprendí por qué ese sentimiento se apagó en mi pecho, por qué nos fuimos distanciando, aunque siempre quedaron esas pequeñas ascuas, rescoldos de emociones intensas que nos convirtieron en grandes amigos, al menos eso creía yo. El sexo pasó a ser mera diversión y cuando ella me pidió ayuda para infiltrarse no dudé ni un minuto, yo impediría que nadie la tocara y, ya de paso, disfrutaríamos de noches interminables, con ella la química era indescriptible. ¿Qué podía salir mal?

Aparqué a dos calles y descendí de la moto de un salto. Con el casco colgado del brazo, traté de fundirme con las sombras, pasar desapercibido era lo que ocupaba mi mente. Caminé recordando las veces que ella se había apoyado en mi brazo y me había sonreído, como su olor conseguía excitarme mucho antes de besarnos, tocarnos o desnudarnos. Algo inocente se convertía en una bomba de relojería, imágenes que me llenaron de odio al pensar que le habían arrancado a Natalia la oportunidad de vivir.

Descendí por unas escaleras gastadas y llenas de musgo. La humedad había echado raíces en las paredes y la atmósfera se había convertido en algo prácticamente irrespirable. Aquel aire se metía en tus pulmones y te obligaba a detenerte, pero no podía hacerlo.

Caminé todavía más deprisa, si eso era posible, y al fin lo encontré. Una puerta oxidada de un bajo que antes contenía una tienda de comestibles, pero cuyos tablones en las ventanas y puerta dejaban claro que había sido hace mucho tiempo. Pocos sabían que el gran motivo por el que nunca volvió a ocuparse no era otro que el que yo hubiera comprado esa propiedad y me negase a alquirlársela a nadie. Necesitaba conservarla, mantenerla allí.

Moví la tabla lo justo y fue como atravesar la puerta a otro mundo. Todo seguía exactamente igual, nuestras iniciales grabadas en el marco de la puerta, el colchón, ahora mugriento, contra la

pared del fondo, la mesa de madera en el centro y un candelabro sobre ella. Si me concentraba podía oír su risa, sus canciones, las historias de miedo que tantas tardes habían amenizado.

—Tras la muerte de tu hermano te alejaste de mí —susurré sintiendo que estaba conmigo, que podía oírme—. Dijiste que tenías deberes para con él y que no querías atarme a un futuro triste. No me dejaste elección. —Lo que me callé fue que tras aquella noche algo en mí sintió que no era tan especial, tras tanto tiempo deseando tenerla hasta el final todo supo a poco. ¿Dónde estaban los fuegos y el insomnio? No sentí en ningún momento la necesidad de perseguirla, de rogar. Simplemente agradecí lo que habíamos compartido y le deseé lo mejor, prometiéndole que siempre estaría ahí si me necesitaba. Vi que esperaba otra cosa de mí y yo no pude dársela, pero ella siempre fue una señora y guardó silencio. Ahora me arrepentía, si hubiera hecho las cosas de otra forma quizás...

Era ridículo pensar en lo que pudo ser y no fue. Ahora, ¿cómo encontrar lo que ella dejó solo para mí? Traté de hallar en mis recuerdos alguna pista, alguna conversación que sobresaliera entre las demás y, aunque todas eran entrañables, nada podría describirse como relevante.

Me senté en una de las sillas carcomidas, temiendo que mi peso pudiera hacer ceder sus patas y dejarme caer al suelo. A mi derecha un cuadro de un paisaje descolorido, la pintura había perdido la batalla contra la humedad y las manchas la habían despegado del lienzo original, dotándola de una belleza melancólica. A mi izquierda otro que no recordaba que hubiera estado ahí antes, incluso estaba relativamente bien teniendo en cuenta las condiciones de aquel sitio.

Temía lo que fuera a encontrar, tanta prisa por llegar y tan poca por coger lo que fuera que allí hubiese. Casi podía ver su sonrisa sarcástica, sentía sus burlas sobre mi espalda.

Descolgué el lienzo y lo recorrí con los dedos, lo inspeccioné por detrás y no tardé en encontrar lo que buscaba, un USB y un sobre. Dado que no llevaba ordenador encima empecé por el sobre, prácticamente lo rasgué de la ansiedad que sentía por descubrir lo que guardaba, ella siempre había sido una persona metódica, nunca pensé que tanto.

Se trataba de la ficha de un tal Aarón. Estaba catalogado como informador y tenía un gran historial de robo. No parecía una mala persona, aunque tampoco era un santo. Su hijo había muerto y haría cualquier cosa por las drogas. Revisé la primera hoja y la deseché sin darle importancia. Fue en la segunda, una que nada tenía de oficial, que no se trataba más que de... una hoja de libreta con una breve explicación de su puño y letra. De pronto me asaltó un pensamiento, ella misma había dejado las migas de pan para que encontrasen a su asesina, lo había preparado todo, temiendo no salir viva de aquel encuentro. ¿Era posible aquello?

Y me habló de frente, sin miramientos. Con su letra infantil, y aquella desconfianza tan suya, volvió a salir vencedora. Era la única persona capaz de lograr vengarse desde el más allá. Sonreí porque deseaba ver la cara de la zorra que le había hecho daño.

*“Era abogado y le cedí la tarea de avisar a las autoridades si alguna noticia desagradable saltaba a la prensa acerca de mi persona, creí que un yonqui no llamaría mucho la atención, son seres invisibles que se pueden mover por cualquier lado sin peligro. Confío en él. Era un buen hombre, quiero creer que lo sigue siendo, aunque si estás leyendo esto es porque no ha cumplido su cometido, aunque en este caso temo que sea porque esté muerto, deseo que no sea eso pues su muerte sería simplemente culpa mía.*

*No voy a decir tu nombre, por si por desgracia este papel no llega a tus manos, pero solo tú podrás entenderlo. No soy una persona dada a las cursilerías, sin embargo, he de confesar que lo que nos unió fue el destino porque el universo sabía que acabaríamos en este punto y, a pesar de que crees que tu vida nunca ha tenido mayor importancia, estás destinado a salvar*

*muchas vidas. Si ella cae muchos estarán a salvo.*

*También quiero explicarte por qué me alejé. Tras la muerte de mi hermano mi sobrino no tenía a nadie y decidí adoptarlo como mío, era demasiado pequeño para entender y quería darle una familia lo más estable posible. Lo amo y espero que esté bien, te suplico que siempre veles por él, aunque ambos sabemos que ese no fue el único motivo.*

*Yo te amaba, pero tú siempre estuviste lejos. Hubo una época en la que creí que al fin conseguía romper esas barreras que te mantenían apartado, creí que yo sería capaz de luchar por los dos y tendríamos un final feliz y, solo cuando finalmente te tuve al cien por cien conmigo comprendí que eso jamás sería posible. Durante unos minutos me viste, nos unimos y fuimos uno, pero tan rápido como viniste te marchaste y pusiste todavía más distancia entre ambos al terminar. Sé que después de aquella noche, en la que me hiciste mujer, te sentías incómodo a mi lado, temías amarme porque eso significaba que habría algo más en este mundo que podría hacerte daño y es por eso que sé lo que mi muerte ha significado para ti. Yo soy la excusa perfecta para negarte vivir, ¿una muerte prematura? Espero que no, te necesito, mucha gente lo hace.*

*Lo que he descubierto hace poco es que la droga es un veneno que mata, lenta y cruelmente, pero su maldad va mucho más allá.*

*Para La Reina, las personas no son más que mercancía desechable que pierden su valor con rapidez. Si hubieras visto lo mismo que yo, tuve que permanecer impassible mientras observaba cómo vendían a niñas y mujeres, personas que lloraban y suplicaban sin que nadie las mirara siquiera, seguían negociando mientras ellas llegaban a orinarse encima, la mayoría ya habían sido brutalmente apaleadas para comenzar a ‘domarlas’.*

*Ten cuidado, el peligro está muy cerca, no confíes en nadie. Además, necesito que averigües lo que le ha pasado a ese hombre.*

*Sé libre de amar, no permitas que tu pasado te cohiba.*

*PD: También me he puesto en contacto con tu hermana, ella está esperando tu llamada.*

*Siempre te he amado y te amaré.*

*Gracias por estar siempre para mí.*

*Natalia.”*

Sentí la vibración en mi bolsillo, no me interesaba nada de lo que pudieran contarme, nada del mundo exterior era lo suficientemente importante para que descolgase. Dejé pasar los minutos sintiéndome un cabrón insensible, preguntándome cómo no había sido capaz de ver las señales. Me necesitaba y no estuve a su lado.

Alguien parecía ansioso por ponerse en contacto, aquel dichoso aparato no dejaba de vibrar.

—¿Qué! —El número era desconocido, aunque en mi mente era alguien del club que no sabía limpiarse el culo solito.

—¿Estás ocupado? —¿Qué hacía Robert llamándome a mi número personal? Creí haberle dejado claras las cosas cuando le partí la cara dos días después de la muerte de Natalia. La amistad que nos había unido se desvaneció en aquel mismo momento y fue reemplazada por un odio que apenas podía ocultar.

—Cualquier cosa es más importante. ¡¿Qué cojones quieres?!

—Avisarte. —Fue el tono serio de su voz, algo que usaba en muy contadas ocasiones, lo que impidió que lo dejara hablando solo—. ¿Recuerdas esa belleza con el coño de oro que te ha dejado alelado?

—No hables así de ella —contesté con ganas de hacerlo desaparecer. Debí haberlo hecho

hace mucho, difícilmente podía verlo cada noche disfrutando mientras el cuerpo de Natalia se pudría bajo tierra. Lo único que me consolaba era aferrarme a la idea de pensar que no había sido él el que la había torturado y asesinado, prefería pensar que se había mantenido al margen por lo que fuera que tenía aquella mujer en su contra.

—Entiéndeme, no me dio tiempo a preguntar su nombre mientras la montábamos. Pocas mujeres disfrutaban tanto...

—¿Qué cojones quieres?!

—No te cabrees tío, —No hacía más que dar vueltas y eso me estaba dejando muy mal cuerpo. Era un fanfarrón, un hombre al que la lengua lo perdía, no pecaba de precavido—. solo quiero avisarte. Yo... ¡joder! La pelirroja, la zorra que cumple todas las órdenes de La Reina, acaba de coger a tu chica y se la ha llevado. —El mundo tembló bajo mis pies. Agradecí estar sentado o caería allí mismo, me faltaba el aire. No podía ser posible, no podía ocurrir de nuevo...

A ella no... Imaginarla muerta, totalmente inmóvil con la mirada perdida, sabiendo que jamás volvería a sonreír o a retarme me retorció el alma. El dolor que sentí no se parecía al que saboreé con Natalia, a ella la quise, pero ¿qué era lo que sentía por Maya realmente? Si hasta aquel momento pensaba que mi vida no tenía valor alguno en aquel instante comprendí que si algo le ocurría a aquella descarada me metería el cañón de la pistola en la boca y me saltaría la tapa de los sesos. Ella había traído luz a una existencia triste y decadente.

—¿David? —preguntó Robert nervioso al otro lado de la línea.

—¿Por qué me avisas? ¿Ahora tienes conciencia?

—No lo entiendes tío...

—¿Qué es lo que no entiendo? No te importó mucho dejar que matasen a Natalia.

—Yo no sabía nada... —Pero lo conocía lo suficiente. Su voz era diferente, la candencia de sus palabras había cambiado.

—Mientes. —Robert no trató de defenderse—. ¿Por qué ella te importa?

—No he podido perdonarme lo que ocurrió. Tienes que creerme, yo jamás habría querido que las cosas acabaran de aquella manera. —Trató de defenderse sin mucho ímpetu, consciente de que nada de lo que dijera podría borrar el pasado. Nadie levantaría de nuevo a Natalia del agujero en el que se pudría para que pudiera recuperar una vida que había seguido sin ella, dejando un gran agujero que solo los que la habíamos conocido y querido seguíamos sintiendo.

—¿Dónde está?

—No sé qué pretende, pero si aún no te han dicho nada es posible que no quieran que la encuentres nunca —contestó sin responder verdaderamente a mi pregunta.

—¿Dónde?!

—Te mando ahora la dirección, pero te pido que no vayas solo. Esa mujer es peligrosa y es capaz de hacer cualquier cosa. —Iba a colgarle cuando sus últimas palabras me lanzaron a las mismas llamas del infierno—. Espero que aún siga con vida.

## Capítulo 17

# Maya

No sabía dónde me encontraba, tampoco quién me estaba arrastrando y atando a lo que parecía una silla. Traté de concentrarme en cada sonido, en cada roce, en cada voz que resaltaba en el silencio que me rodeaba. Todo eran susurros y crujidos siniestros, sonidos que mi miedo distorsionaba al estilo de la mejor historia de terror. Esa en la que los protagonistas luchan, sufren, pero terminan muriendo al caer en alguna estúpida trampa de los cabrones que los habían raptado.

Aquel sudor frío me hacía temblar, mi labio estaba roto y podía notar como se rasgaba todavía más cada vez que trataba de apartar aquella mordaza, un trozo de tela cuya finalidad era impedirme gritar, pero que creaba en mi pecho una sensación de angustia y asfixia que no hacía otra cosa que crecer con el paso de los segundos, lentos, necesitaba que ocurriera algo.

Unos tacones se aproximaban, podía imaginarme a la perfección la mujer que los llevaba, pues en mi mente solo había una persona capaz de hacer algo así. No obstante, eso no hacía más que acrecentar la necesidad de orinar y llorar, que luchaban entre ellas por hacerse con el control de mi cuerpo, pues al pensar en la gran reina también acudía a mis recuerdos aquella imagen de Natalia y el informe forense. Palabras que en el pasado me causaron pena y que, en aquellas circunstancias, me contaban con claridad cómo y de qué manera iba a sufrir hasta que ya no pudiera sentir nada más, si aquella mujer lo decidía yo no tenía posibilidad alguna de sobrevivir.

Me pregunté si había algo que pudiera decirle, le habría prometido cualquier cosa, incluso le habría vendido mi alma si fuera lo que ella deseaba, pues el pánico que atenazaba mi espíritu era mucho mayor a los principios a los que tanto me había aferrado a lo largo de mi vida. Allí, atada y amordazada, comprendí qué efímero era todo y qué poco me conocía realmente. Lucharía y estaba dispuesta a matar antes de que fuera yo quien acabara muerta. Tuve mucho tiempo de pensar o, si fue poco, mi mente trabajó a gran velocidad, tampoco importaba ya.

Aquellos tacones se detuvieron, alguien arrastró otra silla y el silencio regresó. ¿Natalia habría sentido lo mismo que yo? ¿Cuál fue su último pensamiento? ¿Cuál sería el mío?

—¿Está consciente? No se mueve. —No me equivocaba, aunque había perdido toda calidez en el tono.

—Sí —contestó otra mujer.

—Es una pena, me habría gustado poder catarla antes de hacerla desaparecer. Es hermosa, aunque le harían falta un par de neuronas más. ¿Se sabe algo del otro objetivo?

—Estará a punto de llegar. —Y, como si fuera clarividente, la puerta se abrió.

—¡Soltadme! ¡Acabare con vosotros! —amenazaba un hombre, un hombre que no era nada más ni nada menos que Bruno, mucho me temía que yo me encontraba en aquella situación gracias

a él—. ¡Putá! ¡Ahhh! —El aullido de dolor fue inesperado, espeluznante, premonitorio.

—¿Mejor? Nunca me han gustado los gritos, aunque en ocasiones son necesarios. El dolor es algo que siempre me ha fascinado, el cuerpo humano es capaz de saborear el placer más devastador, pero estamos hechos para sufrir —soltó La Reina mientras seguía escuchando los jadeos del inspector, que no parecía poder controlar su propio cuerpo y volvió a gritar.

—Acabarás en una celda y, cuando lo hagas, yo mismo me encargaré de que tu existencia se convierta en una tortura constante —la amenazó el inspector, que respiraba entrecortadamente.

—Por supuesto. Quítale la mordaza a nuestra invitada, también la venda de los ojos. —ordenó La Reina. Alguien se acercó por detrás, percibí con total claridad el calor que desprendía su cuerpo, al tiempo que unas manos finas se ocupaban de cumplir la orden—. ¿Maya? —Asentí medio en trance, mirando el vestido dorado que llevaba y aquellos tacones de infarto nadie diría que nos encontrábamos en lo que de seguro era un almacén abandonado. Las paredes de cemento, y altos techos, estaban llenas de agujeros, teníamos que encontrarnos muy lejos de cualquier sitio, nadie iba a escuchar nuestros gritos—. Maya. Tenemos un grave problema, no nos gustan las personas curiosas. —Chasqueó la lengua y le tendieron un paquetito, sorprendida, observé sin poder respirar cómo sacaba de su interior el archivo y el diario de Noelia.

—Te arrancaré los ojos. ¡Putá! ¡La mataste y la dejaste tirada en el medio de la basura! —El inspector estaba completamente fuera de sí. Le faltaban los dos lóbulos de las orejas, en su lugar la sangre bajaba sin control, manchándole el cuello de aquella camisa que en otro tiempo había sido blanca, pero que ya se parecía más al amarillo. Su rostro se había teñido de rojo y sus ojos estaban inyectados en sangre, no obstante, por más que luchaba la cuerda no cedía, es más, cada vez se clavaba más en su carne.

—La maté, pero no fui yo quien la dejó como un perro entre los desechos de toda la ciudad. —Comenzó a reírse como si acabara de contar el chiste más divertido del mundo—. No las tenía todas conmigo, pero David no me falló. Incluso creí que dado el pasado que compartían no sería capaz, sin embargo, es tan frío como la madre que le dio la vida.

—Él no tuvo otra elección —respondí antes de percatarme de que acaba de admitir que sabía de qué hablaba, ya no serviría de nada fingir que era inocente y no sabía por qué estaba allí—. Él la quería mucho —continué. De perdidos al río.

—Entonces espero que te quiera más a ti. —La sonrisa que esgrimí La Reina casi dividía su rostro en dos.

—Yo no soy nada para él.

No me hizo ni caso, abrió la libreta y comenzó a leer. Sin darme ni cuenta me perdí en lo que una vez fueron las palabras de una buena mujer, algo íntimo que ahora usaba su asesina para algún oscuro propósito. Me prometí ser más inteligente y no darle lo que fuera que estuviera buscando.

*“Encontré dos almacenes a nombre de su hermana. Al principio pensé que no era más que una coincidencia, sin embargo, se trataba de un nombre de lo más inusual y no pude evitar echar un vistazo.*

*Jamás nadie sabrá lo mal que me sentí al abrir la puerta del primer almacén, aquel olor, un olor a muerte y dolor, será algo que nunca podré borrar de mi memoria. Me cuesta incluso encontrar las palabras para describirlo. Debí hacer las cosas de otra manera, pero los canales oficiales son muy lentos y no me habría perdonado la muerte de aquellas chicas.*

*En el primer almacén había diez muchachas, cuyas edades iban desde los doce a los diecisiete años. La mayoría estaban medio deshidratadas y hambrientas, lo peor fue descubrir que habían sido brutalmente violadas hasta que las habían convertido en una sombra de lo que*

*debieron ser en otro tiempo.*

*En el segundo almacén había docenas de cajas llenas de armas e informes. Tardé horas en estudiarlos por encima y, ante el miedo de que apareciera alguien más, decidí llevármelos. Creo que he perdido el rumbo de esta investigación, ya actuó más por instinto que por deber. ¿Sigo siendo la inspectora o ahora soy más una mujer que quiere venganza?*

*He puesto a las chicas a salvo con la única persona capaz de comprenderlas y ayudarlas. Sé que ella hará lo que sea necesario por mantenerlas a salvo y espero que algún día sean esas mismas niñas las que hundan la vida de La Reina.”*

—Y esto me ha hecho pensar, es posible que tú puedas contarme dónde ha escondido a esas mujeres —soltó La Reina, deteniendo su amena lectura de golpe. Sonrió de manera grotesca, sus facciones se deformaron en una mueca de crueldad extrema—. Sabré compensarlas por todo lo que han pasado. —Sentí un escalofrío intenso ante lo que prometía con aquella fría mirada.

—Yo no sé...

—¡Cállate zorra estúpida! —aulló el inspector tratando de llegar hasta mí. La silla se volcó y se golpeó la cara, por cuya nariz comenzó a escapar más sangre, si seguía así poca iba a quedar dentro de su cuerpo cuando comenzasen a torturarlo.

—Deja que la mujer se explique —susurró La Reina—. Es comprensible que tengas miedo, solo has escuchado cosas horribles de mí, pero sé reconocer el talento y siempre podrías trabajar para mí.

—De verdad. No sé de qué me está hablando.

—Es extraño porque todo esto lo encontramos en tu apartamento. Quizás debería seguir leyendo para tratar de refrescarte la memoria. —Busqué con los ojos a la pelirroja que estaba a su lado, tratando de hallar algún rastro de humanidad, algo a lo que pudiera aferrarme, pensando inútilmente que podría llegar a ella y convencerla para que me ayudase. ¿Qué encontré? Un robot. No pestañeaba, no hablaba, ¿su pecho se movía o tampoco necesitaba respirar?

*“En las dos horas de trayecto no hablaron, no se movieron. Solo hubo una cosa capaz de hacerlas reaccionar. Cuando les puse comida delante saltaron hacia ella y la devoraron a dos carrillos. Temí que fueran a atragantarse.*

*Jamás comprenderé que alguien pueda ser tan cruel con sus semejantes. He visto quemaduras con forma de luna y corona en todas y cada una de ellas, me recordó a las marcas del ganado, ¿es ese su sello? Es terrible tener estos pensamientos y alegrarse pues, lo que para mí es un avance, para ellas son momentos terribles que jamás podrán dejar atrás. Lo que esa mujer les ha hecho ha dejado cicatrices en el alma de esas niñas, lo suficientemente profundas para que marquen sus vidas.*

*Mi instinto fue abrazar a la más pequeña cuando se quedó dormida y comenzó a gritar. Luchaba contra el vacío, sus manos chispadas arañaban el aire a su alrededor sin encontrar nada. Quise apretarla contra mi corazón y prometerle que todo acabaría bien, que despertaría un día en el que sería feliz, no me sentí con fuerzas. Fui cobarde y solo me atreví a tocar su escuálido bracito y menearlo, tratando de no hacerle más daño del que ya había sufrido, del que seguía haciéndose a sí misma al golpear aquello que se interponía en su camino.*

*No pude llevarlas personalmente hasta ella, deseé hacerlo, sin embargo, no tenía forma de justificar una ausencia tan prolongada. He aprendido a valorar mi vida, a mi hijo, mi trabajo y deseo volver a su lado. Me siento atada, prisionera de una decisión que tomé sin meditar. Mi hermano no habría querido esto, me habría odiado, espero que pueda perdonarme.”*

—Perdonarla... —Apartó la libreta y me observó en silencio. Se levantó moviéndose

despacio, trataba de mostrarse como la reina que en su oscuro universo era. Quería dejar muy claro el poder que tenía y que yo era solo un juguete entre sus escuálidos dedos. Nada en mi vida me había preparado para una situación como aquella, aunque a las zorras prepotentes las podía encontrar en cualquier lado—. ¿Hay algo en tu vida que desees volver a ver? ¿No hay nadie esperándote? —Me mordí la lengua. No le hablaría de nadie, no pondría a mis seres queridos en peligro. Tras unos minutos de silencio me cruzó la cara con una fuerza que no casaba con su apariencia. Mi labio se partió de nuevo, el dolor fue agudo, pero lo olvidé con rapidez. Asombrada, la observé sonreír y limpiarse la mano con una toallita desinfectante que la pelirroja le había tendido—. ¿David? ¿Es él tu persona importante? —preguntó al tiempo que se sentaba y cruzaba las piernas, dejando que la tela del vestido ascendiera de manera indecente.

—Solo es sexo —respondí paladeando el sabor metálico de la sangre en cada palabra. Vivía en un mundo aparte, no era la misma chica cuya mayor preocupación era que el wifi funcionara correctamente.

—Te entiendo. A mí tampoco me gusta atarme a nadie. —Estiró los dedos y la pelirroja acudió a su llamada. No necesitaba dar órdenes, era como un perro sumiso que acudía a la llamada de su amo. La Reina señaló el suelo y la pelirroja se arrodilló, era difícil ver en aquella mujer a una persona, al menos hasta que La Reina desanudó la parte superior del vestido de aquella mujer. No comprendí cómo no me había fijado antes, cómo la había tenido prácticamente al lado completamente desnuda y no me había percatado de aquella cicatriz tan significativa.

—No... —gemí. Traté de llevarme la mano al pecho, no pude —No es posible.

—¿Te gusta? —preguntó aquel demonio de ojos azules. Su pelo lacio cubrió sus facciones, cuando giró el rostro y lo pegó al pezón de aquella pobre mujer pelirroja, no supe que me aterraba más, si verla o no hacerlo —La descubrí cuando no tenía más de doce años, tardé mucho en educarla, pero es exquisita. Su piel es suave, su boca siempre está dispuesta a disfrutar del dulce néctar de la pasión. —Cuando apartó el pelo y pude ver lo que hacía no logré soportarlo. Había hundido sus blancos dientes en la fina piel de la pelirroja y un hilillo de sangre caía desde su pecho. Cuando finalmente la soltó no parecía profunda, aunque yo sentí pena al ver la mueca de resignación que apareció en el rostro de la pelirroja durante unos segundos, fue tan efímera que incluso llegué a dudar de que hubiera ocurrido—. Yo nunca he conseguido amar a nadie, aunque creo que lo que tengo con ella será lo más parecido que pueda sentir nunca. —La pelirroja le tendió una toallita y La Reina se limpió sus rojos labios, ahora no por culpa del carmín. La pelirroja, una víctima más que ya no se conocía como tal, que había olvidado cómo sentir, no trató de cubrirse y de nuevo pude observar aquella horrible marca junto con el mordisco en su piel. Fue entonces cuando me fijé en las finísimas cicatrices blancas que la decoraban, en la oscuridad eran invisibles, bajo las luces de la sala roja nadie podría reparar en ellas si no se fijaba, yo dejé de ver otra cosa que no fueran aquellos hilos blancos que creaban un dibujo caótico y aterrador—. ¿Sabes dónde se encuentran mis chicas?

—No —dije sintiéndome estrangulada.

—Una pena. Quizás quieras saber cómo termina esta página. Secretos peligrosos y hermosos al mismo tiempo. Historias que nos definen y nos avergüenzan, o tal vez historias demasiado aterradoras para ser de dominio público. Nadie debería meter sus sucias narices en ellos, pero tú y aquella zorra no lo comprendisteis a tiempo.

—¿Cómo me has encontrado? Nunca te he hecho nada. —Yo... ¿Qué error había podido cometer?

—Seguíamos a ese cerdo desde hace tiempo. Sabíamos que él no conseguiría resolver el

puzle, aunque confiábamos en que nos llevase hasta alguien capaz de hacerlo. ¿Eres tú esa persona? No lo sé, pero no pierdo nada por intentarlo. Para mí esto es mucho más que trabajo.

—¿Por qué? —volví a preguntar.

—No debería contártelo, —Sonrió enigmática—. mejor te lo leeré, creo que debe ser la propia Natalia quien te lo cuente, al fin y al cabo, fue ella la que revolvió la mierda.

*“Tardé en averiguar su identidad. Era un fantasma y al mismo tiempo la persona más conocida en los bajos fondos. En las calles todos reconocían a la reina, ya fueran los drogadictos, las prostitutas o el pescadero de la esquina, ese señor amable que conoce los nombres de todos sus clientes. Todos tenían a algún conocido, o alguna historia que no contaban en las reuniones, que susurraban en la intimidad temerosos de que las paredes pudieran escucharlos; y es que allí donde la reina reinaba dejaba una marca de su poder. Cadáveres que sembraban las calles y los únicos que seguían viviendo en la inopia eran las fuerzas del orden.*

*Centré mis esfuerzos en salvar a las víctimas, eso me dije para no sentir que lo que hacía no servía para nada, para no verme como la inútil que lo había dejado todo para vivir entre ratas y cabrones. ¿Quién iba a decirme que sería un niño el que me daría la pista?*

*Cuando Bruno me avisó de la aparición de un cadáver de un muchacho de 6 años con la marca de aquella mujer en el hombro me escabullí y me presenté en la morgue como Natalia Bauman después de tanto tiempo. Fue agradable volver y extraño, pues ya no era la misma, nunca lo sería.*

*El niño no tenía nombre ni nadie acudió a reclamarlo. Era normal en todo, o casi. En el interior de su cuerpo llevaba un dispositivo de localización, justo bajo el cuero cabelludo, y una luz se encendió en mi cerebro. En aquel diminuto dispositivo había cinco números y recordé algo. Aquella tarde no cabía en mí de la emoción, no podía ser tan sencillo.*

*De las carpetas que había sustraído del segundo almacén poco había logrado averiguar, no era más que una lista inmensa de números, fechas, horas... Había tratado de descodificar aquellos datos durante días y creí que al fin lo había logrado, al menos los de una de las carpetas.*

*Tuve que cerciorarme y conduje como loca hasta mi esquina. Allí, sentada ante el retrato de mi hogar ideal, diseminé los papeles ante mí hasta que di con lo que estaba buscando. Aquella combinación de números estaba en la primera columna.*

52463 —6 —245 —1236

*Cada fila era una persona y había más de cincuenta hojas. El número de su localizador, la edad, ¿y los otros dos? El puzle avanzaba despacio, demasiado despacio.*

*Aquel niño seguía siendo un desconocido y fue enterrado como tal. Los inspectores del caso no tenían pistas y yo decidí dejar que el tiempo pasara. No me atrevía a indagar en aquel momento, cuando todo estaba tan fresco, no obstante, uno de mis confidentes, un drogadicto con un hijo fallecido, un hombre acostumbrado a arrastrarse por el fango y permanecer en las sombras, me hizo un comentario extraño en medio de una conversación insustancial.*

*‘Ese chiquillo seguro que podría contarte algo, quería escapar, espero que lo haya conseguido. No he vuelto a verlo desde hace varios días.’*

*Tardé en sonsacarle, quería mucho a aquel muchacho y tenía miedo de que sus palabras pudieran perjudicarlo. Solo cuando le prometí hacer todo lo que estuviera en mi mano por ayudar a aquel chiquillo, sin atreverme a contarle la triste realidad, permitiéndole que se aferrara a una ilusión que ni siquiera él conseguía creerse al cien por cien, compartió su*

*memoria conmigo.*

*Me contó una historia, siempre fue muy dado a ello. Hace cuarenta años había un bar en aquella misma calle. Era un lugar próspero y el dueño tenía dos hermosas niñas de cara angelical y preciosos ojos azules. Eran hermosas y alegres, llenaban el lugar de risas y todos las conocían. Fue una época próspera hasta que, en unas horas, todo cambió drásticamente. Una muchacha de dieciséis años apareció brutalmente asesinada en aquel bar de puertas negras y había dos testigos que muchos compadecieron.*

*La noticia se extendió como la pólvora, pronto no se hablaba de otra cosa, todos estaban apenados porque dos niñas tan pequeñas tuvieran que presenciar un acto tan atroz, tan traumático que ambas habían guardado silencio desde entonces.*

*Tras aquel día algo en una de las niñas cambió, temblaba a la más mínima y lloraba sin motivo, llegando a acurrucarse en una esquina del bar. Muchos creyeron que se debía al trauma sufrido y estoy convencida de que tenían razón. El problema radicaba en que el monstruo, capaz de torturar y acabar con la vida de una joven de dieciséis años, estaba escondido a plena vista. Todos se sorprendieron cuando esa misma pequeña desapareció pocas semanas después, nadie fue capaz de encontrarla.*

*Creí que con esos datos ya no podría escapar, ya podía saborear la victoria, no conté con que cubriría tan bien sus pasos. Todos los documentos de aquella época parecían haberse desvanecido, pero no todas las personas. Al fin creo tener un nombre, al fin veo la luz.”*

## Capítulo 18

# David

En medio de aquel sol radiante, donde nada parecía ir mal, yo conducía enloquecido. La carretera se había convertido en una sustancia pastosa a causa de las altas temperaturas cuando finalmente aparqué, y tuve que cruzarla rumbo a uno de los muchos almacenes destartados de aquella zona, que en otra época fue próspera y estaba llena de personas con sueños que buscaban una oportunidad. Lo que no contaron es con que se aprovecharan de ellos y todo acabase en un montón de deudas y una docena de individuos a la fuga, ¿a quién podrían pedir responsabilidades entonces? A nadie. En pocos meses lo que fueron fábricas prósperas se convirtieron en esqueletos vacíos y llenos de grafitis, nadie quería recordar que los habían timado, ni las víctimas ni aquellos que aceptaron dinero por mirar hacia otra parte.

Quedaban dos calles hasta mi destino y era el momento de mostrar una cautela que me haría avanzar mucho más despacio. Tuve que repetirme que era algo necesario, pero era como luchar contra mí mismo. Sentía cada músculo agarrotado, listo para emprender una carrera frenética, mis cuerdas vocales vibraban deseando lanzar un rugido al aire, un aviso de que estaba a la caza y ya podía oler la sangre de mi víctima. Fue difícil reducir aquellas ansias a un gemido quedo. Debía usar la cabeza, no obstante, era complicado hacerlo cuando había algo, no muy lejos, que me importaba de verdad, hecho que había descubierto recientemente.

Por más que miré a mi alrededor todo estaba desierto. Una muestra de exceso de confianza o de que contaba con personas muy buenas en lo suyo, yo temía más que fuera lo segundo y haberme metido de lleno en una emboscada. No tardé mucho en comprobar la verdad.

Un camino infinito y corto al mismo tiempo. Me descubrí a mí mismo encaramándome a un muro medio derruido y con gran habilidad escalé a la segunda planta. Casi grito cuando un par de pajarillos despistados, únicos habitantes de aquella construcción hasta la llegada de la reina, sacaron las cabezas de un agujero. Los miré y me tapé la boca, descolocado por un segundo ante la belleza de ver como otras cabecitas no tan hermosas seguían a sus padres, posiblemente hambrientos.

Pasado el susto, Maya volvió a hacerse la dueña de mi mente. La busqué con la mirada desesperado, lo único que pedía era que siguiera con vida, el resto... todo tenía solución si su corazón no se había detenido. Cruel, pero cierto.

Estaba muy lejos y cerca a la vez. Solo a unos metros, un espacio que no tardaría ni un minuto en cubrir, un espacio en el que me podían reventar a balazos si lo intentaba, por eso, cuando la pelirroja golpeó su rostro recé por ocupar su lugar, quise acercarme y hundir mis puños en el cuerpo de aquella zorra para rematarla con una bala piadosa entre los ojos cuando, agarrando por los pelos a Maya, le cortó la cara. Maya quiso contener aquel alarido, no obstante, el sonido

escapó raudo entre sus labios y la impotencia hizo presa en mí. Me quedé observándolo todo, perdiendo unos segundos valiosos, intentando encontrar la forma de sacarla con vida de allí.

Hacía diez minutos que le había mandado la ubicación a Gorka, pero al ver aquel cuchillo bailar peligrosamente cerca del ojo derecho de Maya supe que no le esperaría, no podía hacerlo. Saqué el cargador y lo comprobé, volví a colocarlo en su lugar y paladeé la adrenalina al tiempo que llenaba mi cuerpo de energía, prácticamente desbordándome.

—¡No sé nada! —Las palabras histéricas de Maya se elevaron con rotundidad, sin inflexión alguna, acompañadas de un llanto desconsolado. Tuve que reprimir el instinto de arroparla, de gritarle que aguantara, pronto estaría a su lado.

—¿Dónde están los documentos y las chicas? —inquirió la pelirroja con voz monótona.

—Lejos —soltó de pronto Maya alzando los ojos. Miró desafiante a La Reina y sonrió de medio lado con arrogancia—. Sé que no tienes pensado dejarme marchar, pero voy a disfrutar viendo como... —Y la pelirroja, con un movimiento fluido, clavó la hoja en la mano de Maya. Ella apretó los dientes y, como toda una profesional, respiró agitadamente. Me sentí muy orgulloso de aquella mujer capaz de sorprenderme día tras día. Sentía la necesidad de apretar su cuerpo contra el mío, viva, caliente, deseosa. Yo curaría sus heridas, las besaría cada noche, le haría saber que era una persona increíble y... Tenía que llegar hasta ella.

—¿Decías? —preguntó La Reina.

—Tu tiempo se termina. Demasiados cabos sueltos que no dejan de unirse y acabarán formando la cuerda con la que te ahorquen. —Maya se echó hacia atrás en la silla. Una lágrima resbaló gruesa de su ojo derecho, alzó el rostro sin vergüenza. Fue en ese instante, cuando yo acababa de tomar la decisión y me acercaba, que nuestras miradas chocaron. Fue un nanosegundo, pero pude ver la alegría, la ilusión, la paz reflejada en su rostro. Solo con verme había cuadrado los hombros y volvía a sonreír. Sus ojos regresaron a la pelirroja con desgana.

—Eres valiente. —No había visto aquella caja hasta que La Reina la golpeó con el pie y la pelirroja se acercó a abrirla. De su interior extrajeron unas pequeñas astillas y supe lo que pretendían. Miré a Maya y ella volvió a mí, parecía que miraba el fondo perdida, incapaz de observar lo que estaban a punto de hacerle, no obstante, se aferró a mis ojos para resistir, para mantener la cordura mientras la pelirroja volvía a su puesto de interrogadora y, sin compasión, le metía una de aquellas astillas bajo el índice de la mano izquierda.

—¡¡No!! —Se removió, quiso soltarse a la fuerza, olvidando el dolor que las cuerdas hacían al clavarse en su piel pues no había dolor que superase en aquel momento al que sentía en la mano, en el dedo, bajo la uña.

Aguanta, susurró mi mente al tiempo que mis labios guardaban silencio, en todo momento los mantuve firmemente apretados y ya estaba feliz, pues había conseguido acercarme lo suficiente y tenía encañonada a La Reina, cuando la puerta se abrió de golpe a mi espalda y entró un solo hombre.

—¡David! ¡No te muevas! —gritó.

—No puede ser... —gemí viendo el rostro de mi amigo, un traidor, un asesino, mi confidente, al hombre que yo mismo había avisado —Gorka.

—¿No lo esperaba? —preguntó él orgulloso de sí mismo —Jefe, es mejor que baje el arma si no quiere hacerse daño.

—¿Por qué? —Fue lo único que atiné a preguntar.

—¿Dinero? ¿Poder? ¿No ser toda la vida un perro de alguien incapaz de valerse por sí mismo? No merece nada de lo que tiene, usted es escoria. —Ya no parecía el mismo hombre

amable, callado, tímido. Ahora era alguien cruel, incluso daba la impresión haber crecido un par de centímetros o quizás se debía a que se encontraba en el bando contrario.

—Duplicaré la cantidad que ella te haya prometido —aseguré desesperado mirando de reojo a Maya—. Ella no tiene nada que ver en esto.

—Cierto, pero le importa y eso es algo que no sucede todos los días. Sin ella usted mantendrá silencio, pero si la violo o la torturamos cantará como un pajarito —explicó Gorka relamiéndose y mirándola con auténtico deseo pintado en aquellas duras facciones.

—No la tocarás —prometí desde el fondo de mi alma—. Si le haces daño te mataré.

—¿No se cansa? Ya van dos mujeres que acaban mal porque no la ha sabido mantener la polla en los pantalones. Ella casi me da pena, siempre fue a ciegas —dijo Gorka.

—¡Dejadlo ya! —La Reina se incorporó harta de ser ignorada. Ella era el centro, el titiritero que movía los hilos y no iba a permitir que nadie opacase eso—. Hombres... Maya, debes comprenderme, me juego mucho dinero.

—Disfrutas, ¿verdad? —Maya sorbió con fuerza aquella mezcla de mocos, sangre y sudor. Reunió las pocas fuerzas que conservaba y formuló su pregunta entre gemidos.

—¿De qué? —La Reina estaba disfrutando, se le notaba en el rostro.

—Del dolor. Es lo único que puedes sentir. Hace tiempo, vi un programa en la tele que lo explicaba. Eres una psicópata, muy inteligente, pero no tienes alma.

—¿Alma? —La Reina se aproximó y se inclinó sobre la boca de Maya. Iba a besarla, pero se lo pensó mejor y depositó un beso en su frente—. Tienes razón, pasé mucho tiempo fingiendo ser como mi hermana, imitándola y estudiándola. Me convertí en una hija modélica, en la amiga que todos querrían para sus retoños, sin embargo, esta ansia de sangre era muy difícil de controlar y ya no quise hacerlo más tiempo. Cuando aquella zorra me increpó en el bar, mientras sus amigos le reían las gracias, supe lo que debía hacer. Esperé el momento indicado durante meses, hasta que una noche se quedó hasta tarde y el lugar estaba desierto. Padre estaba arriba, las cuentas lo traían de cabeza y nosotras solo debíamos echar el pestillo, si algo ocurría solo teníamos que gritar... —Cerró los ojos, daba la impresión de estar recordando algo realmente maravilloso. Su cara era el retrato perfecto del júbilo y la felicidad—. Solo necesité drogarla y amordazarla. Cuando padre se retiró a dormir bajé de nuevo, todo estaba en silencio, recuerdo que la luna estaba llena sobre nuestras cabezas y una preciosa luz plateada entraba por los ventanales. Era perfecto. Yo no contaba con que mi hermana me siguiera y se quedara escondida en una esquina, pero me aseguré de que guardara silencio. —Se encogió de hombros—. Estuve tentada a cortarle la lengua, pero habría llamado demasiado la atención. —Volvió sus ojos a Maya—. Solo necesité hacerle un corte, recuerdo que el primero fue en el brazo, jamás podré olvidarlo. No pude parar, tienes que entenderme, fue la sensación más increíble que experimenté nunca. La sangre salía, su piel se abría como una flor antes de pudrirse y morir. Sus ojos cuando volvió en sí y el dolor se hizo presente... ¿Estás segura de que no tengo alma? —preguntó entonces. Maya me miró y sonrió, quise gritarle al ver que se había dado por vencida. No podía dejarla marchar porque si lo hacía no quedarían motivos para que yo siguiera adelante. Juntos la venceríamos, encontraríamos la forma de salir de allí con vida.

## Capítulo 19

# Maya

¿Cómo se puede razonar con alguien que ha perdido la razón? Al tiempo que La Reina hablaba sus ojos se abrían más y más, amenazando con salirse de sus órbitas, mientras una sonrisa horripilante, que trataba de hacerla parecer más humana, terminaba aquel estrambótico cuadro.

La respuesta siempre fue que no era posible, solo podía tratar de ganar tiempo, estirar el minuterio y rezar por un milagro. Creí que mi deseo había sido concedido cuando David apareció en escena, no podía estar más equivocada.

Y ese alivio, la alegría que apenas pude retener, se desvaneció con rapidez, siendo reemplazada por un miedo atroz al ver como lo apresaban. Quise decir algo, tener las palabras mágicas, salvarlo, pero llegaba demasiado tarde. Él dejó caer el arma y me miró presa de la impotencia, una emoción que compartíamos.

—Saldremos de esta —prometió mientras Gorka descargaba un potente puñetazo sobre su cara. Le partió la ceja, a pesar de que era imposible habría jurado que escuché cómo la carne se abría, la sangre cubrió su hermoso rostro con un velo carmesí que discurría camino abajo. David no hizo sonido alguno.

—¿Eso cree, jefe? —Gorka llevaba mucho tiempo con la correa puesta, mostrándose fiel y humilde ante los deseos de alguien que a todas luces odiaba y había decidido desquitarse por las noches que había tenido que plegarse contra sus deseos, que había tenido que sonreír cuando anhelaba en secreto clavar su puñal en el corazón de su jefe—. Me ha costado mucho no acabar con usted. Es débil, jamás se mereció ser el hijo de La Cobra. —¿Envidia? Otro gran sentimiento que arraigaba con facilidad en los pechos de los hombres y envenenaba con lentitud sus espíritus.

—Te la regalo —contestó David escupiéndolo sobre los pies de su antiguo hombre de confianza. La sangre le llenaba la boca una y otra vez, a continuación, optó por tragarse la nueva remesa pues Gorka golpeó su estómago ante tamaña ofensa.

—Cachéalo —ordenó La Reina.

Y entre golpe y golpe cumplió su cometido. La pelirroja se apartó unos metros cuando el hombro de Gorka la rozó, por primera vez la vi encogerse. A pesar de las torturas que había tenido que soportar, no era a La Reina a quien realmente temía y eso no hacía más que horripilarme. ¿Podía haber alguien peor?

—Entre dos monos y una puta creen que pueden controlar la ciudad —soltó el inspector temblando visiblemente. Gorka gruñó en bajo, de manera ronca, aquel sonido se extendió por su pecho, fue una vibración oscura, llena de rencor, odio, promesas de muerte. Dio dos zancadas y se colocó ante aquel hombre orondo y con mal genio. Se inclinó y sacó un pequeño puñal de su cinturón. Se veía diminuto entre sus dedos.

—Cierto. —Y clavó aquel metal en las entrañas de Bruno hasta que llegó a la empuñadura. Mientras el inspector boqueaba sin poder taponar la herida, con la mirada en aquel punto de su abdomen en el que su camiseta se iba tiñendo, el charco aumentaba y su respiración se iba normalizando—. Ya podemos seguir hablando sin interrupciones.

—Al terminar, atadlo. —Y colocaron una tercera silla. Una fila de desdichados ante tres personas vestidas para acudir a una gran velada. Aquellos atuendos, la elegancia que trataban de mostrar, la forma en la que Gorka limpió la hoja de su arma contra mi ropa, un teatro repulsivo.

Y lo que yo no contaba era con el cambio de actitud, con la alegría de aquella mujer cuando Gorka le tendió un pendrive rojo que sacó del bolsillo de David. La tela de su vestido resbaló por su piel, sus tacones golpearon el mugroso suelo de aquella nave y levantó el dedo índice.

—Perfecto. ¿Un último espectáculo juntos? —Se aproximó a David y lamió su boca, él trató de apartarse, no obstante, la navaja bajo su mentón fue aliciente suficiente para que permaneciese quietecito—. La sangre es el mejor alimento, da vida y la arrebatada. Si yo introdujese el grupo sanguíneo erróneo en tu organismo sufrirías una lenta agonía. —Se mordió el labio—. Unas gotitas son mucho más efectivas que el mejor de los venenos, se extiende por tus venas y lo contamina todo. —Y sin explicaciones mi mundo se detuvo.

—¡No! —Y lo miré, recordando los besos, su forma de mirarme, que se encontraba en aquel lugar porque yo me había dejado apresar. Las sensaciones agradables que acudían con los recuerdos me enloquecían cada vez más al ver como el brazo de aquella bruja se estiraba, dejando el cañón a unos escasos centímetros de la frente de David—. ¡No le hagáis daño!

—Lo siento, pero ya no os necesitamos —explicó ella con indiferencia—. Lo único que me apena es que me gusta el vestido y voy a arruinarlo, pero tú debes morir en mis manos. ¿No te parece todo un honor? —inquirió golpeando la frente de David dos veces con el cañón.

—No es lo que crees. Ese pendrive contiene unos documentos de mi local —dijo David resignado. Sabía que no serviría de nada, pero debía intentarlo. Me miró solo a mí, no importaba que estuviera a punto de morir o que yo no fuera más que una muñeca llena de sangre, me miro y sonrió de manera cálida. Allí, a las puertas de un final inminente lo vi atractivo, hermoso, valiente. Un hombre que habría amado con locura, aunque me conformaba con momentos robados, intensos, instantes que permanecerían incluso cuando abandonásemos nuestros cuerpos. Quise creer que cuando exhalásemos nuestro último suspiro estaríamos juntos, nadie podría evitar que nos buscásemos, necesitaba pensar que aquel brillo en sus ojos verdes me hacía promesas de eternidad, de emociones que ambos negábamos sentir por miedo, porque habíamos sufrido lo indecible a nuestra manera y preferíamos no poner nombre a aquello que nos unía, sin permitir, al mismo tiempo, que el otro se alejase demasiado.

—¿Solo sexo? —pregunté de pronto queriendo hacerlo sonreír, impedir que pensase en el arma que acababan de amartillar tan cerca de sus ojos —¿Lo recuerdas? Me debes un par de noches más, siempre he querido probar a...

—¡Silencio! —Y el bofetón llegó de mano de Gorka, una mano inmensa que me volteó la cara. El dolor estalló obligándome a cerrar los ojos y respirar con calma, quise recomponerme rápido, no podía dejarlo solo.

—¡No la toquéis!

Sentí como algo se hundía en mi abdomen, despacio, inspiré a la misma velocidad que aquel filo me penetraba, el dolor era horrible. Abrí los ojos y vi a David luchando contra las cuerdas, gruñendo, tratando por todos los medios de llegar hasta mí.

Sonreí con ternura, lo único que necesitaba era que me envolviera, un cálido abrazo que me

dijera que todo saldría bien.

—Gorka, no la mates, no aún. Quiero que vea morir al hombre que ama. —No dije nada, no tenía motivos para contradecirla. Nunca llegaría a saber cuáles eran verdaderamente mis sentimientos, tampoco a ponerlos a prueba con el paso del tiempo. ¿Qué momentos extrañaría? Su cuerpo, sus besos, sus caricias, estar entre sus brazos y perderme en las emociones que solo saberlo cerca despertaba en mí.

—David... —susurré en una súplica a un dios que no podía permitir un acto tan atroz —lo siento. No debí haber intervenido.

# Capítulo 20

8 años antes

## David

Yo era un joven feliz, tenía todo lo que un adolescente de mi edad podía desear. Mi familia no era perfecta, pero contar con mi hermana, y amiga, hacía que fuera fácil pasar por alto que mi madre era la que controlaba la red de prostitución de mi ciudad y que mi padre era un policía que, en el transcurso de una investigación en la que estuvo infiltrado dos largos años, no pudo mantener la polla en los pantalones y se lio con su objetivo. Yo estaba convencido de que mi madre sabía quién era él en todo momento y le había tendido una trampa, pero jamás podría estar seguro. La consecuencia de aquello fue sabernos intocables, daba igual el delito, él, desde las sombras, siempre eliminaba nuestros nombres de los informes y hacía desaparecer los testigos. Era feliz porque el mundo estaba al alcance de mis manos, no había nada que no pudiera conseguir.

Nunca supe quién fue el donante de semen de mi hermana, tampoco comprendí nunca el odio que siempre demostró nuestra madre por ella. La martirizaba cada vez que podía, la insultaba y vejaba a la menor ocasión. Solo yo conseguía mantener lejos al dragón, evitar aquellos ataques sin piedad, y eso hizo que, poco a poco, creásemos nuestro propio universo.

Mujeres, sexo sin control, carreras de coche, algún que otro robo... la vida normal de un crío acostumbrado a ver pipas, putas, con la cara convertida en un cromó de diferentes tonalidades que iban desde el violeta al negro, y apuestas ilegales. Bastante bien había salido, oí que decían unas mujeres que se creían discretas unos años antes, sin embargo, las mujeres parecían disfrutar de aquel aire de malote y de saber que a mi lado estaban protegidas del peligro y lo suficientemente cerca para poder verlo.

Aquella noche el aire frío del invierno era una lengua congelada capaz de herir la piel de aquellos insensatos que decidieran asomar la nariz fuera de sus hogares. Yo, como siempre, llegaba después de una larga juerga cuando me sorprendí de que la luz de la habitación de Emy no estuviera encendida. Ella siempre me esperaba, se preocupaba de que volviera y me regañaba como si eso fuera cambiar un ápice mis actos. No obstante, aquella representación, que llegó a convertirse en tradición, me gustaba, me hacía sentir querido y supe al instante que algo iba verdaderamente mal.

Un chico de veinte años no debería tener un arma, tampoco debería saber usarla, yo abrí la caja fuerte y me la colgué del cinturón con total normalidad, sin tratar de ocultarla o preocuparme de lo que pudiera pasar si alguien me descubría. En el fondo de mi alma sentía que cada segundo era importante, debía encontrarla o puede que nunca lo hiciera. Me odié por haberla dejado sola,

como muchas otras veces antes, y supe a quién debía preguntar, por mucho que volver a ver a mi madre fuera el sinónimo de pegarme una patada en los huevos, retorcérmelos y colgarlos de una lámpara.

Cogí la moto sin pensar en el casco, la carretera, ahora cubierta por una fina capa de hielo, se había convertido en una pista de patinaje traicionera sobre la que casi resbalé y fui a parar a la cuneta un par de veces, nada de eso me importaba.

Al llegar la dejé caer sobre el asfalto, cualquier que me conociera sabría que adoraba aquella moto y sabría que algo muy jodido había pasado. Se habrían apartado de mi paso, pues pocas veces me cegaba como aquel instante, en el que el corazón trataba de abrir a machetazos mi pecho para acabar con todos los que se dignaran a acercarse a mí.

¿Cómo encontré a la zorra que una vez me dio la vida? Un simple acto que yo nunca le había pedido y que me recriminó a la más mínima ocasión, pero hermosa como muy pocas otras y de gran inteligencia, atributos que mi hermana había heredado. La encontré sentada ante un hombre en una mesa, ¿normal? Lo sería si al hombre no le faltasen dos dedos y no llorase a moco tendido, olvidando lo que era el orgullo solo le quedaba suplicar.

—Hola madre —dije con sarcasmo. Ella elevó los ojos, bien sabíamos ambos lo que odiaba que la mentase de aquella manera, no quería que nadie supiera que tenía debilidades, al menos eso decía, aunque yo sabía la verdad, no quería perder su comodín ante mi padre.

—¿Qué haces aquí? —preguntó sin formalismos.

—Creo que ya lo sabes. ¿Dónde está? —Lara, la Cobra, se limpió las manos y, tras levantarse, señaló la puerta de su despacho. Gentilmente esperó a que la hubiera traspasado para cerrarla y encerrarse conmigo dentro—. Los asuntos de familia han de solucionarse en privado.

—¿Qué has hecho? ¿Dónde está? —Seguí con mi interrogatorio sin tratar de fingir que me importaba algo la mierda que escupiera su boca—. No me obligues a sacártelo a la fuerza. —Era la primera vez que la amenazaba en toda mi vida y no fue una sensación que me causara rechazo, en realidad sentí alivio y euforia, incluso un deseo que no sabía que estaba ahí, pero que jamás podría olvidar.

—¿Me amenazas? —Parecía divertida.

—Haré lo que haga falta por ella. ¡Es mi hermana!

—Y mi hija, no lo olvides. Tienes que comprender que no haría nada que pudiera hacerle daño. —Se sentó en un sillón que había a mi derecha tapizado en piel negra. Todo aquel lugar destilaba dinero, de manera demasiado burda quería que quedase claro que ella estaba muy por encima de todos los maleantes que cruzaban las puertas de aquel lugar. Ella era una diosa entre asesinos y basura de la calle.

—¿Qué cojones has hecho?! —grité perdiendo los papeles.

—Es mejor que te vayas a casa a descansar, yo me ocuparé de todo. Como siempre. —Se levantó a servirse una bebida con tranquilidad mientras a mí la preocupación me estaba destruyendo. Saqué la pistola y estiré el brazo, solo tenía que ejercer una ligera presión sobre el gatillo. Un tirón y mi puntería, todo habría terminado para ella. Tomé aire tratando de controlarme.

—¿Qué has hecho? Empieza a hablar si no quieres que tus sesos decoren ese hermoso sofá. —Ya me había convertido en un disco rayado. El calor de la calefacción, unido a mi chupa de cuero, había provocado que sudase copiosamente y el pelo se pegase a mi frente. Eso no hacía más que incrementar mi ansiedad.

—Tienes que comprender que este mundo es duro. Solo estará fuera una semana. —Y fue como si me acabase de decir que estaba muerta tirada en medio del desierto. Supe que había

hecho algo horrible, que mi hermana estaba sabía dios en donde, en peligro, y yo no estuve ahí para ella. Tenía que encontrarla.

—Habla rápido —siseé tensando los dedos, tardé unos segundos en percatarme de lo que hacía, comprendiendo que no podía continuar o corría el riesgo de que el arma se disparase antes de tiempo, sí, antes de tiempo porque si Emy estaba herida ella estaba muerta.

—Han incautado una remesa de drogas y el dragón quiso cobrársela. Yo no podía pagarle o mostraría debilidad y le ofrecí una muestra de buena voluntad. Tranquilo, no la matará, sabe que si lo hiciera él también estaría sentenciado —soltó sin ningún atisbo de vergüenza o remordimiento.

Y ahí la vi, vi todas las veces que no había estado con nosotros, las noches en las que llegaban hombres que no debían estar en nuestro hogar y las mujeres llorando, suplicando, mientras ella las miraba impasibles. Vi la maldad en estado puro, una manta espesa de oscuridad que envolvía su ser, manteniéndola lejos de cualquier emoción positiva, solo el dinero valía algo para ella.

Recordé cuando Emy se rompió misteriosamente un brazo, los gritos de mi hermana una madrugada, las amenazas que nuestra madre soltaba sin pudor si algo salía mal, descargando sobre ambos su furia, mostrándose ante nosotros como era realmente, quitándose la máscara que siempre llevaba.

—Lo mataré. Reza porque no la haya tocado.

—No seas tan estúpido. Es una mujer y sabrá manejarlo, ya es hora de que comprenda cómo funciona el mundo. —Y por su sonrisa comprendí que estaba disfrutando, una venganza que llevaba tiempo esperando, como si el hecho de que yo no le hubiera permitido tocarla después de aquella misteriosa fractura fuera el peor de los delitos.

—Reza tú también.

—¿Harías daño a tu madre? —preguntó demostrando que no me creía. Si había confesado era porque, a su manera, también deseaba que yo sufriera al verme impotente, no porque temiera las consecuencias.

Salí corriendo de allí, sabía dónde vivía aquel cabrón al igual que también conocía a quién había dado el chivatazo a mi padre. Si le pasaba algo a mi hermana jamás podría perdonármelo. No tardé más de diez minutos en moto, el aire frío quemó mis pulmones y me dolía toda la cara, incluso los ojos, no me importaba.

Lo que encontré fueron dos hombres en la puerta, algo bastante deprimente teniendo en cuenta quién se suponía que se escondía al otro lado. Uno trató de impedirme el paso, le disparé en la pierna y golpeé al otro con la culata en la cabeza. No tenía muy buena seguridad...

Me paré ante la puerta del fondo y escuché un llanto ahogado. Reconocí aquella voz, abrí sin pensar. Mis manos sudaban, mi mundo se había convertido en un castillo de naipes inestable que amenazaba con desmoronarse.

Lo que vi me hizo verlo todo negro. El cabrón se encontraba todavía desnudo sobre el sofá mientras se bebía una copa, mi hermana estaba en la esquina más alejada con el vestido rasgado y la mirada perdida. Grandes lágrimas lamían sus mejillas, descendían con rapidez y al momento eran reemplazadas por otras. Al mirarla supe que no había lágrimas suficientes que pudieran curarla, que aquella pena reemplazaría su risa, su mirada era ahora un pozo oscuro sin fin, lleno de ideas tenebrosas en las que temí perderla. Debía hacerla volver, pero había algo que hacer primero.

—Hola muchacho, supongo que has venido a buscarla. Tenía pensado disfrutar de ella una semana, pero no vale gran cosa —dijo aquel individuo observándola de reojo. Sus espesas cejas se arquearon en una mueca de burla, yo tomé aire. Quise contestar, no había saliva en mi boca capaz de hacer salir el rugido de odio que contenía mi cuerpo. Solo había una palabra que quizás

podiera describir, de lejos, mis sentimientos. Muerte, la suya, la nuestra, sentí que la de todos—. Sácala de aquí antes de que me manche la alfombra. —No pude evitarlo, debí hacerlo, no pude. Miré su polla, ahora recogida sobre sí misma, y vi la sangre. Miré a Emy y lo tuve claro, era dulce, soñadora, ansiaba enamorarse. A ella nunca le había servido cualquiera, por mucho que la lista de jóvenes que la habían pretendido había sido numerosa. Ojalá alguien la hubiera conquistado antes, sentía que el dolor, al iniciar como mujer de aquella manera, había sido mucho peor.

—¿David? —Emy salió de su sopor con vergüenza, trató de incorporarse y una mueca de dolor hizo aparición. Se apoyó en la pared y trató de cubrirse como mejor pudo. Le tendí mi chupa y me giré mientras se la ponía.

—Dile a tu madre que esto, como mucho, paga la mitad de su deuda. —No necesité mi pistola, a mis pies estaba su propio cinturón. Me agaché y lo recogí. Creo que pudo percibir el miedo, trató de levantarse, no pudo hacer nada. Todo se volvió rojo, solo estábamos los dos en una pelea que gané de calle, envolví el cuello de aquella alimaña y apreté. Mis manos se cortaron en la pelea, no lo sentí, solo había fuego en mis venas dándome una fuerza descomunal que descargué sin compasión hasta que dejó de luchar.

No sé cuánto tiempo tardé en despertar, Emy se había quedado de pie a mi lado mirando el cuerpo de aquel monstruo. Estiré los brazos y ella acudió, la envolví cuanto pude, supe que se escondía como podía.

—Madre nos matará —susurró contra mi pecho. Apenas pude escucharla, no quedaba en su interior la fuerza que la caracterizaba.

—Estarás a salvo —prometí.

—No puedo volver.

—No lo harás.

## Capítulo 21

# Emy

Mi vida nunca fue fácil, siempre con miedo, siempre escondida. Aprendí a sobrevivir, a no necesitar nada, a no pedir nada, a disfrutar con poco, muy poco. Allí donde todos tenían sueños yo aspiraba a escapar por unas horas del mundo que me ahogaba cada día, unas escapadas frugales de mi realidad, solo suavizada por David, mi hermano y confidente.

Sin embargo, nada pudo prepararme para aquella noche ni para la persona en la que me convertí. Sentí que morí aquella noche, que todo dejó de importar e incluso el miedo me pareció una emoción estúpida. Invencible y herida, triste y vacía. Miraba lo que me rodeaba lejos de mi cuerpo, sin verle el sentido, sin comprender qué era lo que seguía moviendo al resto del mundo.

Miré a David y recibí un segundo golpe que me rompió el corazón. Cuando me mandó lejos traté de oponerme, pero como siempre él decidió y yo claudiqué, llegó un punto en el que al mirarlo ya no sentía nada, ya nada me importaba. Antes habría llorado por no tenerlo a mi lado, después de aquella noche solo asentí conforme, sin ningún tipo de curiosidad por mi destino.

Me enfrente a una nueva ciudad sin la timidez que me definía, teñí mi pelo del carmesí de la sangre, mi nuevo color favorito, y me prometí que nadie volvería a hacerme daño. La dulzura era debilidad y yo fui despiadada, incluso conmigo misma, hasta que la mujer que vi en el espejo pasó la prueba.

Nadie que hubiera visto a Emy antes me habría reconocido y no supe cómo, pero me convertí en alguien que hubiera odiado, aproveché que nadie me conocía para crear mi mundo, un lugar en el que si alguien sufría sería porque yo lo había elegido. Yo debía colocarme en la cima costase lo que costara y eso, en un mundo de hombres, solo podía conseguirse jugando sucio y siendo mucho más inteligente que aquella comuna de pollas.

Ya ni siquiera David importaba, no después de que me hubiera mandado lejos.

## Capítulo 22

# Maya

Unos segundos. Incluso hice la cuenta atrás, esperaba el dolor, miraba a David y suplicaba porque no sufriera.

—Te amo. —¿Era cierto? ¿Lo había dicho por hacerlo sentir mejor o porque lo quería de verdad? Tenía que ser amor, me dije, dolía demasiado para no serlo. Su sonrisa fue triste, entrecerré los ojos avergonzada. —¿Estás...?

—Y yo a ti. —Y mi corazón latió feliz. Solo estábamos los dos, aquel dolor en mi vientre no existía, ni la debilidad que iba ganando intensidad al tiempo que la sangre huía de mi ser.

—Adiós —dijo La Reina.

—¡David! —grité sintiendo un dolor lacerante en mi garganta, congelando mi ser.

Un golpe, creí que fue un disparo y estaba en lo cierto. Gorka cayó a plomo detrás de mí, en unos segundos una mujer de pelo rojo avanzó directa hacia nosotros. Sus ojos verdes eran como los de David, pero parecía mucho más fría. Su belleza era deslumbrante, su sonrisa una mueca aterradora. Una muñeca perfecta capaz de arrebatarnos una vida sin pestañear.

—¿Llego tarde? —Sonrió con ternura. A su lado seis jóvenes, ninguno tendría más de veinticinco años, y todos ellos armados hasta los dientes, la protegían teniéndonos a todos nosotros como objetivos—. Hermanito, esperaba no tener nunca que devolverte el favor. ¿No te alegras de verme? —Su voz se dulcificó lo justo, iba a acercarse cuando un hombre moreno se interpuso en su camino. Era muy atractivo y estaba lleno de tatuajes, su chupa de cuero no hacía más que resaltar el aire de peligro que lo envolvía.

—Sálvala a ella. —Soltó el muy imbécil de David justo en aquel instante. La mujer que acababa de entrar hizo caso omiso de sus palabras y, tras empujar con fuerza al hombre que se interponía en su camino, llegó hasta La Reina. Era como ver a dos monstruos de la naturaleza enfrentándose en silencio, cada gesto, cada mirada, todo importaba, aunque por el número de armas de la recién llegada yo apostaba por ella.

Quizás yo no podría ver el final, mis ojos pesaban cada vez más y mi respiración era perezosa. Forcé mi cerebro, me concentré en lo que decían, pero cada vez era más complicado, ante mis ojos era como si me estuvieran cantando una nana.

—Hermanito —susurró la mujer de hermosos ojos verdes pasando de La Reina con evidente muestra de desprecio—, no tienes muy buena cara. No deberías permitir que unos cabrones te usen como saco de boxeo, te tenía por un hombre fuerte. ¿Qué te ha pasado en estos años para acabar...?

—Emy, ahora. —Fue como descorchar una botella, ella se transformó. Su mano se perdió bajo aquel vestido verde esmeralda, se movía tan rápido que no supe cómo terminó sobre La Reina. Su

“esclava”, la pelirroja que se había dejado morder sin mover ni un músculo, quiso interceder por su señora, yo temí que muriera en el intento pues Emy no parecía de las que dudaría en acabar con ella si la molestaban un poco. Me sorprendía lo mucho que se parecían ambos hermanos y a la vez la diferencia de sus personalidades, sin embargo, se notaba a las leguas que había un lazo entre ambos irrompible, nada ni nadie podría separarlos.

—Ya tenía ganas de conocerla, creo que es el momento adecuado de expandir mis negocios y usted no es más que una piedrecita en mis zapatos. —Estaba a horcajadas sobre ella apretando con fuerza un cuchillo sobre su yugular. A pesar del peligro La Reina sonrió con orgullo.

—¿Y qué vas a hacer? No eres más que una cría con un grupo de niños de las calles como tú. Supongo que todos están más que dispuestos a seguirte mientras te abras de piernas, todos sabemos cómo solucionó la Cobra su problema de crédito hace unos años. —Supe que aquellas palabras escondían mucho detrás. El dolor que transmitió durante unos instantes Emy fue inmenso, pero cuando se recompuso supe que lo que iba a ser una muerte rápida se había complicado.

—Cierto. ¿Sabes cómo soluciono yo los problemas? —inquirió Emy con fingida inocencia. Sin embargo, fueron sus ojos los que contaron la verdad, brillaban demasiado. El hombre lleno de tatuajes, que había inmovilizado a la pelirroja instantes antes, miró a Emy esperando órdenes—. Dika, quizás deberíamos acabar con la tortura de su perro. Es mejor la muerte, a ciertas vidas bajo el yugo de personas incapaces de sentir compasión... —¿Era una sugerencia? ¿Era pena lo que sentía hacia la pelirroja? —Tk, acércate un momento y mantén a esta zorra controlada —dijo saltando de nuevo y llegando hasta la pelirroja, mientras Dika comenzaba a asfixiar a aquella mujer.

—¡No! —grité sin saber por qué me importaba aquella pobre criatura con la mirada vacía.

—¿No? —preguntó Emy interesada.

—No le haga daño —susurró David tras mirarme con intensidad. No necesitó mis motivos para apoyarme ciegamente, un detalle que no pasé por alto y le agradecí en silencio—. Emy...

—¿Sabíais que la conozco? —Mientras hablaba acarició la mejilla de la pobre desdichada, que miraba a su dueña sin pensar en su propia vida. Dejó que sus dedos resbalasen con suavidad por su piel, después apartó un par de mechones de los ojos de aquella pobre criatura que parecía haber perdido la facultad de hablar—. Era una niña divertida y sincera, quería ser bailarina y soñaba con pisar las grandes pistas del mundo. Quería viajar y enamorarse, hubo un tiempo en el que...

—¿De verdad la conoces? —pregunté sin dar crédito a lo pequeño que era el mundo.

—No —negó sin la más mínima inflexión en su voz—, y sí. Yo era ella, pero da igual quién fuera antes. ¿No veis que ahora no es nadie? ¿Creéis que hay algún tipo de cura milagrosa capaz de hacerla olvidar los que ha tenido que vivir durante años? Para mí solo fue una noche y aún tengo que vivir con ello. —A pesar de que lo soltó de un tirón supe que le había costado contarle y eso demostraba una fuerza impresionante.

No más muertes ni sangre, no más. ¿Acaso no tenía el derecho de intentarlo?

—Si la matas serás igual que los que la marcaron. —Jadeé y cerré los ojos cansada. Oí los pasos y tuve que hacer un gran esfuerzo por volver a centrar la mirada.

—Estás herida. —Oí que decía como si acabara de percatarse de ese pequeñísimo detalle. Mi cabeza se movió hacia atrás y hacia delante, hasta que cayó sin fuerza sobre mi pecho—. Llévala y curadla. Dejad a la mascota de la reina en un lugar seguro, hablaré con ella más tarde.

Y solo tuve tiempo para ver como cogía una pistola que llevaba Dika y le volaba la tapa de los sesos a La Reina sin mediar palabra, sin que nadie se lo esperara. Lo hizo y dejó el arma en su

sitio en absoluto silencio.

—El gordo tiene pinta de haber palmado. —La sangre del suelo no dejaba lugar a dudas, pero tampoco su silencio, algo prácticamente imposible en aquel hombre—. ¿Os llevamos a casa, hermanito?

## Capítulo 23

# Emy

Hay muchas cosas que una mujer puede hacer, pero hay hombres que solo pueden ver una. Cuando aquel monstruo puso sus manos sobre mí sentí asco hacia mi persona, repugnancia. Daba igual lo que hiciera que era incapaz de borrar el rastro que había dejado en mi piel, una marca imborrable que evidenciaba lo que nunca debió suceder, pero que permití o no pude impedir.

Luché todo cuanto pude, sin embargo, con el paso de los meses me pregunté si no podía haber hecho algo más. La culpa me perseguía, aun sabiendo que el culpable había muerto no podía desprenderme de lo ocurrido sin más, haciendo que yo misma cambiase y desconfiase de todo aquel varón que se aproximaba, todos menos mi hermano.

El problema llegó cuando, solo unas horas después, me mandó lejos. Creyó que eso me mantendría a salvo de las represalias de madre, a él lo necesitaba para seguir protegida y jamás lo tocaría, no obstante, yo siempre fui prescindible, un error que no debió haber sucedido, y no perdía ninguna ocasión en la que pudiera dejarlo patente.

Una ciudad nueva, nuevas normas. Mi hermano había buscado un lugar seguro para mí, lo que no contó es que el hecho de que todos los que debían protegerme supieran lo que me había ocurrido no hacía más que incrementar el malestar interior que me carcomía y, tras unos días, me fugué. Me lancé a las calles, tratando de perderme entre ellas, sin importarme la lluvia o el frío aprendí a sobrevivir, sin más lujo que una comida o una manta para acallar el frío. Mi mente fue quedando relegada a un segundo plano, adormecida.

Yo me veía como alguien único, no lo era. Con el paso de los días encontré a otros como yo. Jóvenes cuyos padres habían maltratado o abandonado, jóvenes que huyeron de un sistema que no era capaz de satisfacer sus carencias. ¿Confíe en ellos? No, pero me seguían. Acataban mis palabras como órdenes y siempre estuvieron ahí hasta que se convirtieron en una familia capaz de darle una meta a mi vida.

Explicar lo que me llevó a tomar el mando es complejo y sencillo al mismo tiempo. Complejo porque el mecanismo empezó a girar desde el mismo instante en el que llegué a este mundo corrupto, lleno de personas que salen impunes de delitos atroces mientras otros giran el rostro, indiferentes.

Yo me había hecho muy amiga de Naomi, una chica rubia, hermosa, pero con un trágico pasado. Ella solía fumar porros al lado de la iglesia y contar lúgubres historias de terror, aunque cuando la conocías veías en ella mucha ternura y amor desperdiciados. No pude evitarlo, en seguida nos hicimos inseparables. Hasta que un día se desvaneció de las calles. No pude encontrarla, por más que lo intenté.

No era la primera, ni sería la última vez que una adolescente desaparecía. Se habían fugado,

pero ¿y después? A nadie le importaba lo que para ellos eran delincuentes en potencia y yo supe que no solo habría podido ser yo, sino que si yo no lo hacía nadie iba a mover ni un solo dedo por encontrarla.

Fue por ella por quién nos movilizamos por primera vez. Un solo cuerpo, una sola mente, la mía. Golpeamos, robamos y matamos a quién hizo falta. ¿Matar? Puede sonar horrible, pero no considero como personas a los que han acabado bajo tierra por mi culpa. Sabía que sus muertes evitarían mucho sufrimiento y eso calmó mi alma.

¿Era posible que convertirme en un monstruo, capaz de degollar y torturar, fuera el bálsamo que necesitaba? Si esa era la respuesta no iba a ser yo quién dijera que no.

No obstante, éramos novatos y para más inri yo era una mujer. Solo los míos me respetaban y apreciaban, solían decir que tenía una gran cabeza y que íbamos a llegar alto, aunque yo sabía que cuanto más alto llegásemos más grande y rápida sería la caída. Ese no sería mi destino.

Al tiempo que buscaba a Naomi empecé a dejar peones, hombres con un precio que hablaban por mí, que no tenían ningún problema por seguir mis órdenes ciegamente siempre que llenase sus bolsillos y así lo hice. A medida que ascendía en la cadena de los bajos fondos de aquella ciudad menos me conocían. Era una sombra, muchos desaparecían después de conocerme. Los rumores, las historias fantásticas, todos hablaban sin decir nada, aunque la frustración de no encontrar lo que realmente me importaba me llevó a plantarme ante la cabeza de aquel circo.

Era un hombrecillo pequeño, con espeso bigote y hablar rápido. Sus ojos no paraban quietos y acabé descojonándome en su cara. No lograba comprender cómo alguien como él conseguía mantener a raya a la escoria que pasaba droga o a los proxenetas. En seguida comprendí que tras aquellos ojos de rata había escondida una gran inteligencia.

—¿El fantasma? —preguntó sin llegar a saludarme tan pronto abrí la puerta. A mis pies su guardaespaldas se desangraba a causa de una heridita de nada que había seccionado su carótida, entre otras cosas. Pasé sobre él como una dama, vestida con vaqueros rotos y un plumas viejo, una vez todo fue de marca y hablaba de dinero y poder, ahora no eran más que harapos llenos de mugre.

—En carne y hueso. —Me senté ante él mientras notaba dos presencias a mi espalda. No necesitaba girarme para saber de quién se trataba—. Supongo que esperaba mi visita.

—Dicen que busca a una muchacha —contestó sin dar más detalles.

—Y seguramente un hombre tan importante conoce su paradero —dije cruzando las piernas y con marcada ironía—. ¿Sabe lo interesante? —pregunté sin permitirle contestar —No suelen tener una vida larga. Estas paredes se cerrarán sobre usted antes de que se dé cuenta y será un hombre de su propia confianza el que le dé la última puñalada. —Acaricié el brazo de mi silla con las uñas.

—No lo creo. —Sin embargo, miró a su alrededor con desconfianza. Con tipos como aquel solo era necesario plantar la semilla de la duda. Pronto, lo que eran gestos sin importancia, serían suficiente para hacer matar a alguien. Él mismo mermaría sus propias filas sin necesidad de que nosotros perdiéramos a nadie. —¿Y crees que podrás salir con vida de mi fortaleza?

—He entrado, ¿no? —respondí con soberbia. Con Dika a mi lado todo saldría bien, él no permitiría que nada malo me ocurriera. Era mi sombra, alguien leal capaz de cualquier cosa por mí. Me sentía confusa respecto a aquel joven de mirada desconfiada y gestos bruscos, siempre pendiente de cada sonido y con un insulto listo para ser lanzado. Nadie comprendía que conmigo fuera tan delicado ni tan protector. Solo yo podía tocarlo cuando las pesadillas lo asaltaban, solo él podía guarecerme entre sus brazos cuando a mí me ocurría lo mismo y me sentía lejos de mí

hermano, de mi hogar —Salir será todavía más fácil.

—No sé qué pretendes conseguir, niña —soltó con desprecio. Mi actitud lo molestaba y lo único que había evitado que cogiera el arma que escondía en el escritorio había sido que se encontraba en evidente desventaja numérica, algo que ninguno de nosotros sabía cuánto tiempo duraría. Teníamos que largarnos cuanto antes, pero me negaba a hacerlo hasta obtener respuestas —Yo no tengo lo que buscas.

—Entonces no me sirve. —Me levanté con tranquilidad y le di la espalda. Miré a Dika con cariño y me “evaporé” como solo un fantasma puede hacerlo.

Aquella misma noche seguimos al acecho entre las sombras. La luna se ocultó tras las nubes, las calles estaban húmedas tras una ligera lluvia y nadie se atrevía a salir. Las calles se habían vuelto peligrosas, eso contaban las malas lenguas.

Fue uno de sus hombres el que nos guio, tras perseguir a cinco antes que misteriosamente aparecerían muertos a la mañana siguiente. Era un hombre duro, curtido en su trabajo y con un cigarro eterno en los labios. Lo había visto varias veces por la calle, nunca llegamos a intercambiar ni una sola palabra. Podía oler el peligro y prefería mantenerme lejos porque si algo estaba claro cuando lo mirabas era que estaba loco, una locura peligrosa, nunca comprendí cómo habían dejado suelto a un sujeto como él.

Lo que oteé fue decisivo. Naomi había caído en manos de aquellos tipos, aunque nunca regresaría. Sentí frío cuando observé desde lejos cómo aquel sujeto recogía un cuerpo de mujer, temí lo peor y no quise acercarme. Trastabillé queriendo retroceder, quizás si no la veía seguiría bien, podría convencerme de que había encontrado un lugar en el que la aceptaban y había cumplido sus sueños, quizás si no la veía podría fingir que no le faltaban varios dedos, uno de los múltiples detalles que, incluso desde la distancia, pude percibir con demasiada claridad.

—No puedo hacerlo —susurré sin pensar. En mi mente a aquel hombre le habían crecido grandes colmillos, sus manos se estiraron en enormes garras capaces de cortarme en pedacitos tan diminutos que nadie podría reconocerme, sus ojos amarillos...

—Sí. Debes hacerlo —contestó Dika, presintiendo que lo necesitaba. Sus brazos me envolvieron y la calidez de su piel contra la mía me calentó mucho más que cualquier otra cosa. Aquel dolor en la garganta, aquella cuchilla invisible que se había deslizado a través de mis cuerdas vocales, convirtiendo cada palabra en algo doloroso se hizo más grande. Yo era débil, siempre lo había sido. Había engañado a aquellos adolescentes y no tenía ni puta idea de lo que hacía, justo así era cómo me sentía.

—Tengo que irme. —Y él me encerró en un abrazo.

—Si algo malo ocurre todos estaremos a tu lado. No estás sola, siempre contarás con nosotros porque somos tu familia. Véngala, no permitas que dañen a los nuestros sin consecuencias, protege a los que no pueden hacerlo y controla esta ciudad con puño de hierro. —Lo miré sorprendida porque hubiera enlazado tantas palabras seguidas y la vehemencia que puso en ellas. Creía en mí, me veía como una líder. ¿Acaso era ciego? Yo jamás sería nada más que una niña asustada, aterrorizada.

—¿Y si fallo?

—También lo haremos juntos. No importa a dónde nos lleve el camino, seguiremos juntos hasta el final, ¿verdad chicos? —preguntó elevando la voz.

En aquel instante el cabrón, que seguía cargando el cuerpo de Naomi y se dirigía hacia un coche, se detuvo. Su cigarro estaba casi acabado, pendía peligrosamente de sus labios y sus ojos buscaron entre las sombras la procedencia de aquel sonido inusual. Probablemente pasados unos

segundos lo descartaría, quizás alguna puta haciendo un servicio, al menos eso creo que pensó antes de dar otro paso más.

Sentí muchas manos sobre mis hombros. Asentí sin esconder mis lágrimas, mostrando mi duelo por una muchacha que jamás debió terminar de aquella manera. Sentí pena también por mí misma, sabía que una vez lo hiciera no habría marcha atrás, una cosa era matar un par de hombres aquí y allá, otra muy diferente una guerra abierta contra el que controlaba todo el territorio.

—No me lo perdonaría. ¿Cómo podría mirarme al espejo sabiendo que no hice nada? —Y al oír mis pensamientos en voz alta fui capaz de procesarlos. Ellos tenían su señal y los vi avanzar, yo... me quedé mirando desde lejos, necesitando la distancia para poder recordar a Naomi hermosa, sonriente, feliz.

—¿Y después? —preguntó entonces Tk.

—Colocaremos a una marioneta en el punto de mira y lo dominaremos todo como titiriteros. —expliqué al tiempo que un plan tomaba forma en mi cabeza.

—Por eso eres la líder —soltó Dika orgulloso. Cuando lo miré habría jurado que se puso colorado, aunque era imposible, debió ser una impresión mía, tampoco había tanta luz como para que hubiera podido apreciarlo...

# Capítulo 24

## Robert

Si algo aprendí con La Reina fue que todo puede joderse en un segundo. La vida de una persona puede pasar de ser la mejor a no tener valor alguno y sin valor cualquiera puede sacarte de en medio.

Inocente de mí, creía que todos éramos iguales, aunque yo prefería pensar que estaba en la cima de la cadena, disfrutando de placeres que otros solo soñaban, si hubiera sabido lo que ocurriría jamás habría cruzado la puerta de la sala roja, pero era joven y tampoco me habría creído ni una sola palabra...

En medio de aquel caos yo sentía unas ganas horribles de mear. Tras avisar a Emy me quedé rezagado, aunque ella me dio la posibilidad de entrar con ella en aquel almacén. ¿Cómo podía estar seguro de que todo saldría bien? No quería que nadie me viera, nadie debía saber que estaba allí o que yo estaba detrás de la presencia de aquella mujer, que una vez fue una joven dulce y cariñosa, en una de las naves de La Reina. ¿Por qué entonces no me había largado ya y continuaba tras la puerta? Porque es muy complicado rechazar una “invitación” cuando tienes una pistola apoyada en la frente.

—¿Qué hace el pirado ese? —preguntó uno de aquellos zarrapastrosos. No me gustaban ni sus pintas ni la forma que tenían de mirarme, respondí con una sonrisa desde lejos sin hacer el mínimo intento de acercarme.

—Está acojonado —respondió otro también a gritos. ¿Acaso no sabían que podrían oírles? Bufé frustrado, incapaz de comprender que tipos como aquellos tuvieran la confianza de Emy.

Mientras trataba de agudizar mi oído no cesaba de pensar en que jamás debí haber puesto en peligro a Emi, aunque ella siempre había sido mucho más valiente de lo que aparentaba y fueron esos mismos pensamientos los que trajeron un recuerdo a mi mente, los que me hicieron revivir el instante en el que toda aquella mierda comenzó.

*Yo era un crío de dieciocho buscando respuestas. Cabreado con el mundo y con mucha pasta en el bolsillo, no tenía pensado decirle que no a un buen coño, pero tampoco dejarme atrapar por uno. Estaba en la cima del mundo, con toda una vida perfecta por disfrutar y solo un inconveniente, tenía que encontrarla.*

*Un nombre, una mujer normal que podría llevarse parte de lo que siempre creí mío por derecho, un nombre escondido en los papeles que el testafarro de mi padre me había dado, pero que desde aquel instante no podría olvidar.*

*La odié desde el principio, si la hubiera tenido a mano no habría podido evitar estrangularla de la frustración que sentí, pero tuve mucho tiempo para pensar y crear un plan que en aquel momento me pareció la polla, ahora no era más que otra de las muchas estupideces que decoraban mi pasado. Odié a alguien que no conocía por el mero hecho de que*

*no era más que un pretencioso consentido, la vida me enseñó que aquella mujer valdría siempre mucho más que yo, por mucho que por nuestras venas corría parte de la misma sangre. ¿Nos parecíamos? En absoluto.*

*No obstante, para mí, lo importante se encontraba reflejado en aquellos papeles, un montón de hojas que contenían una historia triste, inverosímil, y que me había entregado el detective a cambio de una suma astronómica, que no tuve más cojones que pagar con una mueca neutra, demostrando que lo hacía porque así lo decidía, no porque el tiempo jugara en mí contra.*

*Por todos estos motivos me encontraba ante aquella puerta desconchada y apenas iluminada. Debí darle lo que le correspondía, no obstante, en mi mente no era más que una arribista sin escrúpulos, mentirosa y capaz de cualquier cosa por conseguir lo que era mío. ¿Por qué habría de tener compasión con semejante individuo?*

*Es extraño como hay detalles que nunca podré olvidar. El viento contra mi cara, la americana negra que llevaba puesta y el enorme gorila que bloqueaba la entrada con dos inmensos brazos, tan anchos como mi cabeza, cruzados sobre el pecho. Pensé, presa del miedo, que si se lo proponía no tendría ningún problema en apretar mi cabeza entre sus manazas hasta que mi cerebro se licuase, saliendo poco después por mi nariz y orejas. Podía verlo dentro de mi cabeza, incluso me hizo esbozar una sonrisa, olvidando por un segundo que la cabeza que se deformaba con lentitud tras mis cuencas oculares era la mía.*

*Di los últimos pasos con el corazón acelerado y la boca seca, me cuadré queriendo mostrar valentía, una pose vacía que esperaba me salvase de posibles peligros. Mi billetera se reflejaba en cada una de mis prendas, en aquellos zapatos de tres mil euros, en mi rostro como un aviso constante, no podía tocarme...*

*Era demasiado ingenuo, aunque creía que me comía el mundo no era más que un niño introduciendo la cabeza en el submundo de una ciudad que no conocía realmente. Para ellos yo era un número más y no precisamente el que más dinero les reportaría, yo jamás llegaría hasta las salas más caras ni pediría auténticas perversiones. Ya no había un pase VIP, nadie me conocía y tuve que pasar un proceso de varios días para inscribirme, incluso dar una ingente cantidad de dinero como "señal de buena fe", pero todo valió la pena cuando dos semanas después me invitaron a la primera fiesta.*

*Antes de entrar me prometí mantener la mente fría, no dejarme llevar por la lujuria y encontrar al dueño de aquel lugar; solo él podría llevarme hasta la zorra que me interesaba. ¿Después? Cuando una rubia de finísima cintura y anchas caderas me propuso un fantástico menage a trois acepté con un simple movimiento de cabeza, mi lengua había quedado pegada a mi paladar ante las ansias que me corroyeron por lanzarme sobre ella.*

*Y así pasaron las semanas, siempre que llegaba la hora de cerrar me repetía que hacía lo correcto, no quería que David sospechase de mi acercamiento y era mejor que le sonase mi cara antes de preguntar nada. ¿Cierto? Con el paso de los días me fui olvidando de lo que me había llevado hasta la sala roja, simplemente sentí que aquel lugar, las horas que pasaba entre aquellas paredes eran mi Edén personal. Cuando las piernas kilométricas de aquellas mujeres envolvían mis caderas, cuando aquellos labios rojos envolvían mi carne palpitante y la succionaban yo dejaba incluso de respirar. Permití que me enseñasen, que me instruyesen, hice de ello un arte. Me esforcé por primera vez en la vida, hasta que en medio de una fiesta la vi llegar y cruzar la sala con aire decidido y triste.*

*Después de tanto tiempo, verla, no a través de una fotografía sino en carne y hueso, me dejó descolocado. No quería problemas, tampoco dejar las cosas como estaban. No quería perder lo*

que había encontrado, no obstante, si el testafierro lograba dar con aquella mujer yo perdería mucho dinero.

Dejé a la morena insatisfecha, saliendo de su interior de golpe, y sonreí sintiendo miedo. Quise disimularlo, negarme a mí misma una emoción tan vergonzosa, apreté los puños y la seguí escaleras arriba.

Ya me sentía relativamente seguro en aquel lugar; fui confiándome sin darme cuenta y lo que escuché al otro lado de la puerta me devolvió de golpe a la realidad.

—¿Por qué debo irme?! —Fue la primera vez que escuché su voz. En ella había miedo, auténtico terror que imprimía con fuerza en cada palabra, un grito de desesperación que no hizo efecto en David. —¡Ya está muerto!

—Para poder protegerte, ella todavía puede encontrarte.

—Puedes hacerlo aquí. Tienes hombres, no me apartes de ti, no he hecho nada malo. —No podía verla, supe que estaba llorando. Las lágrimas eran una vibración escondida en su voz, casi imperceptible y al mismo tiempo imposible de pasar por alto. —¡No voy a permitir que me olvides como hicieron los demás! ¡Tú no!

—Yo jamás...

—¿Entonces qué? —Se le cortaba la voz. Se ahogaba entre las palabras que quería decir, compungida absorbía el aire lleno de lo que parecían mocos. Sin saber lo que le había pasado sentí que jamás podría dejarlo atrás, yo nunca había sentido una pena parecida a la que percibía a través de la puerta.

—Eres la persona que más quiero en este mundo, haría cualquier cosa por ti. No hagas esto más difícil para ambos —suplicó David. Se notaba que era una despedida inevitable.

—Y jamás volveremos a vernos —sentenció ella, contundente y con voz tomada. Fue como si de pronto ya no pudiera llorar, como se hubiera cansado de hacerlo, de suplicar. Yo temía que pudieran descubrirme, no ser capaz de justificar mi presencia. Estaba a punto de irme, pero no lograba decidirme.

—Podrás ser feliz. Harás una nueva vida —respondió David sin convicción. Él tenía que sentir, al igual que yo lo hacía, que ella se estaba rompiendo por dentro.

—Adiós —dijo ella sin más. La puerta se abrió de golpe. Ella me vio, yo me tapé los labios con el índice suplicado silencio. Ella comenzó a caminar y yo la seguí con rapidez.

Pensé que tendría miedo, que mi actitud le parecería extraña. Lo único que vi en sus ojos fue indiferencia, muerte, frialdad. Apenas pestañeaba cuando, tras colocarse el abrigo, se detuvo en el vestuario. Entré sin saber qué quería decirle, sabiendo que no debía estar allí. Ella me miró y sonrió, sin que aquel gesto mostrase emoción más allá de ver como sus labios se plegaban.

—¿Qué buscas? —preguntó sin rodeos. Era valiente, decidida. Sus ojos verdes eran hermosos, sus labios gruesos perfectos y yo por mi parte no vi gran parecido entre ambos. Esperaba encontrar algo que me diera una respuesta que no sabía que necesitaba, quizás un lunar, un gesto, algo, no lo encontré.

—¿Eres su hija? —respondí con otra pregunta lanzada a quemarropa, una acusación que ella no comprendió, acto que quedó reflejado durante unos segundos en su mueca de incertidumbre.

—¿La Cobra? ¿Se trata de algún otro ajuste de cuentas? —Vi miedo y furia. Un fuego que prendió con rapidez detrás de sus pupilas, ahora el que sentía que se estaba perdiendo algo era yo—. Quieres compensarlo con mi cuerpo, ¿no son suficientes todas las que puedes tener ahí

*dentro?*

*—Yo no... —No tuve tiempo de terminar de hablar, cuando estiré las manos en un gesto que trataba de apaciguarla, ella lo interpretó como una amenaza.*

*Se movió con rapidez. Gracias al alcohol que burbujeaba en mi sangre mis movimientos eran lentos, perezosos, ella enredó mi brazo y lo retorció a mi espalda en lo que pareció una danza hermosa. Tiró ligeramente de él hacia arriba y yo me arrodillé presa de un dolor que trepaba hacia mi hombro.*

*—Jamás me pondrás un dedo encima —siseó ella sobre mi oído. Sentí su aliento cálido, espeso, amenazante. Ella se estaba conteniendo, sus músculos temblaban, sus dedos se agarrotaban sobre mi brazo, sus uñas empezaban a clavarse en mi piel buscando causarme dolor—. Te mataré —prometió dejándome sin habla—. Y voy a disfrutarlo.*

*—Yo no hice nada —respondí sintiéndome fuera de lugar. ¿Debía luchar? Ella era pequeña, diminuta, pero estaba determinada a cumplir su promesa—. Solo quería hablar, saber si eras su hija.*

*—¿No lo aparento? ¿No me tienes miedo? ¿Ni un poquito? —inquirió desquiciadamente sin darme tiempo a responder —¿Ella es más fría? ¿Más cruel? Puedo mejorar...*

*—¿Ella? No sé de quién me hablas.*

*—De mi madre.*

*—Y yo de nuestro padre, creo que no has tenido suerte con ninguno —aflojó el agarre—. Felicidades hermanita —dije con retintín.*

*—No es posible. Yo no sé quién fue el cabrón que me abandonó. —Negaba con la cabeza una y otra vez—. Mientes.*

*—No lo hago, pero esto nos lleva a otro problema —sentencié tratando de mostrarme inflexible, pero controlando mis gestos para evitar moverme y forzar aquella postura. El dolor era intenso—. Él ha dejado algo para ti y yo no creo que lo merezcas —sentencié con asco al ver, en el espejo que había ante mí, cómo su camiseta se abría y mostraba lo que parecían marcas antiguas de mordiscos, chupetones y demás variedad—. No eres más que otra zorra.*

*—Cierto y esta zorra no quiere nada.*

*—Pero necesito que firmes un papel. —Ella me empujó con fuerza. Trastabillé un par de metros y me detuve. Enfadado, furioso por la forma que tenía de tratarme, convencido de que yo tenía derecho a cierta revancha. Mi orgullo hablaba, silencioso me daba muy malos consejos. Ella se alejó y yo la retuve por la muñeca.*

*Ella comenzó a gritar poseída. Tiraba, se debatía de manera descuidada, incluso soltó una lágrima antes de recuperar la compostura. La dejé ir y lanzó un puño directo a mi mejilla. Nunca debí hacerlo, ahora lo sé, nunca debí hacerlo.*

*Le di un empujón con tanta fuerza, guiado por la furia, que ella perdió el pie y su cabeza golpeó uno de los bancos. El sonido me dejó helado, temí haberla matado, ya me veía paseando durante años por una celda diminuta, obedeciendo a tipos que no dudarían en romperme la cara si les miraba, si les hablaba, si respiraba a su lado.*

*—Cabrón —siseó tocándose la frente antes incluso de abrir los ojos. Le dolía, pero no quería demostrarlo. Se levantó despacio y estiró los brazos en un intento por mantener el equilibrio, un equilibrio no solo físico sino también mental. Estaba perdida y no era capaz de encontrar su camino, se debatía sin encontrar una salida y empezaba a actuar como un animal herido—. Te mataré —repitió por segunda vez aquella noche.*

*—Tal vez lo haga yo si no haces lo que te pido. —Me sentí como el gánster de una mala*

película, incapaz al mismo tiempo de cumplirlo.

—¿En serio? ¿Y cómo impedirás que mi hermano te entierre vivo cuando se entere de lo que ha pasado esta noche? —Ella se tocó la herida y sonrió enigmáticamente.

—Ha sido sin querer —me defendí.

—Sí, todo un asesino. —Se aproximó a mí y me lanzó un beso con la mano—. ¿Hermano? Ni siquiera me interesa saber cuál es el nombre del cabrón que nos dio su ADN. Lárgate de aquí y yo guardaré silencio.

Pero tras dejarla marchar las dudas ganaron peso, ella desapareció y yo sentí que si cualquier día cambiaba de opinión...no podía quedarme esperando. No debí hacerlo, pero pedí como favor que me solucionaran el problema, que la amenazaran de forma eficaz para mantenerla alejada.

Obtuve mucho más de lo que pagué, La Reina siempre ha sido muy buena en su trabajo y no le gustaba dejar nada a medias.

Cuando me dio un sobre lacado un mes después y vi su sonrisa, temí lo peor. Acerté, en el interior había fotografías del cuerpo sin vida de una mujer a la que le faltaban varios dedos. Era hermosa, pero no era ella. Suspiré perceptiblemente y La Reina sonrió.

—¿Pensabas que era tan estúpida de hacerle daño a la hermana de David? —inquirió con sorna —Pero creo que ha comprendido el mensaje.

—Está muerta —dije yo sin poder creerme que las imágenes que tenía entre mis dedos fueran ciertas, que no se tratase más que de un montaje preparado para extorsionarme—. Jamás te pedí esto.

—Si queremos mantener lejos a alguien es mejor ser contundente. Estoy segura de que...

—Está muerta —repetí sin escucharla realmente. Sentía que, de pronto, la calefacción estaba demasiado alta, los sonidos llegaban desde detrás de una espesa cortina y yo perdí mis fuerzas con rapidez.

—Sí, me debes una. Recuérdalo si no quieres que estas fotografías, que por cierto ahora tienen tus huellas —añadió arrebatándomelas de las manos. Me fijé en sus dedos y me percaté de que estaba finamente enguantada—, no lleguen a manos de las autoridades.

Y me dejó una copia sobre la mesa. En ella también había imágenes de Emy, lacrimosa, abrazando a un joven lleno de tatuajes que trataba de consolarla.

Lo que en aquel momento no supe era que Emy jamás recibió el mensaje, pues para ello tendría que haberse acercado al cuerpo de su amiga y no fue capaz de hacerlo. Era una nota, un enigma que el forense y el inspector del caso no logró resolver. Lo descubrí tiempo después al hablar con ella, al buscar el contacto para tratar de mitigar la culpa. Me involucré en su vida y el peso disminuyó perceptiblemente. Ella me contó ciertos detalles, yo me vi incapaz de confesar que fue por mi culpa por quién había perdido a su amiga.

¿Cómo no iba a hacer todo lo que La Reina me pedía si corría el peligro de acabar en el fondo de algún barranco si David se enteraba o de que Emy jamás me perdonase? Y posiblemente ella también depositaría mi cuerpo sin vida, “cariñosamente”, en algún lugar desierto.

## Capítulo 25

# Maya

*Y el dolor se desvaneció. Mis párpados se cerraron y sonreí cuando la bruma se fue solidificando, tomando su forma. Suspiré antes de verme reflejada en sus ojos verdes que tan bonitos me parecían, sonreí cuando sus brazos me envolvieron y elevé el rostro esperando ese beso que borraría todo lo malo del mundo, su lengua traviesa atravesando mis barreras y explorando mi boca.*

*Era él, David, un hombre peligroso que había arriesgado su vida por mí, alguien que jamás podría ser mío. A su lado compartiríamos momentos hermosos, imborrables, pero yo deseaba que cuando me enamorase pudiera llegar hasta su corazón y él estaba demasiado herido para abrirse a mí, además, ¿Realmente quería que fuera totalmente sincero? No quería demandar, la persona elegida debía depositar en mí su confianza, abrirme las puertas de su ser por propia voluntad.*

*No era el momento, repetía mi mente en medio de aquella bruma. Yo envolví su cuello y acepté todo lo que me daba. Sentía la pasión atravesándome, el deseo que explotaba en mi interior y lo ocupaba todo. Lo sentía a él de una forma única, fue como encontrar un trozo de mí que no sabía que me faltaba.*

*No llegué a recordar a Víctor, el hombre al que una vez amé y con el que estaba dispuesta a compartir mi vida. Hubo un tiempo en el que estaba convencida de que no lograría superar su pérdida, oliendo su perfume en las camisetas que había dejado atrás, mirando las fotografías cada noche, hablando con él a escondidas. Todo lo que le había pertenecido contaba una historia, momentos que compartimos y me hicieron cambiar.*

*¿Cuándo había dejado de sufrir por Víctor? ¿En qué momento había empezado aquella lucha en mi interior, que susurraba el nombre de David?*

*Me sentía pequeña entre sus manos, que hambrientas recorrieron mi espalda hasta llegar a mis pechos. Ahí los sopesó, los pellizcó y tentó, gemí sin mover los labios.*

*—No te vayas. —Creo que le oí decir. Sonaba lejos, incluso temí que hubiera alguien más en aquel lugar, pero no era posible. Allí solo estábamos nosotros, nadie podría entrar en aquel reino de blancas y esponjosas nubes.*

*—Estoy aquí —respondí.*

*—Lucha. —Volvió a decir, molestándome ligeramente. Yo quería seguir sintiendo sus manos, notarle presionando entre mis piernas, listo para entrar, para catapultarme a esa cima gloriosa.*

*—Poséeme —supliqué gimiendo al ver que se alejaba. Volvía a convertirse en niebla que se escurría entre mis dedos. Poco a poco, despacio, sin que yo pudiera hacer nada para evitarlo*

— No, por favor. No me dejes —pedí al borde del llanto. La pasión se enfrió bajo mi piel y fue sustituida por la pena, no quería quedarme sola. Una caricia, un beso, incluso una mirada suya podría calmar aquella sensación que me ahogaba.

—Puedes superarlo. Estaré aquí. —Sin embargo, sus palabras contradecían lo que veía. Observé impotente cómo sus ojos desaparecían, su sonrisa fue lo último que vi. De medio lado, retándome a perseguirle, sin darme una posibilidad real.

Y las nubes se oscurecieron. El pinchazo en mi abdomen volvió, alguien me zarandeaba con fuerza, pero por más que traté de localizar quién lo hacía, seguía estando sola.

Abrí los labios, el oxígeno no llegó. Boqué impotente, me llevé las manos a mi garganta en un intento de soltar lo que fuera que me impedía respirar, seguía sin haber nada. Quise gritar, las palabras no llegaron.

—¿Tienes miedo? —me preguntó una mujer ante mí con mi mismo rostro. Era yo sin serlo. Una copia perfecta, incluso en sus expresiones, pero fría. Podía oler su esencia, sentir su miedo y urgencia. En otro momento me habría preguntado cómo era capaz, por qué no me parecía raro que fuera mi doble.

—No, ¿debería? —repuse a la defensiva.

—El deseo de un amor que está cerca, pero condenado desde el primer momento. —Se acercó y acarició mi rostro. A medida que sus dedos recorrían mi piel iba perdiendo el color, volviéndose negra. La oscuridad se extendió como una mancha de tinta, reptó poco a poco hasta que, al llegar a mis ojos, sus ojos, nuestros ojos, temí por mi vida. Sentí estar ante la propia muerte, teniendo una conversación transcendental que a mí me costaba comprender. Traté de tranquilizarme, cada vez la sensación de ahogo era mayor, pero nunca terminaba—. Tienes la decisión aun cuando sientes que estás atrapada. No sabes cómo tomarla ni como aferrarte a alguien que nunca has tenido. La posesión no es el lazo más fuerte, pero perder algo que necesitamos para seguir adelante nos asusta y a veces es preferible esconderse. El problema es que el tiempo es traicionero y aquí un segundo puede ser crucial.

—No comprendo... —Me estaba mareando.

—Llámalo, búscalos, no permitas que tus miedos te alejen de él.

—No lo conozco —repliqué sintiendo que se trataba de David, siempre sería él. ¿Siempre? ¿Desde cuándo? El suelo temblaba, ¿o lo hacía yo?

—Incluso cuando puede ser la primera vez que veas a alguien dos almas pueden reconocerse, necesitarse, atraerse de la distancia. Cuando juntas pueden ser felices se buscan, lo extraño es que logren encontrarse. Da miedo porque las emociones se tornan intensas, te poseen, toman el control de las decisiones importantes.

—Yo no creo en esas cosas.

—Pero sientes algo tan intenso por él que no podrías mantenerte lejos si volvieras. ¿Es mejor esconderse en esta fantasía? ¿Y si llega un momento en el que te arrepientes? —Y miré a mi alrededor sabiendo que todo era una representación, todo aquello eran pequeñas porciones de mi mente, separadas, hablándome. Solo yo era el centro, el todo, el compendio de todos aquellos pedazos.

—¿A dónde tengo que ir?

—Búscalos. Concéntrate en él. —Cerré los ojos. Hice lo que me pedía y escuché. Supe que aquello era lo real. Fue como escuchar una película desde lejos, sentirla, estar sin estar en mi cuerpo. Un fino hilo me mantenía unida a mi ser de carne y hueso, demasiado fino y me concentré en aquel extraño pitido, las voces, aquella descarga que elevó mi pecho varios

*centímetros.*

—Un, dos, tres. ¡Fuera! —Y una nueva descarga. Mi cuerpo reaccionó, fue como volver a estar aprisionada entre mis músculos. Sentí una caricia en la mano, quise abrir los ojos, no tuve fuerza suficiente.

—¿Se salvará? ¿Está bien? ¿Ya respira? —Apretaron mis dedos con más fuerza, tratando de aferrarse a mí—. ¡Joder! —Unos labios húmedos depositaron un beso sobre los míos. Su contacto sabía a sal, pero yo fui incapaz de demostrarle que estaba allí, que sentía y oía todo lo que decía—. Sálvala, hazlo y no volveré a verla. Me alejaré, lo prometo. —¿Con quién hablaba?

Y supe que el tiempo se movía de forma extraña cuando al fin, tras un gran esfuerzo, logré mover los párpados. Enfocar la vista fue doloroso, la luz me cegó y mi cabeza no funcionaba correctamente. Las ideas iban y venían, yo lo buscaba a él.

No estaba sola. Mi madre y Tanit estaban en sendas sillas con los ojos rojos. El silencio nos acompañaba, aunque estaban una junto a la otra, buscando el consuelo de la cercanía. Recordando ambas, mi madre apretaba con fuerza una vieja fotografía mía entre los dedos, en ella era solo una niña, pero la más feliz del mundo con las mejillas y los dedos llenos de chocolate.

—Hola —susurré sintiendo que el aire, al pasar por mis cuerdas vocales raspaba. Empecé a toser y hacerlo me dejó extenuada. Estaba al límite.

—¡Hija! —gritó mi madre. Tanit se llevó las manos a la boca, acallando los gemidos que acompañaban las lágrimas que rodaban por sus mejillas —Cariño... ¿estás bien? —preguntó nerviosa mientras sus manos tocaban cada parte de mí, inspeccionando que todo estuviera en su lugar, besando mi rostro de manera histérica.

—Mamá, tranquila. Estoy bien. —Ella pegó nuestras frentes y yo cerré los ojos aceptando su cariño, reconfortada a pesar de que hacía mucho tiempo que no me arrullaba de aquella manera. Los años no importaban, ni lo mucho que yo llegase a cambiar, ella sería siempre mi hogar, su abrazo olía a galletas y siempre era cálido—. Lo siento, lamento haber hecho que lo pasaras tan mal.

—Cariño, ¿cómo puedes decir eso? —Y me contagió su tristeza y alegría. Tristeza por saber que había sufrido mucho, temido mi pérdida, no poder siquiera despedirse de mí. Alegría porque había logrado superar el peligro, aunque eso no evitaba las numerosas lágrimas que se perdían mejillas abajo. Comenzó a hipar y yo sonreí.

Tanit nos rodeó y las tres nos abrazamos. El problema es que en todo momento seguí buscando a David, temiendo preguntar por él, temiendo lo que pudieran saber de todo lo que había ocurrido, temiendo meterlo en problemas. Necesitaba recuperarme, no solo por quitarme aquel ridículo pijama de hospital sino para poder buscarlo, exigirle una explicación a no encontrarlo a mi lado. ¿Debía estar allí? Me encontraba sin argumentos, aunque furiosa.

—Voy a avisar a tu padre. —Yo asentí y me alejé. Es curioso, pero había recuerdos que no recordaba. Paradójico, pero cierto. Las imágenes formaban parte de mi pasado y llegaban como flashes, para grabarse en un espacio de tiempo y en un lugar. A veces confusos, otras demasiado nítidas. También recordaba aquella especie de ensoñación, temiendo preguntarme si las palabras que creí escuchar por parte de David también formaban parte de alguna fantasía creada por mi mente en un estado febril.

Y me arrojaron dispuestos a todo por acelerar mi recuperación. Yo miré por la ventana y me contuve cuando me pidieron explicaciones. Nunca preguntaron directamente, yo siempre evité contestar. En aquella historia sabía demasiado y nada a la vez. Me faltaban los detalles, lo más importante.

Aquella primera tarde de lo que sería mi nueva vida, pues una hora después me enteré de que se me paró el corazón dos veces, miré por la ventana y me pregunté qué quería hacer. ¿Volver a mi vida de antes? ¿Sería capaz? De lo que estaba segura era que había tenido riesgo y aventura para mil vidas, sin embargo, pensar en la sala roja era algo diferente para mí. No se trataba de una perversión o los clientes que iban en busca de sexo. Era el sitio en el que David me había dado placer, me había mirado por primera vez y me había deseado, era un lugar en el que ambos podíamos compartir momentos de lujuria y desenfreno, pero conectados en todo momento.

Con el paso de las horas, con el paso de los días y a medida que las heridas se cerraron, creando una costra que caería poco después, me sentí estúpida. ¿De qué servían aquellos pensamientos si con su ausencia había dejado clara su postura? Solo sexo, yo misma lo había dicho. Algo que recordaría siempre, pero quizás la distancia sería lo mejor.

Y una semana después me dieron el alta.

## Capítulo 26

# David

Yo fui un cobarde. La lluvia no había arreciado cuando salí corriendo de aquel hospital con las palabras más maravillosas que había podido escuchar resonando en mis oídos. “Se recuperará.” Solo entonces solté su mano y gané las fuerzas suficientes para alejarme definitivamente. Supe que, si ella vivía, si estaba bien, yo podría seguir adelante. Solo necesitaba imaginarla riendo, amando, formando una familia para que mi existencia se hiciera llevadera, posible.

El alcohol también ayudó mucho. Cada vez que perdía la batalla interna, y me encontraba con el teléfono entre los dedos listo para marcar su número, rellenaba un vaso y escondía en su interior el miedo que, día tras día, no hacía más que aumentar. El miedo se convirtió en mi enemigo, algo que podía sentir bajo la piel, que vibraba en cada uno de mis huesos cada vez que una mujer entraba por la puerta con la máscara puesta y la buscaba a ella. Mi corazón daba un vuelco, se removía hasta que, desilusionado, comprobaba por milésima vez que Maya no aparecería, le había hecho demasiado daño para eso.

Quizás por eso me alejé, temía demasiado su reacción, sus palabras cuando al fin despertase. Quería recordarla dispuesta, ansiosa, aquel te quiero que se escapó entre sus labios cuando se suponía que nos despediríamos, no solo de este mundo. Unas palabras que en otras circunstancias sentía que jamás hubieran llegado y que no deseaba olvidar. En aquel momento quiso consolarme, consolarse a sí misma, convencerse de que se jugaba la vida por algo superior. ¿Para qué tener la gran conversación cuando yo mismo sabía que eran palabras fruto de una situación límite?

Pero los días pasaron, la bebida dejó de hacer efecto y pasé a las mujeres. Ellas tenían su rostro, su cuerpo, pero les faltaba su sonrisa, el tono descarado y alegre que imprimía a cada palabra, el desenfado que demostraba en cada acto. Necesité mezclar ambos, en un precario equilibrio que me mantenía siempre ebrio y me lanzaba de madrugada, inconsciente, sobre la cama. Mis hombres ya no me respetaban, ni yo mismo lo hacía, sin embargo, me consolaba saber que lo había logrado un día más. Con el tiempo todo sería más sencillo, ¿verdad?

—Hermanito, deberías dejar de martirizarte, jamás funcionaría —dijo Emy con una piruleta entre los dientes. Jugeteaba con ella de manera perezosa, sin despegar ni un solo segundo los ojos de aquel hombre tatuado que tomaba algo en un sofá en la esquina. Había habilitado una sala solo para nosotros, con una mesa en el centro llena de bebida de la que todos dábamos buena cuenta.

Si cuando mandé lejos a Emy creí que la relación entre ambos, basada en el amor y habernos cuidado mutuamente desde siempre, era irrompible estaba equivocado. Cuando la miraba percibía sutiles cambios en su postura, en sus ojos, pero era mucho más evidente al escucharla hablar con

aquel tono cansado y desganado. No albergaba ilusión ni optimismo, veía a las personas como seres malvados y prescindibles. Era una sombra, en ocasiones cruel, que disfrutaba soltando las verdades a la cara, enfrentándome con todo lo que siempre he tratado de evitar, colocaba un espejo ante mí en el cual no quería reflejarme.

—Ella era especial, me comprendía —expliqué sin comprender por qué me negaba a aceptar sus palabras.

—Pero si no os conocíais. No digo que la química sexual fuera increíble, yo misma he probado algunos hombres con los que repetiría, pero el paso del tiempo es cruel y el día muestra esos detalles que se vuelven insoportables en la convivencia. —Se mordió el labio y volvió a recorrer el cuerpo de Dika.

—Me duele que pienses así. Deberías luchar por tus sueños, no negar su existencia —solté deseando que mi hermanita siguiera en su interior.

*Podía recordar las largas conversaciones que habíamos mantenido, hacía tantos años ya. Los protagonistas parecían haber sido otras personas, yo ya no me reconocía en aquel muchacho que quería viajar con ella y encontrar un hogar al otro lado del globo. En mi mente existía un lugar en el que el pasado, con el que cargaba nuestro apellido, no importaría, seríamos anónimos y podríamos elegir cualquier cosa.*

*—Me gustaría encontrar a aquel que pueda leer en mí aun cuando yo misma no sepa entenderme —soltó de cría, con tan solo ocho años. Recuerdo que pensé que eran unas sabias palabras y que yo también deseaba lo mismo, aunque no pude evitar mofarme un poco de aquellos sueños que ella guardaba tan celosamente.*

*—¿De dónde sacas esas chorradas? —pregunté mientras le lanzaba un peluche a la cara. Ella sonrió soñadora y recogió un pequeño libro que guardaba en el primer cajón de su escritorio. Ella misma lo había ido rellenando con calma, a lo largo de los años, cada vez que una idea poblaba su mente y sentía la necesidad de conservarla la reflejaba en aquellas páginas, en ellas se podía ver su evolución y yo todavía lo guardaba.*

*—¿Por qué iba a conformarme con menos? —Siempre fue más inteligente que el resto, desde niña había demostrado superar a los que la rodeaban, lo miraba todo con curiosidad y desentrañaba misterios que a la mayoría se nos escapaban. Un aura magnética la envolvía, provocando que las personas se sintieran atraídas hacia ella sin ser realmente conscientes, oírla hablar, soñar, era una auténtica delicia.*

*—¿Seguro que quieres que lo lea? ¿No tienes miedo de que descubra el nombre de tu nuevo novio?*

*—Me extrañaría que encontrases tal cosa, yo solo le daré a una persona semejante honor y soy joven para haberlo encontrado. —Bufé ante su respuesta, algo molesto porque a pesar de la edad que nos separaba ella siempre se regía ganadora en nuestros combates dialécticos—. La última página. —Y yo leí como si estuviera ante una maestra y quisiera complacerla. Usé mi mejor entonación, me detuve en cada coma y controlé el aire. Supe que recordaría aquel instante siempre.*

*—“El dolor puede llevarnos a no desear. Matar a una persona no siempre requiere sangre, el espíritu de una persona puede perecer mucho antes que su cuerpo y abandonarla a su suerte. Un caparazón vacío que nadie podría rellenar si dicha persona no desea volver, pues no hay enemigo más peligroso que uno mismo.” —Me detuve y la observé preocupado. Ambos sabíamos que nuestra vida no fue sencilla y sí muy peligrosa. En aquel momento habíamos logrado cierta tranquilidad gracias a que yo era casi un hombre, al menos en altura y en*

“valentía”, pero no siempre fue así. Eran pequeñas cicatrices que no comentábamos ni siquiera entre nosotros, las callábamos y olvidábamos, dejábamos que permanecieran relegadas a un lugar oscuro de nuestras mentes para ser capaces de sonreír y soñar—. ¿Ha ocurrido algo? — inquirí preocupado.

—Sigue leyendo —me instó.

—“Solo el que sufre puede provocar dolor, pues sabe lo que a él le ha vencido. Solo el que ha sido amado puede querer y desear, siempre tratando de superar aquella emoción que le hizo sonreír, que acalló sus miedos con un beso o simplemente lo reconfortó cuando se creyó solo. Es quizás la soledad una de esas enemigas silenciosas, pero peligrosas. Se viste de indiferencia e inocencia, mientras con insistencia va golpeando el corazón de la gente hasta que olvidan que hay mucho más.” —Me detuve porque, aunque mi cerebro ya había procesado las siguientes palabras, yo me vi incapaz de proseguir. Me habría sentido demasiado ridículo, no por ello dejaba de sentir lo mismo—. Gracias.

—Sigue —me pidió.

—Yo... Esto es una tontería. Ya sabes que somos hermanos y eso es irrompible —sentenció llenándome la boca y el pecho, sin saber las vueltas que podía dar la vida, demostrándome que nada es nunca definitivo y no nos conocemos tan bien como creemos. Me decía que permaneceríamos juntos, protegiéndonos mutuamente y compartiéndolo todo. No habría oscuridad porque la soledad jamás nos acompañaría.

—Nada lo es. No hay lazo eterno ni lazo que sea irrompible por naturaleza. Madre no nos quiere, jamás lo hizo —suspiró tratando de aparentar que aquello ya no le dolía, aunque en aquel tiempo aún tenía la esperanza infantil de que un día abriera los ojos, quizás por verse reflejada en ella o incluso porque le fuera de alguna utilidad. Ella jamás confesaría tal cosa, no obstante, nos conocíamos demasiado bien—. Somos ese pequeño porcentaje, el que no gusta. Un porcentaje con suerte de terneros mutuamente, lo que muchos verían como una condena a mí se me antoja el mejor de los regalos porque te quiero mucho. —Y sus ojos se empañaron mientras su sonrisa la hacía aún más hermosa. Miré mis mismos ojos y abrí los brazos.

—Yo también te quiero. Siempre estaré a tu lado para recordarte soñar —le prometí sintiéndome en la obligación de compensar todo lo que, por desgracia, tuvo que pasar.

Volví al presente sintiéndome algo perdido. Ella se había alejado y estaba a horcajadas sobre Dika y yo no me sentí en el derecho de opinar. Iba a retirarme cuando en varias zancadas me coloqué a su lado y la agarré por el brazo.

Fue un mal movimiento, debí pensarlo más. Ella se giró, pero Dika fue más rápido. Casi la tira sobre su trasero al incorporarse, pero pasado el susto yo recibí un potente puñetazo que me lanzó hacia atrás. Era fuerte el cabrón, yo estaba furioso y necesitado de pelea.

—¡No le gusta que la toquen! —gritó enfurecido Dika mientras, antes de que lograra incorporarme, descargaba otro rechazazo sobre mi mejilla.

—¡¿Y qué cojones hacías tú más que magrearla a gusto?! —pregunté, tras limpiarme de un manotazo, la sangre que salía con fuerza de mi labio. Me incorporé listo para otra ronda.

—¡Ella me eligió! ¡Nadie la toca si ella no lo elije! —Iba a golpearlo, a poner en práctica mis años de boxeo, cuando sus palabras me detuvieron. La miré y vi sus ojos, el ligero temblor que todavía persistía en su cuerpo. Ella tenía la mano sobre el antebrazo de Dika, parecía contenerlo, yo suspiré cansado. Ni siquiera podía entretenerme un poquito reduciendo el rostro de Dika a un mosaico indescifrable. Solo había conseguido golpearme porque no lo esperaba, eso me dije, aunque era bastante grande el cabrón.

—Lo...lo siento —me disculpé con rapidez antes de girarme listo para retirarme. Emy dio un par de pasos y pasó a apoyarse en mi brazo. Pocas veces la vi de aquella manera, pareciera que necesitaba el contacto para mantenerse en pie, aunque la tranquilidad volvía a ella poco a poco—. Mejor os dejo. Era una tontería.

—Solo me protege —susurró a mi oído disculpándose. Caminamos en dirección opuesta y nos sentamos en otro de los sofás, a la distancia adecuada para sentir algo de intimidad, pero siempre a la vista de su perro.

—Me alegro. —Y sentía envidia. Aquel había sido mi puesto y fue mi culpa que ya no me perteneciera. Lo había dejado vacante demasiado tiempo, ¿qué derecho tenía ya sobre ella? Ninguno, yo ya no era nada para nadie. Había tenido todo lo que me habría hecho feliz y había jugado muy mal mis cartas, hasta llegar al punto en el que la odiosa soledad, de la que una vez hablamos, me empezaba a engullir.

—¿Qué querías decirme? —preguntó de nuevo.

—Yo... —De pronto me parecía una estupidez. Miré a Dika y me acerqué a su oído con la intimidad que nunca quise perder, con confianza, como un hermano hace con su hermana pequeña, aconsejándola, tratando de que consiga la felicidad—. Lo siento, nunca debí mandarte lejos, pero me aterraba pensar que pudiera pasarte algo y prefería sufrir tu ausencia sabiendo que estabas bien.

—Viví en la calle —confesó dejándome helado. Ella sonrió con ternura y apretó mi mano tratando de retenerme para seguir hablando. Según daba a entender con aquel gesto había mucho más que yo no sabía. Aquello no dejaba de evidenciar que era un ingenuo—. Me fugué y aprendí a sobrevivir. Soy fuerte y te lo debo a ti. —Tomó aire y nuestros ojos confluyeron en Dika por milésima vez. Mi hermana era diferente cuando estaba con él, lo había notado. Solo él conseguía devolverle la sonrisa, incitarla a hablar, conseguía hacerla sentir segura—. Soy fuerte y lo encontré a él, pero soy fuerte sobre todo por mí misma. Me busqué a mí misma, traté de conocerme lo mejor posible, luché por no perder lo que más me importaba, mi propio corazón.

—Te has perdido, ¿recuerdas? Has perdido tu esencia, por mucho que mientras a todos los que te siguen yo te conozco —respondí preocupado.

—¿Y tú? ¿Crees que sigues siendo el mismo?

—Lo intento. —Giré la cabeza y ella me retuvo. Depositó un dulce beso en mi mejilla.

—Lucha por esa chica u olvídale —me aconsejó.

—Lucha por ti, hermanita. Tienes motivos para ser feliz, no hagas como yo que me di cuenta demasiado tarde.

## Capítulo 27

# Maya

Y volver a mi vida normal fue un aburrimento. Ya no me divertía, no tenía ansia por salir o quedar con mis amigas. Tanit me acompañaba siempre que podía, mis padres habrían refunfuñado cuando, literalmente, los obligué a volver a su casa.

Y mi vida era una sucesión de actividades vacías, acciones que realizaba mecánicamente, incluso mis palabras eran frases que repetía según la situación. Mi mente estaba lejos de mi cuerpo, se había quedado anclada en aquel almacén y al mismo tiempo en la primera vez que David me besó. Un contacto ardiente, sin sentimientos, que en aquel momento no fue más que un complemento al sexo más excepcional que había tenido, pero que ahora era algo íntimo, que al revivirlo se convertía en algo tierno, nuestro.

Un nuestro que a él no le importaba, una indiferencia que se clavó en mi interior haciendo que desechase a todo varón que se acercaba. Los odiaba indiscriminadamente, sintiendo que no había sido suficiente para él, cuando ni siquiera era consciente de que quisiera serlo. Paradojas de la vida en las que no me detuve mucho, reflexionar no era lo mío. Sentir, creía que tampoco, estaba equivocada.

Todos notaron el cambio, pero caminaban de puntillas a mi alrededor, con miedo a decir algo que pudiera herir mis sentimientos, hacerme volver a un suceso traumático del que, sin embargo, estaba segura que cotilleaban durante horas, quizás aderezando el debate con unas frescas cervezas.

Fue Tanit la única que se plantó ante mí aquel viernes, vestida con unos vaqueros estrechísimos y cara de mala uva. El entrecejo fruncido en su cara tan angelical era casi cómico. Suspiré sabiendo que tendría que escucharla, a ella no podría despacharla como al resto con un par de frases bien hiladas.

—Termina pronto —pedí antes de que Tanit hubiera comenzado a despegar los labios. El cielo se había encapotado ligeramente y no quería que la lluvia me cogiera fuera de mi encantador pisito, nuevo, por cierto. Después de que mi hogar hubiera sido allanado ya no me sentía segura en aquellas cuatro paredes y decidí mudarme, pensé que ese cambio sería suficiente, me equivoqué. Ni cuatro cerrojos ni un perro cambiaron tampoco nada. Ahora veía a las personas como peligros potenciales, temiendo incluso darles datos de mí misma que antes consideraba sin importancia.

—¿Acaso tienes algo que hacer? ¿Encerrarte con tu nueva mascota? —inquirió con evidente fastidio. A pesar de todo supe que estaba conteniéndose, eligiendo las palabras con cuidado — Maya, creo que necesitas volver para dejarlo atrás. —Supe a quién se refería y sentí ganas de quitarle los ojos con las uñas. No quería ver de nuevo a aquel cabrón, me había dejado en mi peor momento, rozando la muerte y eso nada podría borrarlo. Es cierto que mi madre me contó que

parecía desesperado cuando me reanimaron, se aferraba a mí y no había quién lo despegase de mi lado. No negaré que, durante un tiempo, me aferré a esas palabras para mantener la esperanza, pero ya era tarde.

—No vuelvas a mentarlo.

—¡Pues lo haré! ¡Te comportas como una estúpida niña caprichosa y nos tienes a todos bailando a tu son! —gritó Tanit, varias cabezas se giraron en nuestra dirección, deseando saber qué ocurría. La curiosidad mató al gato, pensé al recordar que yo misma me había metido en una investigación que casi acaba conmigo. ¿Conclusión? La mala, muerta. El poli, muerto. La pelirroja, desaparecida. (No había quién apartase a esa pelirroja de mi mente, no podía explicar por qué, pero me preocupaba.)

—Lo siento mucho. Lamento haber estado a punto de morir y haberos trastocado la vida. ¡Lárgate y déjame en paz! —exigí deseando la soledad. No quería más voces, ni consejos. Palabras fútiles que no solucionaban nada, todos sonaban iguales, algunos incluso con historias que nadie quería oír. Se basaban en su experiencia, ¡ja! Me reía yo de la experiencia que podían tener. Nadie sabía lo que era oler a sexo por todos lados y ver a un hombre capaz de hacerte temblar. Nadie conocía el calor que incendiaba mi cuerpo cuando sus ojos verdes se centraban en mí. A pesar del miedo, había vivido una auténtica aventura a su lado, y en cierta manera eso me había hecho sentir más cerca de él de lo que nunca he estado de nadie. Habíamos conectado.

—Y seguirás quejándote siempre —Gemí incapaz de contestar a eso—. No me malinterpretes, me alegro de que estés bien, pero volverás a ser la de siempre, aunque te tenga que llevar arrastras y te coloque la máscara a la fuerza.

Me senté en un banco de aquel precioso parque. La madera era vieja, estaba gastada, y un par de astillas arañaron la tela de mi precioso pantalón. Bufé mientras me desenganchaba y deseaba que no se hubiera roto. El día no hacía más que empeorar.

—Tuve miedo —suspiré. Miré las nubes, seguían avanzando sobre nuestras cabezas, cubriendo los pocos rayos del sol que quedaban, dándole un aire sombrío a lo que había empezado como un hermoso día. Daba igual uno que otro, para mí todos eran iguales—. Por mí, pero también por él. Imaginarme que le ocurría algo me destrozaba, sufría cada vez que él lo hacía y apenas lo conocía. Suena estúpido. —Cerré los ojos y me dejé reconfortar por la ligera brisa que se había ido formando. Acariciaba mi piel enfriando mi mente, dándome la serenidad para poder continuar, confesando al mismo tiempo lo que más me avergonzaba—. Me encoñé de un tío que no conozco y no dudó en mandarme a la mierda sin dejar ni una nota. Quiero pensar que lo odio, aunque aún duele demasiado.

—Lo amas.

—No, él dejó claro que fue solo sexo —repose molesta porque ella tuviera razón. Yo no era una ilusa, había sentido que era recíproco y no una fantasía. Por lo visto él lo había olvidado y ahora yo pensaba como una estúpida.

—¿Entonces por qué no le demuestras que no te importa? Vete, disfruta de los placeres de esa sala roja, déjate envolver por orgasmos y hombres deseosos de ayudarte. No te compadezcas, vuelve a ser la mujer que los traía a todos locos —soltó ella. Supe que me manipulaba y no me importó. Deseaba vengarme, ¿o quizás observarlo, aunque fuera de reojo? Temía su reacción al verme y también deseaba verla. ¡Iba a hacérselo pagar!

—¿Y cómo lo haremos?

—Por si cambiabas de idea me he agenciado con unas entradas... Espero no tener que explicarte nunca cómo las he conseguido. —Ella también estaba extraña, no tuve ganas de saber el

motivo. Ni triste ni feliz. Era el estado ideal.

## Capítulo 28

# Maya

El mensaje tardó cuatro días. Extrañamente encontré motivos para ir a la peluquería, hacerme la manicura, una mascarilla e incluso una sesión de spa. Es verdad que seguía sin tener mucho que decir, sin embargo, mi mente era un hervidero.

Tanit estaba sentada en el sofá y yo salí sobre mis fantásticos Manolos negros. Los tacones eran demasiado altos, pero mis piernas se veían kilométricas, mis caderas danzaban, moviéndose con sensualidad a cada paso que daba. Disfruté de la caminata y de las miradas del gorila de la entrada.

—¿Vamos a divertirnos? —pregunté de camino al vestuario.

—Sí, pero he invitado a alguien más —dijo Tanit de pronto. La miré tratando de descubrir la identidad de su nuevo ligue y por su sonrisa...

—¿La conozco? ¿Se trata de tu compañera de trabajo? Esa que te...

—Sí, pero no significa nada. —Miró hacia el espejo de la izquierda, sus ojos marrones brillaban ilusionados, estaba empezando a disfrutar de lo que siempre se había negado e iba poco a poco, derribando los muros con paciencia, avanzando asustada por las emociones que, probablemente, solo aquella mujer lograba despertar en ella—. No sé si aparecerá. Carla nunca llegó a aceptar.

—¿Si viene o no significará algo para ti, para vosotras? —pregunté ante su palidez —Vendrá —añadí a su silencio tendiéndole su propio vestido. La ayudé a prepararse, incluso a pesar de mis nervios ella me necesitaba y no me quedé contenta hasta que ambas resplandecíamos con luz propia.

Salimos cogidas del brazo e irrumpí en la habitación roja, en el reino de aquel pervertido con mirada decidida. Recorrí aquellos cuerpos buscándolo, y buscando también a mis presas, aquellas con las que esperaba demostrarle que seguían deseándome, que no lo necesitaba.

Lo encontré con facilidad, entre dos mujeres. Su boca... ocupada en el pezón de una de ellas. Exploté, no lo pensé. Tanit quiso detenerme, yo me olvidé de lo que habíamos planeado. Me coloqué al lado de aquel cabrón y enredé los dedos entre su pelo. Tiré con fuerza llevándome su cabeza hacia atrás y sonriendo justo enfrente de sus ojos.

—¿Ocupado? —Mi voz era una cuchilla afilada que buscaba degollarlo—. Lamento mucho la intromisión, pero me dio la impresión de que tenías algo en el pelo —solté mi mentira con auténtico descaro. Tensé un poco más los dedos.

—¿Maya? —preguntó asombrado. Sus ojos verdes estaban tan abiertos que me recordaba a un búho. Me mordí el labio ante las inmensas ganas de arrastrarlo por aquel lugar.

—¿Suéltalo! ¿Estás loca? —gritó la de la derecha.

—Es lo que le gusta, ¿no os lo ha dicho? —dije con fingida dulzura —Cielo, no les has contado tus preferencias ocultas. —Y toda aquella ira, el dique que había construido a su alrededor, se desbordó. Quería sangre, su sangre, guerra, clavar mis uñas en su piel y herirlo.

—Maya... —trató de calmarme.

—Ya te he dicho que sí. ¿No me reconoces si no estoy atada y sangrando? —Tiré de él y lo arrastré fuera del sofá. Agarró mi mano con las suyas y, tras quedarme con un par de mechones de recuerdo, logró soltarse y mirarme.

—Maya, ¿qué haces aquí?

—¿Molesto? Me apetecía divertirme. —Lo miré como a un trozo de carne, él desnudo como cuando llegó al mundo. Aún seguía en estado de semiexcitación y puse cara de tristeza ante la visión—. Espero que los demás puedan mejorar lo expuesto.

—Estás enfadada. —¿Era gilipollas? ¿Imbécil? ¿Qué le pasaba a aquel tío? Tiró de mi brazo, tratando de llevarme hasta las escaleras, las otras dos ya se habían apartado para buscar con quién jugar viendo que David no parecía necesitar ayuda e iba a tardar. Yo me solté con un buen empujón. Me cagué en los tacones con una nueva sonrisa, de tanto sonreír se me iba a quedar la cara de payaso.

—¿Lo estoy? ¿Por qué debería? Me dejaste tirada para follar con dos guarras cualquiera. Ellas te la mantenían caliente y yo ya no estaba operativa. Como un microondas, había que buscar un modelo mejor. —A empujoncitos fue llevándome escaleras arriba. Miré a Tanit, vi que se iba a acercar y me acordé de su cita. Negué con la cabeza, para enfrentarme a aquel cabrón no la necesitaba. Mi rodilla sería suficiente cuando se la clavase a los huevos. Iba a hacer una tortilla que sentiría el resto de su vida—. Menos mal que subo yo primero, las vistas de tu peludo culo no son las más agradables. —Sonreí sobre mi hombro.

—Cierto, —¿Se estaba divirtiendo? Sentí sus manos sobre mis caderas, quemaban. A pesar de haberle pillado infraganti, del dolor que sentía en mi pecho y las inmensas ganas de degollarle, seguía sintiendo cómo el calor avanzaba desde la punta de sus dedos por mi piel. Me cabreó ser tan sensible a sus caricias, desearlas a pesar de negarlo. Apuré el paso solo por evitar su contacto, por orgullo—. las vistas son mucho mejores ahora, aunque, para que conste, no tengo pelos en el culo.

—¿Cómo lo sabes? ¿Te los has depilado? —Me giré en el último escalón mirándolo desde la superioridad que me confería la altura—. ¿Te mirabas con un espejo el ojete mientras? Espero, de corazón, que no tuvieras ningún percance con la cuchilla. —En otras circunstancias estaría partiéndome el culo, nunca mejor dicho.

—Maya, escúchame. Hablemos. Estás aquí, eso significa algo.

—Sí, que es un club de sexo y necesito darme un par de alegrías. —Coloqué las manos en la cadera enfrentándome a él—. Esta noche no cowboy, necesito algo más grande... duro...

—¿Estás segura? —inquirió él, terminando de subir y pegando su cuerpo al mío.

—No puedo hacerlo —solté de pronto sintiéndome diminuta entre sus brazos—. No quiero estar aquí, contigo —recaqué.

—Pero has venido.

—¡A follar!

—Hazlo conmigo —sugirió, mis pezones me traicionaron izándose ante aquella proposición de alcances tan sugerentes. Deseaba sus besos, a pesar de todo, ¿acaso estaba loca?

—Me desangré ante tus ojos, a tu lado. Morí y resucité, no podía moverme. Dolía, tenía miedo —relaté viendo como cada palabra lo hacía temblar. Me abrazó, pegándose con tanta fuerza

contra él que me costaba respirar, pero hice todo lo que pude por continuar—. Me dejaste sola, porque no era nada para ti. ¿Acaso no puedes soportar que otro me toque? ¿No es eso lo que se hace en estos sitios?

—A veces también compartir. Hacer el amor con esa persona, acompañados, pero con esa persona. Solo la ves a ella, solo piensas en ella y la sientes a ella por mucho que no todas las manos o bocas le pertenezcan.

—¿Es eso lo que te decías cuando las follabas mientras yo estaba sola?

—¡Tuve miedo! —gritó de pronto contra mi boca. Su aliento caliente me golpeó, me atravesó dejando su olor tras él, recordándome el deseo que me provocaba y que él también sentía. Me quedé congelada esperando, con mucho que decir y los labios paralizados demasiado cerca de los suyos. Le gritaría, pero después. Solo pedía un descanso.

—¿Qué es lo que temes?

—A ti. Me haces sentir débil.

—¿Y eso es malo? —pregunté colocando mis labios sobre los suyos.

—No lo sé.

Jamás en mi vida me habían besado de una forma tan agresiva, tan posesiva. Me agarró por el cabello y apretó mi boca a la suya, me pegó contra la pared con fuerza y lo sentí sobre mi abdomen, duro como una piedra, su lengua arrebatándome todo pensamiento coherente y dejándome necesitada.

Tanto tiempo deseando aquello, pensando en él. No había gesto, caricia, beso, que menguara mis ansias por él. Me aferré a su cuerpo, a su boca, marcándola como mía. Nuestros dientes chocaban, me hice daño en un par de ocasiones, pero todo quedaba atrás. Solo el calor.

—Enreda tus piernas —ordenó contra mi oreja. Sus manos me levantaron a pulso, su boca mordió mi cuello.

—No es una buena idea —dije sin convicción, haciendo justamente aquello que me pedía. Él sonrió contra mi piel.

—Hablares, te lo prometo.

—Te odio.

—Y yo a ti, Maya. Yo también te odio muchísimo, no tienes ni idea de cuánto. —Su forma de decirlo era una promesa, una caricia en mi alma, fue como escuchar que me quería con intensidad, con mimo.

—No vas a follarme después de estar con las otras. Es asqueroso. —Demostré que mis neuronas aún funcionaban, recordé eso de la protección antes que todo, aunque no negaré que me costó lo suyo. Quería olvidar que habría un mañana y devorarlo, él sonrió orgulloso.

—No llegué a tanto y puedes estar tranquila.

—Protección.

—En eso ando. —Y sonreí al verle deslizar el condón.

—¿De dónde lo has sacado? ¿Lo has cogido antes de subir? ¡Solo quería partirme la cara! —aullé fuera de mí. Caliente, furiosa, ¿cuál de las dos prevalecía? —¡¡Suéltame!!

—¿Acaso importa?

—Es otro de tus muchos insultos —susurré cansada. Él me dejó ir, deslizándose por su cuerpo hasta que mis pies tocaron el suelo—. Ya tenías pensado follar cuando yo solo...

—Te necesito, pero también te deseo. Me vuelves loco.

—Y me abandonaste. —Empujé sus hombros para golpearlos a continuación. Él me lo permitió hasta que me detuve cansada—. Me voy abajo.

—Hablemos. No te tocaré, lo prometo. —Y lo seguí hasta su despacho. Me senté a lo instinto básico y él frente a mí en su silla de escritorio. Nos quedamos en silencio, mirándonos, sin saber qué era lo correcto. No sabía si era posible arreglar lo que fuera que había surgido entre ambos. Dos desconocidos que por algún extraño giro del destino se deseaban con intensidad, pero eran dañinos para el otro. ¿No sería correcto alejarse?

—Empieza.

—Tenía tanto miedo de haber provocado tu muerte que prometí que si te salvabas me alejaría, si estaba lejos nadie trataría de hacerte daño. —Asentí en silencio, apretando los labios para no contestar lo evidente. Ante su silencio no pude contenerlo más.

—Y preferiste hacérmelo tú.

—Mi madre es una zorra, yo estaba investigando la muerte de una amiga contra otra de las mujeres más peligrosas del país. ¿Sabes lo que significa estar a mi lado? Esto no terminará, desde pequeño soy un imán para el peligro. ¿Cómo podía mantenerte a mi lado, decirte lo que siento, cuando eso te haría daño?

—Creo que tengo derecho a elegir —repuse molesta porque me tratase como una cría pequeña—. Quiero poder hacerlo.

—¿Y me elegirías a mí? —Y supe que aquel era el momento. Tenía mucho que decir, mucha mierda que soltar, sin embargo, debía elegir si seguir adelante con él o mantenerme en el pasado, aferrándome al daño que me había hecho y al odio.

—Me elijo a mí, a quién soy a tu lado, a las sensaciones que despiertas en mí. Solo el tiempo me dirá si puedo estar a tu lado, si juntos podremos obtener el equilibrio y ser felices. —Me sentí ñoña al decirlo, él asintió solemne—. Me elijo a mí y quiero pegarte.

Se acercó y volvió a besarme con más ternura. Su lengua me tanteó antes de pelear con ansias por cada centímetro en el interior de mi boca. Yo avanzaba con miedo de que algo cambiara, de que de repente temiera ponerme en peligro, de perder lo que tan precariamente habíamos obtenido.

Y a pesar de aquel placer, de que, al fin era feliz, no pude deshacerme del rencor, de las preguntas y las acusaciones que decidí obviar. Quería sentirme bien y me ahogué en su aliento espeso. En el ansia por sentirlo en mi interior, porque me llenase y solo importásemos nosotros.

—¿Tienes miedo? —pregunté viendo que no terminaba de decidirse. Entre caricias conseguí ponerme protección, pero seguía rozándose contra mi entrada sin avanzar. Paralizados en aquel instante, confusos y llenos de cosas por decir. Sentía que él ocultaba algo y yo tampoco quería contestar ninguna pregunta. ¿Por qué quién éramos en el mundo importaba? Yo sabía quién era por dentro, podía ver a través de sus ojos con facilidad.

—Me horroriza cagarla o que mi decisión acabe haciéndote daño. —Mordió mi labio, incrementando la presión despacio, llegó hasta el punto en que la presión me hacía daño, no el suficiente—. ¿Y si me despierto un día y te he perdido? Habré disfrutado de tenerte a mi lado y sé que no podría superarlo.

—¿Eres feliz ahora? —Él gimió como respuesta y yo sonreí. En nuestro caso hablaban nuestras manos, las palabras no eran suficiente para expresar lo que nuestros corazones arrastraban por nuestras venas cuando estábamos en brazos del otro.

—Hay demasiado que todavía no sabes.

—Te asombrarías de lo que he descubierto en este tiempo.

—¿Eso crees? —Agarró mis hombros y me retuvo. Traté de besarlo, no me lo permitió. Volvíamos estar a punto, como si hacer el amor pudiera sellar lo nuestro y él no tuviera fuerza

suficiente para arriesgarse—. Yo soy un asesino y de los peores. —Empezó a temblar. Entornó los ojos y miró el techo—. Ni siquiera he sido capaz de confesarme ante mi hermana. Soy un cobarde y tú no mereces esta vida. —Escondió su cara en el arco de mi cuello. No me moví, necesitaba que continuara y mi corazón saltaba desbocado, temiendo que aquello que ocultaba fuera algo que yo no pudiera pasar por alto.

—Cuéntamelo —supliqué sintiendo su cuerpo desnudo, su excitación, su aroma y el miedo. Sus palabras se quedaban estranguladas en el interior de su caja torácica, esposadas a su pecho, parecía que al saber la verdad estaba sacrificando lo que más quería, un amor que ahora podía ver en el fondo de sus ojos verdes.

—Después de la muerte de Natalia yo acabé muy jodido, tomé decisiones que me avergüenzan y perdí el control que tan férreamente había mantenido sobre los míos. —Me besó desesperado. Su lengua se enzarzó con la mía, usé la mía tratando de enredarlo, de alargar los segundos y convertir aquel momento en algo eterno. Como todo en esta vida fue imposible y finalmente, con ojos vidriosos, se separó de mí. Su aliento olía a ambos, al deseo contenido y muchas cosas más —. Ella... —Bajó la cabeza, avergonzado—. aprovechó mi debilidad y puso precio a la cabeza de mi hermana, por suerte el hombre que eligió para correr la voz era de los míos, lo tenía muy bien untado y me lo contó al momento. Nadie llegó a enterarse. —Se relamió los labios, su boca se había quedado seca. Estiré la cabeza para volver a besarle, quería mitigar aquella pena que vislumbraba, pero él no me lo permitió. Creía merecer aquel tormento—. Yo estaba fuera de mí. Apenas comía, dormía o pensaba con claridad. En otras circunstancias jamás habría tomado tal determinación, sin embargo, estaba cansado de luchar. Por mi mente pasó la idea de que nunca terminaría. Siempre alerta, como si se tratase de una batalla constante, una guerra que nunca elegí, pero de la que no podía desentenderme. Mi madre...

—¿Tu madre? —pregunté sin darme cuenta de que lo había cortado. Asintió y yo recordé lo que sabía de la mujer que le había dado la vida. En aquel tiempo había investigado sobre su persona, tiré de todos los hilos a los que tenía acceso en una búsqueda sin sentido para tratar de esclarecer al hombre que había ocupado mis pensamientos. Lo que encontré hizo que sintiera pena por ambos hermanos, quizás porque era imposible que una mujer como aquella, que estaba detrás de sucesos que ponían la carne de gallina, era imposible que prodigase amor hacia sus hijos. Me lo creí menos al, con mucha suerte, descubrir la identidad del padre de David. Sabía que su padre era un policía, no que era El policía. Era el jefe, el hombre que tomaba las decisiones y alguien capaz de borrar de los informes todo aquello que quisiera sin que nadie se atreviera a cuestionarlo. Ciertamente, la madre de David había sabido elegir—. Lo siento. Continúa.

—Ella odiaba a mi hermana, siempre lo hizo. Nunca tuvo piedad con ella y nunca comprendí por qué la tuvo si... —suspiró visiblemente abatido por lo que me contaba. Le dolía su hermana, siempre con la pesada carga de proteger a alguien, pero nadie lo había hecho con él. Había luchado solo hasta entonces, comprendí que no quería que siguiera así. Yo estaba allí, podía apoyar parte del peso de su carga en mí, yo no le fallaría. Eso me dije al menos, sintiendo que, sin embargo, no iba a gustarme el camino que había tomado aquella conversación—. Ella nunca hizo nada sin motivo. Yo, ella, los dos existimos porque podía aprovecharse de nosotros —recapitó al darse cuenta de que no hacía más que desviarse del tema, quizás porque había mucho que contar. Probablemente tardase toda una vida en ir soltando lo que vivió, en compartir conmigo lo sucedido—. Aquella noche yo estaba borracho y agotado mentalmente. Cuando mi hombre llegó yo no podía creerle, sabía que mi madre odiaba a Emy, no que fuera hasta el punto de ordenar su muerte, aunque tuve que aceptarlo igual que siempre. Acepté el golpe lo mejor que pude, porque

por mucho que me joda reconocerlo me seguía doliendo, trataba de mantenerme en un precario equilibrio entre ambas. Nunca quise tener que llegar a hacerlo, no fui allí con esa intención.

—Fuiste a verla —concluí viendo que era la opción más obvia.

—Pensé que podría hacerla entrar en razón, estaba dispuesto a darle todo lo que me pidiera. —Sus manos resbalaron por mis brazos dejando una caricia que provocó un escalofrío bajo mi piel. Dejé que sus dedos llegasen a mis manos y entonces fui yo la que lo atrapé. Entrelazamos nuestras falanges en un gesto que parecía haberse producido millones de veces, demostrando una compenetración que me hizo sentir muy bien.

—No tenías lo que ella quería, ¿verdad? —dije tratando de que continuaría.

—Solo buscaba su muerte. No lo entiendes, ganaba mucho más con su muerte que con su vida y no dudó en deshacerse de ella. Cuando la vi prácticamente se reía en mi cara al pensar que ella pudiera sentir algo, compasión al menos, por Emy. Estaba bebiendo una copa tranquilamente, como si la conversación hubiera finalizado mucho antes de empezar. Incluso me dijo que diera las gracias de no ser yo, de que yo aún tuviera un cometido en la vida. —David quiso alejarse, no se lo permití. No más huida. Sentí auténtica repulsión por ella, sin comprender cómo no podía sentir absolutamente nada hacia sus dos hijos, personas que había llevado en sus entrañas.

—Ella no os merece, nunca lo hizo. No tiene sentimientos.

—Me gustaría poder decir que te equivocas —repuso cansado, en sus ojos había vergüenza porque, a pesar de saber que ella no valía nada seguía siendo su madre. Aquel simple acto lo convertía en algo peor que una bestia, jamás lograría perdonarse a sí mismo, aunque con ello hubiera salvado a Emy. Me pregunté si yo habría sido capaz de tomar una decisión, quizás habría acudido a la policía, aunque, ¿quién iba a creerlo? —De pronto ella me ordenó que me largara, como si mi mera presencia la incomodara, no mucho, lo justo para que me quisiera lejos de allí. Yo me negué, no estaba dispuesto a dejarla en paz hasta que diera su brazo a torcer, incluso entonces no sabía si quería dejarla sola, temiendo que no fuera realmente a cumplir su palabra. Quizás, en el fondo, sabía mucho antes de verla que todo iba a terminar de aquella manera. ¿Y si es eso? Las dudas me corroen. Soy...

—Shh... —Solté su mano derecha y acaricié su mejilla. Sentí su barba de dos días raspando mis dedos, la arañé con suavidad y seguí acariciándolo—. La salvaste.

—Pelemos. No fue intencionado, ella tenía una copa en la mano y yo traté de quitársela. Le pedía que me escuchara, que comprendiera que Emy era importante, ¡que yo la quería! No sé cómo, solo que acabó golpeándose la cabeza y todo se llenó de sangre. Había mucha, le pedí perdón, traté de que se levantara. Era mi madre —repitió en un lamento que no parecía tener fin. Su mueca de dolor me partió el alma, apresó mi cabeza entre sus manos y me acercó a él—. Mereces más que un monstruo. Mereces mucho más, tú no te ves cómo lo hago yo.

—No fue culpa tuya —respondí con lágrimas en los ojos. No quise retenerlas, necesitaba que él también las viera, yo sufría a su lado. Yo sabía su gran secreto y seguía allí, lo mantendría a salvo. No permitiría que nadie lo supiera nunca, no dejaría que la sociedad lo juzgara según sus normas cuando no había sido capaz de protegerlo. Era mío, una posesividad que solo podía explicar el amor. Lo único importante era que estuviera bien, no necesariamente a mi lado, aunque lucharía por no alejarme de él.

Fue allí cuando comprendí que no iba a reclamarle nada. Él llevaba mucho tiempo sufriendo, yo también. Teníamos heridas profundas, sucesos que debíamos dejar atrás, no obstante, no iba a abandonarlo. Seguiríamos juntos aquel camino.

—Emy no lo sabe.

—Lo comprenderá.

—¿Cómo voy a contárselo? ¿Cómo voy a explicarle que no fuera a buscarla en aquel preciso momento? —me preguntó esperando, ingenuamente, que yo tuviera la respuesta.

—La mandaste lejos por miedo a que tu madre le hiciera daño y esa zorra le puso precio a su cabeza. Es incomprensible para la mayoría, pero ella lo entenderá. No te juzgará. Debes contárselo.

—No puedo...

—Bésame. Yo estoy aquí, seguiré aquí. Eres bueno, eres una buena persona. —Se acercó con los ojos bajos y diseminé besos por su rostro. Cortos, suaves, rápidos. Con cada uno de ellos quise recordarle que él había tratado de hacer lo correcto, solo había protegido a su familia, a esa persona que le importaba—. Estamos juntos, lo conseguiremos. Eres una buena persona y sigues vivo. Hemos superado lo que la vida puso en nuestro camino y seguimos juntos.

—¿Seguro? Puedes irte, alejarte. No te culparía, no trataría de impedirte.

—¿Y si no quiero? —pregunté de manera sugerente. Con la mano lo acaricié, lo hice suavemente al principio, él respondió enseguida.

—¿Cerramos el trato? —Quiso parecer alegre, hacerme sonreír y yo compensé su esfuerzo con una mueca que no llegó a convencerlo. Solo cuando su boca buscó la mía sentí que el aire volvía a llenar mis pulmones y el mal del mundo desaparecía. Una oscuridad que por un momento me pareció insalvable, pero que ahora se desvanecía suavemente como una nube entre nosotros. Y la luz volvió, el calor, esa euforia y deseo capaz de hacer que el mundo exterior se convirtiera en algo lejano.

Cuando me alzó esta vez vi la decisión en sus gestos, en los ojos verdes que más he amado en mi vida. Sí, amor, porque no había otra manera de definir aquello que me quemaba por dentro, que no me dejaba continuar con mi vida si no era a su lado. Amor por un hombre torturado, con un oscuro pasado y de gran corazón. Éramos dos personas completamente opuestas, en yin y el yang, que trataban de buscar el equilibrio.

Lo envolví por segunda vez esa noche. Mis piernas me ayudaron a sostenerme mientras él se acomodaba. Miró mi rostro antes de besarme y se deslizó a mi interior. Siguió penetrándome, llenándome, de manera enloquecedoramente lenta.

—Juntos. —Y sonrió con alegría—. Te aviso que soy un hombre incansable y llevo mucho tiempo deseándolo.

—¿Debería tener miedo? —pregunté con una sonrisa en los labios. Los mismos que él había dejado rojos a causa de sus besos.

—Mucho.

Y empezó a penetrarme con fuerza, sin detenerse. Sus músculos se tensaron y yo me aferré a sus hombros. Con las manos quitaba el pelo de mi cara para seguir besándome. Yo no podía hacer más que mantenerme entre sus brazos, disfrutar de aquellos movimientos que lo hundían de manera continua en mi vientre, tan profundamente que parecía que nuestras almas trataban de fundirse, convirtiéndonos en uno solo.

¿Quién me había puesto aquellas ideas ñoñas en la cabeza? Pero al mirarlo fui feliz, inmensamente feliz.

—Encontraremos la forma —prometí besándolo y dándole mi alma de paso.

—Esperemos que el mundo nos lo permita. Quizás lo mejor es que nos largásemos, siempre quise viajar —sugirió. Aquel no era el momento de más charlas transcendentales, sino de sentir. Metí mi lengua en su boca para evitar más interrupciones.

Buscaba cabalgar en el placer, mantenerme en la cima el máximo tiempo posible y disolverme entre sus manos.

—No puedo más. —Estaba sudando—. Maya, no puedo aguantar mucho más.

—No lo hagas.

Ambos estábamos tan cerca que dos movimientos después sentimos aquellos espasmos deliciosos. Apoyé mi peso en él y me llevó hasta el sofá, donde nos acurrucamos con mucho que contarnos, pero en un remanso de paz que no queríamos romper.

## Capítulo 29

# David

Siete días habían pasado desde que ella volvió a mí como un soplo de aire fresco. No creía merecerla, pero ya no luchaba contra lo que sentía. Aquella era la noche elegida, tocaba tener la gran conversación con mi hermana, algo que llevaba posponiendo mucho tiempo.

No tendría la familia feliz con la que todos soñábamos, ella había cambiado lejos de mí, había creado su propia familia con desconocidos y no podía hacer más que aceptarlo.

Maya se había convertido en mi reina, la dueña no solo de mi corazón sino de la propia sala roja. Acudía a cada fiesta, siempre de mi brazo, dispuesta a descubrir nuevas sensaciones a mi lado. Yo estaba feliz de enseñárselo, de hacerla disfrutar como nunca antes. Me recreé en su piel.

Emy seguía al lado de aquel hombre lleno de tatuajes. Dika era su sombra, siempre pendiente de ella, susurraba palabras a su oído y se interponía si alguien trataba de acercarse demasiado. Era como un escudo móvil que, sin que ella lo notara, la mantenía alejada del resto.

Al principio llegue a preocuparme que la estuviera aislando, ahora sabía que la protegía fiel e incansablemente. Hace tres días nada menos comprobé como Emy perdía el color cuando un hombre, al que Dika trató, pero no pudo detener a tiempo, la rozó al pasar a su lado. Emy perdió todo el color y se giró lista para pelear. Ahí comprendí que nunca quise saber lo que había pasado, ella trató de contármelo, egoístamente no me sentí capaz de escucharlo, preferí ignorarlo deseando que ella lograra olvidarlo sola.

El sol se había ocultado hacía dos horas y el ambiente en la calle era cálido. Aquella misma noche había decidido organizar una fiesta en honor de Emy, ella era la invitada especial. Maya se encargó de la gran parte, lo mío no era la organización de fiestas normales y en aquella todos mantendríamos la ropa puesta.

Me senté en la barra y, arrastrando la botella sobre la madera la acerqué a mi vaso antes de servirme un trago. Vacíé el contenido de un golpe y estaba a punto de servirme el segundo cuando Maya apareció en la cima de las escaleras embutida en un vestido verde que me quitó el aliento. Era hermosa, cálida, alegre, mía. Nuestros ojos se cruzaron y mantuve la mirada mientras bebía. Ella descendió presurosa y llegó hasta mí con la sonrisa pintada en el rostro. Fue ella quién me convenció de que aquello era necesario y también quien mejor comprendía mis nervios, las ganas que sentía de salir corriendo y esconder la cabeza debajo de la almohada.

Emy llegó algo después de las nueve. Maya había colocado una mesa en el centro y estaba llena de comida para que nosotros mismos pudiéramos servirnos, yo dudaba que alguien probara bocado, pero no dije nada.

—Hermanito, al final conseguiste a la chica —soltó ella nada más llegar mientras Maya iba a colgar los abrigos.

—Tuve suerte, logró ver algo bueno en mí —contesté mirándola con cariño. Señalé la barra y ella me siguió, dejando atrás a Dika. Aquel tío pareció entender el mensaje y, cuando Maya regresó, vi que le estaba dando conversación, si es que aquel tipo era capaz de hacer tal cosa. Creo que en el tiempo que lo vi apenas dijo cuatro palabras seguidas.

—¿Y todo esto? —me interrogó Emy desconfiada.

—Quería celebrar que al fin volvemos a estar juntos. —Ella meneó la cabeza y se mordió el labio antes de reponer con brusquedad.

—No lo estamos, jamás volveremos a ser los mismos, aquello terminó en el mismo instante en el que me alejaste de tu lado. ¿Qué esperabas que ocurriera? ¿Acaso creías que podríamos volver a compartir nuestros secretos como si nada hubiera pasado?

—No —contesté sintiéndome impotente ante su rabia, que a duras penas conseguía retener. ¿Cómo podía confesarme si no lograba mirarla a los ojos? ¿Y si mis palabras no conseguían más que hacerle daño? Miré a Maya buscando una respuesta y su sonrisa me alentó a continuar—. Pero seguimos siendo hermanos. Por eso volviste, ¿no?

—Necesitabas ayuda. No iba a dejarte morir. —Lo dijo como si fuera algo obvio. Con orgullo alzó el mentón y se acercó a mi cara—. Te lo debía, siempre has velado por mí. Creo que ya estamos en paz.

—¿Escúchame! —Mi grito hizo que ella se tensase e instintivamente miré a mi espalda. Esperaba que Dika saltase sobre mí, no me equivocaba mucho, ese había sido su primer instinto, sin embargo, Maya logró retenerlo en el último momento—. Emy, por favor. Necesito que me comprendas.

—¿Y de qué serviría ahora? Simplemente déjalo estar, disfruta de lo que tienes. Yo tengo trabajo, creo que es hora de que herede mi lugar en esta ciudad. —Lo que vi me dejó helado. En ella había una fría determinación, algo que jamás habría esperado de mi hermana.

—¿A qué te refieres? —Aunque tenía una ligera sospecha.

—Venganza, hermano. Es lo único que me queda. —Sonrió enigmáticamente antes de continuar—. Llevo pensándolo años, planeándolo. El tipejo que me agredió murió y a pesar de eso no consigo olvidar. Necesito enfrentarme a TODOS los monstruos que se aprovecharon de mí y madre es uno de ellos.

—Emy...

—No, hermano. No me digas que te han salido...

—Emy, escúchame. Madre está muerta desde hace meses. —Ella abrió los ojos sorprendida. No había pena en su mirada, simplemente vacío y curiosidad, una enfermiza curiosidad. Me dolía pensar hasta qué punto había mutado, preguntarme dónde estaba escondida mi hermana pequeña—. Quise contártelo entonces, pero no tuve fuerza suficiente.

—Podías haber mandado una nota. —Chasqueó la lengua molesta, fríamente. Ella elevó sus ojos, tan parecidos a los míos, y me atravesó. Después miró a mi espalda y esbozó una hermosa sonrisa destinada al de los tatuajes—. Tendré que pasar al siguiente de la lista.

—¿Tienes una lista?

—Es lo que ocurre cuando eres débil, todo aquel que puede se aprovecha de ti, clava sus dientes en tu yugular y se entretiene haciéndote daño. Al menos lo intentaste. —Se levantó como si ya no hubiera nada más que hablar.

—¿No me vas a preguntar qué le pasó?

—Me conformo con saber que nunca volverá a hacerle daño a nadie. Hermanito, disfruta de lo que tienes y no te comas la cabeza. Ella parece quererte y tú a ella. —Me cogió la mano con cierto

reparo.

—Yo la maté. Yo lo hice porque puso precio a tu cabeza.

—Esperaba algo así, en parte ese era uno de los motivos por los que estaba en mi lista.

—No te comprendo —dije de pronto. Ella volvió a sentarse y cogió el vaso que yo mismo había dejado sobre la barra, lo llenó y se lo llevó a los labios. A diferencia de mí, lo bebió a pequeños sorbos, haciendo que el minuterero avanzase muy, pero que muy despacio.

—Tengo otro hermano, tú lo conoces. Un cabrón de primera, aunque en cierta manera tiene buen fondo. —Yo abrí la boca sin saber qué podía decir—. Tú lo conoces, te utilizó para saber de mí. ¿No te imaginas quién puede ser? Alguien a quien chantajearon para que permaneciera callado y les ayudara, un buen perro para la antigua reina. ¿No te parece una gran historia?

—Robert.

—Muy listo, hermanito. —Sacó una pulsera de su bolsillo hermosa, de oro y diamantes, y me la tendió—. Tú eras la protección y yo el dinero. —Yo la cogí sin comprender la inmensidad que escondían sus palabras. —Tu padre, un poli. El mío, un hombre hecho de dinero. Ella solo tenía que esperar a que él muriera, no sé cómo, pero se encargó de que me legara una auténtica fortuna y después yo solo debía desaparecer para que pasara a sus manos. No sé si tengo los detalles exactos, tampoco creo equivocarme mucho. El problema era que tú me protegías y no quería empezar una guerra, al menos no hasta que creyó al verte débil que tenía posibilidades de ganarla.

—Emy, ¿por qué te buscó Robert? —pregunté preocupado.

—Para terminar de destrozarme y evitar que pidiera lo que me había legado mi padre. Quería tenerlo todo para él solo y no tuvo reparos en cruzar una línea muy peligrosa. ¿Quieres que te cuente un secreto? —Sentí frío—. Él no sabe que conozco su secreto, quizás algún día se lo cuente. Él está convencido de que ha cambiado, trata de comportarse como el mejor de los hermanos y yo le he permitido entrar en mi vida.

—¿Qué hizo?

—Mató a alguien a quien quería. Me buscaban a mí, ella murió por mi culpa.

—¡Lo mataré! —aullé furioso. Quería destrozarlo con mis manos, sintiéndome inútil—. Debí protegerte mejor. —Bajé la cabeza, avergonzado.

—No harás nada. Ya no soy una niña a la que debes vigilar, ahora arreglo mis propios asuntos, ¿recuerdas? —me explicó con cierta rabia escondida bajo la superficie —Te agradezco que siempre estuvieras ahí —soltó de pronto, algo en ella cambió ligeramente—, no te preocupes. —Nuestras manos se enlazaron—. Sé feliz, prométemelo. Yo tengo que arreglar unos asuntos, no puedo olvidar y es algo que debo hacer. Te quiero, eres mi familia y siempre estaré ahí si me necesitas. Siempre —recalcó—. Deja de martirizarte, no tienes que llevar el peso del mundo sobre tus hombros.

—Él se merece...

—¿Qué? ¿Crees que no sufre por lo que hizo? Estoy segura de que no puede pensar en otra cosa. Por dentro, lo que hizo está acabando con él lentamente, ha convertido su vida en un infierno. —Yo me preguntaba si sería capaz de contenerme la próxima vez que tuviera a ese cabrón delante—. Ahora tengo quién cuide de mí, aunque yo misma puedo hacerlo. Los hombres y sus instintos de machos, solo os falta orinarnos encima. —Sonreí ligeramente, quizás porque vi algo de lo que ella no parecía percatarse.

—¿Quién es él?

—El único que permaneció a mi lado cuando el infierno amenazó con acabar conmigo. En esos momentos en los que creí que lo mejor sería acabar con todo, en los que dormir en un banco

era algo que ya no me importaba, el frío, la soledad. —Mi corazón se saltó un latido.

—Yo les di dinero para que cuidaran de ti. Podías llamarme.

—Supongo que no les interesaba avisarte para que no se les acabase la gallina de los huevos de oro y yo no tenía fuerzas. Simplemente me abandoné a mi suerte, dejé que el tiempo continuara, haciendo lo mínimo posible, en ocasiones incluso respirar costaba. Era como tener una losa pesada en el pecho, que apretaba cada vez con más fuerza.

—¿Y él?

—Estuvo ahí. —Se tocó el cuello, un gesto que no supe desentrañar—. Al principio ni siquiera me daba cuenta de su presencia. Siempre se le ha dado bien pasar desapercibido, hablar lo justo y alejarse de los demás.

—Pero contigo no lo hizo.

—No. Hay algo en él que me hace estar tranquila, la paz regresa a mí cuando está cerca —me explicó.

—Te comprendo —contesté mirando a Maya. Ambos éramos parecidos y supe que volvería a mí, que solo necesitaba superar aquello que todavía la martirizaba y debía hacerlo a su manera. Quizás no compartiera sus métodos, pero si hacía daño a alguien estaba convencido de que no sería a un inocente—. Ella me ama.

—Y lo mereces. —Me tendió el vaso y se incorporó estirando la falda que llevaba y le sentaba como un guante. No me había fijado hasta entonces en sus joyas, en su ropa. Toda ella destilaba dinero y poder, incluso el maquillaje parecía una máscara tras la que se escondía una mujer que en otro tiempo fue dulce, sencilla y soñadora. Me negaba a creer que esa Emy hubiera desaparecido y esperaba que el tiempo la hiciera regresar—. Deberíamos volver a la fiesta. Creo que nos extrañan. —Los ojos de Maya y Dika estaban posados en nosotros, por mucho que ella hubiera tratado de disimularlo malamente.

## Capítulo 30

# Maya

Me encantaba aquella música, pensé antes de mirarme de nuevo al espejo. El vestido, no solo transparente sino corto, me sentaba como un guante. Recoloqué los bucles que me había hecho pocas horas antes y sonreí a la mujer del espejo.

Habían pasado tres meses, llenos de conversaciones y sexo. Noches sin final, mañanas con desayunos y más sexo. El amor es increíble, pero si se mezcla con orgasmos es la leche.

Tanit había decidido cogerse vacaciones, no quiso decirme el motivo, yo respeté su decisión. La extrañaba, le mandaba mensajes todos los días y en aquella ocasión la extrañé a mi lado. Egoístamente deseaba su consejo, sus palabras. Miré el paquetito que había sobre el banco con miedo, preguntándome si hacía lo correcto.

Dejé que la sala roja me diera el valor y salí con aquel paquetito apretado entre los dedos. Caminé hacia él y abrí los brazos. Salió a mi encuentro y nos besamos como siempre, con un ansia incontrolable, deseando mucho más de lo que conseguíamos, besos que no lograban ni arañar la superficie de la inmensidad de aquel anhelo que amenazaba con consumirnos.

—Tengo algo para ti —solté sabiendo que si esperaba quizás jamás se lo daría—. Toma. —Y abrí la mano ante él, esperando que lo cogiera.

Lo vi desenvolverlo con el corazón palpitante, esperando una respuesta afirmativa. Temblé unos segundos, la espera era agónica porque en aquel paquetito puse mis ilusiones, el siguiente paso que en otras circunstancias me habría parecido precipitado, pero que a su lado era lo que necesitábamos.

Juntos vivimos mucho, mucho más que la mayoría en toda una vida.

—Yo...

—Puedes estar tranquilo, no te estoy pidiendo un compromiso. Sé que sería prematuro, no estás preparado. Nada de tonterías románticas, solo es algo práctico. Yo... —solté de carrerilla. Él colocó un dedo sobre mis labios.

—¿Son de tu casa? —Asentí viéndome reflejada en sus pupilas. Contuve el aliento—. ¿Nada de películas románticas? —preguntó en broma. Esta vez negué. —¿Y por qué crees que no me gustan? —inquirió esta vez alejando el dedo, que tampoco es que fuera a impedirme contestar.

—A los tíos no os gustan esas ñoñerías.

—¿Y hay alguna más de la que prescindirías?

—Todas. —Él envolvió mi cintura y me acercó a su duro pecho. Miré a nuestro alrededor, todas esas personas que ya estaban disfrutando de su sexualidad libremente, dejando a un lado los tabús o la vergüenza. Nada de lo que pasara allí se sabría nunca, no habría pruebas, pero nuestras mentes lo recordarían siempre.

—¿Y si quiero todas esas ñoñerías? —Volvió a preguntar.

—Yo...

—Acepto. Me mudaré contigo, pero mejor a mi piso que tiene unas vistas increíbles. Además, serán mucho mejores cuando tenga a un bombón como tú paseándose en pelotas todos los días.

—¿Por qué haría tal cosa?

—Para seducir, ¡por supuesto!

## Epílogo

# David

Las noticias echaban humo. Grandes reporteros, armados con sus micrófonos y una lista inmensa de preguntas que lanzaban sin esperar respuesta. Aquellos hombres y mujeres se mostraban impacientes tras las puertas de cristal. En breve empezarían a desfilar los coches de policía, cargados con muchas de las personas más influyentes del departamento.

Nadie estaba al tanto de todos los detalles. Sonreí con el periódico en la mano, guarecido en mi piso justo al otro lado de la ciudad, y mirando de reojo la televisión que no cesaba de emitir un comunicado tras otro. Todos los canales habían cambiado su programación, era algo demasiado jugoso y lo importante para aquel negocio siempre fue ser el primero en hablar.

Maya aún no se había levantado, llevaba toda la noche con náuseas y ardor, no quise despertarla, aunque estaba seguro de que, tan pronto se enterase, al fin podría dormir tranquila. Al fin se ponía punto y final a una investigación que nos tuvo preocupados, temíamos que de alguna manera llegasen hasta mí. Yo, que incluso llegué a desear la muerte en un tiempo no muy lejano, vivía intranquilo ante la posibilidad de perder todo lo que ahora tenía.

Voy a ser padre, pensé con una sonrisa al verme, al fin, libre de peligro. En mi mano derecha una preciosa alianza brillaba, un gran paso que Maya todavía no parecía haber procesado. Éramos una familia, una palabra que cobraba un significado mayor del que ya tuvo siempre para mí.

Lo único que rompía aquella burbuja era que mi hermana había vuelto a desaparecer. Según ella tenía mucho trabajo por delante, pero yo sospechaba que se trataba de otra venganza más y prefirió poner distancia entre ambos. Si algún día lo necesitaba estaría ahí para ella, pero no podía dejar que hundiera a un niño que todavía no había nacido, a uno que seguía creciendo en el vientre de la mujer que más había amado nunca.

Comprendí, siete meses atrás, mientras Maya me daba la noticia, cuan equivocado había estado al pensar que conocía el miedo. Fue en aquel instante, ante la posibilidad de no estar en su vida, cuando saboreé el auténtico pavor. Tuve que agarrarme a una mesa para no acabar desmayado como una tierna damisela, Maya demostró una tranquilidad que a mí me dejó pasmado.

Tomé un sorbo de aquel café negro, ya casi frío, y releí el titular.

*“Nuevas evidencias añaden cuatro nombres más a la lista. No sabemos, por el momento, de dónde han salido los informes, pero los implicados han sido detenidos esta misma mañana.”*

Miré de reojo el pen que estaba sobre la mesa. Al final Natalia había obtenido su venganza y todos aquellos corruptos irían a la cárcel, quizás no por mucho tiempo, pero la siguiente condena, que yo estaba más que dispuesto a ejecutar, sería mucho más duradera.

*“Uno de los implicados ha llegado a un trato con la fiscalía. A cambio de una reducción en su condena, ha accedido a testificar en contra de los otros implicados. No sabemos todavía la*

*identidad de todos ellos, pero se baraja la posibilidad de que algunos ya hayan salido del país.”*

O no aparezcan nunca, pensé con una sonrisa. Yo mismo había hecho desaparecer a tres, ahora dormían bajo tierra y hormigón.

Seguí pasando las hojas, hasta que llegué a una noticia sobre mi amiga. Le había prometido justicia, solo me dolía que hubiera tenido que pasar tanto tiempo. Ahora Ryan, su hijo, estaba en nuestra casa como uno más, yo mismo lo protegería como si fuera de mi propia sangre, cumpliendo de esta forma su último deseo.

*“Se le ha concedido la medalla al valor. Su trabajo y dedicación ha acabado con una de las mayores redes del tráfico de personas y estupefacientes, pero deja tras de sí a un hijo que no cesa de llorarla. Una mujer que dedicó su vida al cuerpo y que ahora es enterrada con los máximos honores.”*

Tarde, como todo en este mundo. Dejé el periódico con fuerza sobre la mesa y me levanté dispuesto a volver a cama. Estaba cansado del insomnio, de las sospechas y de la muerte. Sentía que llevaba muchos fantasmas sobre mí, todos ellos se lo merecían, sin embargo, arrebató una vida y seguir como si nada hubiera ocurrido no era sencillo. Solo mi familia, mi mujer e hijos, conseguían calmar aquel dolor que a veces lograba superarme.

—Lo has conseguido. —Maya me miraba desde la puerta del dormitorio. Su camisón de seda no ocultaba en absoluto su prominente barriga, pero ella la lucía como el mejor de los complementos. Estaba feliz, orgullosa, mientras yo la miraba como si fuera lo más hermoso que había visto nunca. Daba igual que estuviera despeinada, que acabara de vomitar o que sus pies fueran dos barcas inmensas y grotescas; al menos así se describía ella. Yo estaba enamorado como muy pocos podían—. Ella puede descansar en paz y tú también.

—Mi hermana ha vuelto a desaparecer.

—Volverá cuando esté preparada.

—Temo que haga una locura. —Maya se acercó y besó mis labios. Yo la trataba con una delicadeza que a ella la encendía, siempre terminábamos igual...

—Volverá, confía en mí.

—Siempre —repliqué, casi al instante. Maya sonrió sabiendo que era verdad, ya no quedaban secretos entre ambos—. Han cerrado el caso.

—¿Te sientes bien?

—Creí que nunca llegaría este momento —confesé envolviendo el vientre de Maya—. Gracias por encontrarme y sacarme de la oscuridad.

—Solo convertí a un depravado en un hombre de familia. Aunque... quizás...

—¿Todavía quieres más?

—Son las hormonas...

# Muchas gracias

**M**uchas gracias por leer mi libro y por dedicarme vuestro tiempo. Muchas gracias por ayudarme a cumplir mi sueño. Muchas gracias simplemente por seguir ahí.

Pediros que puntuéis para ayudarme a mejorar y además posicionarme en la lista de ventas. Vuestras opiniones pueden influir en otros lectores indecisos. Incluso una opinión negativa puede marcar la diferencia y marcar el futuro de un escritor.

Si queréis poneros en contacto conmigo mi twitter es [@A\\_R\\_Cid](#)

Facebook: EscritoraARCID

Os espero...